

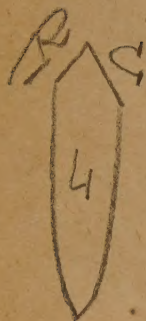
UNIVERSITY OF ARIZONA



39001008151345







171 pag - 1 lâmina a color - gravada

CERVANTES

Y

EL «QUIJOTE»



CERVANTES

Y

EL «QUIJOTE»

— — — — —
Leon Martín Gamiño

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOT. Y MUSEOS

CALLE DE OLID, NÚMERO 8

1905

863.32
D82
C419



MADRID.—MONUMENTO DE CERVANTES



Miguel de Cervantes
Don Quixote

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUI- XOTE DE LA MANCHA,

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEJAR,
Marques de Gibraleon, Conde de Benalcazar, y Bañar-
res, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos.

Año,



1605.

CON PRIVILEGIO,
EN MADRID Por Iuan de la Cuesta.

Vondese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

ÍNDICE DE MATERIAS

PRIMERA PARTE

CERVANTES

	Fágs.		Págs.
I. PATRIA Y NACIMIENTO DE CERVANTES. (1547-1568).	13	V. DELAS ARMAS Á LAS LETRAS (1580-1587)	45
II. PRIMICIAS LITERARIAS DE CERVANTES. (1568-1569).	20	VI. CERVANTES EN ANDALUCÍA (1587-1600)	54
III. CERVANTES SOLDADO (1559-1575).	31	VII. EL QUIJOTE EN SU INCUBACIÓN Y EN SU PUBLICACIÓN (1600-1605).	72
IV. CERVANTES CAUTIVO (1575-1580).	39	VIII. ÚLTIMOS AÑOS DE CERVANTES (1613 Á 1616).	75

SEGUNDA PARTE

EL QUIJOTE

I. MÉRITO DE LA NARRACIÓN DEL QUIJOTE.	85	IX. PRIMORES DESCRIPTIVOS EN EL QUI- JOTE.	130
II. DEL FIN DEL QUIJOTE.	92	X. UNIVERSALIDAD DEL QUIJOTE.	134
III. EL ESTILO DEL QUIJOTE.	97	XI. VERDADERO CARÁCTER DEL QUIJOTE.	138
IV. LA ORIGINALIDAD DEL QUIJOTE.	102	XII. EL QUIJOTE, EXPRESIÓN DEL ALMA DE SU AUTOR.	148
V. EL ESPÍRITU DEL QUIJOTE, <i>iconografía</i> <i>cervantina</i>	108	XIII. EL QUIJOTE COMO SÍMBOLO NACIONAL.	152
VI. BELLEZAS Y DEFECTOS DEL QUIJOTE.	113	XIV. EL QUIJOTE Y LOS LIBROS DE CABALLE- RÍAS.	156
VII. GENERACIÓN DEL QUIJOTE.	118		
VIII. IMITACIÓN DEL ESTILO DEL QUIJOTE.	126		

TERCERA PARTE

VARIEDADES CERVANTINAS

DOS PALABRAS SOBRE LAS IMITACIONES DEL QUIJOTE EN INGLATERRA.	165	NÁPOLES POR CERVANTES Y POR SU HÉROE.	167
		UN RECUERDO POPULAR SICILIANO DE LE PANTO.	170

ÍNDICE DE LÁMINAS

PRIMERA PARTE

Madrid.—Monumento de Cervantes.	4	Alcalá de Henares.—Facsimil de la partida de bautismo de Miguel de Cervantes.	22
Facsimil y retrato de Cervantes.	5	Facsimil de la partida de bautismo del Mi- guel de Cervantes de Alcázar de San Juan.	23
Portada de la primera edición del Quijote.	6	Alcázar de San Juan.—Portada de Santa María la Mayor.	24
Alcalá de Henares.—Abside de la Iglesia Magistral.	15	Alcázar de San Juan.—Abside de Santa María la Mayor.	25
Alcalá de Henares.—Portada de la Iglesia Magistral.	16	Isabel de Valois.	27
Universidad de Alcalá de Henares.	17	Fei pe II.	29
Alcalá de Henares.—Pila bautismal de San- ta María.	18	El Príncipe D. Carlos.	30
Alcalá de Henares.—Monumento de Cer- vantes.	21		

	Págs.		Págs.
Valladolid.—Monumento á Cervantes.	32	Argamasilla de Alba.—Casa de Medrano, después del incendio.	67
Batalla de Lepanto.—Estandartes cristianos y espada de D. Juan de Austria.	33	Argamasilla de Alba.—Corral de la casa de Medrano.	68
Imagen del Cristo llamado de Lepanto.	35	Argamasilla de Alba.—Cueva de la casa de Medrano, donde se supuso preso á Miguel de Cervantes.	69
Pendón de la galera real, en Lepanto.	36	Valladolid.—Casa en que vivió Cervantes.	70
D. Juan de Austria.	37	Retrato ecuestre de Felipe III, de Velázquez.	71
Argel.—Gruta de Cervantes.	41	D. Bernardo de Sandoval y Rojas.	72
D. Gregorio Mayans y Ciscar.	43	Autógrafo de Cervantes.	73
Lope de Rueda.	45	D. Cayetano Alberto de la Barrera.	74
Juan Rufo.	47	El Conde de Lemos.	75
Luis Gálvez de Montalvo.	48	Cervantes, en sus últimos días, escribe la dedicatoria al Conde de Lemos.	76
Bartolomé Leonardo de Argensola.	49	D. Cristóbal Pérez Pastor.	77
D. Alvaro de Bazán.	51	D. Francisco Rodríguez Marín.	78
Retrato de Cervantes.	53	Madrid.—Aspecto actual de la casa en que murió Cervantes.	79
Figura del cuadro atribuido á Pacheco considerada equivocadamente como retrato de Cervantes.	55	Madrid.—Fachada del convento de R. Trinitarias donde está sepultado Cervantes.	79
Casa que se dice habitó Cervantes en Barcelona.	57	Encuentro de Don Quijote con los Duques.	80
Aguafuerte de Sola, autor del monumento de Cervantes en Madrid.	59		
D. Martín Fernández Navarrete.	61		
Argamasilla de Alba.—Estado actual del retrato de Rodrigo Pacheco.	65		

SEGUNDA PARTE

Aventura de los molinos de viento, fotomograbado (tricolor).	82	Batanes de la Mancha.	125
Cervantes y sus modelos.	84	Encuentro del rucio.	125
D. Vicente de los Ríos.	85	D. Adolfo de Castro.	126
Cervantes imaginando el «Quijote».	87	Lagunas de Ruidera.	127
Una cantarrera de la Mancha.	89	Discurso de las armas y las letras.	129
Don Quijote de la Mancha.	91	D. Mariano Pardo de Figueroa (<i>Dr. Thebussem</i>).	130
Rocinante.	93	Pastor de Ruidera.	131
Don Quijote en su casa.	96	Casamiento de Basilio y Quiteria.	133
D. Antonio de Capmany.	97	Alcázar de San Juan.—Supuesta casa donde nació Miguel de Cervantes.	135
Dulcinea del Toboso.	99	Don Quijote en casa de los Duques.	137
Montura de la época del Quijote.	101	D. Juan Valera.	138
Sancho Panza.	103	Entrada de la cueva de Montesinos.	139
Itinerario de Don Quijote.	104	Interior de la cueva de Montesinos.	141
Mapa de una porción del reino de España que comprende los parages por donde anduvo Don Quixote, y los sitios de sus aventuras.	105	El Guadiana.	143
Tipo de mancha de el Toboso.	106	Argamasilla de Alba.—Puente del Guadiana.	145
Tipo de manchego de Argamasilla.	109	Don Quijote en casa de los Duques.	147
Entierro de Grisóstomo y discurso de Marcela.	111	D. José María Asensio.	148
D. Diego Clemencín.	113	Argamasilla de Alba.—Vista general.	149
Cueros y cántaro de la Mancha.	114	Argamasilla de Alba.—Puente de Santiago.	151
Una venta de la Mancha.	115	D. Alejandro Pidal.	152
La princesa Micomicona ante Don Quijote.	117	El Rucio.	153
Juan Eugenio Hartzenbusch.	118	Sancho Panza con la Duquesa.	155
Un candil de la Mancha.	119	D. Marcelino Menéndez y Pelayo.	156
Un molino de viento de la Mancha.	121	Argamasilla de Alba.—Casa del siglo xvii.	157
Ruidera.—El Hundimiento.	123	Argamasilla de Alba.—Puente viejo.	159
		Cuento de Sancho Panza en casa de los Duques.	161

TERCERA PARTE

Jaime Fitzmaurice-Kelly.	165	A. Restori.	170
Alfonso Miola.	167		

PRIMERA PARTE

CERVANTES



ONSAGRAR á la memoria de Cervantes, con ocasi3n del tercer centenario de la publicaci3n del *Quijote*, un homenaje por el estilo del presente, ha parecido, á las personas con quienes lo hemos consultado, una idea tan excelente y oportuna, que no obstante lo corto de tiempo y no largo del espacio 3 volumen en que deb3a encerrarse, no hemos vacilado en emprenderla y realizarla.

Personas de reconocida competencia han redactado la primera parte; y, como en vistoso ramillete, hemos reunido en la segunda fragmentos y juicios del *Quijote* escritos por autores ilustres.

Aunque no tantas como hub3ramos querido, exornan este libro diversas ilustraciones gráficas, la mayor parte originales 3 nuevas en obras dedicadas á Cervantes y su grande obra.

Por falta de tiempo hemos tenido que privarnos de la colaboraci3n de varios escritores americanos á quien ni aun pudimos dar parte del proyecto. Y por la misma raz3n, 3 por la falta de espacio, hemos tenido que prescindir tambi3n del concurso de algunos autores europeos extranjeros, y s3lo hemos hecho excepci3n á favor del eminente cervantista ingl3s, Sr. Kelly, y de los

ilustres hispanistas Sres. Miola y Restori, de Nápoles y de Messina, los dos lugares de Italia en que más tiempo residió Miguel de Cervantes.

Sobre otras deficiencias nos encomendamos á la benevolencia pública. Creemos, sin embargo, haber hecho algo que, tendiendo, en primer término, á vulgarizar el conocimiento del autor del *Quijote* y de su libro, no sea enteramente indigno de la atención de los inteligentes.



PATRIA Y NACIMIENTO DE CERVANTES

LA ANTIGUA «COMPLUTUM».—LA ALCALÁ ÁRABE.—SU RECONQUISTA.—LOS ARZOBISPOS DE TOLEDO, SEÑORES DE ALCALÁ.—CISNEROS.—LA UNIVERSIDAD.—PARTIDA DE BAUTISMO DE CERVANTES: SU AUTENTICIDAD. PRETENSIÓN DE ALCÁZAR DE SAN JUAN: SU NINGÚN FUNDAMENTO.—PRIMEROS ESTUDIOS DE CERVANTES.

La depresión del terreno que se extiende desde más arriba de Humanes hasta más abajo de Torrejón de Ardoz, donde la corta el río Jarama, forma una extensa y feracísima campiña. Por ley natural las aguas de aquel río se han ido acostando en el curso de los siglos á las raíces de los montes que separan la campiña baja de las altas tierras de la Alcarria, formando un valle que antes de fencer se extiende casi en círculo á los pies del cerro de San Juan del Viso, sobre el cual, así como en sus faldas abruptas, dicen que hay notorios vestigios de una antigua ciudad, que los modernos han nombrado á su antojo, pero cuyo verdadero nombre se desconoce.

En aquel ancho círculo, en medio de la llanura á la que llegan apagados los rumores poéticos del Henares, se fundó *Complutum*, ciudad de traza y nombre y vida romanos. Puesta en la vía que iba desde Mérida á Zaragoza, pasando por Toledo, la civilización romana se asentó en ella y preparó la mansión eterna de una de las más trilladas carreras de la historia española, como que por ella quedaron unidas las regiones centrales y

Aragón y Cataluña, y luego las Galias y en lo postrero la misma Roma.

Los monumentos de progenie romana que allí encontraron la docta investigación ó la afortunada casualidad, monedas, vasijas, inscripciones, estatuas y columnas prueban el origen de Compluto, como, en áureo libro, demostró mejor que nadie Ambrosio de Morales. Pero si no ha quedado la clara memoria del paso de las legiones conquistadoras, de los pretorianos sublevados, de los pretores avarientos y de los caudillos ambiciosos, las leyendas cristianas conservaron como en dípticos de marfil y oro la memoria de dos mártires insignes, Justo y Pastor que allí dieron su sangre generosa y fecundísima para Alcalá.

Cuando cayó el imperio y entraron turbiones incontables de bárbaros feroces, Alcalá debió quedar asolada ó cuando menos amortecida. Vinieron luego los musulmes, quienes abandonaron casi del todo la feracísima llanura para fundar sobre las ásperas barranqueras de la opuesta margen del río un menguado pueblo, amparado por una indomable fortaleza, porque en los días calamitosos la historia se levanta de las llanuras para buscar seguro en las montañas enriscadas. Calamitosos fueron los tiempos para aquellas gentes por la furia de sus propias pasiones y por las acometidas de los reyes cristianos, que descolgaban sus huestes de las altas

cordilleras del Guadarrama para extragar el reino toledano, hasta que al fin los triunfos de Alfonso VI lo conquistaron para siempre.

Después de esto, cuando años después cayó la fortaleza musulme en manos de los arzobispos de Toledo y recibieron como dón real la propiedad de Alcalá, se abandonó la población del otro lado, se restableció la de la llanura de aquende el río y con mercedes soberanas y privilegios y fueros arzobispales creció y creció aun más que en la época romana. Fué entonces Alcalá rica joya engastada en la mitra y á porfía la favorecieron reyes y prelados. Su situación y el interés de los arzobispos sus señores, ocasionaron visitas reales, juntas de próceres y prelados, y también la reunión en ella de las cortes de Castilla en 1348, famosas por haber dado entonces Alfonso XI el ordenamiento que contribuyó á secar las fuentes de los fueros municipales. Años después en las puertas de la villa pereció lastimosamente el más enristecido de los reyes castellanos de aquella edad, Juan I, que escapó de los riesgos gloriosos de Aljubarrota para morir del golpe de una vulgar caída. La tragedia no embarazó los propósitos de los arzobispos de engrandecer á Alcalá, y Tenorio y sus sucesores, entre ellos Contreras que labró buena parte del Alcázar-palacio, favorecieron el crecimiento de la población, mejoraron su caserío, levantaron edificios de nota y ofrecieron paz y riquezas á los moradores, cristianos, mudéjares y judíos. Del inquieto arzobispo Carrillo recibió también notorios beneficios. Allí, después, en 1485, aguardaron los Reyes Católicos el feliz nacimiento de su hija Catalina, que tantas amarguras había de sufrir por su casamiento con Enrique VIII de Inglaterra.

Pero el prelado de quien Alcalá recibió nombre y grandezas inmortales fué el gran Cisneros, verdadero padre de la patria complutense, regenerador de la Magistral y fundador de aquella florecientísima escuela á que llamamos por antonomasia la Universi-

dad. Cuantos recursos proporcionan el ingenio sutil, el poder humano y las ventajas del dinero, fueron empleados en ambas empresas, sobre todo en la última, no tan duradera, pero sí más gloriosa, y que quizá encumbró la fama del cardenal más que la gobernación del reino, que la conquista de Orán y que la edición maravillosa de la *Polyglota*.

Fundando cátedras, ennobleciendo los estudios, llamando profesores sabios, estableciendo la traza y arquitectura de escuelas y colegios, sembrando por toda España la fama de los nuevos estudios, dictando estatutos provechosos y discretísimos, moviendo legítimas aspiraciones, fomentadas por la competencia de las Ordenes religiosas, y dando ejemplo bien seguido á sus sucesores, Cisneros renovó y ensanchó la vida religiosa, civil é intelectual de Alcalá y la convirtió en nueva Atenas española, en emporio de las artes y oficios y en lugar rico y populoso. Como se ha dicho, siguieron tan altos ejemplos sus preclaros é inmediatos sucesores, y cuando se acercaba el término de la primera mitad del siglo xvi, Alcalá era espejo de la civilización española, no manchada, como otras extrañas, y merced á una santa política, por las turbaciones religiosas. Allí reinaba la paz, que solo alguna vez enturbiaron los juveniles arrestos de los escolares. Ellos y sus maestros fortalecían las relaciones naturales entre gente docta y avisada. Las muchedumbres de discípulos no apagaban la voz serena de múltiples enseñanzas, y los tumultos de los claustros universitarios no penetraban en las aulas venerables. Emulos entre sí los colegios mayores y menores procuraban honestamente el triunfo de sus doctrinas, de sus maestros y de sus discípulos, y los frailes franciscanos, mercenarios, dominicos, etc., aspiraban á ser los más santos y los más sabios.

Fué aquella primera mitad del siglo xvi la edad de oro complutense. Aún vivían la memoria y las tradiciones de los maestros que

llevó Cisneros para poblar la Universidad y escribir la *Poliglota*, y tras ellos acaecieron, como las flores después de los rocíos primaverales, nuevos maestros y discípulos eminentes, lo que hizo exclamar á Erasmo que Cómpluto era la verdadera πανπλουτιον (todas las riquezas). A Nebrija, Juan de Vergara, el cretense Demetrio, Coronel, el Pinciano y otros sucedieron muchos doctores y sabios

Ambrosio de Morales, el incomparable teólogo Juan de Medina, el obispo Diaz de Luco, el benemérito humanista Vergara, el maestro de capilla de Alcalá, Melchor de Torres, el jurisconsulto alcarreño Pedro Núñez de Avendaño, el doctor Luis Lobera de Avila, Juan Pérez el Toledano y otros explicaban cátedras en Alcalá, ó profesaban en ella las ciencias ó á sus imprentas enviaban



ALCALÁ DE HENARES.—ÁBSIDE DE LA IGLESIA MAGISTRAL

que mantuvieron y aumentaron la gloria de las escuelas complutenses.

En estas escuelas y en los conventos religiosos ó en las imprentas alcalainas florecieron, como catedráticos y escritores, varones sobre todo encomio memorables. Alvar Gómez de Castro, biógrafo de Cisneros, Honorato Juan, Luis Cadena, Antonio Honcala, el sapientísimo Pedro Ciruelo, Paez de Castro, el médico Juan de Jarava, el clarísimo

sus libros, aun no viviendo en ella, como si fueran sus moradores intelectuales.

A tanta ventura contribuyó el florecimiento de la imprenta en la ciudad dichosa. Al no próspero ensayo que de ella hizo el ingenioso varón Lanzalao ó Estanislao el Polaco, quien no imprimió más que en los años de 1502, 1503 y 1504, sucedió el establecimiento definitivo y glorioso de la imprenta de Arnaldo Guillén de Brocar en 1511, á quien

trajo Cisneros desde Logroño para confiarle la empresa maravillosa de imprimir la *Biblia Poliglota Complutense*, y á quien con justicia llamaron sus contemporáneos Nebrija y Ciruelo «artífice egregio» y «calcógrafo artificiosísimo», y aun él mismo se tituló ingenuamente «varón egregio y solertísimo». Sucedióle su hijo, Juan de Brocar, hombre docto, que vestido con galas juveniles tuvo la honra de presentar á Cisneros, lleno de santa alegría, los pliegos finales de la Biblia. En aquella época venturosa florecieron otros impresores, no menos expertos, como Miguel de Eguía y Juan de Mey Flandro, y á su sombra libreros y editores que completaban la gran máquina de la imprenta.

La cultura complutense fué sesuda, ortodoxa, varía y utilísima. Ni aun siquiera flaqueó como otras por el lado del clasicismo peligroso y con resabios paganos que amargaban los piadosos sentimientos de muchos hijos fieles y celosos de la Iglesia. Pero era tal la corriente, que por ella se dejaban arrastrar aun los más opuestos á ella. Así Alvar Gómez de Ciudad Real, el Virgilio cristiano, como le llamó Nebrija, por juntar la doctrina cristiana con la elegancia y pureza del verso latino, no desdenó el empleo

de formas literarias de sabor cuasi pagano, y eso que escribió su *Musa Paulina*, ó sea los escritos de San Pablo, á consecuencia de haber visto con sincera indignación que en la iglesia de San Miguel de Alcalá acudían seglares y sacerdotes á oír la lectura de las

obras de Ovidio, porque era más gustosa, le dijeron, que la de las epístolas de San Pablo. Aun en la verja exquisita que rodea el sepulcro de Cisneros, los relieves que ornamentan sus pilastras, no obstante su sentido cristiano, tienen formas que denotan el influjo del neo-clasicismo italiano.

Con estos esplendores intelectuales y académicos se correspondían los monumentales. El prestigio de las Escuelas atrajo arquitectos, entalladores, escultores, bordadores y los oficios de mano que exige una población numerosa, inteligente y no siempre privada de holgura y bienestar. A los edi-



ALCALÁ DE HENARES

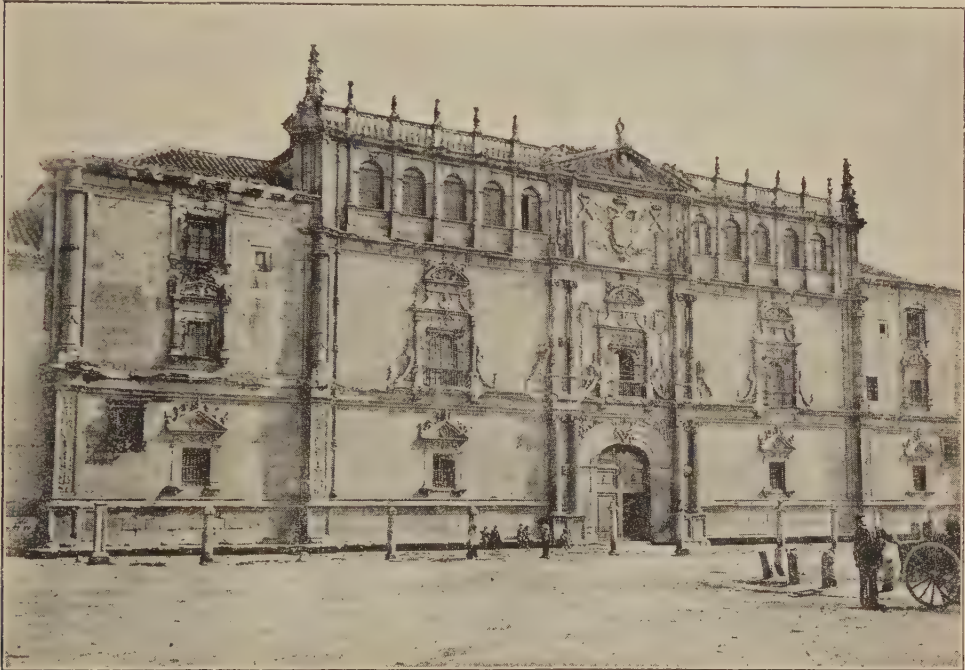
PORTADA DE LA IGLESIA MAGISTRAL

ficios que de antiguo existían se añadieron ricos aumentos, ó se levantaron otros de primorosa riqueza ornamental ó de amplia traza. En esta época á que nos referimos, y que es anterior al nacimiento de Cervantes, se levantaron la bellísima fachada de la Universidad y el patio primoroso del palacio arzobispal, obras en que el renacimiento

puso todo el gusto de su espíritu y toda la prolija perfección de sus manos.

Anterior á aquel tiempo fué la construcción de la capilla ó iglesia de la Universidad, adornada con paramentos de yesería de labor ojival, aunque distribuidos los ornatos á la manera nudéjar, como era la hoy maltrecha techumbre. En aquel templo universitario se puso el magnífico y marmóreo sepulcro de

yerma y guijosa, sino en campo bien dispuesto para que germinase el don divino del talento. Cuando comenzaron las averiguaciones sobre la patria de Cervantes, se adjudicó gloria tan alta á Alcalá y comprobó el acto justiciero el descubrimiento de la partida de bautismo, según la que el gran escritor recibió las aguas de salud en la iglesia de Santa María, á 9 de Octubre de 1547, en pleno apo-



UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES

Cisneros, labor exquisita de gusto y de manos florentinas que luego se rodeó de aquella incomparable verja de bronce en que los Vergaras, artífices toledanos, dejaron para siempre la prueba de sus talentos, uniéndose así en un mismo artificio funerario la representación artística de Italia y de España en el Renacimiento.

Esto era Alcalá en 1547 cuando nació Miguel de Cervantes Saavedra. No surgió, pues, el más peregrino de los ingenios en tierra

geo de las grandezas complutenses. Fueron sus padres Rodrigo de Cervantes y Leonor Cortinas, cirujano aquél y ambos de sangre limpia y aun hidalga. Su estancia en Alcalá no fué breve, pues antes que á Miguel tuvieron en aquella ciudad otros hijos, Andrés, Andrea y Luisa, y después de Miguel, á Rodrigo, que en edad propósito padeció como su hermano las desventuras de contrario sino.

Mas á deshora se suscitaron pretensiones para quitar á Alcalá aquella paternidad hon-

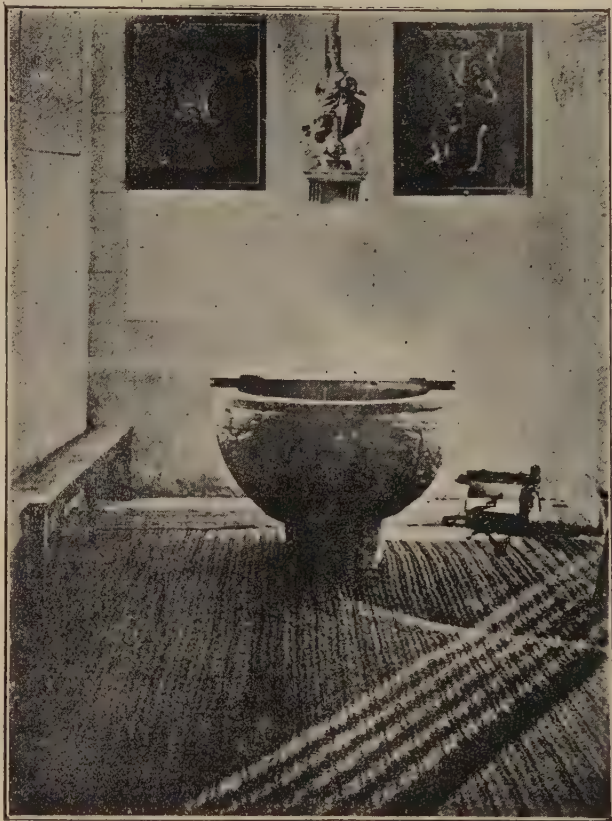
rosísima y atribuirle con intento más temerario que feliz á otras poblaciones. Entre todas alegó y aun alega con empeño su mejor derecho Alcázar de San Juan, fundándolo en razones de congruencia y principalmente en la partida de bautismo de un Miguel de Cervantes Saavedra, nacido años después del nuestro. Pero ni aquellas razones son ciertas y seguras, ni dicen claro por sí solas, ni el asiento bautismal se ve ni acaso se verá nunca libre de la honda tacha de apócrifo. Aun no siéndolo, no tiene fuerza bastante para contradecir los derechos de Alcalá, y además su fechadesbarata las coordenadas cronológicas de la vida de Cervantes. Esto sólo es suficiente para desautorizar la partida alcazareña y para acallar los clamores de sus partidarios.

La nota de bautismo de Alcalá es, según fallo de paleógrafos y críticos, de evidente autenticidad. Las noticias relativas á Cervantes y su familia, en cuanto se refieren á su estancia en Alcalá y aun al curso de la vida del escritor, dan nueva fe á su nacimiento en la ciudad del Henares y á los elementos de su biografía. Como se la dan de un modo clarísimo el documento de la redención del gran cautivo y su propia decla-

ración en el pedimento legal que autográficamente publicó el Sr. Pérez Pastor en sus *Documentos Cervantinos*. No fueron vanas y temerarias las conclusiones que en este asunto establecieron la crítica perspicaz y la diligencia investigadora de Pellicer, Ríos, Fernández de Navarrete y sus continuadores

más modernos. Es, pues, pleito fallado y sobre él no debía volverse, y ni aun acaso es útil abrir nuevo período de prueba, para que la crítica vaya á explorar campos menos labrados.

Cervantes pasó su primera infancia entre las muchedumbres escolares de Alcalá, de donde se trasladaron sus padres á Valladolid, que en esta ciudad tuvieron otra hija, llamada Magdalena. No sabemos si volvieron á Alcalá, pero consta de documentos publicados en la colec-



ALCALÁ DE HENARES.—PILA BAPTISMAL DE SANTA MARÍA

ción del Sr. Pérez Pastor, que estaban ya en Madrid en 1561. Pero la toma de hábito de una de sus hijas, Luisa, en el convento carmelitano complutense en 1565, hace sospechar si la familia entera volvió á su antiguo domicilio. Sospecha hay también, aunque sin comprobar, de que en esta segunda estancia, pudo recibir lecciones, no dentro de los claustros universitarios, de lo que no hay

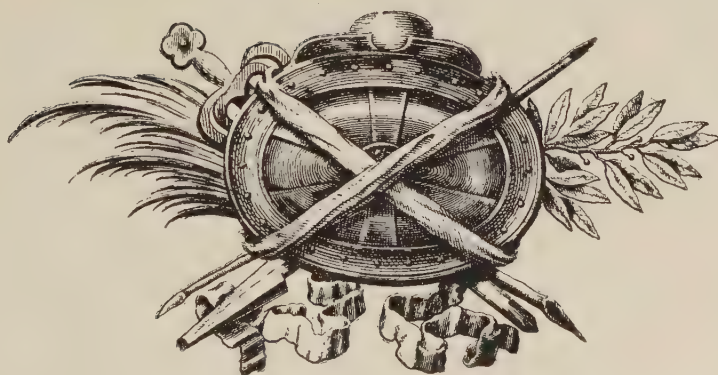
huellas, al menos vistas hasta ahora, en los libros de matrícula de las florecientes aulas, sino en algún estudio menor, donde los muchachos se preparaban para más árduas tareas bajo la férula de profesores particulares.

De que hubo estas escuelas de preparación en Alcalá no hay duda, porque las hubo hasta en lugarejos de aquella comarca, y se sabe que con Juan de la Cuesta, no el impresor, abrió «pupilaje» en el pueblecillo de Valdenuño Fernández, y en él educó mu-

chos discípulos, aun de casas grandes y trazó y escribió su *Libro y tratado para enseñar leer y escribir brevemente*, que Juan Gracián había de dar á la stampa en Alcalá en 1589.

Pero con esto parece que se cortan los estudios académicos de Miguel, que iba á seguir otros caminos en que, por dicha para las letras, ni se enturbió su entendimiento, ni perdió agudeza y brio su pluma soberana.

JUAN CATALINA GARCÍA,
de la Real Academia de la Historia.



II

PRIMICIAS LITERARIAS DE CERVANTES

VIDA INQUIETA DE RODRIGO DE CERVANTES Y DE SU FAMILIA.—MATRIMONIO DE FELIPE II CON ISABEL DE VALOIS.—ENTRADA DE LA REINA EN TOLEDO: FESTEJOS PÚBLICOS: LOPE DE RUEDA.—MIGUEL DE CERVANTES ASISTE Á SUS REPRESENTACIONES EN MADRID.—EL MAESTRO JUAN LÓPEZ DE HOYOS Y SU AMADO DISCÍPULO.—MUERTES DEL PRÍNCIPE DON CARLOS Y DE ISABEL DE VALOIS.—PRIMERAS POESÍAS DE CERVANTES.—VASE Á ITALIA CON AQUAVIVA (1568-1569).

Casi nada sabemos de Miguel de Cervantes en los primeros años de su vida. Los únicos rastros que de aquella familia modesta, y oscura entonces, han podido encontrar sus biógrafos, son los obligados registros parroquiales, referencias de un pleito ejecutivo que Rodrigo de Cervantes siguió para el cobro de menguada cantidad, la profesión religiosa de una hermana de Miguel, la herencia que D.^a Leonor de Cortinas recibió de su madre y la venta inmediata del quiñón heredado: todo ello en varias poblaciones y en muy próximas fechas, yendo y viniendo siempre, de Alcalá á Valladolid, desde este punto á Madrid y á Alcalá de paso para Andalucía, y desde allí nuevamente á la Corte, como quien persigue hallar con la holgura el reposo, sin encontrarlo jamás. No parece sino que á las instancias de esta familia para mejorar de fortuna, puso constantemente la fatalidad aquel sarcástico decreto con que se contestó á las súplicas del *Manco de Lepanto*

que, harto de buscarse medios de vivir, pedía al Rey un oficio allá en las Indias: «Busque por acá en que se le haga merced.»

Tendría Miguel de Cervantes poco más de tres años cuando sus padres se resolvieron á salir de Alcalá.

Era la Universidad complutense famosa, tanto por la diversidad de sus estudios, como por el saber de sus profesores; y allí donde no faltaban los de Medicina, mal pudiera prosperar Rodrigo de Cervantes ejerciendo, con el achaque de su sordera, la profesión de cirujano. Quizá por esta causa, y porque echase cuentas sobre los rendimientos de su fortuna, escasos para atender á las crecientes necesidades de la familia, pensó el *médico-zurujano* en procurarse un partido más ventajoso, y con su mujer y sus cinco hijos, marchó á establecerse en Valladolid, donde residió por entonces algunos años.

Durante ellos, nada cierto se ha llegado á saber de la familia de Cervantes, sino que vino al mundo la niña que se llamó Magdalena, cuando Miguel tendría ya siete años: después vuelve á perderse su memoria en el rodar anónimo de la vida vulgar.

*
* *

La cruda guerra sostenida por muchos años entre Francia y España, llegaba á su término. Enrique II, ante el poder avasallador de la infantería española, después de la ba-

talla de Gravelingas, se decidió á pedir la paz preparada de antemano con las negociaciones del matrimonio de Isabel de Valois y el príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II. Los dos tenían la misma edad próximamente, y las inclinaciones de su corazón no eran contrarias á los altos intereses del Estado; pero los designios de la política vinieron á estorbar aquel enlace. Ocurrió entonces la muerte de la segunda mujer de Felipe II, y éste pretendió, aunque sin éxito, la alianza de Inglaterra con la mano de su reina Isabel. La repulsa que de ella recibió, hizo que nuestro soberano pensase en volver la vista á Francia, y sustituyéndose Felipe II á su hijo en la boda con Isabel, se concertó el matrimonio, y en 1559 se firmó la paz entre ambas naciones. España lo vió con júbilo después de una guerra tan larga, sangrienta y costosa; y franceses y españoles, todos á una, expresaban la satisfacción de sus anhelos, llamando á aquella niña *la oliva de la paz*.

Es de ver el entusiasmo con que los escritores de la época describen la entrada de Isabel de Valois en Toledo, cuando en 1560 vino á ratificar su matrimonio, celebrado por poderes en la catedral de París, el año anterior.

Arcos de triunfo, emblemas y trofeos engalanaban la Imperial Ciudad. Formaron guardia de honor en la Vega, ocho mil hombres de nuestra infantería gloriosa, y cien caballos con jaeces bordados á la morisca, aguardaban á la Reina, escaramuzaron en presencia suya cuando llegó, y llevaron la vanguardia del acompañamiento hasta el alcázar; seguíanles danzando mozuelas de la Sagra, maestros de esgrima y gitanas, con gran ruido de atabalejos, dulzainas y jabegas; marchaban después los justicias de la Hermandad, «cuchillo contra asasinos y monfis», guiados por su pendón verde; ciento treinta y ocho ministros de la casa de la moneda, vestidos de terciopelo y oro, con otro pendón carmesí; cuarenta hombres con ropas de paño rojo, bonetes azules, una flor de lis

encima, y cetros dorados, iban entonando canciones en loa de la Reina y con maneras de canto, que imitaban las aves muy propiamente; detrás, seis mascaradas de salvajes; y cabalgando en buenos corceles, los oficiales del Santo Oficio con su morado estandarte; la Universidad y sus graduados; el Cabildo de la Santa Iglesia; caballeros de las Ordenes Militares y de los Consejos; y al fin, la Reina en una hacanea blanca, y formando su cortejo el Cardenal de Burgos, el Almirante de



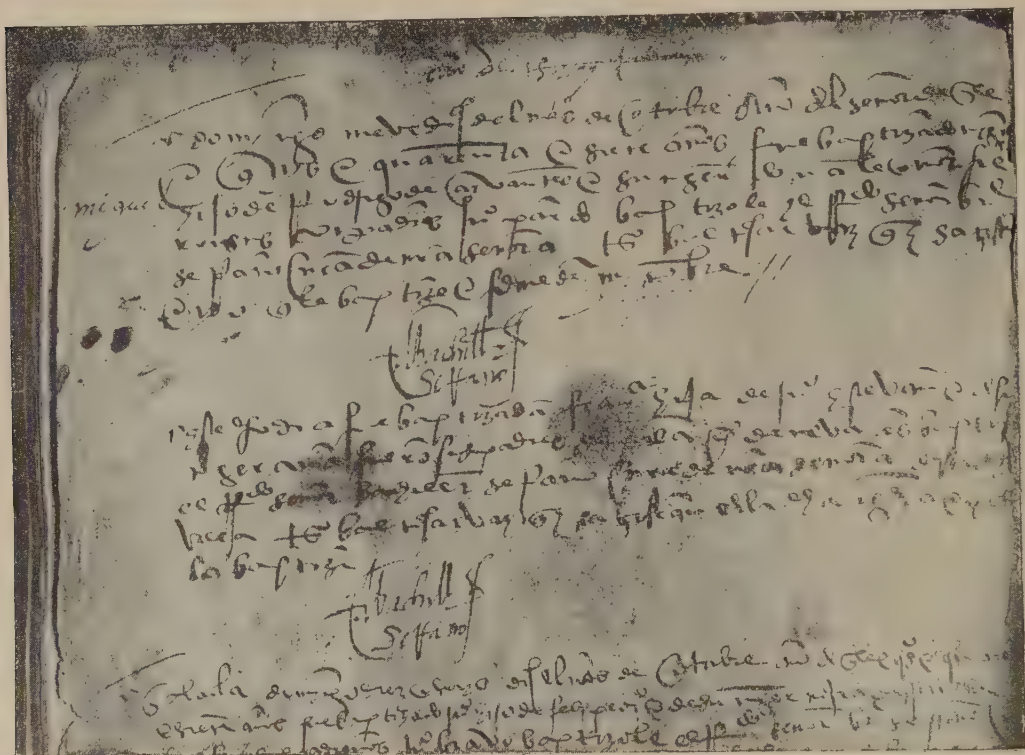
ALCALÁ DE HENARES
MONUMENTO DE CERVANTES

Castilla, los duques de Alba, Infantado, Escalona..., condes de Benavente, de Aguilar de Tendilla, y otros muchos señores.

Era Isabel de Valois pequeña de cuerpo, delicada de cintura, de faz redonda y trigueña, cabello negro como la endrina, ojos alegres, muy llana y afable. Por donde iba pasando, resonaban las músicas; los aplausos, vítores y aclamaciones de la multitud, bramaban en

el aire con estruendo. Al llegar á la puerta de Visagra, besaron la mano á la Reina los ministros y la ciudad: bajo palio que conducían los jurados y regidores, entró Isabel en su hacanea blanca; llegando á la catedral, apeóse y, del brazo del Cardenal de Burgos, entró en el templo á dar gracias á Dios.

das y otras diversiones; acaso también farsas y coloquios del gran Lope de Rueda, pues consta que hacia ese mismo año estuvo en Toledo. Iría allí con el cebo de la concurrencia numerosa, y hubo de equivocarse en sus cálculos, porque la gente acudiría mejor á las diversiones extraordinarias. Lo cierto es que de la ciudad salió con deudas, y que em-



ALCALÁ DE HENARES.—FACSIMIL DE LA PARTIDA DE BAUTISMO DE MIGUEL DE CERVANTES

«El Rey—dice un cronista—anduvo disfrazado con algunos de su gracia y cámara viendo la alegre fiesta, por la mucha hermosura de las damas que había de la ciudad y corte, el adorno de los miradores y calles, las libreas costosas y varias y muchas, que todo hacía un florido campo ó lienzo de Flandres.»

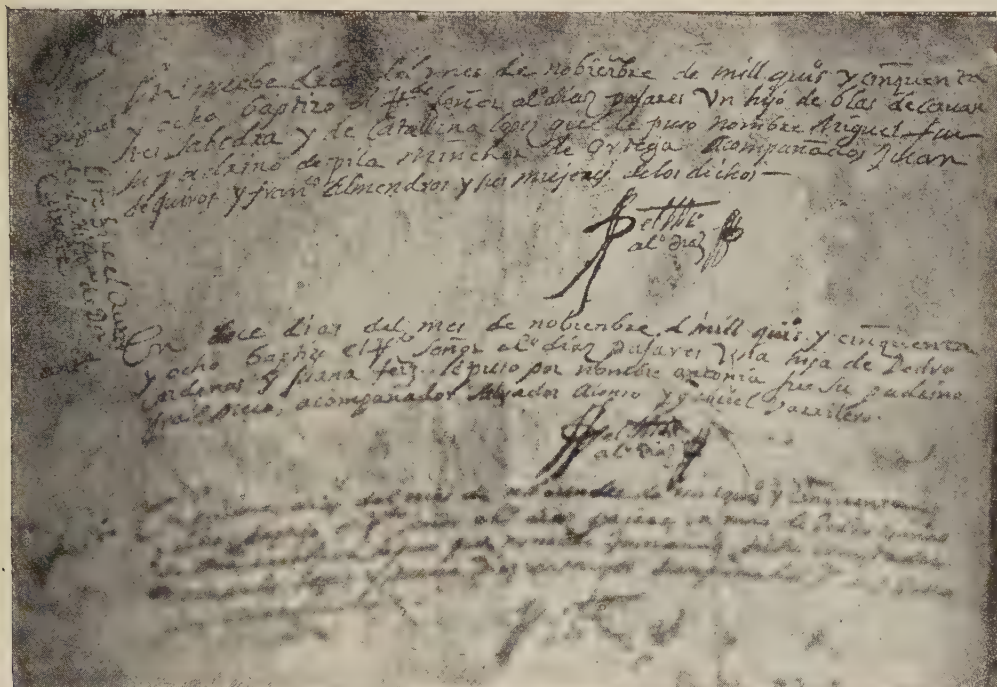
Duraron muchos días los públicos regocijos: hubo torneos y justas, saraos, mascara-

peñando su ajuar al pago de algunas, se vino á Madrid donde se hallaba en el año siguiente, é hizo comedias en el Palacio Real, cuyas representaciones le pagó el tesorero Luis de Villa, por orden de la reina doña Isabel.

Durante esta permanencia suya en la que era ya corte de España, fué cuando Cervantes, que residía entonces con sus padres en Madrid, y contaba á la sazón catorce años, pudo admirar aquel «varón insigne en la re-

presentación y en el entendimiento». Tan honda impresión dejaron en su alma los entremeses, farsas y coloquios postoriles del esclarecido autor, y la maestría del farsante en la escena, que aún recordaba en su vejez con deleite los versos aprendidos de memoria al oírle de niño recitarlos, según propia confesión en los prólogos de sus comedias, donde [también] escribe: «Fué admirable en

que el farsante se valía para dar vida real en la escena á los tipos de que era intérprete; y pensando al propio tiempo en la mayor eficacia de tales recursos, si el poeta coadyuvase vigorosamente á la obra del cómico en vez de embarazarla con retóricos artificios, acaso germinó en su pensamiento la idea de aquel teatro psicológico de que se ufano al decir: «fuí el primero que representase las



FACSIMIL DE LA PARTIDA DE BAPTISMO DEL MIGUEL DE CERVANTES DE ALCÁZAR DE SAN JUAN

la poesía pastoril; y en este modo, ni entonces, ni después acá, ninguno le ha llevado ventaja». De sus aptitudes para caracterizar diversos papeles, ya de negra, ya de rufián, ya de vizcaino, dice «que todas estas figuras y otras muchas hacía el tal Lope, con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse».

Con su poderoso talento crítico bien pudo Cervantes, aun en esa edad temprana, sorprender y analizar los delicados recursos de

imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro.»

De todas suertes, Lope de Rueda fué el primer maestro literario de Cervantes: dicenlo así la admiración que desde niño sintió por tan preclaro ingenio, y el aire de familia peculiar á las producciones de uno y otro, que se revela en el lenguaje y el estilo, como en la enérgica pintura de caracteres.

La familia de Cervantes no hallaba sosiego en parte alguna. En Octubre de 1564, Rodrigo de Cervantes había puesto casa en Sevilla donde aun parece que estaba en Marzo del año siguiente. Vivía allí también un hermano suyo, y es muy probable que á su arrimo fuese el cirujano en busca de clientela, si para marchar á Andalucía no pensó además en las buenas relaciones cultivadas

que tuvo en Valladolid Miguel de Cervantes, ni cómo se llamaban los que en Madrid, durante su primera estancia, y luego en Sevilla, cuidaron de su instrucción: el primer nombre conocido es el del maestro Juan López de Hoyos; con quien Cervantes debió estudiar en Madrid privadamente, aun antes de figurar como discípulo suyo, el año de 1568, en el Estudio de la Villa (1).

Hallábase éste sin preceptor de Gramática á fines del 1567, y el Ayuntamiento sacó á oposición la vacante, con la condición expresa de no haber más de un Estudio, y advirtiéndole «que el salario sería según la calidad y habilidad del agraciado». Dicha condición era un estímulo para optar á la cátedra, ya envidiable de suyo por la dignidad y los rendimientos. Concurrió al certamen López de Hoyos; el tribunal, compuesto en parte de jueces examinadores de la Universidad de Alcalá, le otorgó sus votos, y el Ayuntamiento le adjudicó desde luego la cátedra «con el salario y casa de ordinario».

Al siguiente mes, declaraba el Municipio que por ser el preceptor de la Gramática «hombre bastante», se hiciese petición al



ALCÁZAR DE SAN JUAN
PORTADA DE SANTA MARÍA LA MAYOR

por su padre que había sido Gobernador del estado de Osuna y después residió en Córdoba ejerciendo de abogado.

A fines de 1566 parece que murió la abuela de Miguel de Cervantes, Doña Elvira de Cortinas; y como heredasen hacienda suya los padres de Miguel, volvieron á establecerse en la Corte, donde estaban ya en Diciembre del mismo año, fecha en que vendieron por 7.500 maravedises una viña en Arganda, que procedía de la herencia.

Se ignora quienes hayan sido los maestros de primeras letras y de enseñanza elemental

(1) El estudio de humanidades de la Villa fué un caserón situado en la actual *Calle de la Villa*, llamada antes del *Estudio de la Villa*, y tuvo el núm. 2 de la manzana 189. Lo derribaron por ruinoso, y en el mismo solar se edificó la casa que lleva también el núm. 2 moderno, y de la cual es propietaria la Condesa de la Vega del Pozo. Quiso esta ilustre señora perpetuar como era debido el glorioso recuerdo de aquella casa y, realizando su noble pensamiento en 1870, empezó por solicitar el necesario permiso de la Alcaldía para poner allí una lápida con esta inscripción: *Aquí estuvo en el siglo XVI el Estudio público de humanidades de la Villa de Madrid que regentaba el Maestro Juan López de Hoyos y á que asistía como discípulo Miguel de Cervantes Saavedra.*

Al conceder licencia el Alcalde, acordó el Ayuntamiento que se diesen «merecidas gracias á la excelentísima señora Condesa de la Vega del Pozo por su insigne patriotismo; y á su vez que se ponga otra lápida costeada de los fondos municipales que haga juego con la indicada, de acuerdo y con el correspondiente permiso de dicha excelentísima señora, en que se consagre un recuerdo á los humanistas españoles.»

Consejo Real que no consintiera más de un Estudio; y autorizaba asimismo á aquel Maestro para que de dos reales que era costumbre percibir por cada alumno, pudiese cobrar tres. Al terminar el curso, le aumentó el salario en cinco mil maravedises, sobre los veinticinco mil asignados al preceptor del Estudio de la Villa. El Ayuntamiento de Madrid premiaba, sin duda, los servicios del sabio preceptor; pero aun vino á reconocer de manera más terminante sus excelentes condiciones, cuando acordó suplicar al Cardenal de Toledo que permitiese á Hoyos, nombrado á la sazón cura párroco de San Andrés, continuar desempeñando la cátedra, porque si la dejase, decía el acuerdo, «esta república y los hijos della padecerían notable daño».

Era D. Juan López de Hoyos un clérigo, vecino de Madrid, muy docto en Humanidades, regular poeta, mejor en latín que en castellano, hombre de erudición tan extensa como inoportuna, y más que nada según se ha visto, un excelente pedagogo. El cardenal Don Diego de Espinosa, Inquisidor General y Privado del Rey, le protegía y le dispensaba su gracia, cuyos favores reconoció el Maestro dedicándole tres libros que imprimió, y más expresamente en el epicedio que compuso á la muerte del Cardenal.

El día 24 de Julio de 1568 murió el príncipe Don Carlos en la prisión á que le había condenado su padre. Aquel suceso produjo una impresión general muy honda, y el mis-

mo Felipe II, acongojado, recluyóse en el Monasterio de San Jerónimo á llorar la muerte de su hijo.

Nadie podía olvidar la inexorable rigidez con que el Monarca oyó las súplicas del Pontífice, de los Reyes y de los Prelados, para que en la corrección del desgraciado Príncipe mitigase los rigores con paternal dulzura la princesa Doña Juana, y la reina Doña Isabel que compadecía á D. Carlos como si su propio hijo fuese, ni licencia para verle alcanzaron.



ALCÁZAR DE SAN JUAN

ÁBSIDE DE SANTA MARÍA LA MAYOR

Comentábase en secreto si la prisión había sido para castigar desobediencias y altanerías de Don Carlos, ó por consecuencia de rendidos é imprudentes galanteos suyos á la Reina. Los que parecían mejor informados, atribuíanla á rebeldes aspiraciones á la Corona y á

una benevolencia irreflexiva hacia los protestantes flamencos, delito de lesa religión que el rey Felipe ni á su hijo debía perdonar; pero el vulgo soñó una tragedia de familia, y con misterio se dijo que el Príncipe había muerto violentamente. En el mismo entierro aconteció que el Cardenal Espinosa hubo de retirarse indispuerto antes de entrar en la iglesia al funeral, y murmurando del caso algunos, creyeronlo fingido, y aun dijeron que el Cardenal se alegraba de la muerte del Príncipe, y que no podía olvidar cuándo éste, voluntarioso y violento como era, porque el cómico Cisneros no había ido á representarle un entremes, á causa de hallarse desten-

rrado, asió por el roquete á Espinosa y, poniendo mano á un puñal, le dijo: «Curilla, ¿vos atrevéis á mí no dexando venir á Cisneros?»

Las exequias se celebraron en el monasterio de Santo Domingo el Real, y el Maestro López de Hoyos fué encargado de hacer los epitafios y jeroglíficos para el túmulo, según consta en la *Relación de la muerte y honras fúnebres del SS. Príncipe D. Carlos...*, libro impreso en 1568, y dedicado por Hoyos, como los demás suyos, al cardenal D. Diego de Espinosa.

Revelaba alguno de los emblemas cierta ingenuidad cortesana. Un sacre, ceñida la cabeza con la corona real, volaba á un cielo esplendoroso, y la leyenda decía:

De la tierra al cielo ha dado
Vn vuelo tal, que halló
El reyno que al fin buscó.

Aquella muerte prematura de D. Carlos avivó en Isabel de Valois la compasión que sentía por el egregio cautivo, y el tierno interés que le había inspirado el Príncipe enfermo, de quien vino á ser madre después de haber sido prometida suya.

Al nacer la Infanta D.^a Catalina, flaca y débil la Reina, tardó en convalecer; embarazada ahora, dábanle á menudo vahidos y ahogos, sentía entorpecimiento en las manos y en el brazo izquierdo, y los ojos se le hinchaban. Esto ponía en gran cuidado á los doctores; pero ella, animosa, procuraba siempre calmar su inquietud. De pronto sintióse peor, y en cosa de muy pocos días tuvo fatal desenlace aquella enfermedad, el día 3 de Octubre de 1568, cuando habían transcurrido sólo dos meses de la muerte del príncipe D. Carlos.

La inesperada y funesta noticia conmovió de nuevo la opinión: aquella trágica leyenda que había nacido en torno al cadáver de D. Carlos, se apresuró á ceñir el de Isabel

con la aureola del martirio; los adversarios del Rey alimentaban las sospechas vulgares; y la calumnia creció, tomó puesto en la historia y hubo un gran poeta que cubriese su desnudez con el espléndido ropaje de la poesía. D. Manuel José Quintana la hizo hablar así, en el panteón del Escorial, por boca del mismo cadáver de Isabel, dirigiéndose á la sombra del Príncipe:

¡Ay, prorrumpió, de la que nace hermosa!
¿Qué la valdrá que en su virtud confíe,
Si la envidia en su daño no reposa
Y la calumnia hiriéndola se rie?
Yo dí al mundo la paz, Paz me nombraron.
Quise al cruel que se llamó mi esposo
Un horror impedir, y este es mi crimen.
Pedí por tí con lágrimas; mis ruegos,
Cual si de un torpe amor fueran nacidos
Irritaron su mente ponzoñosa.
La vil sospecha aceleró el castigo,
Y sin salvarte, perecí contigo:
¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

La luz que arroja la correspondencia íntima del embajador francés, Mr. Fourquevaux, con Catalina de Médicis, fué bastante para desvanecer ese fantasma.

Si la reina Isabel había sido querida y venerada antes de morir D. Carlos, cuando ocurrió su muerte concentró el pueblo en la Reina su cariño con mayor interés, acrecentado por la esperanza del próximo nacimiento de un varón heredero del trono.

Lloraba el pueblo á Isabel con lágrimas sinceras, no sólo por estima de las prendas personales que la adornaron, sino por ser ocasión de duelo nacional.

Aquel entusiasmo ruidoso con que *la oliva de la paz* fué aclamada en Toledo, trocóse en pesadumbre tan espontánea como la alegría de entonces, y como ella tan manifiesta ahora en el callado recogimiento del dolor.

«Fué harto de ver la gente que auia por las calles y ventanas llorando», dice un testigo presencial del entierro, y le hace desfilar á nuestra vista en sus memorias. Sobre unas andas de terciopelo negro estaba el ca-

dáver de la Reina, que semejaba dormida, con el hábito de San Francisco puesto de mortaja; tendieron por encima de él un rico paño de brocado, y sacáronle á hombros los grandes de la Corte y algunos ilustres.

Cruces de los cabildos y parroquias; toda la clerecía y comunidades religiosas con cirios; la Capilla Real y sus capellanes cantando las letanías; la servidumbre de la Casa Real, de luto y con hachones; los Obispos, los Príncipes de Bohemia y de Hungría, los Cardenales y el Nuncio, los Consejos, los Embajadores, y el de Francia cubierta la cabeza de luto..., todos pasaban en negra fila silenciosa, interminable como la pena, y fueron entrando en el convento de las Descalzas Reales, donde el cuerpo de Isabel recibió sepultura.

Como tierno lirio que perfumó con inmortal fragancia aquel sepulcro, vino á florecer allí el numen poético de Cervantes. Así exclamaba el joven discípulo de Hoyos, en la elegía con que lloró la muerte de Isabel de Valois:

¡Ay muertel ¿Contra quién tu amarga ira
quisiste ejecutar para templarme
con profundo pesar mi triste lira?

El Ayuntamiento de Madrid creyó deber celebrar por su parte honras fúnebres, y el día 24 de aquel mes se congregó con ese objeto en la misma iglesia de las Descalzas.



ISABEL DE VALOIS

Era cosa obligada encargar al Maestro Hoyos los epitafios, jeroglíficos y versos para el catafalco, y así lo hicieron. Esta vez el Preceptor quiso que los alumnos se ejercitasen en la composición latina y castellana, y les brindó ese tema por tratarse de asunto

qué preocupaba á todos. Lo indica el propio Maestro en el volumen que imprimió después con el título de *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la SS.^a Reyna de España D.^a Isabel de Valoys*: «En torno del túmulo hubo todas estas letras, que demás de los ejercicios en latín que en el estudio hicieron nuestros discípulos, también compusieron en metro castellano.»

Hace asimismo la siguiente declaración: «En las ficciones poéticas que aquí van insertas procuramos siempre imitar la magstad antigua». Las que López de Hoyos dió á conocer de Cervantes, llamando á éste, entre todos sus alumnos y con vanidad satisfecha, «nuestro caro y amado discípulo», eran una excepción: en ellas domina Cervantes con la propia individualidad la influencia de los modelos que el humanista le mostraba, y recibe á la vez el influjo de las corrientes nuevas. No deja de reconocerlo el Preceptor al anunciar así las «cuatro redondillas castellanas á la muerte de S. M., en las cuales, como en ellas parece, se usa de colores retóricos.»

La siguiente, es de una soltura singular:

.
Un alma tan limpia y bella,
tan enemiga de engaños,
¿qué pudo merecer ella,
para que en tan tiernos años
dejase el mundo de vella?

Aludiendo á lo inesperado de la muerte de Isabel de Valois, dice Cervantes:

.
la mejor flor de la tierra
fué trasplantada en el cielo.
Y al cortarla de su rama
el mortífero accidente,
fué tan oculto á la gente
como el que no ve la llama
hasta que quemar la siente.

El *epitafio en soneto* es una imitación del de Petrarca á la muerte de Laura:

Aquí el valor de la española tierra;
aquí la flor de la francesa gente;
aquí quien concordó lo diferente,
de oliva coronando aquella guerra.

Aquí en pequeño espacio veis se encierra
nuestro claro lucero de occidente.....

Además de estas composiciones quiso López de Hoyos que Cervantes escribiese una Elegía á la muerte de la Reina, dedicada en nombre de todo el Estudio, al cardenal D. Diego de Espinosa. En ella, según el Maestro, «con bien elegante estilo se ponen cosas dignas de memoria.»

El menos indiscreto no se permitiría ni alusión remota siquiera á las hablillas corrientes que tanto gozo daban á los enemigos del Rey; pero si Cervantes no desdeñase la calumnia, un silencio discreto le hubiese ahorrado escribir tan tierna estrofa como esta en que se refiere á Felipe II:

Los amargos suspiros dolorosos,
las lágrimas sin cuento que ha vertido
quien nos puede en su vista hacer dichosos,
al perder á su hijo tan querido,
aquel mirarse y verse cual se halla
de todo su placer desposeído.....
¿qué se puede decir sinó batalla!

Estaba en Madrid desde el 21 de Octubre Monseñor Julio Aquaviva, Refrendario de ambas Signaturas, joven y aficionado á las letras, que había venido de Roma al frente de una embajada extraordinaria de S. S. Pio V, y traía la misión de dar el pésame al Rey por la muerte del príncipe Don Carlos. Es natural que la etiqueta pusiera en relaciones al Embajador del Papa con el Cardenal Espinosa, Presidente del Consejo de Castilla, y que esas relaciones llegasen á estrecharse por la circunstancia de pertenecer Espinosa al Sacro Colegio. Cervantes leyó, sin duda, su *Elegía* ante el Cardenal y acaso



FELIPE II

en presencia también de Monseñor Aquaviva: es de suponer que López de Hoyos aprovechara la coyuntura para solicitar de su generoso Mecenaz valimiento para el muy ama-

chó á Italia Cervantes. La verdad es que el Legado del Papa salió de Madrid para Roma el 30 de Diciembre de aquel mismo año de 1568; que Cervantes estaba en Roma



EL PRÍNCIPE D. CARLOS

do discípulo; y Cervantes, que como tantos otros quiso pasar á Italia soñando con la fortuna y la gloria, hallaría en esta ocasión medio fácil de realizar sus sueños. Créese que entonces, y al servicio de Aquaviva, mar-

en 1569; y que fué camarero del Cardenal Aquaviva el que había de ser *Príncipe de los Ingenios*.

JUAN MENÉNDEZ PIDAL.

III

CERVANTES SOLDADO

CUÁNDO SENTÓ VERDADERAMENTE PLAZA CERVANTES.—JORNADAS CONTRA LOS TURCOS.—BATALLA DE LEPANTO.—CERVANTES HERIDO.—ASEDIOS DE MODÓN Y NAVARINO.—EXPEDICIÓN CONTRA TÚNEZ.—CERVANTES VUELVE Á LA PATRIA.—ES CAUTIVADO Y CONDUCTO Á ARGEL.

Entre los muchos puntos oscuros ó dudosos que todavía ofrece la vida de CERVANTES, es de los más dignos de estudio el de su ingreso en la milicia, por la aparente y no explicada contradicción que existe en los documentos que lo refieren.

Lo admitido como cierto, desde Navarrete acá, se contiene en estos dos números.

1.º CERVANTES sentó plaza en 1570, cuando se organizaron las fuerzas que habían de oponerse á los turcos.

2.º CERVANTES empezó á servir en la compañía de Diego de Urbina, que formaba parte del tercio de D. Miguel de Moncada.

La segunda afirmación es inexacta de todo punto siendo cierta la primera. El tercio de Moncada permaneció en España hasta 1571, pues en el año anterior estuvo en la guerra de Granada, como el mismo Navarrete (que en esto se contradice) ha demostrado. La compañía de Diego de Urbina, que debió de haber quedado mal parada en la guerra granadina fué á rehacerse en Valencia durante la primavera de 1571, y no salió para Italia hasta el 9 de Junio de este año. Consta en cierta curiosa información hecha en aquella ciudad en 1583 por varios soldados que ha-

bían pertenecido á dicha compañía. (*Revista de Val.*, de 1.º de Noviembre de 1880, páginas 48 y sigs.)

Para salvar esta dificultad el Sr. D. José María Torres, publicador de la información, supone que CERVANTES que, como es sabido, se hallaba en Italia en 1569, habría vuelto á España en 1570 y al año siguiente se incorporaría, en Valencia, á la bandera de Urbina. Esto es inadmisibile: no hay indicio alguno de esta venida: más natural es presumir que, hallándose CERVANTES en Nápoles en 1571, se uniría allí á las fuerzas de Urbina.

Si, pues, CERVANTES sentó plaza en 1570 sería en otro lado; por más que desde 1571 es indudable que perteneció á la compañía del citado Urbina, y con él y ella estuvo en Lepanto.

Pero, ¿es enteramente seguro que CERVANTES se hiciese soldado precisamente en 1570?

Para resolver esta duda necesitamos dejar sentado:

1.º En el otoño de 1569 se hallaba CERVANTES en Roma.

2.º CERVANTES fué camarero del cardenal Aquaviva.

Lo primero consta en una información de limpieza de sangre é hidalguía, hecha por Rodrigo de Cervantes, padre del novelista, en 22 de Diciembre de aquel año. Lo segundo lo afirmó el autor en la dedicatoria de su *Galatea*.

Pero CERVANTES no pudo ejercer este empleo después de 1571 en que consta siguió la milicia. Aquaviva fué creado cardenal en 17 de Mayo de 1570. Entre los meses restantes de este año y primeros del siguiente, pudo, pues, haber desempeñado aquel cargo, y entonces no habría sentado plaza CERVANTES hasta 1571.

Pero justamente ahora es cuando surgen las mayores dificultades para admitirlo.



VALLADOLID
MONUMENTO Á CERVANTES

En 26 de Septiembre de 1575 fué cautivado CERVANTES, por el pirata Arnaute Mamí, y conducido á Argel, donde permaneció cinco años justos. La consecución de su libertad motivó un gran número de documentos que encierran preciosas noticias para la vida del cautivo, y en especial sobre el punto de que ahora se trata. Pero antes de hablar de ellos debemos recoger una categórica afirmación, del mismo CERVANTES. Escribía éste, en 1577

y enviaba por su rescatado hermano, una *Epístola* poética al secretario de Felipe II, Mateo Vázquez, y en ella le decía:

*Diez años ha que tiendo y mudo el paso,
en servicio del gran Filipo nuestro,
ya con descanso, ya cansado y laso.*

Y que esta poesía se compuso en 1577 no puede dudarse viendo que algunos versos más abajo, añade:

*Sentí de ajeno yugo la gran carga,
y en las manos sacrílegas malditas,
dos años ha que mi dolor se alarga.*

Si, pues, en 1577 llevaba ya diez años sirviendo al rey D. Felipe II, es evidente que habría comenzado, no en 1571, sino en 1567.

Seis meses más tarde de la llegada á Madrid de la *Epístola*, practicó en esta villa, Rodrigo de Cervantes, una información de los méritos de su hijo, en que dice que «ha servido á S. M. de diez años á esta parte, hasta que habrá dos años que le cautivaron en la galera Sol.» Como esta información fué escrita á principios de año, resulta que, al igual del hijo, establece el padre el comienzo del ejercicio militar de aquél en 1567. (Navarrete: *Vida de Cervantes*, 315.)

En una solicitud, con fecha 24 de Marzo del año de 1579, presentada por D.^a Leonor de Cortinas, madre de CERVANTES, en demanda de auxilios para su rescate, afirma también que su hijo sirvió á S. M. *diez años*. Aquí retrasa un año la época del principio de la carrera militar de CERVANTES, si no es que la madre tuviese hecho su memorial con anterioridad. De todos modos, no pasa de 1568. (Pérez Pastor: *Documentos Cervantinos*, II, xvi.)

En la célebre información de Argel que CERVANTES mismo hizo, ya rescatado y antes de salir para España, en 1580, uno de los testigos, Juan de Valcázar, declara haberle conocido de soldado ya en 1569. Pero no dice que empezase entonces este ejercicio. (Navarrete, 334).

El propio CERVANTES en su memorial enviado al Rey, á principios de 1590, dice haber servido «muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido *de 22 años á esta parte.*» Este memorial fué remitido desde Sevilla y aparece decretado en 21 de Mayo. Debíó de haberse escrito, pues, unos dos meses antes y nos vuelve, por consiguiente á la fecha de 1567 ó á principios de 1568.

Una solicitud presentada, por D.^a Leonor de Cortinas á fines de 1576, y que provocó la Real Cédula de 5 de Diciembre del mismo año, concediéndole 60 escudos para ayuda del rescate de sus hijos, asegura que CERVANTES estuvo «en Italia y en Flandes y en las galeras y en las demás ocasiones que se han ofrecido. (*Doc. Cerv.*, II, x.)

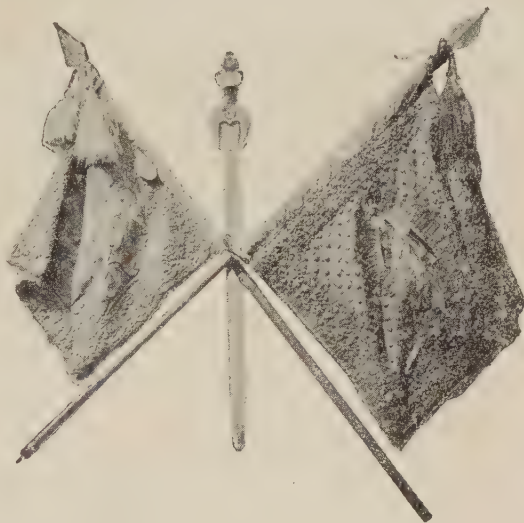
Si CERVANTES estuvo en Flandes tuvo que ser forzosamente antes de 1570.

Á empresas militares anteriores á 1571 alude el mismo novelista cuando, respondiendo á los que, en el día de Lepanto, le aconsejaban que se retirase del combate, por hallarse enfermo, dijo: *Señores, en todas las ocasiones que hasta hoy día se han ofrecido de guerra á S. M. y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y ansi agora no haré menos, aunque esté enfermo.* Estas ocasiones no pudieron ocurrir en 1570, en que no hubo más que la simple é inofensiva tentativa de socorro de la isla de Chipre. Debe referirse, pues, á servicios algo anteriores.

Además de las ciudades que consta vió CERVANTES desde 1571, aparece también, por las indicaciones contenidas en sus obras, haber visitado otras muchas, como Florencia, Venecia, Ferrara, Parma, Plasencia, Milán, Asti y otras de Italia y aun algunas de Flandes, como Amberes, Gante y Bruselas. Ninguno de estos lugares pudo conocer después de 1571, en que siguió á su compañía hasta ocurrir el cautiverio. Debíó de ser, por tanto, en el intermedio de 1567 á 1570.

Pero como resulta cierto que se hallaba en España á fines de 1568, en que compuso los

versos, que dió á luz el maestro Juan López de Hoyos, con ocasión del fallecimiento de la reina Isabel de Valois, habrá que admitir un primer viaje á Italia y otros puntos, cuando cumplía los veinte años, que es justamente la edad que tenía Tomás Rodaja al emprender el suyo, en los años de 1567 y 1568, según los datos que figuran en el *Licenciado Vidriera*, cuando dice:



BATALLA DE LEPANTO

ESTANDARTES CRISTIANOS

Y ESPADA DE D. JUAN DE AUSTRIA

«Desde allí (Milán), se fué á Asti, y llegó á tiempo que otro día marchaba el tercio á Flandes. Fué muy bien recibido de su amigo el Capitán, y en su compañía y camarada, pasó á Flandes, y llegó á Amberes, ciudad no menos para maravillar que las que había visto en Italia. Vió á Gante y á Bruselas, y vió que todo el país se disponía á tomar las armas para salir en campaña el verano siguiente; y habiendo cumplido con el deseo que le movió á ver lo que había visto, determinó volverse á España y á Salamanca acabar sus estudios; y como lo pensó lo puso luego por obra, con pesar grandísimo de su camarada, que le rogó, al tiempo de despe-

dirse, le avisase de su salud, llegada y suceso. Prometióselo así como lo pedía, y, por Francia, volvió á España, sin haber visto á París, por estar puesta en armas.»

Todo este pasaje, rigurosamente histórico, y parece recordar un viaje real y efectivo. Las tropas del Duque de Alba salieron de Asti el 15 de Junio de 1567; llegaron á Bruselas á fines de Agosto. Rodaja no iba inscripto en la bandera del Capitán Valdivia, como forzoso, y pudo emplear el resto del año 67 en ver diversos lugares flamencos y observar los preliminares de guerra para la primavera siguiente. Empezado ya el año de 1568 pasó por Francia, sin entrar en París, sitiado por los hugonotes, al mando de Condé y Coligny en el mes de Febrero ó Marzo en que se ajustó la paz de Lonjumeau.

Sean ó no ciertos estos primeros ensayos militares de CERVANTES, lo averiguado es que en 1571 estaba en la compañía de Diego de Urbina, y que, con ella, asistió al gran combate naval de Lepanto, embarcado en la galera *Marquesa*, que pertenecía á la división de Andrea Doria, y mandaba, como patrón, el Capitán Francisco de San Pedro.

No describiremos este gran acontecimiento marítimo, cuyo origen y consecuencias están sobradamente estudiados en cien obras que andán en manos de todos, y hablaremos sólo de la parte que tomó personalmente MIGUEL DE CERVANTES en aquella célebre batalla (7 de Octubre de 1571).

La división de Andrea Doria formaba el ala derecha de la armada; pero á fin de reforzar algo el otra ala, ó cuerno, como entonces decían, y que gobernaba el almirante veneciano Agustín Barbarigo, se le quitaron algunas galeras, y entre ellas la *Marquesa*, que formó en el extremo del cuerno izquierdo, casi pegada á tierra en la costa de la Etolia, ó parte Norte de la entrada del golfo de Lepanto. Aquí fué la pelea más encarnizada; porque no pudiendo maniobrar con tanta libertad los buques llegó á ser la lucha casi cuerpo á cuerpo.

En la galera *Marquesa* mataron los turcos más de cuarenta hombres, entre ellos al capitán Francisco de San Pedro. En general, en toda esta parte de la armada, cuando se hizo después el recuento, se halló ser mayor la mortandad, pereciendo hasta su general Barbarigo.

CERVANTES estaba doliente el día de la batalla y con calentura tal, que sus compañeros y el propio capitán Urbina le aconsejaron que se quedase bajo cubierta. Pero él, contestando con palabras dignas de ser oídas en aquellos mares griegos, patria de todo heroísmo, dijo: «*Qué dirían de él, é que no hacía lo que debía; é que más quería morir peleando por Dios é por su Rey que no meterse so cubierta é que su salud.*»

Esta respuesta, así como la que hemos copiado anteriormente, nos han sido conservadas por testigos presenciales y compañeros de CERVANTES en tan solemne función de guerra.

El Capitán le entregó el mando de otros doce soldados y le puso junto al esquife, que era cerca de la proa de la galera; y allí estuvo peleando hasta que cayó herido de tres arcabuzazos, dos que le pasaron el pecho y uno que le hirió en el brazo izquierdo estropeándole la mano de aquel lado.

En una elocuente poesía suya, poco conocida por no figurar en las colecciones vulgares de sus obras, la *Epístola á Mateo Vazquez*, refiere el mismo CERVANTES este glorioso episodio de su vida militar:

Y en el dichoso día que siniestro
Tanto fué el hado á la enemiga armada,
Cuanto á la nuestra favorable y diestro,

De temor y de esfuerzo acompañada,
Presente estuvo mi persona al hecho,
Más de esperanza que de hierro armada.

Vi el formado escuadrón roto y deshecho,
Y de bárbara gente y de cristiana
Rojo en mil partes de Neptuno el lecho;

La muerte airada, con su furia insana,
Aquí y allí con priesa discurriendo,
Mostrándose, á quien tarda, á quien temprana;

El son confuso, el espantable estruendo,
Los gestos de los tristes miserables
Que entre el fuego y el agua iban muriendo;

Los profundos suspiros lamentables
Que los heridos pechos despedían
Maldiciendo sus hados detestables.

Helóseles la sangre que tenían,
Cuando en el son de la trompeta nuestra
Su daño y nuestra gloria conocían.

Con alta voz, de vencedora muestra,
Rompiendo el aire claro, el son mostraba
Ser vencedora la cristiana diestra.

A esta dulce sazón yo, triste, estaba
Con la una mano de la espada asida,
Y sangre de la otra derramaba;

El pecho mío de profunda herida
Sentía llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.

Pero el contento fué tan soberano,
Que á mi alma llegó, viendo vencido
El crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sufrimiento
Que á veces me quitó todo el sentido.

Al anochecer terminó la batalla, pronun-
ciándose en fuga la escuadra otomana, casi
aniquilada, pues de sus 250 galeras sólo pudo
salvar unas cuarenta que se internaron en el
golfo al mando de Uluch-Alí, habiendo queda-
do prisioneras unas 130 y anegadas 80.
Murieron más de 20.000 enemigos, quedaron
prisioneros 5.000 y se rescataron 12.000 cau-
tivos cristianos. De éstos murieron cerca de
7.000, entre ellos 2.000 españoles. Es dato
curioso el de que, no obstante los continuos
abordajes hechos con el mayor desorden, ni
un solo enemigo logró poner el pie en nues-
tros buques.

Después de una corta detención en Petela
para curar á los heridos, volvió la armada
victoriosa á Messina, en cuyo hospital siguió
CERVANTES hasta su curación completa. Se
le dieron por orden de D. Juan de Austria,
varias ayudas de costa y se le aventajó de
sueldo en tres escudos mensuales.

Pasó luego al tercio de D. Lope de Figue-
roa y compañía de D. Manuel Ponce de León,

pariente del Duque de Arcos, y con ella fué
al año siguiente, bajo el mando supremo de
Marco Antonio Colonna, á las inútiles ex-
pediciones de Navarino y de Modón. Lleva-
ba Colonna 28 galeras españolas; pero no
pudo obligar al astuto Uluch-Alí á combatir,
refugiándose, siempre que se veía acosado,
en las costas de Morea, al amparo de sus



IMAGEN DEL CRISTO LLAMADO DE LEPANTO

castillos. CERVANTES recuerda en su *Epístola*
á Mateo Vázquez esta expedición, diciendo:

Y en mi propia cabeza el escarmiento,
No me pudo estorbar que el *segundo año*
No me pusiese á discreción del viento;
Y al bárbaro medroso, pueblo extraño
Ví recogido, triste, amedrentado,
Y con causa temiendo de su daño.

Aquí llama CERVANTES *segundo año* al
que siguió á la batalla naval que considera

como primero de estos grandes sucesos. Lo mismo dijo en el *Quijote* (I, xxxix). «Halléme el *segundo año* que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de tres fanales.» En este capítulo recuerda también el único suceso favorable de este crucero, que fué el haber apresado la galera *Loba*, del Marqués de Santa Cruz, otra turquesca, llamada después *La Presa*, que mandaba un nieto de Barbarroja. Este suceso

CERVANTES habla de esta conquista en la indicada *Epístola*, diciendo:

Y al reino tan antiguo y celebrado,
A do la hermosa Dido fué rendida
Al querer del troyano desterrado,
También, vertiendo sangre aun la herida
Mayor, con otras dos, quise ir y hallarme,
Por ver ir la morisma de vencida.
Dios sabe si quisiera allí quedarme,
Con los que allí quedaron esforzados,



PENDÓN DE LA GALERA REAL, EN LEPANTO

ocurrió el 7 de Octubre, aniversario de la batalla de Lepanto.

Disuelta la Liga, por haber hecho Venecia las paces con los Turcos, siguieron los ejércitos españoles sus empresas sobre las costas de Africa.

En 1573 llevó á cabo don Juan de Austria su expedición contra Túnez, saliendo con 20.000 soldados en sus galeras, desde Palermo, en 24 de Septiembre. Llegó á Túnez en Octubre; se apoderó de la ciudad, la dejó presidida y, al cabo de un mes, dió la vuelta á Sicilia.

Y perderme con ellos ó ganarme;
Pero mis cortos, implacables hados,
En tan honrosa empresa no quisieron
Que acabase la vida y los cuidados.

La desesperación de CERVANTES le hace envidiar la horrenda suerte de los míseros defensores de Túnez, de que se apoderó el turco al año siguiente (22 de Agosto de 1574). Toda la guarnición fué muerta ó prisionera, con su general, D. Pedro Portocarrero, que expiró de dolor, al cabo de algunos días, cuando era llevado á Constantinopla.



D. JUAN DE AUSTRIA

El resto del tiempo que CERVANTES consagró á su carrera militar, lo empleó en guardaciones en Cerdeña, Génova, Sicilia y Nápoles. Pero cansado de esta vida ó con esperanza de ser promovido á capitán, quiso volver á España en el verano de 1575.

Provisto de muy buenas recomendaciones de D. Juan de Austria y del Duque de Sessa, salió de Nápoles el 20 de Septiembre, á bordo de la galera *Sol*, que pertenecía á la escuadrilla de D. Sancho de Leiva.

Navegaron sin dificultad los cinco primeros días; pero, bien por ir á la descubierta ó á causa de una tempestad, alejóse la galera *Sol* de sus compañeras, y el 26, al llegar frente á Marsella y lugar nombrado Las Tres Marías, vióse sorprendida por tres galeotas argelinas al mando del famoso corsario Arnaute Mamí y el arráez Alí Mamí, que la abordaron con gran coraje.

Defendiéronse los españoles de los cuatro asaltos que en cuatro horas dieron los enemigos. Murieron la mayor parte de sus tripulantes con su capitán, un tal Gaspar Pedro, natural de Villena, que cayó muerto de tres arcabuzazos y el alférez Alonso Jiménez Vélez, natural de Villamiel, con un sobrino suyo llamado Diego Vélez Jiménez.

A la aproximación del resto de la escuadrilla de Leiva, que traía las galeras llamadas *Mendoza* y *La Higuera*, huyeron los turcos, desamparando la *Sol*, pero llevándose los cautivos que durante el combate habían hecho, entre ellos á CERVANTES y á su hermano menor, Rodrigo.

En la repetida *Epístola* á Mateo Vázquez, describe también el gran novelista este suceso.

Y, al fin, por los cabellos me trujeron
A ser vencido por la valentía

De aquellos *que después* no la tuvieron.

En la galera *Sol* que escurecía

Mi ventura su luz, á pesar mío,

Fué la pérdida de otros y la mía.

Valor mostramos al principio y brío;

Pero después, con la experiencia amarga,

Conoscimos ser todo desvarío.

Sentí de ajeno yugo la gran carga

Y en las manos sacrilegas malditas

Dos años ha que mi dolor se alarga.

CERVANTES quedó esclavo de Alí Mamí, llamado *El Cojo*, que le había apresado y su hermano Rodrigo, correspondió á Ramadán Bajá, Rey de Argel, á donde fueron ambos conducidos.

Así acabó la vida militar de CERVANTES. Las interesantes peripecias de su cautiverio no son de nuestra incumbencia ni su rescate llevado á cabo en 1580 por los padres Trinitarios.

Y terminamos este bosquejo llamando la atención de los eruditos sobre lo dicho al principio de este artículo. Si CERVANTES empezó sus correrías y aventuras militares en 1567, ábrese á la curiosidad de los futuros biógrafos un período de seguro interesante en su vida. Cobrarán de nuevo fuerza y valor autobiográfico las especies contenidas en *El Licenciado Vidriera*, *La Gitanilla*, *El gallardo español* y otras obras. Pero ¿quién sabrá discernir lo que en ellas hay de verdadero ó aplicable al autor y lo que sea obra de la imaginación ó relativo á otras personas?—Hoy por hoy nos parece muy aventurado el intentarlo.

EMILIO COTARELO.
de la Real Academia Española.

IV

CERVANTES CAUTIVO

CAUTIVIDAD DE CERVANTES.—SUS TENTATIVAS DE FUGA.—SU REDENCIÓN.—SU CONDUCTA DURANTE EL CAUTIVERIO.—CONOCIMIENTO QUE DE LAS COSTUMBRES MAHOMETANAS REVELAN SUS OBRAS.—SITUACIONES DIVERSAS Y COSTUMBRES DE LOS CAUTIVOS.—LAS EVASIONES.—LOS PP. REDENTORES.—LOS BARATARIOS.—LA CORTE DEL GRAN TURCO.—LA REGENCIA DE ARGEL.—MORISCOS Y RENEGADOS.—EL MATRIMONIO MUSULMÁN.—MATRIMONIOS MIXTOS.—LOS CRISTIANOS Y LOS MUSULMANES.—LAS ESCLAVAS.

No menos que su asistencia á la memorable jornada de Lepanto, gustaba Cervantes de recordar los trances y aventuras de su penoso cautiverio en Argel; gloriosa página de su historia, pues si libre se acreditó de soldado valentísimo, esclavo empeñó su fértil inventiva en los intentos más difíciles y arriesgados. Referirlos aquí á la menuda, estando ya divulgados por escritores de gran nota, sería labor inútil, pues el presente trabajo tiene más de semblanza que de biografía, y para servir de guión en lo que haya de seguir bastará un sumario apunte de las principales fechas de aquel azaroso período.

El día 26 de Septiembre de 1575 fué capturado Cervantes á bordo de la galera española *Sol*, viniendo de Nápoles á España en busca de la recompensa que sus servicios merecían. Adjudicado en el reparto del botín á Dalí Mamí, capitán de la galeota que le había apresado, suponiéndolo persona muy

principal y de gran rescate por las cartas y documentos que consigo traía, no vió para conseguir pronta libertad más remedio que la fuga, y con otros amigos la emprendió camino de Orán, pero la defección del guía les obligó á todos á volverse á la ciudad. Redimido su hermano Rodrigo en Agosto de 1577 con los fondos penosamente allegados por sus padres, recibió encargo de proporcionar una embarcación que llegó en efecto, en una noche oscura de fines del mes siguiente á un punto de la costa donde esperaban Miguel y otros cautivos los cuales desde Febrero anterior se habían ido reuniendo, pero un traidor, dos veces renegado, desbarató la generosa tentativa. Tercera vez pensó Cervantes huir sin conseguirlo, porque un moro portador de la carta en que pedía auxilio al General de Orán, fué sorprendido con ella y ejecutado como traidor. Por último, un renegado arrepentido, en connivencia con unos mercaderes, preparó como suya en 1579 una barca en que debían escaparse nuestro indomable cautivo y muchos de sus compañeros, y esta vez la delación de un cristiano de perversas entrañas fué la causa del fracaso. Al fin, el 19 de Septiembre de 1580 el Padre Juan Gil, de los trinitarios, consiguió rescatar al grande ingenio con los fondos aprontados por su madre y hermana, aumentados con otros procedentes de los generales de la Redención y algunas sumas adelantadas por unos mercaderes.

Con ser tantos y tan insignes los ejemplos de valor y de astucia que para sustraerse á la servidumbre suministraron los cautivos de aquel tiempo, Cervantes rayó más alto que ninguno. Su ánimo generoso anteponía al suyo propio el bien de sus compañeros de infortunio; con noble entereza se daba por único responsable de cuanto con ellos había tramado, y no obstante ser tenido por el cristiano más peligroso de aquel Estado, con su gran sagacidad y cierta especial gracia en su porte logró contener la brutal ferocidad del Bajá, con quien tal vez adquiriría ascendiente merced á su habilidad en el uso de la lengua italiana, puesto que era un renegado veneciano.

Estando pregonado, Cervantes tomó la heroica resolución de presentarse á tan terrible autoridad para no comprometer al amigo que lo guardaba escondido; en la segunda de sus cuatro infructuosas tentativas de evasión, proveyó durante seis meses, con singular industria al mantenimiento de los catorce españoles ocultos en una cueva, que todavía se enseña, cerca del mar, y á donde fué él mismo en vísperas del proyectado embarque; y no cae fuera de lo verosímil que cruzara por su mente la idea de hacerse dueño de la ciudad, contando con el apoyo de los veinticinco mil cristianos residentes en ella, y con la mal reprimida aversión de los moros hacia los turcos sus opresores.

A través de tantas tribulaciones, el espíritu sereno, la caridad ardiente y el trato afable del príncipe de nuestros ingenios le granjearon universal simpatía. Con sano consejo y adecuadas razones, sostenía en la fe cristiana á los vacilantes; para volver á ella y á su patria sugería arbitrios á los caídos y á toda aflicción procuraba consuelo; compartía su enflaquecida bolsa con los más necesitados, y aun en su mala ventura no le faltaba humor para componer versos que recitaba á sus amigos. Por tales prendas de saber, de virtud y de cortesía, se afanaban por serlo los cautivos más principa-

les, los Padres redentores, y hasta algunos renegados.

Cinco años de residencia en Argel, tras de algunos otros pasados en correr el Mediterráneo y servir probablemente en la guarnición de Túnez con algunas comisiones que más tarde desempeñó en Mostaganem y en Orán, dieron al genio observador de Cervantes ocasión y medio de tomar de las cosas de aquellos países un conocimiento que aun hoy no es vulgar y resalta en la mayor parte de sus obras. La preciosa novela del Capitán cautivo, inserta en la primera parte del *Quijote*, y fundada en un caso verídico; la comedia *El trato de Argel*, destinada á mover el corazón de Felipe II con el cuadro de las desdichas de los cristianos prisioneros; *Los baños de Argel*, refundición en una de las dos piezas anteriores; *La gran Sultana*, comedia de aparato, y tomada también de un caso histórico, y *El gallardo español*, especie de libro de Caballerías puesto en escena, tienen por objeto exclusivo asuntos de ese género, los cuales salen también por incidencia en *La Galatea*, *El amante liberal*, *La española inglesa* y en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. La situación de los cristianos, así esclavos como libres, la vida oficial del imperio turco y la constitución de la familia musulmana, serían capítulos de una Monografía especial, compuesta con retazos de las obras de Cervantes, y cuyo plan ó resumen va á ser objeto de la que siga en este artículo.

Una y otra vez pinta Cervantes con vivos colores las desgarradoras escenas del apresamiento de un bajel ó el asalto de un pueblo por los piratas de la costa de Berbería. No lo eran menos las del desembarco de los infelices cautivos, cuando eran separados padres, hijos, esposos y hermanos, acaso para nunca más volverse á ver. Las personas principales, ó las que por tales eran tenidas, como le aconteció á Cervantes mismo, se ponían aparte y eran tratadas con cierta consideración, como materia que se debía

conservar para conseguir un buen rescate, y que por añadidura no tenía ninguna otra aplicación útil. Mas si el tal rescate se retardaba demasiado, se estimulaba á dichos cautivos á activarlo con trabajos penosos, cadenas, prisión y otras vejaciones. Algunos obtenían libertad provisional bajo palabra, y los españoles eran muy celebrados por la puntualidad con que se presentaban antes de espirar el plazo concedido, con ó sin el dinero necesario.

En cambio, por ningún precio podían redimirse los maestros y oficiales de las artes mecánicas propias para los parques, las atarazanas y las obras públicas. Eran aplicados al remo los esclavos vigorosos, y los demás se ocupaban en faenas diversas. Las mujeres se destinaban al servicio doméstico ó al tálamo de sus dueños, reservando las bellezas sobresalientes para el Serrallo del Gran Señor.

Los cautivos, vestidos con un traje especial, solían discurrir libremente por la ciudad durante el día, y muchos particulares los encerraban por la noche en el Baño del Rey, que así llamaban á la cárcel pública, para tenerlos mejor custodiados en unión con los del Bajá. Era costumbre mandarlos á las obras públicas ó particulares para lucrarse los amos con los míseros jornales, y alguna vez se esforzaba Cervantes en suplir lo necesario para completar la tasa exigida por los avariciosos dueños á fin de conjurar el castigo que de no hacerlo esperaba á sus más infelices compatriotas. Y como no hay desdicha á la que el hombre no se haga, en el propio Baño del Rey y en otros se organizaban fiestas y se representaban comedias, á las que asistían con gusto los mismos carceleros. Ni dejaba de haber cautivos traviesos y maleantes que se divertían en embaucar á incautos y molestar ó explotar á los pobres judíos, más infelices que ellos mismos.

Los argelinos ponían gran empeño en romper á los niños cautivados, tanto en religión como en costumbres; no perdonando

para ello halagos, amenazas ó crueles tratamientos; pero no molestaban gran cosa á los adultos, que tenían algunos dentro del baño una capilla, con Misa casi diaria que decían sacerdotes libres ó cautivos, Exposición del Santísimo Sacramento, y otros cultos á que asistía asiduamente Cervantes. Conducta que le granjeó grande estimación y crédito, porque nada desprecian tanto los musulmanes como á un cristiano que no cumple con ningún precepto religioso. Alguna vez fueron los



ARGEL.—GRUTA DE CERVANTES

fieles objeto de indignos atropellos por parte de musulmanes fanáticos; pero lo más ordinario era que los guardianes aprovecharan la devoción de los presos para sacarles algún provecho.

La fuga por mar ofrecía no pocas dificultades por la necesidad de contar con una embarcación que viniera de noche á recalar en punto apartado de la costa, y hacerse á la mar sin pérdida de tiempo, antes de que dieran voz de alarma los corredores de la playa. Así fracasaron las dos tentativas de Cervantes, segunda y cuarta, para escaparse por mar, pero la huida por tierra para acogerse á Orán era más llana y por eso la castigaban

con extremado rigor y bárbaros suplicios. Esa vía eligió el mismo Cervantes con otros amigos en su primera evasión, y si al tener que volverse por falta de guía recibió un castigo moderado, fué por haberse todos presentado voluntariamente á sus amos.

Mas entonces, como ahora, nunca ha faltado quien viva de burlar las leyes, y por fortuna para los cristianos había gentes que hacían secreta profesión de proporcionar fraudulenta libertad á algunos cautivos, y estos tales se conocían con el nombre de espías, palabra cuya recta significación no ha dejado de ofrecer alguna dificultad. No decayendo el ya célebre Manco en su empeño de cobrar la libertad y procurarla á sus amigos, escribió al General de Orán en súplica de que le enviara uno de esos agentes con quien fraguar el tercer ensayo.

Fuera de los redimidos en espera de embarque, había en Argel dos clases de cristianos: Los redentores y los mercaderes. Al ser divisada una nave con insignia de Redención se producía en la ciudad universal regocijo; en los cristianos por la esperanza de la libertad, en los musulmanes por la de trocar por dinero una mercancía tan incómoda y peligrosa como los esclavos europeos. *Limosna* llamaban á esas benéficas expediciones, y con harto motivo, porque mucha parte de su caudal procedía de cuestaciones hechas por los Padres Trinitarios ó de la Merced.

En cuanto á mercaderes cristianos, habíalos en todas las Regencias berberiscas, provistos de un diploma ó privilegio que les servía de salvoconducto y se llama en árabe *bará*, de donde se formó nuestra voz castellana *albalá*. Los turcos adoptaron la misma palabra árabe, pero conforme á las leyes de su lengua la pronunciaron y escribieron *barat*, de donde, según testimonio de un viajero francés de aquel tiempo, resultó designar á los poseedores de tales diplomas *baratarios* (*barataires*), circunstancia que el autor del *Quijote* no podía desconocer y que sin duda alguna le sugirió la ocurrencia de titular

Barataria la ínsula de que hizo merced á Sancho el buen humorado Duque. La semejanza del nombre con la voz *barato* le dió luego ocasión para divertirse en hacer juegos de palabras.

Cervantes encontró muy buena acogida en la clase mercantil de Argel. Dos mercaderes valencianos fueron los que contribuyeron con sus fondos á equipar la barca en que preparó su última y frustrada evasión, y uno de ellos, juzgándose comprometido por el descubrimiento del complot, quiso pagarle el rescate; pero él rehusó la oferta por no dejar abandonados á sus cómplices. Después, gracias al dinero prestado por otros mercaderes, fué dado al P. Gil presentar el completo importe de su rescate en el momento en que embarcado y aherrojado en la galera de su amo estaba á punto de ser llevado á Constantinopla.

Sin necesidad de haber llegado allá, el antiguo, inquieto y siempre estudioso cautivo, supo poner en escena con gran verdad la fastuosa corte del Sultán Áhmed I, mostrándonos la pompa desplegada cuando se presentaba en público los viernes para asistir á la solemne oración preceptuada en el Alcorán. Una ceremoniosa audiencia concedida al enviado de Abbás *el Grande*, pone de manifiesto la profunda antipatía que por diferencias de secta se profesaban turcos y persas; alúdese á las negociaciones entabladas con Felipe III por el Soberano del Irán (cuyo título se escribió *Xah* en español); vese la lisonja circundando al trono, y bullir las intrigas palaciegas entre eunucos y favoritas. Los virreyes estaban sujetos á severa residencia al resignar sus funciones; pero la corrupción general de la administración pública hacía inútiles todas las reglas de buen gobierno, y la jurisdicción civil, unida á la religiosa, estaba en manos de cadíes ignorantes y prevaricadores.

A falta de orden sacerdotal, que no instituyó Mahoma, los descendientes de su hija Fátima gozan entre los musulmanes de gran

prestigio y son mirados con veneración. Ellos solos pueden llevar turbante verde, como verde es el estandarte de los príncipes procedentes de la familia, y con frecuencia se valen de su más ó menos auténtico abo-lengo para imponerse á los demás y sacar su provecho. Llámanse jerifes, y Cervantes los diseña con exacta pincelada.

El gobierno de Argel estaba confiado á un Bajá (que los nuestros llamaron Rey) investido del poder despótico más absoluto; no obstante lo cual, los verdaderos amos de la ciudad y la regencia eran los jenizaros, tropa autónoma, que elegía y deponía sus jefes á capricho, tenía oprimidos á los moros, anulado al Bajá y escandalizados á los musulmanes rígidos por su poco reparo en beber vino y entregarse á todos los vicios. Procedían de niños cristianos instruídos en el islamismo y educados en la profesión militar, como los esclavos ó esclavones de nuestros califas cordobeses, y eran la mejor tropa del imperio. Aunque algunas veces asistían á las campañas de mar, su destino propio no era ese, pues correspondía á los *levantes*, verdaderos soldados de marina.

Los renegados, tan despreciados hoy, eran entonces tenidos en mucho, porque conociendo los turcos su inferioridad numérica con relación á los indígenas, sentían la conveniencia de reforzarse con gente que no ligara con ellos. Solían aventajar á todos, además, en pericia marinera, en conocimiento de las costas y en arrojo en los asaltos. Los moros tagarinos, ó moriscos españoles pasados al África para sacudir su mal simulado cristianismo, eran ásperamente recibidos por sus correligionarios, lo cual no impidió que vengasen cruelmente en un pobre sacerdote el suplicio aplicado por la Inquisición á un morisco cogido en un desembarco de corsarios y convicto de apostasía.

Aquel nido de piratas, terror y vergüenza de Europa durante siglos, tenía la conciencia de su propia debilidad, parecía como si la muerte de D. Juan de Austria le hubiese qui-

tado una constante pesadilla, y el anuncio de los armamentos preparados por Felipe II para la campaña de Portugal sembró la consternación en la ciudad, temiendo que contra ella fueran dirigidos. Bien lo conocía todo el ojo perspicaz de Cervantes, y por eso lamenta que la *espin*a de Flandes tenga á sus Reyes atadas las manos para castigar tanta insolencia y librar á la cristiandad de tal azote.



D. GREGORIO MAYANS Y CISCAR
PRIMER BIÓGRAFO DE CERVANTES (1737)

En ninguna de las obras arriba enumeradas se encuentran alusiones á la institución característica de la sociedad musulmana, la poligamia, entendida como el derecho á tener á la vez varias esposas, hasta el número de cuatro, de condición libre y mediante las formalidades legales. Esto debió consistir en el poco uso que entonces, como ahora, se hacía de tal derecho, limitado á los príncipes y altos personajes, que buscan por el matrimonio un modo de extender el círculo de su influencia, y también á ciertos labradores pobres que obtienen con una segunda esposa una criada de poco coste. Por lo demás,

nuestro autor cuida de hacernos saber que el casamiento tiene por base la libre voluntad de la desposada y la entrega del dote hecha por el novio mediante determinados requisitos. Pone en escena la bulliciosa ceremonia del paseo procesional de la novia, seguido de la recepción de parientes y amigos en la sala principal de su casa, y presenta el espectáculo de una curiosa fiesta en lo interior del Serallo.

Lo más digno de nota es que Cervantes sabía, contra lo que pasaba como cosa corriente en el vulgo, que según la estricta ley mahometana, la mujeres cristianas, pueden ser esposas legítimas de un musulmán sin tener necesidad de renegar. Así resulta claramente expuesto en una de sus mejores piezas, *La Gran Sultana*, en la cual el Gran Señor se casa con la bella Catalina de Oviedo, sin que mude nombre y religión, ni hacer caso de la mala cara del Gran Cadí.

Hay que convenir, sin embargo, en que esa doctrina no era ya en aquel tiempo tan corriente como en el de los árabes españoles, y que siendo las cristianas preferidas por los argelinos para esposas, seguramente por lo aventajado de su educación europea, no las recibían sin que abrazaran previamente el islam, más de forma que de corazón, pues se sabe de alguna que enviaba limosnas para el culto de las capillas de los Baños.

Lo que en ningún caso se podía consentir era el matrimonio de una musulmana con un cristiano, y esto por la razón de que sólo un musulmán había de tener dominio sobre otro musulmán. A los cristianos, pues, no es lícito tener esclavos musulmanes, ni criados musulmanes, ni esposas musulmanas. De aquí nació una originalísima costumbre propia y exclusiva del Argel de aquel tiempo, cual era la de presentarse las mujeres con la cara descubierta delante de los cristianos. Esto es fácil de explicar si se advierte que el velo no se levanta sino en presencia de aquellas personas con quienes hay impedimento

dirimente para el matrimonio; como son los parientes de primer grado de sangre y de leche, los sobrinos carnales y los eunucos; y cayendo de lleno los cristianos dentro de la incapacidad legal, quedaban incluidos en la excepción. A tal usanza alude una doncella principal, cuando dice á una amiga cristiana, en *El Gallardo Español*:

Has de saber, si lo ignoras,
Que nunca para las moras
Los cristianos fueron hombres.

Tanta libertad iba acompañada de extremado rigor en el castigo de las faltas, y el trato ilícito de mahometana con cristiano trae consigo la pena de muerte para ambos, á menos que se casaran previa conversión de éste al islam.

La unión del amo con la esclava de su propiedad es un segundo medio que la ley autoriza para crear familia legítima. La esclava no se pertenece, está enteramente á la voluntad de su dueño, y si en el teatro se presenta alguna vez como solicitado lo que pudiera ser desde luego exigido, no debe reputarse sino por recurso escénico. No es esto decir que Cervantes no haya podido conocer algún caso parecido, como los registra la antigua literatura árabe, pero sería aventurado afirmar que la invención concuerda con la realidad, que palpita y se comprueba en todo lo demás de cuanto escribe tocante á las costumbres de turcos y africanos.

Largo y desaliñado ha salido este artículo, confuso montón de recuerdos que se atropellan á la memoria, y caen en el papel sin meditación bastante por la premura de las circunstancias. No son dignos ciertamente estos renglones del Gran Español á cuya mayor honra van dirigidos, pero la voluntad no ha faltado y el deseo de complacer á amigos afectuosos es lo que ha puesto la pluma en mis manos.

EDUARDO SAAVEDRA.

de la Real Academia Española.

V

DE LAS ARMAS Á LAS LETRAS

REANUDACIÓN DE LA LABOR LITERARIA DE LA JUVENTUD DE CERVANTES.—POESÍAS LAUDATORIAS Á PEDRO DE PADILLA, JUAN RUFO, GABRIEL LÓPEZ MALDONADO, ETC.—PUBLICACIÓN DE LA «GALATEA».—EL MUNDO LITERARIO DE SU PRIMERA EDAD, SEGÚN EL «CANTO DE CALIOPE».—SU CASAMIENTO.—RESIDENCIA EN MADRID, ALCALÁ Y ESQUIVIAS (1583 á 1587).

Las aun mal exploradas relaciones de los últimos servicios militares de Cervantes, comprendidos en las tres campañas de 1581 á 1583, en cuyo período se le atribuye haberse hallado en la acción naval del 25 de Julio de 1582 en las aguas de la isla de San Miguel, en las Azores y en el sangriento desembarco verificado en la isla Tercera en 15 de Septiembre del año siguiente, y haber desempeñado comisiones de consideración en Mostagán y en Orán, nos dan como terminada su carrera militar con la completa reducción de las posesiones ultramarinas pertenecientes á la corona de Portugal que habían protestado contra la soberanía de Felipe II, restituyendo al manco de Lepanto y al cautivo de Argel á la proximidad de su casa paterna y al centro de su iniciación literaria, en la corte del Rey prudente, en el último tercio del año 1583, cuando Cervantes cumplía los treinta y seis de su edad. Ni estos últimos servicios militares están aun bien definidos y documentados, ni aun siquiera la manera como fué filiado en la milicia española, cuando se le supone injerto en ella en sus cam-

pañías de Italia, preparatorias de las del mar del Africa y de Grecia de 1569 á 1575.

El nuevo establecimiento de Cervantes en Alcalá y en Madrid se verificó después de corridas todas las aventuras de su juventud, al encontrarse en los dinteles de la edad madura y al sentir en las exigencias de la vida la necesidad de satisfacer las condiciones que



cada período de ella requiere. Su reaparición en la escena literaria de que se había ausentado, fué saludada por los amigos tal vez de la infancia, tal vez de las aulas y de todas maneras de las precoces y espontáneas inclinaciones del espíritu. Su casi conterráneo, Luis Gálvez de Montalvo, gentil hombre cortesano, natural de Guadalajara y hechura de la casa ducal de los Mendoza, nos transmitió las complacencias de estos amigos, á quien él quiso representar, en aquel sentido soneto que dice:

Mientras del yugo sarracino anduvo
 Tu cuello preso y tu cerviz domada,
 Y allí tu alma al de la fe amarrada
 A más vigor, mayor firmeza tuvo,

Gozóse el cielo; mas la tierra estuvo
 Casi viuda sin ti: desamparada
 De nuestras musas la real morada,
 Tristeza, llanto, soledad mantuvo.

Pero después que diste al patrio suelo
 Tu alma sana y tu garganta suelta,
 De entre las fuerzas bárbaras confusas,

Descubre claro tu valor el cielo,
 Gózase el mundo en tu felice vuelta
 Y cobra España las perdidas musas.

No se han de conceptuar suficientes para acreditar la reanudación de la labor literaria de Cervantes después de 1583, las varias composiciones apoloéticas que compuso para exaltar el mérito de algunos de los libros de sus amigos de la intimidad que fueron dándose á la estampa. De estos amigos de la primera edad fué el primero en obtener de Cervantes esta clase de composiciones, el andaluz Pedro de Padilla, natural de Linares, Caballero del hábito de Santiago desde la niñez, el cual, después de haber estudiado la gramática en Granada, vino á Alcalá de Henares á concluir sus estudios superiores, y en cuyos registros de matrículas y grados se encuentra su firma de bachiller. Padilla en 1580 publicó en Madrid su *Tesoro de varia poesía*, y este año que en la biografía de Cervantes se señala por el del rescate de su cautiverio y por su regreso á España, no se halló en aptitud de condecorar la obra del amigo por las lisonjas de su ingenio. Lo mismo sucedió en 1582 al publicarse las *Églogas pastoriles* y algunos sonetos del mismo poeta linarense; mas en 1583 ya consiguió un soneto para su *Romancero*, dado á luz este año, y en 1584 al estamparse su *Jardín espiritual*, Cervantes no lo honró solamente con unos versos á manera de silva, sino que, habiendo Padilla renunciado al mundo y tomado el hábito de la Orden del Carmelo, en que al cabo profesó, la musa del

manco de Lepanto, no sólo aprobó aquel acto por el que

causó contento en el cielo
 y en la tierra maravilla,

sino que, con la fe de sus virtudes, iguales á las bizarrías de su condición, mientras fué en la vida civil, soldado y caballero, no titubeó en pronosticarla, al contemplarla en la sombra del Carmelo:

Ansí los cielos serenos
 verán, cuando acabarás,
 un cortesano allá más
 y en la tierra un sabio menos.

Ni Padilla en el convento abandonó ya las musas, ni Cervantes el culto de su amistad para sus obras; de este modo con otro soneto honró el nuevo libro de las *Grandezas y excelencias de la Virgen Nuestra Señora*, última obra que, dedicada á la Infanta Margarita de Austria, monja de las Descalzas Reales, Padilla dió á la prensa en 1587.

Al observar que la aprobación del *Romancero* de Padilla está suscrita por el maestro Juan López de Hoyos, se abriga la justificada sospecha de que en Alcalá de Henares, antes de venir por vez primera á la cátedra de Madrid este preceptor en 1568, lo fuera de ambos en los estudios de su competencia. Las composiciones de Luis y de Francisco Gálvez de Montalvo, de Gabriel López Maldonado, de Pedro Lainez, de Pedro Liñán de Riaza, del Doctor Campuzano y de Gonzalo Gómez de Luque, que con las de Miguel de Cervantes se encuentran entre los elogios del referido *Romancero*, del *Jardín espiritual* y de las *Grandezas de la Virgen*, sólo dan la indicación fundada de que todos fueron amigos comunes y entre sí. Esta misma presunción se confirma en 1586 al aparecer el *Cancionero* de López Maldonado, que mereció la aprobación de D. Alonso de Ercilla, y en cuyos versos laudatorios alternan con el soneto y la canción que Cervantes consagró al autor de este libro, las composiciones y las firmas de D. Luis de Vargas Manrique, de

la casa condal de San Vicente, el maestro Juan de Vergara, Vicente Espinel, Pedro de Padilla, Pedro Liñán de Rianza, Gonzalo Gómez de Luque, Lázaro Luis de Iranzo, don Diego de Aguiar, más las del joven Lope de Vega, que ya el año anterior de 1585 había dado á Fray Pedro de Padilla otro soneto suyo para sus *Excelencias de la Virgen*.

Esta serie de composiciones errantes se cierra durante este período con los sonetos que en 1582 dió al jurado de Córdoba Juan Rufo Gutiérrez, para su *Austriada*, impresa en 1584; en 1587 á Alonso de Barros para su *Filosofía moralizada*, y en 1588 al Doctor Francisco Díaz para su *Tratado sobre las enfermedades de los riñones*. Todos estos autores habían sido camaradas y amigos de las aulas y de la juventud; pero el predilecto entre ellos, sin duda, debió serlo Juan Rufo Gutiérrez, que no sólo despertaba en sus afectos las memorias de los Cervantes Saavedras, sus parientes próximos, establecidos en Córdoba y en Osuna, sino á los que, como los valencianos Cristóbal de Virués y Andrés Rey de Artieda, habían compartido con él las glorias militares de las campañas marítimas de Oriente y, sobre todo, de la memorable y triunfal jornada de Lepanto. Aun sin estos títulos, Rufo Gutiérrez sostenía con Cervantes casi los mismos vínculos de relaciones literarias de la intimidad que éste cultivaba, como se echa de ver en los elogios de su poema, que aprobó Pedro Lainez, y que con los elogios de D. Luis de Vargas Manrique y D. Diego de Rozas Manrique, aparecieron tal vez, por vez primera los del joven aragonés Lupercio Leonardo de Argensola y los del joven andaluz D. Luis de Góngora y Argote.

Mas, como ya se ha dicho, ni estas composiciones de ocasión constituyen la ocupación asidua de una labor intensa literaria, ni siquiera en su relación con los demás que prestaron las mismas ofrendas á la amistad, ni el núcleo de todos los amigos, ni el ambiente del mundo culto que á la sazón imprimía á la nación española la línea más sobresaliente y enérgica en toda la marcha de la civilización europea. El estudio de esta labor se condensa, respecto á Cervantes, en este período de 1583 á 1587, en la aparición de su primer libro impreso, *La Galatea*, y en la composición casi continua de una parte de sus *Comedias* que él daba á las compañías de representación para ayudarse á vivir.

mía á la nación española la línea más sobresaliente y enérgica en toda la marcha de la civilización europea. El estudio de esta labor se condensa, respecto á Cervantes, en este período de 1583 á 1587, en la aparición de su primer libro impreso, *La Galatea*, y en la composición casi continua de una parte de sus *Comedias* que él daba á las compañías de representación para ayudarse á vivir.



JUÁN RUFO

De *La Galatea* puede decirse que fué, en la producción literaria de Cervantes, una confirmación de las superiores aptitudes de su ingenio y un tributo así á su edad como á los gustos predominantes de aquel período de su vida. Si se ha de dar crédito á lo que el mismo autor declara en el prólogo, aquel libro lo tenía escrito hacía algún tiempo, y aunque su edad, habiendo apenas salido de los límites de su juventud, le daba licencia para tales ocupaciones, permanecía perplejo en su publicación, ya por el temor de aventurar temprano los frutos de su ingenio, ya por el de no parecer bastante escrupuloso en inanimarse satisfecho de su obra. Desde su más corta edad había tenido inclinación á la

poesía y una égloga ó novela pastoril no era, desde que este género literario se ingerió en nuestra literatura en contrapeso de los libros de caballería y de las novelas picarescas que trajo á la palestra el genio satírico de don Diego Hurtado de Mendoza, sino un pretexto para poner en acción lances de amor y hechos propios aderezados con sencillez y embizados tras humildes artificios y para lanzar



en la narración todo el torrente de las poesías eróticas de la edad juvenil. Este carácter demasiado subjetivo se le había impreso á la novela pastoril desde su cónato de aclimatación en la literatura castellana por la *Diana* del portugués Jorge de Montemayor, y este carácter conservó y mantuvo en la *Diana enamorada* del valenciano Gaspar Gil Polo, en el *Pastor de Filida* del alcarreño Luis Gálvez de Montalvo, en la *Galatea* de Miguel de Cervantes, en la *Fortuna de amor*

del siciliano Antonio de lo Frasso y andando el tiempo en la *Arcadia* de Lope de Vega y en los *Pastores de Sierra Bermeja* de Jacinto Espinel Adorno. Como resumen *La Galatea* de la producción poético-erótica de la primera edad y de las primeras emociones amorosas del corazón de Cervantes, ella incluye en su texto, dividido en seis libros, ochenta y dos composiciones en verso, suficientes para formar un volúmen exclusivo de ellos, repartidos en dos églogas, una de éstas en diversidad de metros antiguos y modernos, seis glosas, diez poesías en octavas, entre las que se incluyen las del *Canto de Caliope*, dieciseis en quintillas unidas á manera de décimas, como se construían antes de que inventara las simétricas suyas Vicente Espinel, doce en redondillas, una sextina, nueve silvas, veintidos sonetos y cuatro composiciones en tercetos, de las que forma parte el diálogo apologético en glorificación de don Diego Hurtado de Mendoza, sostenido por Elicio, Tirsi, Damón y Lauso, ó sean Cervantes, Francisco de Figueroa, Pedro Lainez y Luis Barahona de Soto.

Tratándose de una narración en que abundan los hechos propios realizados entre personas que vivían y ó que habían tenido ó á quienes se atribuía participación en ellos, claro es que había que disfrazar sus nombres, sobre todo cuando se les convertía en pastores. En el prólogo de *La Galatea* declara que muchos de los disfrazados en la obra, «lo eran sólo en el hábito», y Pellicer dice que probablemente los contemporáneos de Cervantes, ó al menos el vasto círculo social de sus relaciones, lo mismo que el de Gaspar Gil Polo en la *Diana enamorada*, el de Luis Galvez de Montalvo en *El Pastor de Filida* y el de Lope de Vega en la *Arcadia*, sabían perfectamente las personas á que cada nombre supuesto correspondía. Nosotros en el del mayoral *Lisalco* de *La Galatea* presumimos adivinar el del Mecenas de la obra de Ascanio Colonna, en el de *Siralvo* á Galvez de Montalvo, en el de *Laedisro*

á Ercilla, en el de *Meliso* á D. Diego Hurtado de Mendoza, en el del ausente *Crisio* el del capitán Cristóbal de Virués, en el de *Artidoro* el de Rey de Artieda, en el de *Grisaldo* el de D. Gonzalo de Cervantes Saavedra, así como en *Galatea* el de la entonces prometida y después mujer de Cervantes doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano y en el de *el venerable Aurelio*, padre de *Galatea*, al padre de D.^a Catalina, Hernando de Salazar Vozmediano. Acerca de *Lisalco*, el Mecenaz Ascanio Colonna, no sólo merecía la distinción con que Cervantes le honraba por haber éste servido bajo las banderas de su padre Marco Antonio Colonna en las jornadas del mar de Grecia, sino porque Ascanio se había educado en España, siendo alumno de las Universidades de Alcalá y de Salamanca, donde debió conocerle en su juventud. En los momentos en que *La Galatea* se publicaba, no sólo se hallaba reciente la muerte de Marco Antonio, ocurrida en Medinaceli el 1.^o de Agosto de 1584, viniendo de Palermo, donde desempeñaba por Felipe II el cargo de virey de Sicilia, por Barcelona y Zaragoza hacia Madrid, sino que el mismo Ascanio, elevado á la dignidad de abad de Santa Sofía, acababa de visitar los estudios españoles donde se educó, pronunciando en uno y otro elocuentes oraciones latinas, en las honras de D.^a Ana de Austria, cuarta mujer del Rey.

Mas si estos, y algún que otro nombre arcaico de los usados en la *Galatea*, han podido ser reconocidos posteriormente, ya por estar determinados muchos de ellos en otros libros, églogas y romances de aquel tiempo, ya porque el mismo Cervantes en la *Galatea* cuidó de que quedasen transparentes, otros no han alcanzado la misma fortuna, á pesar de las notas con que Cervantes los acompañó. Cuando hablando de Tirsi y de Damón, Cervantes dice que el primero nació en la famosa Cómpluto, villa fundada en la ribera del Henares, y el segundo, su íntimo y perfecto amigo, aunque criado en la nombrada

Mantua Carpetanorum, traía su origen de las montañas de León, nadie duda de que habla de Francisco de Figueroa, llamado *el divino*, y del ayuda de cámara que fué del desgraciado Príncipe D. Carlos, Pedro Lainez. Del mismo modo determina á Lauso, el granadino, Luis Barahona de Soto, antiguo y verdadero amigo de Damón y que había andado, á pesar de Rodríguez Marín, por muchas partes de España y aun de Asia y Europa, habiendo gastado algunos años en cortesanos ejercicios y algunos otros en los trabajos del duro Marte, antes de reducirse «á la pobreza de nuestra vida rústica.» ¿Pero hay medios de averiguar quién era el jerezano Timbrio, enamorado de la napolitana Nísida; quién el caballero Prausiles, del mismo Jerez; Daranio, que se casó con Silveria, y á cuyas bodas asistieron Tirsi y Damón, Lenio, que gastó también los años floridos de su edad en las riberas del Tormes en loables estudios y discretas conversaciones, los dos Matuntos, padre é hijo, «sobre todo extremo extremados,» uno en la lira y otro en la poesía, y los demás á quienes sería prolijo enumerar?

Que aquel ambiente de familiaridad era el que á la sazón reinaba en todo el mundo literario, que por todos los extremos de España á la sazón brillaba, lo revelan y acreditan todos los datos que prestan estas obras de la poesía bucólica y de la novela pastoril y hasta muchos de los poemas que entonces se escribieron, y en los que se consagran muchos cantos especiales al elogio de los que ó se hallaban en el zénit de la reputación literaria ó lidiaban jóvenes por alcanzarle. El *Canto*



BARTOLOMÉ LEONARDO
DE ARGENSOLA

de *Caliope* en la misma *Galatea* es una comprobación de esto. Para prepararle Cervantes le hace preceder de aquella glorificación que en honor de D. Diego Hurtado de Mendoza sostienen en un diálogo en tercetos cuatro pastores solos de la Galatea: *Elicio*, que es el mismo Cervantes, *Tirsi* ó Figueroa, *Damón* ó Lainez y *Lauso*, Barahona de Soto. Después la alta musa que inspiró al antiguo ciego de Esmirna, al mantuano Títiro, al discreto Ennio; la musa de Catulo, Horacio y Propertio; la que inmortalizó al Petrarca é hizo bajar á Dante á las profundidades del infierno para ascenderlo luego á la cima de los cielos; la musa de Ariosto en Italia y en España del agudo Boscán, del tierno Garcilaso, del docto Castillejo, del artificioso Torres Naharro, del celebrado Aldana y del cortesano Acuña, mueve á la alabanza de cien poetas vivos, entre los que aparecen la mayor parte de los jóvenes ó coetáneos y paisanos del autor, y que venían á la cumbre del Parnaso de todos los lados y provincias de la monarquía. De la misma edad de Cervantes eran el granadino Barahona de Soto y el extremeño Cristóbal de Mesa, nacidos como él en 1547; como anterior á él, el canario esdrújulo Cairasco de Figueroa, nacido en 1540; de 1549 y 1550 eran los valencianos Rey Artieda y Cristóbal de Virués y el rondeño Vicente Espinel; el sevillano Mosquera de Figueroa era de 1553; de 1559 y 1562 los dos hermanos aragoneses Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola; de 1561 el cordobés D. Luis de Góngora, y si por regiones se consideran los cien poetas elogiados, entonces á la del Ebro corresponden los ya mencionados Argensolas, Liñán de Riaza y Fray Diego Murillo; al Pisuerga y Duero Dámasio de Frías y Balboa, el Dr. Garay, Jerónimo de Lomas Cantoral y Jerónimo Vaca de Quiñones; al Tormes, con los cate-dráticos Fray Luis de León y Francisco Sánchez, el *Brocense*, Damián de Vegas, Francisco de las Cuevas y Gabriel López Maldonado; al Betis, Pacheco, Herrera, Baltasar

del Alcázar, Saez Zumeta, Juan de la Cueva, Francisco de Medina; al Henares los maestros Córdoba y Vergara, Marco Antonio de la Vega, Luis Galvez de Montalvo, el divino Figueroa y el más que humano Lainez, y á esta proporción todas las provincias de España, incluidas las de América, donde se hallaban Enrique Garcés, Alonso Picado, Pedro de Alvarado, Francisco de Terrazas, Diego Martínez de Ribera. Entre los poetas caballeros no olvidó al Conde de Elda, D. Juan de Coloma, al de Portalegre, D. Juan de Silva, al Maestre de Montesa, D. Luis Garcerán de Borja, y entre otros de estirpes tituladas, á aquel D. Alonso de Leiva, hermano del Príncipe de Asculi, y que murió peleando en las aguas de Inglaterra, aquel D. Luis de Vargas Manrique, de la casa condal de San Vicente, que pereció afondado en las aguas del mar Tirreno, y aquel Galvez de Montalvo, su amigo de la infancia, que dió la vida anegado en las aguas de Palermo. ¿Ni cómo había de olvidar á sus camaradas de Lepanto Cristóbal de Virués y Andrés Rey de Artieda; á sus camaradas en los ejércitos de Italia Lázaro Luis Iranzo del Castillo, Francisco de Guzmán y Vicente Espinel, y ni siquiera al sevillano Baltasar de Escobar, su amigo en Roma, mientras sirvió de camarero al cardenal de Aquaviva? Todo este mundo de la intimidad era el mundo literario que presidía el gran movimiento intelectual y civilizador de España en aquel período de su vida. Su corazón estaba con todos en el *Canto de Caliope*, mas sobre todos, con los amigos de su niñez el doctor Campuzano, el Dr. Diego Díaz, Pedro de Padilla, Gonzalo Gómez de Luque, Tomás Gracia Dantisco y la trinidad tantas veces nombrada que formaban Figueroa, Lainez y Marco Antonio de la Vega.

A este período se refiere también la mayor parte de sus comedias; pero la producción de las comedias de Cervantes se diferencia de la producción de la *Galatea*, en que la *Galatea* fué la primera obra de su inspira-

ción espontánea para ocupar con su privilegio el lugar que le correspondía en el areópago del mundo literario á que aspiraba á pertenecer, mientras las comedias le sirvieron de industria para vivir, sobre todo después que el 12 de Diciembre de 1584 se desposó en Esquivias con aquella D.^a Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, musa inspiradora de su *Galatea*, amores de su primera edad y cuya imagen le había acompañado en todas las aventuras de su vida. Este matrimonio protegido por las antiguas y estrechas relaciones que sustentaban las dos familias de los contrayentes, le hizo mudar su vecindad al pueblo de su mujer, de la jurisdicción del arzobispo de Toledo, donde ante la dote que ésta aportó y la que le reconoció él, constituyó un capital, si modesto, casi suficiente para compartir la vida. Allí, hasta 1587 le buscaron las demandas de los autores de las compañías de farsantes que representaban obras de teatro en ciertas festividades por casi todos los pueblos de alguna consideración. El mismo confiesa que en aquellos tres años de 1584 á 1587 escribió de veinte á treinta, las más de temas forzados y en las que, sin embargo, él casi siempre se hizo representar. Así se reconoció, cuando encontrada la epístola en verso que desde el cautiverio escribió en 1577 al secretario del rey Felipe II Mateo Vazquez, se vió que unos setenta versos de los de esta epístola, los había

también puesto en boca del *Cautivo Saavedra* en su comedia de *Los tratos de Argel*. El *cautivo Saavedra* era él. No era solo en la novela pastoril *La Galatea*, donde Cervantes



se representó á sí propio: más adelante se verá que no hubo producción suya en que, además de la invención, él mismo dejara de procurar tomar también su papel.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.



VI

CERVANTES EN ANDALUCÍA

SU COMISIÓN PARA EL ABASTECIMIENTO DE LA «INVENCIBLE».—ES EXCOMULGADO.—CONDICIÓN DE CERVANTES EN SEVILLA.—MODO DE HACER LAS «SACAS» DE PROVISIONES.—ABUSOS DE LOS COMISARIOS.—COMISIÓN DE CERVANTES EN GRANADA.—REGRESA CERVANTES Á SEVILLA.—SU POBREZA.—ESTUDIA DE CERCA LA PICARESCA ANDALUZA (1587-1600).

Mientras la gente hidalga había andado fuera de su tierra, agrandando los dominios y el renombre de su nación, la gente no hidalga se le había comido la hacienda y quedándose con sus heredados terrones. Aquellos intrépidos soldados volvían á su casa con gloria, cuando en ella les esperaba el hambre, y desde entonces, por regla general, ser hidalgo y ser pobre sonaron dos cosas y fueron una misma. Y como, á mayor abundamiento, el tálamo de la pobreza suele ser harto fecundo, á la vuelta de tres generaciones, aún no muerto el grande Emperador Carlos V, una buena parte de los vasallos de su hijo podía renegar, como renegaba el arábigo y manchego Benengeli (1), de aquella copla de Juan de Mena, que principia:

¡Oh, vida segura la mansa pobreza,
Dádiva santa desagradecida...! (2).

Y decir, como decía Cervantes por boca de uno de los personajes de *La Gran Sultana*:

Se embarcó para ir á Orán
Un tal fulano de Oviedo,

Hidalgo, pero no rico:
Maldición del siglo nuestro;
Que parece que el ser pobre
Al ser hidalgo es anexo (1).

Libre en 1580 de su duro y prolongado cautiverio en Argel, y dando de mano á sus tareas militares, Miguel de Cervantes, por carecer de otra más provechosa ocupación, pensó en vivir del ejercicio de las letras, honroso, pero tan poco socorrido, que entonces, como ahora, más bien daba de ayunar que de comer; así, pues, retocó *La Galatea*, obra de su mocedad, vendiendo la propiedad de este libro, á Juan de Robles, en 1.336 reales (2), y compuso algunas comedias que el público recibió con aplauso; y mientras, enamorado de D.^a Catalina de Palacios Salazar, hidalga pobre de Esquivias, contrajo matrimonio con ella por Diciembre de 1584. Enamorado dije, porque la dote no era para tentar á nadie; los bienes en que consistió montaron 4.258 reales y 25 maravedís; bien que Cervantes no poseía ni eso, ni tan siquiera los cien ducados que mandó de arras, aunque hubo de confesar, como reclamaban de consuno el derecho y su hidalga pobreza, gentilmente mentirosa por esta vez, que los tales cien ducados «cabían en la décima parte de sus bienes, derechos y acciones.»

(1) Jornada tercera.

(2) Pérez Pastor: *Documentos cervantinos*, t. II, números xxv y xxvi.

(1) *Don Quijote*, parte II, cap. XLIV.

(2) *Las Trescientas*, copla 227.

Bien pronto cayó en la cuenta de cuán mal había echado la suya, porque «el amor es todo alegría, regocijo y contento, y más cuando el aman-

te está en posesión de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza», según decía el mismo Cervantes (1); y éstas, añadido, tienen, como de maldición, un tan endiablado privilegio, que son las únicas cosas en el mundo que, mientras más repartidas, hacen caber á más porción á todos y cada uno desus partícipes. Ya en el ruidoso Madrid, ya en el muy sosegado Esquivias, pueblo en que vivían muchos hidalgos, tan repa-
rones como ociosos, andábase Cervantes «dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, ha-

ciendo hipócrita al palillo de dientes con que salía á la calle después de no haber comido cosa que le obligara á limpiárse-

los» (1). Falto de otro ejercicio, Cervantes había acudido á ocuparse en la agencia de asuntos ajenos; y como á fines de Noviem-



RETRATO DE CERVANTES

bre de 1585 le encomendaran uno para ventilarlo y arreglarlo en Sevilla, volvió, aunque por muy breve tiempo, á la hermosa

(1) *Don Quijote*, parte II, cap. xxii.

(1) *Ibid.*, cap. xlv.

ciudad del Betis (1), en donde habían transcurrido muchos de los alegres días de su adolescencia (2).

Tomado el gusto nuevamente á la estancia en Sevilla:

«Roma triunfante en ánimo y nobleza», opulentísima ciudad, «amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza, no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes» (3); el Príncipe de los Ingenios españoles no tardó mucho en volver á ella para buscar lo que no hallaba en la corte; honrado ejercicio en qué librar su subsistencia. Volvió á principios del año 1587; hospedóse, como en 1585, en el amplio mesón que en la calle de Bayona tenía su grande amigo Tomás Gutiérrez, á quien había conocido y tratado en Madrid años atrás, cuando el ahora posadero se andaba á la ajetreada vida farandulesca (4), y pocos días después comenzó á ocuparse en lo primero que encontró á mano; que no estaba el malaventurado de Cervantes para pedir ni para esperar gollerías.

Preparaba Felipe II á toda prisa la expedición de una poderosa armada contra Inglaterra: la que en mal hora se llamó *la Invencible*; urgía, pues, sobremánera allegar bastimentos en cantidad grandísima, y, aunque nombrado para proveedor de flotas y galeras Antonio de Guevara, por la dicha urgencia se mandó al Lcdo. Diego de Valdivia, alcalde de la Real Audiencia hispalense (5), que,

(1) Pérez Pastor: *obra citada*, t. I, núm. 26, y tomo II, núms. xxvii y xxviii.

(2) De la primera estancia de Cervantes en la capital andaluza (1564-65) traté en mi discurso acerca de que *Cervantes estudió en Sevilla*.

(3) Cervantes: *Coloquio de los perros Cipión y Berganza*.

(4) De Tomás Gutiérrez trato, cuán largamente merece su buena memoria como excelente amigo de Cervantes, en un trabajillo especial que confío en que estará impreso para las próximas fiestas del Centenario del *Quijote*.

(5) Valdivia era natural de Porcuna (diócesis de Jaén). Se había bachillerado en Cánones en Valladolid, y siendo ya alcalde del crimen en la Audiencia de Sevilla (*audientia Regiæ Hispalensis in*

por el pronto, hiciese el oficio de proveedor y acopiase cuanto trigo y cebada le fuera posible. Tales instrucciones recibió el celoso alcalde y tan á raja tabla las cumplió, por sí y por medio de sus oficiales y servidores, que nada hubo que les arredrara; antes atropellaron por todo, sin parar las mientes en otra cosa que en las severas órdenes recibidas. Cervantes fué uno de tales comisarios: ciento doce días se ocupó aquel año en el servicio del dicho alcalde, en la Rambla, en Castro el Río, en Espejo, pero más detenida y señaladamente en Écija, en donde, ajustándose de todo en todo á sus instrucciones, embargó y tomó, sin llevar dineros para la paga, que fué lo peor del caso, una muy considerable cantidad de trigo, así de particulares como de las fábricas de las iglesias, y de entidades y personas eclesiásticas de fuera de aquella ciudad, por ejemplo: del Deán y Cabildo de Sevilla y del Maestrescuela de la misma Catedral, dando ocasión con todo ello á que el provisor del arzobispado le excomulgase. Y aún permanecía bajo tales censuras á 24 de febrero del siguiente año, día en que otorgó poder para que, en su nombre, se solicitara y suplicara su absolución, remotamente, ó á reincidencia (1).

A las sacas que parecían más difíciles ó comprometidas (y esto no se ha dicho por nadie antes de ahora), acudía Valdivia en persona con sus oficiales de más confianza, y claro es que como de ellos sería Cervantes, que tan bizarramente sabía cumplir lo que se le mandaba. Véase cómo el intrépido alcalde *mejoró la calidad* de una parte del trigo que el concejo de Osuna tenía almacenado en las paneras de su pósito. Aquel tri-

criminalibus judex) se licenció en la dicha facultad, en el Colegio y Universidad de Maese Rodrigo á 11 de Abril de 1584, y se doctoró cuatro días después. *Archivo universitario de Sevilla*, libro VI, de grados mayores y menores de todas facultades (1582-1590), folios 36 y 39.)

(1) Asensio y Toledo, *Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervantes Saavedra...* (Sevilla, 1864), núm. I.

go, en el otoño de 1587 encontrábase «algo picado é mal acondicionado é para no poderse guardar», por lo cual el dicho concejo había pedido licencia al Duque para prestar á renuevo 3.000 fanegas; concediósele por el gobernador del estado de Osuna para que prestase hasta 2.000 en partidas, á lo sumo, de doce fanegas (1); mas enterado de esto, cuatro ó cinco días después el alcalde Valdivia, pensó en aligerar de carga, siquiera un tantico, aquellas trojes, y, llegando á la villa ducal con algunos de sus dependientes, y no atendidos sus requerimientos, que acaso no pasarían de uno, hizo descerrajar las puertas del pósito y llevóse doscientas fanegas de trigo, todo ello entre el alboroto y el clamoreo del popular, y los inútiles apercibimientos y las vanas protestas del corregidor, de los cuales ha quedado la bastante noticia en las actas capitulares de aquél entonces (2). ¡A saber si Cervantes no tendría algo que sentir; en aquella ocasión, en la famosa villa donde su abuelo paterno había residido, ocho lustros atrás, como juez de la Audiencia del

Conde de Ureña y gobernador de su estado de la Andalucía! ¡A saber si entonces no se agravó, con cualquier nuevo sucedido, algún heredado enojo, de que todavía luengos años después pudieron advertirse resensios en la historia de la Condesa Trifaldi, toda ella sangrientamente alusiva á cosas íntimas de la familia de los Girones!... (1).

Satisfecho quedaría el juez de la Audiencia del proceder de Cervantes y tales informes

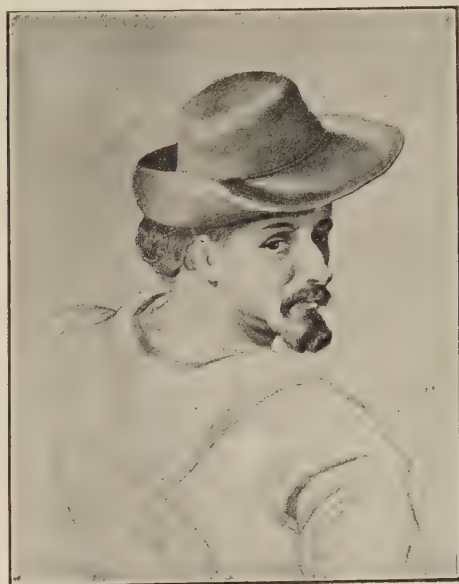


FIGURA DEL CUADRO ATRIBUÍDO Á PACHECO
CONSIDERADA EQUIVOCADAMENTE
COMO RETRATO DE CERVANTES

(1) *Archivo municipal de Osuna*. Actas capitulares; cabildo de 12 de Noviembre de 1587.

(2) «Tratóse en este cabildo [20 de Noviembre de 1587] que se enbie vn correo á Madrid con poder del concejo para querellarse del alcalde Valdivia por aver mandado descerrajar el pósito desta villa é aver sacado dél dozientas fanegas de trigo.» Y á continuación, *apud acta*, el poder aludido, á favor de Hernando de Olivares, procurador de causas en el Consejo Supremo, para que pueda «formar querella é quexarse del licenciado Valdivia, alcalde de corte en la çibdad de sevilla en Razon de aver quebrantado é descerrajado las casas del pósito desta villa é aver sacado dellas él é sus oficiales dozientas fanegas de trigo del dicho pósito, sin tener comision particular del Rei nuestro señor para lo tomar...» El asunto, al cabo, debió de arreglarse pacíficamente, pues en cabildo de 23 de Febrero de 1588, D. Diego Ruiz de Valdivia, alcalde ordinario de Osuna y pariente del juez de la Audiencia, entregó «ciertas comisiones por donde el alcalde valdivia de la ciudad de sevilla sacó cierto trigo é cebada en esta villa á vecinos della é se almacena en casa de Rodrigo de alarcon...» Aunque esta saca de bastimentos, parece otra posterior á la del pósito descerrajado; échase de ver que la tirantez de relaciones había concluido: adonde fué el mar irían sus arenas.

hubo de dar á Antonio de Guevara, que éste en 22 de Enero de 1588 le confió una comisión para sacar grande cantidad de aceite en Ecija y pocos meses después le otorgó el nombramiento de comisario. De sus malandanzas en todo aquel período de tiempo (1588-1593), de su inútil tentativa para trocar el mal mirado y harto peligroso oficio por un empleo en Indias (1590), de su nada afrentosa prisión

(1) Vea el curioso la nota 38 del prólogo que puse á *El Loaysa* de «*El Celoso extremeño*.»

en Castro el Río (1592), pocos días después de haberse obligado con el representante Rodrigo Osorio á escribir seis comedias de las mejores que se hubiesen representado en España (1), y, en fin, de sus continuas idas y venidas en aquellos años, nada escribiré en este lugar: son cosas sabidísimas, cuya relación no falta en ninguna de las modernas biografías de Cervantes. Mas conviene, dejando las cumbres (digo, lo que todos saben y tienen á la vista), andarse por los valles y ahondar un poco en ciertos curiosos pormenores no bien conocidos todavía, y esclarecerlos á la luz de propias y recientes investigaciones.

Hay cuatro años que el autor de este artículo ó cosicosa advertía en uno de sus estudios acerca de Cervantes (2): «Equivocáronse de todo en todo, mal guiados de su buena intención, los ilustres cervantistas que, por lo justamente que ahora se estima y se venera la memoria del autor del *Quijote*, dan por cierto que de igual manera hubieron de estimarlo y venerarlo los escritores hispanenses de fines del siglo xvi, en cuyas juntas y academias imaginan que debió de asistir, de todos querido y agasajado. No acaeció tal cosa, y ya en otra ocasión lo dije, remedando lo menos mal que pude el escribir de aquellos tiempos: «no é hallado que le fíaran en »sus menesteres ni en sus cónpredas de paños »de raxa de á beyute rreales cada vna vara »para se vestir é abrigar los crudos ybiernos »alcaçares ni arguijos herreras ni marqueses »de tarifa pachecos ni çumetas antes vn thomas gutierrez é otros subjectos no nada es- »critores...» (3) Ni aun de nombre era muy conocido en Sevilla á los diez años de su lle-

gada á esta ciudad: desde el de 1592 vivía en ella Francisco Ariño, el analista, que supo desde luego todos los apellidos del asistente Avellaneda, y lo que aún es más, el orden en que los usaba, y, en cambio, no sabía seis años después el nombre de Cervantes, y, tomando demasiado á la letra el célebre soneto *Al tûmulo de Felipe II*, aquel que su autor, en 1614, estimaba exageradamente.

«Por honra principal de sus escritos», [decía: «En martes 29 de diciembre del dicho «año [1598] vino de su majestad se hiciesen »las honras... y este día, estando yo en la »Santa Iglesia, entró un poeta fanfarrón y »dijo una otava sobre la grandeza del tûmo- »lo (1). Bien que la Minerva de Ariño era tal de iliterata y ruda, que llamó *octava* al soneto, y eso, teniéndolo á la vista, pues lo copió, aunque mal, á continuación de las citadas frases.»

Para darse cuenta de qué consideración social hubo de obtener Cervantes mientras anduvo ejerciendo el oficio de comisario del proveedor de las galeras, y conjeturar, en su vista, si le hicieron lado alguno, ó qué lado le hicieran, los graves poetas sevillanos de su tiempo, bastaría, á no tener á mano datos más terminantes, la lectura de cualquiera de las comisiones que andan copiadas en las biografías del incomparable ingenio alcalaíno; verbigracia, de la que halló el diligentísimo cervantista Sr. León Máinez (2). He aquí, dicho en pocos renglones, como se efectuaba la saca de bastimentos. Determinado por el proveedor lo que cada pueblo había de aprontar en trigo, cebada, aceite, etc., no sin que mediara algún tira y afloja con los concejos, preveníase á éstos que tuviesen recogidas y almacenadas las especies para tal ó cual día; pero como tal exacción hacía odiosos á quienes la ejecutaban, las autoridades locales limitábanse, por lo común, á efec-

(1) Asensio, *Nuevos documentos...*, núm. IX.

(2) *El Loaysa...*, págs. 10 y 11.

(3) «Una escritura de hogaño al estilo de las del siglo xvi, pergeñada por mí y publicada en *El Noticiero Sevillano* del día 2 de Octubre de 1899, para dar las gracias al Ilmo. Sr. D. Adolfo Rodríguez de Palacios, notario á cuyo cargo está el Archivo general de protocolos de Sevilla, por la bondad con que me permite buscar en él noticias de nuestros antiguos escritores.»

(1) «*Sucesos de Sevilla de 1592 á 1604*, por Francisco Ariño, ilustrados por D. Antonio María Fabié (Sevilla, Tarascó, 1873), pág. 105.»

(2) *Cervantes y su época*, págs. 276-277.

tuar el repartimiento y á recibir lo que buenamente iban pagando. Llegaba el comisario, poníase hosco al no encontrar almacenado, ó acabado de almacenar, lo que había de llevarse, y, por último, procedía á efectuar la saca con su ayudante y su alguacil y con el escribano para ello invitado. Los vecinos no querían dejarse despojar de sus granos, ya porque los guardaban para amasar en el invierno, ya porque esperaban venderlos á precio mejor que el entonces corriente, y siempre porque los comisarios pocas veces pagaban á toca teja; antes, las más, daban tan sólo una certificación para que por ella se cobrara... en habiendo de qué.

Transcurrido el breve término que daba el comisario para entregar bien á bien lo repartido, sacábase mal á mal, echando mano á todo linaje de vejaciones y violencias: á descerrajar puertas y poner en prisión á los que siquiera verbalmente se resistían; á dejar alguacilillos de guarda mientras los alhames iban y venían, y á hacer grandes costas á los pobres apremiados, todo entre el llanto de las mujeres, y el gritar de los chiquillos y el agolparse la muchedumbre, echando pésetes y reniegos, á más de media voz, contra los que hacían tan negras judiadas; y, entre tanto, dábanse á os mismos diantres los pobres que así veían atropelladas sus miserables viviendas, en especial, cuando las registraban, revolvían y echaban á rodar en busca de un trigo y una cebada que, en realidad de verdad, no les había dado la mezquina hazuela que llevaban en arrendamiento. Y todo esto, si el comisario y sus auxiliares eran cualquier cosa menos ladrones, y no sacaban más de lo repartido, ni revendían con ventaja lo sacado, para irse á atropellar en otros cortijos y lugares; que de todo ello solía haber en la viña, y mil casos ocurrieron en que, por consecuencia de estas y otras semejantes demasías, se promovieron grandes alborotos del popular, con bravos mojicones y muy gentiles apedreos, amén de procesos ruidosos, en donde, si los comisarios no caían,

por no estar sujetos á la jurisdicción ordinaria, caían, en cambio, los escribanos y alguaciles que en aquellos latrocinios tomaban parte.



CASA QUE SE DICE HABITÓ CERVANTES
Paseo de Colón, 20, Barcelona.

Así, aun siendo España entonces la tierra en que todo abuso tenía durablemente su asiento y trono, hiciéronse tan insufribles las molestias que causaban y los daños que hacían los encargados de la saca de víveres para las flotas, que fué menester cortar de

raíz el mal, arbitrando otro sistema de aprovisionamiento. También en Osuna, pero en su archivo de protocolos, y no en el municipal, he hallado curiosas noticias, nuevas de puro viejas sobre este punto, y que explican por qué terminó en los primeros meses de 1594 la comisaría de Cervantes con el proveedor de las galeras, y le fué preciso buscar otro empleo. Por la primavera del dicho año, D. Juan Chacón y Narváez, Corregidor de Palencia, que había sido enviado por Felipe II para cumplir el delicado encargo que se le confiaba en Real cédula dada en San Lorenzo á 7 de Julio de 1593, concertó con D. Pedro de Casasu, Gobernador del Estado andaluz del Duque de Osuna, que éste, por todos los lugares de su tierra y jurisdicción en Andalucía, aprontase para las galeras y fronteras 6.000 fanegas de trigo en cada año, á contar desde el siguiente á la dicha data (1). He aquí, en parte transcrita y extractada en parte, la interesante cédula:

«Duque de Osuna, primo, ó la persona que gobierna vuestro estado: Ya sabéis que por excusar los daños y estorsiones que los comisarios y alguaziles de los proveedores de mis galeras hazen de ordinario á los vasallos y labradores de esa andaluzía sobre la saca del trigo, cebada y otros bastimentos que son menester para la provisión de las dichas galeras, sin que se hayan podido remediar, por muchas diligencias y castigos exemplares que se han hecho, acordé el año pasado de ochenta y tres, que entre algunos señores, ciudades y villas de la dicha andaluzía que cayesen más cerca del puerto donde de ordinario residen las dichas galeras se repartiese la cantidad de trigo que hubiesen menester, y se hiciese consignación della para que, recogiénola cada año al tiempo de las cosechas, se tuviese segura la provisión de pan para ellas, sin que fuese menester que salie-

sen á ello los dichos comisarios y alguaziles...» Sigue relatando que la idea no llegó á efecto por algunos inconvenientes, y añade: «Y porque de algunos días á esta parte han cargado más quejas y clamores de las dichas ciudades, villas y lugares contra los dichos comisarios y alguaziles...», volviendo á platicar en ello para remediarlo, «he mandado consignar el dinero que pueden costar 94.000 fanegas de trigo que agora parece han menester las dichas galeras», acordando que D. Juan Chacón y Narváez, «como persona muy práctica, por haber tratado antes este negocio, vaya á acabarlo de efectuar» (1).

Ahora, bien sabido que á los tales comisarios estimábaseles por lo que hoy, con mote muy expresivo, llama *lechuços* la gente vulgar; al mismo tiempo que se medita con pena en la violencia grandísima que para alternar y confundirse aparentemente con tanto pillo redomado tendría que hacerse Miguel de Cervantes, aquel noble ingenio que escribía con hidalga franqueza:

«Nunca pongo los pies por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa virtud total ruina» (2),

se recuerda con sonrisa un tantico burlona aquella galana conjetura de D. Martín Fernández de Navarrete (3): «Es, pues, muy regular que Pacheco retratase también á Cervantes, que residía en Sevilla, para no privarle del honroso lugar que merecía en su libro», aludiendo con estas palabras al famoso *Libro de los Retratos*, adquirido y publicado mucho después, en 1886, por el meritísimo hispalense D. José María Asensio.

Y aun este mi docto amigo, imaginando, ocho lustros ha, que Pacheco había retratado á Cervantes en el barquero de cierto cuadro

(1) Archivo de protocolos de Osuna: registro de Diego Gutiérrez, folio 528 del libro de 1594. La escritura fué otorgada en 9 de Mayo.

(1) No sé si este Corregidor será el sujeto antequerano de su mismo nombre, que murió en Sigüenza en 1604, siendo Arcediano de aquella iglesia catedral, y cuyos restos fueron trasladados á Antequera en 1612.

(2) *Viaje del Parnaso*, cap. iv.

(3) *Vida de Cervantes*, pág. 537.

que se conserva en el Museo provincial de Sevilla, deleitóse en fantasear en el taller del erudito artista sanluqueño, ó sanlucareño (1), y en cierta «calorosa tarde de los últimos días de septiembre de 1592», una escena tan inverosímil como interesante. Baltasar del Alcázar, sentado en un sillón, recita sus alegres redondillas acerca de la bella Inés, el jamón y las berenjenas con queso, ante un auditorio de que forman parte los famosos predicadores Fr. Fernando de Santiago y Fr. Pedro de Valderrama, el admirable pintor Pablo de Céspedes, Rodrigo Caro, cantor ilustre de las ruinas de Itálica, y el *divino* Herrera. Pacheco, entretanto, sentado junto á una ventana, dibuja sobre un pequeño trozo de papel el perfil de un hombre: de Cervantes, que narra las asombrosas proezas que hizo en Argel... (2). *Ben trovato...*, *ma non vero*, por cien razones y una más, y esta una del piquillo consiste en que Cervantes estaba preso en la cárcel de Castro el Río aquellos días en que se supone que le retrataba Pacheco en la opulenta ciudad de la Giralda.

No: la tertulia de Pacheco era harto aristocrática, que diríamos hoy, para dar lado alguno al pobre comisario, al que se llamó á sí propio, por boca de Mercurio, *Adán de los poetas* (3), y aun el mismo Cervantes, ya lo dije en otro lugar (4), «activo y pun-donoroso como era, no sólo no debió de buscar la amistad de los próceres de las letras sevillanas, sino que apostó, probablemente,

evitaría su trato». Ni «¿cómo aquellos hombres graves y bien acomodados habían de brindar con su amistad sincera á un advenedizo que, dejando atrás su familia, llegaba á orillas del Betis en busca de comisiones para embargos y sacas de víveres, menguados empleos en que solían librar su negra pitanza cien pájaros de cuenta, desahuciados de la fortuna, náufragos en el mar del mundo,



AGUAFUERTE DE SOLA, AUTOR DEL
MONUMENTO DE CERVANTES EN MADRID

que no llevaban capa en el hombro? Y, por ventura, ¿teníala él cada invierno? Cuando, tiempo andando, le dijese Apolo:

«Mas si quieres salir de tu querella
alegre y no confuso, y consolado,
dobla tu capa y siéntate sobre ella»,

¿no tendría que responderle: «Bien parece señor, que no se advierte que no tengo

(1) A las investigaciones que suelo hacer en el Archivo general de protocolos de esta ciudad se debe la averiguación de la patria del pintor Pacheco. De su vida trato con alguna extensión en mi libro aún inédito intitulado *Pedro Espinosa*, ampliando acá y allá la muy estimable biografía, escrita y publicada por el Sr. Asensio.

(2) Asensio: *Pruebas que demuestran la autenticidad del retrato verdadero de Miguel de Cervantes Saavedra...*, al fin de los *Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervantes...*

(3) *Viaje del Parnaso*, cap. 1.

(4) *El Loaysa de El Celoso extremeño*, páginas 17-18.

capa?» (1). Para que el señor Asensio cayese en la cuenta de su disculpable y hasta generoso error, habría quizás bastado con que meditara en que, teniéndose al pintor Pacheco por poeta, y siéndolo, en realidad, muy razonable, Cervantes no lo nombra para nada en su *Viaje del Parnaso*, preterición que, de seguro, no habría habido á deberle las atenciones y el retrato que imaginaba el señor Asensio. Véase cómo de Jáuregui, que lo retrató en Madrid, no hizo caso omiso.

Adoptado el nuevo modo para la saca de bastimentos, Cervantes pidió y obtuvo una real comisión para cobrar en el reino de Granada ciertos atrasos de alcabalas y tercias, y con este motivo visitó muchos pueblos andaluces, adonde hasta entonces no le habían llevado sus andanzas de comisario de los proveedores de flotas. Terminó á los pocos meses la nueva gestión y el portentoso ingenio quedóse en Sevilla, cual decirse suele, sin oficio ni beneficio, viviendo muy pobre y estrechamente y aún más oscurecido que antaño; pero como «al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra» (2), á Cervantes no le faltaron mil sinsabores y penalidades, en que bien tuvo donde ejercitar su paciencia cristiana, y de los cuales, por ser hartos conocidos, no haré especial relato, atento como voy á decir principalmente cosas hasta ahora poco ó nada sabidas.

Infinitamente más que á muchos centenares de poderosos inútiles, cuya huella en los senderos de la vida se borró para siempre, aún antes de descarnarse sus huesos, debe el mundo á aquel infortunado Cervantes, «lleno de agovios, andando de pueblo en venta y de venta en pueblo por las Andalucías, residiendo en Sevilla cuando le era menester, y conversado aquí y allá y en todas partes

con mesoneros, trajineros, frailes, soldados, mozas andariegas, estudiantes, regidores, escribanos, cuadrilleros, echacuervos, y ¿por qué no decirlo? con la flor de la canalla trampesca y con la nata de la temeraria al par que temerosa jacarandina. Apuradamente él se perecía por estudiar de cerca, sobre el modelo vivo, aquellos sujetos, aquellas costumbres, aquellos lugares, tan interesantes, tan curiosos, tan pintorescos, y aquella lozana habla popular, llena de verdores y matices, como selva en Abril, con mil garridezas y lumbres en forma de espontáneos y no aprendidos tropos. ¡Oh, y qué primorosos escritos habrían de ser aquellos en donde tantas galas luciesen y en donde tales personas, costumbres y sitios se pintasen! ¡Qué á maravilla darían materia para esas obras algunos sucesos diestramente tomados de la realidad, que es inventora más hábil y más fecunda que cuantos ingenios hubo, hay y pueda haber sobre la haz de la tierra!

«Encariñado con este pensamiento, Cervantes hizo, como dicen, de la necesidad virtud, y divirtió sus penas y endulzó sus sinsabores frecuentando más y más el trato de las gentes del pueblo, estudiándolas por dentro y por de fuera y grabando en su feliz memoria todas las ideas que le sugería aquel estudio, hasta que llegase la sazón de darlas á luz, fundidas y depuradas en el crisol de su poderoso entendimiento y moldeadas portentosamente en la turquesa de su admirable fantasía. ¿Cómo Cervantes pudo estudiar la revesada habla y los peregrinos usos, abusos y pragmáticas de la *germania*, sino platicando á menudo con temerones y jaques, ya que hasta al año de 1609 no sacó á luz Juan Hidalgo sus célebres romances, ni el curioso vocabulario que está al cabo de ellos? ¿Dónde aprendió cuanto había que saber para escribir novelas tales como *Rinconete y Cortadillo*, *El Celoso extremeño* y el *Coloquio de Cipión y Berganza*, todas de asunto sevillano, sino paseando alguna que otra vez

(1) *Viaje del Parnaso*, cap. iv.

(2) *Coloquio de los perros Cipión y Berganza*.

por aquel «pequeño patio ladrillado» de Triana, junto al Molino de la Pólvara, con el mismísimo diablo, digo, con el mismísimo Monipodio, «encubridor de ladrones y pala de rufianes», y tratando con aquel mozo de barrio, gentil *virote*, á quien, no sin misterio, llamó Loaysa, y conociendo muy de cerca, por sus estupendos milagros, á Nicolás el Romo, y al alguacil su amigo, más amigo todavía de la famosa Colindres?... Y es que á la gloria póstuma del Príncipe de los ingenios españoles más contribuyeron sus desdichas que sus venturas, bien que éstas fueron escasas y muy abundantes las otras» (1).

Toda Sevilla, Andalucía entera, con sus donairosos tipos, con sus escenas animadas, con sus pintorescos lugares, con sus interesantes tradiciones, alienta y palpita en las obras de Cervantes. ¿Qué falta, por ejemplo, de la Sevilla holgazana, maleante y germanesca en *Rinconete y Cortadillo*? ¿Qué recuerdos de la misma gran ciudad, «lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada esquina se ofrecen más que en otro alguno» (2), no andan diseminados en las páginas del *Coloquio de Cipión y Berganza*, de *El Celoso extremeño* y de *La Española inglesa* y en las escenas de sus obras teatrales *El Rufián dichoso* y *El Rufián viudo*? Pues en el *Quijote*, ¿no se mienta á Sevilla frecuentemente? ¿De dónde si no de la feria de Sevilla eran dos de aquellos que mantearon á Sancho? (3). ¿De dónde el puñalero Ramón de Hoces, encomiado por él mismo (4), y el loco que hinchaba perros (5), y el gorrero Triguillos, á quien la postiza madre de Preciosa dió la broma más *hidráulica* de que hay noticia en todo el mundo? (6). La famosa giralda más de una vez se columbra, gallarda y esbelta, en las pági-

nas del libro sin par (1). Y del célebre Compás, que así se llamaba la mancebía hispalense, no se diga: era uno de los lugares más señalados del mapa de la picaresca, y Cervantes lo menciona en el *Quijote* (2), en el *Viaje del Parnaso* y en algunas de sus obras cómicas.

No hay menos recuerdos de Córdoba en la incomparable novela cervantina: á la nada buena obra de mantear á Sancho coadyuvan



D. MARTÍN FERNÁNDEZ NAVARRETE
AUTOR DE LA GRAN «VIDA DE CERVANTES» (1819)

los agujeros del Potro (3); cordobeses son aquellos finos amantes Luscinda y Cardenio; en más de un lugar se encarece la justa fama

(1) *Don Quijote*, parte II, caps. XIV y XXII.

(2) *Ibid.*, parte I, cap. III.

(3) Ya á principios del siglo XVI tenía fama el barrio del Potro por la mala gente que en él vivía. Así Don Juan de Padilla, el Cartujano, hacía decir á un baratero *Doce triunfos de los doce Apóstoles* (Sevilla, Juan Varela, 1521), triunfo II.

Y este que viene conjunto á mi lado

Es cordobés de natura mestizo

El cual en el Potro de Córdoba hizo

Tales reñeos, que fué desterrado,

Con un jubón á su cuerpo hechizo.

Esto es: previo un jubón de azotes, como llamaban á la tunda dada por mano del verdugo.

(1) *El Loaysa...*, págs. 18 y 19.

(2) *Don Quijote*, parte I, cap. XIV.

(3) *Ibid.*, parte I, cap. XVII.

(4) *Ibid.*, parte II, cap. XXIII.

(5) *Ibid.*, parte II, prólogo.

(6) *La Gitanilla*.

de los caballos de aquella tierra (1); del Caño de Vecinquería se hace memoria en otro pasaje (2); cordobés era ello con que despertaba con un canto (nada musical, ni de hogaza) á los perros vagabundos, fuese ó no este loco el Luis López á quien Cervantes se referió en el prólogo de sus *Comedias y entremeses*, ya que parece ser distinto del Olivera á quien otros escritos aluden (3). Y así de toda Andalucía: en Osuna se desembarcó la Princesa Micomicona (4), que, como el lector sabe, no era otra que Dórotea: la seducida en su propia casa por el menor de los dos hijos de un Duque (el de Osuna), que tomaba título de un lugar de esta región (5); graduados por Osuna eran el antes mencionado loco de Sevilla y el Dr. Pedro Recio de Tirteafuera (6), y á Estepa y á Osuna se refiere Cervantes en *Las Dos doncellas* (7), cuya acción comienza en un mesón de Castilblanco.

¿Otros sitios y lugares andaluces? Háblanse á cada triquitraque: acá se menciona como el finibusterre de la picaresca la almadra de Zahara (8); y allá, la playa de Sanlúcar (9); en tal pasaje del *Quijote*, la renombrada Lima de Cabra (10); la Rondilla de Granada en tal otro (11); en un capítulo, los Bancos de Flandes (12); que, á mi ver, son distintos de los que hasta aquí entendieron los comentadores; y en otro capítulo los Percheles de Málaga y las Islas de

Riarán, otras universidades picarescas (1); allí, el puerto de la Herradura, á ocho leguas de Vélez Málaga (2), y acullí, la Cuesta de la Zambra en el camino de Málaga á Antequera (3), también mencionada por el rondeño Espinel (4). ¿Cosas tocantes á la bucólica? Enseguida viénense á la memoria, y doy al diablo las citas, los bodegones sevillanos y malagueños, y los garbanzos de Martos, y el jamón de Rute, y las perdices de Morón, y las blancas hogazas de Gandul, y los vinos de Cazalla, Alanis y Guadalcanal... Y si vamos á sucesos, personas y objetos memorables, fuera de lo que antes nombré, por un lado colúmbrase pintorescamente la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, en Andújar (5); por otro, entre las sombras de la noche, la temerosa aventura del cuerpo muerto (6), alusiva, como es sabido, á la traslación, desde Úbeda á Segovia, de los restos de San Juan de la Cruz; por allí mismo, cómicamente, echando, al pintar, por los cerros de Úbeda (7), el celeberrimo pintor Orbaneja, que en Úbeda solía estar (8); y de Antequera, el alcaide Rodrigo de Narváez (9), *doña* Molinera (10) y Carrascosa, padre de las mujeres del Compás (11); y en Montilla, la Cañizares y la Montiel, aprovechadas discípulas de aquella retehechicera y archibruja á quien llamaron la Camacha (12)... Y ¿dónde dejaremos á los del pueblo de la Reloja (13), del cual no lograron averiguar pizca Clemencín y otros comentadores de Cervantes? Pues sépase, ya que no

(1) *Don Quijote*, parte I, caps. xv y xxiv.

(2) *Ibid.*, parte II, cap. xxii.

(3) Véase Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española...* tomo I, núm. 598.

(4) *Don Quijote*, parte I, cap. xxx.

(5) Acerca de este episodio del *Quijote*, tengo yo á medio preparar un libro que mi flaca salud me ha impedido terminar é imprimir para las fiestas del centenario del *Quijote*.

(6) *Don Quijote*, parte II, cap. xlvii.

(7) Véase *El Loaysa* de «*El Celoso extremeño*», págs. 237 y 238.

(8) *La Ilustre fregona*.

(9) *Don Quijote*, parte I, cap. iii.

(10) *Ibid.*, parte II, cap. xiv.

(11) *Ibid.*, parte I, cap. iii.

(12) *Ibid.*, parte II, cap. xxi.

(1) *Ibid.*, parte I, cap. iii.

(2) *Ibid.*, parte II, cap. xxxii.

(3) *El Licenciado Vidriera*.

(4) *Marcos de Obregón*, Biblioteca de Rivadeneyra, tomo XVIII, pág. 412, b.

(5) *Persiles y Sigismunda*, Biblioteca de Rivadeneyra, tomo I, pág. 634.

(6) *Don Quijote*, parte I, cap. xix.

(7) *Ibid.*, parte II, cap. xxxiii.

(8) *Ibid.*, parte II, cap. lxxi.

(9) *Ibid.*, parte I, cap. v.

(10) *Ibid.*, parte I, cap. iii.

(11) *El Rufián dichoso*, jornada I.

(12) *Coloquio de los perros* Cipión y Berganza.

(13) *Don Quijote*, parte II, cap. xxvii.

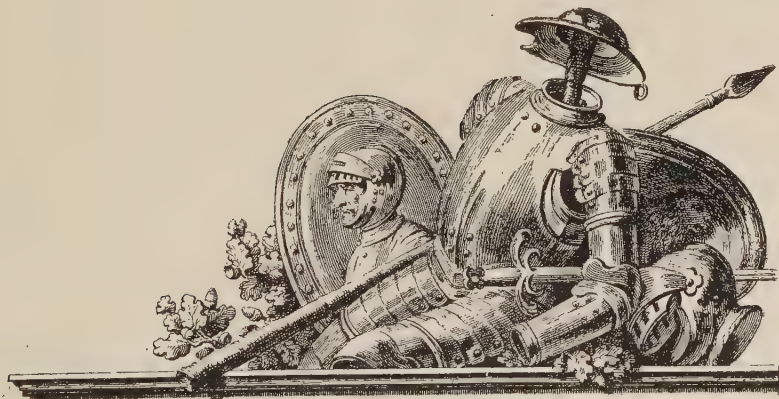
el nombre del tal pueblo (que será bueno callarlo, por no agraviar), que es andaluz y que tomó el dicho mote porque, habiendo pedido el cura un reloj para la torre de la iglesia, el cabildo del lugar tuvo por bien que se encargara á Sevilla, mas no reloj, sino *reloja*, y preñadita, para vender luego los *relojillos* que pariese, y proporcionar esa entrada al arca del concejo.

No alargaré más esta prolija enumeración, y aun temo que, con lo dicho, peque de pesada. Baste advertir que, por caso raro, se toparán en las obras de Cervantes algunas páginas en que no haya algo del *cuerpo* de Andalucía, de su lozanísima habla cuando menos; pero lo que es el *alma andaluza*, esa está en todas, sin exceptuar una siquiera. Y ¿cómo podía no estar, si los suspiros de la

edad en que el primer amor vulnera dulcemente los corazones inundaron para siempre el pecho de Cervantes con oleadas de béticos aromas, de los naranjales sevillanos y de los olivares cordobeses? ¿Cómo podía no estar, si en Andalucía pasó el incomparable ingenio complutense, antes que los diez y seis años de fecundas penalidades (1587-1602), los más felices de su adolescencia, y la luz solar, más limpia y hermosa en esta tierra que en parte alguna, y este cielo, más azul que cuantos cielos cobijan regiones del mundo, hicieron la *solera*, por decirlo así, de aquel espíritu grande, generoso, humanísimo, templado para todas las exquiesceces de la idea y del sentimiento?

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

Correspondiente de la R. Academia Española.



VI

EL QUIJOTE EN SU INCUBACIÓN Y EN SU PUBLICACIÓN

PRISIÓN DE ARGAMASILLA.—INCUBACIÓN Y PROYECCIÓN DEL «QUIJOTE».—IDA Á LA CORTE DE VALLADOLID.—LECTURAS PRIVADAS DEL «QUIJOTE».—SÁTIRAS CONTRA CERVANTES. VENIDA Á MADRID.—PUBLICACIÓN DEL «QUIJOTE».—NUEVOS PROCESOS CONTRA CERVANTES Y SU FAMILIA.—LAS CENSURAS Y LAS RÉPLICAS DE CERVANTES EN SUS NOVELAS EJEMPLARES (1599-1611).

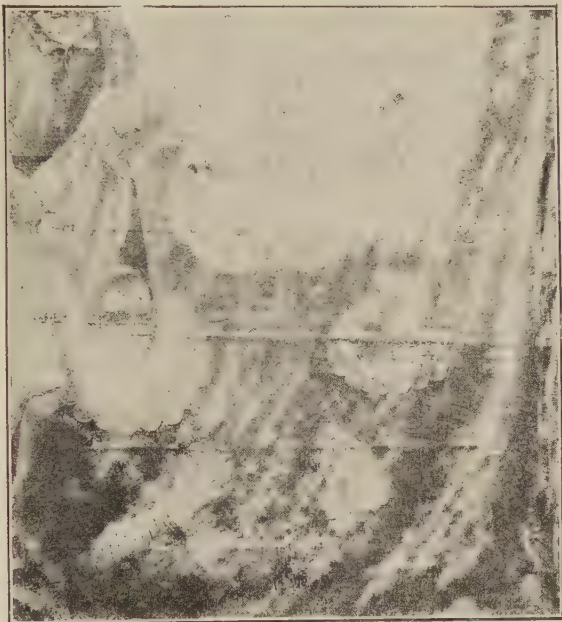
La leyenda de la prisión en Argamasilla de Alba, teniendo por cárcel en esta villa la casa llamada de Medrano, no ha podido lograr más apoyo desde que Mayans, el P. Sarmiento, D. Juan Iriarte, Montiano y Luyando, D. José Miguel de Flores y Fray Alonso Cano, Obispo de Segorbe, precedieron en las investigaciones biográficas de Cervantes á los activos y eruditos D. Vicente de los Ríos, D. Juan Antonio Pellicer, D. Martín Fernández Navarrete y D. Diego Clemencín, padres y maestros de los rebuscadores de fecha posterior hasta nuestra época, García Arrieta, Rosell, Aribau, Hartzenbusch, la Barrera, Fontán, Fernández Guerra, Janer, Pardo de Figueroa, Mainez, Asensio, Rius, Pérez Pastor y Rodríguez Marín, que la tradición constantemente sostenida por unos y puesta ya en duda por algunos pocos, y las dos aseveraciones del mismo Cervantes y de su émulo, el supuesto Avellaneda, de que la incubación y proyección del *Quijote* germinaron y se llevaron á cumplida realización entre las aflictivas molestias é incomodidades de una cárcel. Que Cervantes pasó por

la degradante amargura de las prisiones y de los procesos, nos quedan pruebas testimoniadas, las unas de 1597 en Sevilla, á consecuencia de la Real provisión de 6 de Septiembre de este año en que se mandó al juez Gaspar de Vallejo que la ejecutase, si no daba fianzas de comparecer en Madrid en el término de veinte días á dar cuenta de la comisión que se le dió en el reino de Granada; la otra con motivo de la muerte violenta dada en Valladolid á las puertas de su morada el 27 de Junio de 1605 al caballero del hábito de Santiago D. Gaspar de Espeleta. Del primero de estos procesos, ni quedaba mancha ni degradaciones angustiosas, siendo de carácter casi general en nuestras viejas prácticas burocráticas y teniendo antecedentes, como el que el Rey católico intentó formar contra el conquistador de Nápoles, Gonzalo Fernández de Córdoba, con que dió motivo á las famosas cuentas del Gran Capitán. Según el sabio D. Tomás González desde Simancas informó á Navarrete, esta conducta se repitió contra el célebre poeta, novelista y embajador D. Diego Hurtado de Mendoza, así, bajo Carlos V, por las cuentas de su gobernación en Sena, como, bajo Felipe II, por las de su embajada en Roma. En la misma época en que Cervantes era encarcelado en Sevilla, lo fué por la misma causa otro escritor ilustre, aunque no de la categoría de Cervantes, aplicado á la misma comisión de cobranzas del Erario, el autor del *Guzmán de*

Alfarache, Mateo Alemán; y en el tomo primero del *Inventario de las causas criminales* en que entendía en toda España la Sala de Alcaldes de Casa y Corte del Consejo Real de Castilla, que comprende desde el año 1542 hasta el 1604, se hallan sumariados, en 1590, Juan Fernández de Salazar (apellido que sueña en la familia de Cervantes), juez comisionado para la cobranza de la villa de Porcuna, y Pedro Ortiz de Ecija, Tesorero general de Salinas del Reino, uno y otro por alcances en la rendición de sus cuentas. Esto no obstante, el nombre del autor del *Quijote* no se halla envuelto en este *Inventario* en más proceso que el de la muerte de Ezpeleta en Valladolid, de que salió absuelto con toda su familia. De los procedimientos coercitivos de Sevilla no se había una palabra, y mucho menos de los que de Argamasilla ha formado la tradición. Arranca ésta desde los primeros años de la publicación de la primera parte del *Quijote*, y si por chunga quiso Cervantes dejarla consignada en la cómica academia, que escribió donosos sonetos y epitafios á la vida y á la muerte del valeroso héroe de su inmortal invención, el supuesto Avellaneda no lo echó en saco roto, para extremar su sátira contra Cervantes, dedicando su *Segundo tomo del ingenioso hidalgo* al alcalde, regidores é hidalgos de este lugar. Con todo, cuando la

erudición se metió á puntualizar los datos de aquel accidente de la vida de Cervantes, que convirtió á Argamasilla de Alba, según la frase afortunada de Pellicer, en «patria feliz del *Don Quijote*», á Mayans le tocó desvariar, asignando al Toboso el lugar de la prisión del autor y de la incubación y proyección de la obra; Pellicer se mostró lleno de desconfianza ante la carencia de pruebas;

Ríos admitió una de las varias versiones que se daban al hecho de la venida de Cervantes á Argamasilla, y Navarrete, que agotó todos los medios imaginables de adquirir admisibles informaciones, después de consignar las negativas del vicario eclesiástico de Consuegra don Pío Rafael Sánchez de León, las vacías de sentido de D. Francisco de Paula Marañón, y las del presbítero de la Orden de San Juan don D. Antonio Sán-



ARGAMASILLA DE ALBA
ESTADO ACTUAL DEL RETRATO DE RODRIGO PACHECO

chez Liaño, uno de los muchos que han padecido la obsesión de que Cervantes era natural de la Mancha, y no de Alcalá de Henares, como él mismo en tantos documentos propios dejó certificado, concluyó por decir que «á proporción que van pareciendo documentos sobre la prisión de Cervantes en Sevilla, se va reduciendo el espacio de tiempo que se suponía residió en la Mancha, y debilitando la fuerza y la autoridad de las tradiciones que aún se conservan de que allí escribió en una cárcel la primera parte del

erudición se metió á puntualizar los datos de aquel accidente de la vida de Cervantes, que convirtió á Argamasilla de Alba, según la frase afortunada de Pellicer, en «patria feliz del *Don Quijote*», á Mayans le tocó desvariar, asignando al Toboso el lugar de la prisión del autor y de la incubación y proyección de la obra; Pellicer se mostró lleno de desconfianza ante la carencia de pruebas;

Quijote.» Sin embargo, no puede absolutamente proscribirse esta tradición, comunicada de siglo en siglo á la posteridad desde la vida de Cervantes, mientras otros documentos más afirmativos no acrediten otra cosa. A pesar de las juiciosas observaciones de Navarrete, el espacio de tiempo que se supone que el autor del *Quijote* permaneció proyectándole y desarrollándole en la Mancha, es siempre el mismo. Sánchez de Liaño le informó «de que la tradición verbal é invariable de los vecinos de Argamasilla de Alba había testificado de padres á hijos que en la casa llamada de Medrano estaba la cárcel en que permaneció Miguel de Cervantes *cinco años*»; y *cinco años* hay de vacío todavía entre los documentos hallados por Pérez Pastor referentes á Febrero de 1599 y los versos dedicados á la elección de Sandoval y Rojas para la primada de Toledo, y los documentos de Esquivias y de Valladolid de 1604. Tradiciones tan largamente sostenidas y admitidas por tantos biógrafos ilustres tienen incuestionable derecho á un respeto profundo, en tanto que otros documentos demostrativos no hablen.

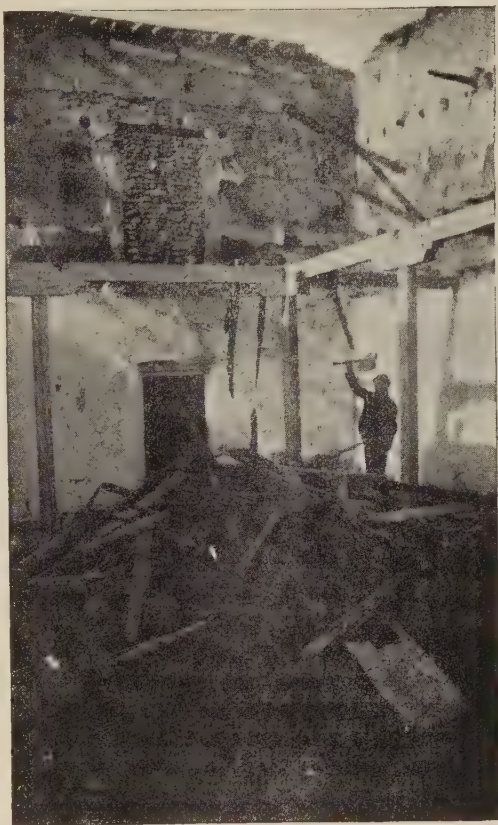
De todas maneras, así como la *Galatea* al estilo de las novelas pastoriles que introdujo en España Jorge de Montemayor, debió hervir en el cerebro de Cervantes, desde sus primeras inclinaciones de amor hacia la dama que al cabo fué su esposa y que tan estrechas relaciones de familia de antiguo tenía con la suya, es decir, tal vez desde antes de abandonar á España para sus servicios y aventuras de Italia, Africa y el mar de Grecia, aunque no la produjo materialmente sino después de la liberación de su cautiverio de Argel y á su regreso á los lugares donde había corrido su primera edad, la germinación del *Quijote* en su mente debió surgir muchos años antes de su proyección material, durante las largas horas que por toda su vida consagró á la lectura, y en las que cebó su espíritu con las de los libros de caballería.

Para confortar el espíritu de realidad que es la musa inspiradora de la genial invención del *Quijote*, lejos de perjudicarle los oficios demasiado positivos que vino á desempeñar desde 1587 hasta 1597 en los reinos de Sevilla y de Granada, debieron abrir á la larga experiencia de hombre tan observador y de tantas y tan varias vicisitudes de fortuna como Cervantes mayores horizontes de la realidad: y así, sin sospecharlo él siquiera, á la manera como Colón en su navegación afortunada no sospechó jamás que su empresa sería la completa conquista del planeta, concibiendo la sátira del *Quijote* púsose inopinadamente á la cabeza y en la dirección de una de las mayores transformaciones sociales que la historia registra, haciendo pasar los sentimientos universales del hombre de la exaltación de las ideas fantásticas y llenas de preocupaciones y prejuicios heredados de la edad media á las ideas de la razón y de la sensatez que han caracterizado desde entonces la lenta evolución de los pueblos y de los intereses. ¿Pudieron ser estas ideas, generadoras del *Quijote* en medio de su sátira sublime, la improvisación de un momento en la lobrete de una cárcel, donde toda incomodidad tenía su asiento, y en la coacción de espíritu que debía ejercerse en el ánimo de Cervantes por una situación siempre moralmente amarga? La incubación del *Quijote* debe suponerse muy anterior á su proyección sobre sus cuadernos de papel; surgida no de las imaginaciones irreflexivas de la juventud, sino de los maduros discernimientos de la mayor edad; inspirada por el cotejo entre la lectura perniciosa y disparatada de aquellos libros que tenían cautivada el alma enferma de aquella sociedad y las costumbres generales por ellos influídas en que aquella misma sociedad degeneraba y languidecía. Por eso debe suponerse que los gérmenes del *Quijote* despertaron en el alma de Cervantes durante los oficios que ejerció en Sevilla y otras partes de Andalucía desde los treinta y ocho hasta los cincuenta años

de su edad, y qué buscando el reposo del ocio para dar forma á lo que ya en la mente tenía incubado y digerido, la estancia de los cinco años que parece pasó en la Mancha sirvióle para dar su proyección luminosa á aquella obra del genio, ya pensada y distribuída.

Reclamado á la corte desde las prisiones de 1597 en Sevilla, Cervantes no acude á ella sino armado de la obra inmortal que había producido. Todo el mundo de las letras que él lisonjeó tanto en 1584 en el *Canto de Caliope* de su *Galatea* había trasladado desde 1600 sus penates á par de la corte y los Consejos de Madrid á Valladolid, buscando los resplandores y el patrocinio de los grandes y sobre todo el de aquellos Sandovalés de la casa de Denia y Lerma, que, árbitra del poder, de los destinos y de las dignidades con el valimiento del jefe de ella en el ministerio de Felipe III, sabía tener, por la esperanza de sus beneficios, unidos á su carro, todos los que con la superioridad de sus talentos constituían la suprema aristocracia de la inteligencia en aquel momento histórico en que descollaron los mayores nombres de todo nuestro desenvolvimiento literario nacional. ¿Hizo conocer en lecturas privadas la obra que llevaba dispuesta para la estampa á una gran parte de este mundo que gozaba los lisonjeros auspicios de la primera celebridad? Existen documentos que lo atestiguan. Hechas sus gestiones para obtener del Consejo la real licencia para la impresión, ésta no se despachó hasta el 26 de Septiembre de 1604. Pues bien, entre las cartas de Lope de Vega (*Belardo*) al duque de Sessa (*Lucindo*) hay una, no fechada en Valladolid, sino en Toledo á 4 de Agosto de 1604, en que le dice:—«Toledo está caro, pero famoso: representa Morales... hizo *La rueda de la Fortuna*, comedia en que un Rey aporrea á su mujer y acuden muchas á llorar de paso... De poetas no digo: muchos en ciería para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio, que alabe á *Don Quijote*.» ¿Cómo conocía Lope de Vega

en Toledo en Agosto de 1604, la obra de Cervantes para cuya impresión no se expidió en Valladolid la real licencia hasta el 26 de Septiembre siguiente, es decir, mes y medio después? Otro dato de no menor importancia es el de las sátiras que el *Quijote* des-



ARGAMASILLA DE ALBA
CASA DE MEDRANO, DESPUÉS DEL INCENDIO

pertó contra su autor y la obra, aun antes de que ésta apareciese al público en los comienzos de 1605. En la *Adjunta al Parnaso* Cervantes habló de alguna de ellas, en esta forma:—«Estando yo en Valladolid llevaron una carta á mi casa para mí con un real de porte: recibíola y pagó el porte una sobrina mía (Doña Constanza de Ovando), que nunca ella le pagara; pero díome por disculpa

qué muchas veces me había oído decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico y en el porte de las cartas, ora sean de amigos ó de enemigos, que las de los amigos avisan y de las de los enemigos se puede tomar algún indicio de sus pensamientos. Dieronmela, y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudez alguna diciendo mal del *Don Quijote*». Este soneto, que por desco-



ARGAMASILLA DE ALBA
CORRAL DE LA CASA DE MEDRANO

medido, Navarrete no quiso publicar en sus ilustraciones á la vida de Cervantes, decía así:

Yo que no sé de lá-, de lí-ni lé-
Ni sé si eres Zeruantes co-, ni cu-
Solo sé que es Apolo Lope, y tú
Frisón de su carroza y puerco en pié.

Para que no escribieses, orden fué
Del cielo te mancasen en Corfú;
Hablaste buey, pero dijiste:—«¡Múl!»—
¡Oh mala quijotada que te dé!

Sin dientes muerdes y caducas ya:
Honra á Lope, poetilla, ó ¡guay de til
Que es sol, y si se eclipsa, lloverá.

Mira que tu *Quijote* baladi
De cu- en cu- por el mundo va
Vendiendo especias y azafran rumí.

Ni fué esta la única sátira que inspiró á sus tempranos émulo la aparición del *Quijote*, ni fué pasajera la hostilidad que contra él se levantó. Pero en medio de las complacencias que debía experimentar Cervantes

en ver su libro en manos del público, y su nombre traído y llevado por unos con aplauso, por otros con rencor, lo que argüía un mérito superior efectivo en su obra, que todavía era temprano para formar idea de las proporciones que el juicio público le había de dar, no expiró el año, para él memorable, de 1605, sin que, á causa de un accidente inopinado, el autor inmortal del *Don Quijote* se viera atropellado nuevamente en poder de la justicia y á esta representada por el alcalde Cristóbal de Villarroel, afanosa de buscar algún indicio por donde degradarle. En la noche del 27 de Junio de 1605, un gentil-hombre cortesano, llamado D. Gaspar de Ezpeleta, caballero del hábito de Santiago, se encontró junto á la puentecilla de madera del río Esgueva con un hombre armado que se empeñó en alejarlo de allí. Salieron á relucir las espadas; riñeron; D. Gaspar, malamente herido, mientras su agresor huía, alborotó la vecindad, gritando: «¡Válgame Dios! ¡No habrá quien socorra á este caballero que le han muerto!» A las voces bajaron de las casas nuevas junto al Rastro, donde vivía, D. Luis de Garibay, hijo del cronista Esteban, y Miguel de Cervantes, que ya se hallaba acostado, y ayudaron á subir á Ezpeleta al cuarto de D.^a Luisa de Montoya, madre del primero, donde á la par acudieron el cirujano Sebastián Macías para que le curase y la justicia para instruir su proceso. En los diversos cuartos de aquella casa vivían en tres familias de escritores distinguidos, hermosos individuos de ellas, por celos de las cuales el alcalde Villarroel se empeñó en hallar el hilo del delito para castigarle. Con Miguel de Cervantes vivían, su mujer D.^a Catalina de Salazar, su hija bastarda D.^a Isabel de Saavedra, muy linda, soltera y de veinte años de edad, sus dos hermanas D.^a Andrea y D.^a Magdalena, que había hecho profesión de beata, y una hija de doña Andrea, D.^a Constanza de Ovando, también en la flor de la edad y de la hermosura juvenil. La viuda del cronista y aposentador de

S. M., Esteban de Garibay y Zamalloa, tenía dos hijos, D. Esteban y D. Luis; mas ella se conservaba de muy buen parecer. Por último, allí también habitaba D.^a Juana Gaitán, viuda del poeta *Damón* de la *Galatea*, Pedro Lainez, y todas estas casas ó cuartos eran visitados por caballeros, amigos de sus habitantes. Con la viuda de Lainez vivían, además de una

hermana y una sobrina suya, otras dos señoras, D.^a Luisa y D.^a María de Argomedo, cuyo trato frecuentaban Ezpeleta, el duque de Pastrana, el de Maqueda, el marqués de Falces y el conde de Concentaina y otros caballeros; así como á la casa de Cervantes acudían el señor de Higuera, D. Fernando de Toledo, el italiano

Agustín Raggio y el portugués Simón Méndez, y otras personas que se interesaban tanto en lo que escribía como en los negocios en que se ejercitaba el jefe de la familia. Mas aunque por auto del alcalde Villaroel, Cervantes, su hija D.^a Isabel, su hermana y sobrina D.^a Andrea y D.^a Constanza y el portugués Simón Méndez fueron reducidos á prisión en su propia posada juntamente con D.^a Juana Gaitán, D.^a María de Argomedo, su hermana y sobrina y otros inquilinos de la misma casa, no resultando al cabo cargos criminales contra ninguno de ellos, fue-

ron puestos en libertad á petición de doña Andrea, sin que este proceso perjudicara en lo más mínimo á su honor.

Tales fueron las alegrías con que en la casa de Cervantes se pudo celebrar el natalicio á la luz de las gentes de la obra magistral de *Don Quijote*, que en breve había de admirar el mundo y constituir para su autor



ARGAMASILLA DE ALBA

CUEVA DE LA CASA DE MEDRANO, DONDE SE SUPUSO PRESO Á CERVANTES

y para la patria de su autor uno de los mejores monumentos que la posteridad ha levantado al mayor de los ingenios que ilustró en España la gran evolución que en su tiempo experimentaron juntamente las letras humanas, las ideas de la sociedad civil y las costumbres políticas de los pueblos.

Después de la publicación de la *Primera parte del Quijote* y de la feliz terminación del proceso producido por la muerte de Ezpeleta, nótase en la vida de Cervantes cierta suspensión de los asuntos literarios, motiva-

da sin duda por los asuntos interiores de familia y de intereses y por la ocupación de otros negocios en los que, según la declaración de su hija, se empleaba. Se ha imputado á Cervantes la publicación de una *Relación* de las fiestas que en Valladolid se hicieron en Junio de 1605 con motivo del nacimiento del Príncipe D. Felipe Dominico Víctor. Pérez Pastor ha descubierto un documento que

netos *satíricos*, satirizando los sucesos de aquel año, dejó dicho:

mandáronse escribir estas hazañas
á D. Quijote, á Sancho y su jumento;

dando á entender que Cervantes había recibido el mismo encargo que Herrera. Mas aunque esto nada hubiera tenido de particular, dada la impresión que desde su aparición causó el *Quijote*, siendo prueba de la común admiración las mismas pasiones adversarias que levantó, las acres censuras, las tentativas de persecución contra su autor y todo el tumulto de cosas que de allí provinieron, y por otra parte teniendo en cuenta la visible protección que Cervantes comenzó á tener de los Sandoval de la casa de Lerma, si bien puede admitirse que no fué suya la que hasta aquí se le ha atribuido y aun publicado con harta ligereza en el fondo de sus obras, puede ser que entre las todavía apenas conocidas resulte alguna que justifique el dato de Góngora, aunque de aquellos sucesos hasta ahora solo publicó Cervantes el romance *A la Reina D.^a Margarita, saliendo á San Llorente á misa de parida el 31 de Mayo de 1605* que, como se ha dicho, insertó su autor en la novela ejemplar *La Gitanilla*.

Estas amistades de los Sandoval de Cervantes tienen mucha importancia en el último tercio de su vida. Es aventurado caminar á ciegas, cuando no existen documentos de comprobación y del recurso de las inducciones se hace necesario desconfiar siempre. Pero dada la situación de Cervantes al salir de la cárcel de Sevilla, alcanzado en sus cuentas y con la obligación de venir á rendirlas á la corte y á solventar sus descubiertos, podría emprenderse el camino de las nuevas exploraciones documentales á investigar, si siendo Esquivias lugar de la jurisdicción civil y eclesiástica de los arzobispos de Toledo, y habiéndose él titulado siempre, desde su casamiento y en medio de su larga residencia en Andalucía, vecino de dicho lu-



VALLADOLID

CASA EN QUE VIVIO CERVANTES

demuestra que al cronista Antonio de Herrera se le dieron 1363 rs. por el importe de la que, sin duda, se le mandó hacer; mas de estas fiestas Alenda registró en sus *Solemidades públicas* de España ocho *Relaciones* sin nombre de autor publicadas en 1605 en Valladolid (Números 478 y 481 á 487), otro *Discurso* que escribió D. Jerónimo Gascón de Torquemada, y las publicadas, una de Sevilla escrita por el licenciado Francisco de Porras, y otra en Milán de Cesare Parona. Góngora, que se hallaba en Valladolid entregado al frenesí de sus innumerables so-

gar, cuando á la muerte de D. García de Lóaisa, fué elegido para sucederle en la sede primada de España en 1599 el aún obispo de Jaén D. Bernardo de Sandoval y Rojas, que en 4 de Marzo de 1598 había sido elevado á la púrpura romana por la santidad de Clemente VIII, Cervantes, echándose en sus brazos, adquirió con sus talentos sobre el ilustre purpurado aquel ascendiente, que ya en lo sucesivo le valió el favor suyo y de toda su familia. La *Canción* de Cervantes

A Felipe III en la elección del Arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, cuya única copia que se conoce D. Adolfo de Castro no daba por concluída, fué escrita indudablemente en 1599, al ser promovido al primer pontificado de España; en la dedi-

catoria de su *Estafeta del dios Momo*, Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo dejó consignada la noticia de las pensiones que el virtuoso purpurado hacía pagar así á Vicente Espinel, como á Miguel de Cervantes, «como hombres virtuosamente ocupados», y aunque Cervantes al dar á luz la primera parte del *Quijote*, no hizo elección de Mecenas en nin-

guno de los próceres de esta casa, sino en el Duque de Béjar, muy luego corrigió esta desatención, no sólo en la segunda parte del *Ingenioso hidalgo*, sino en las *Novelas ejemplares* y en el *Persiles y Sigismunda*, escrito con el pie sobre el estribo de la muerte, y dedicadas todas estas obras á aquel D. Pedro

Fernández de Castro, Conde de Lemos, hijo del Conde don Fernando y de la Condesa doña Catalina de Sandoval y Borja y casado con otra doña Catalina de Sandoval, hija del Duque de Lerma, y á quien el privado de Felipe III amaba por encima de sus propios hijos y de todos sus demás deudos. Aquella protección, por ventura, ¿no pudo mitigar las instancias sucesivas de la Contaduría Mayor de Hacienda y, sobre todo, los proce-



RETRATO ECUESTRE DE FELIPE III, DE VELÁZQUEZ

cedimientos coercitivos sobre Cervantes? ¿Pudo éste permanecer en la corte de Valladolid en 1605, publicando libros, tomando parte en los grandes sucesos de la Monarquía y hasta incurso en un proceso criminal, por lo que fué, aunque brevemente, preso de nuevo con la mayor parte de su familia, sin que la Contaduría Mayor de

Hacienda se apercibiese de cuál era su residencia?

Apesar de las notas de Navarrete, no está averiguado si en 1585 Cervantes asistía á la *Academia Imitatoria* de Madrid, de que no se tienen más noticias que las que conservó con su discurso de apertura el rector de Villahermosa Bartolomé Leonardo de Argen-



D. BERNARDO DE SANDOVAL Y ROJAS
CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO
PROTECTOR DE CERVANTES

sola, el cual nada dijo acerca de los que concurrían á ella. En igual obscuridad nos hallamos respecto á la *Selva* de 1612, fundada por Don Francisco de Silva, en sus casas de la calle de Atocha, en cuyas espaldas de la de la Magdalena Cervantes había vivido en 1609; pero lo que no nos ofrece duda es de que fué asíduo asistente á la de el Conde de Saldaña, D. Diego Gómez de Sandoval, comendador mayor de Calatrava, hijo segundo del Duque de Lerma y casado por la he-

redera única de la casa ducal del Infantado, D.^a Ana de Mendoza, academia inaugurada el sábado 19 de Noviembre de 1611, y á la cual se refieren todas las noticias que Lope de Vega daba de ellas y sus actos al Duque de Sessa su favorecedor. «El de Saldaña, decía Lope en carta de aquel mismo día, ha hecho una Academia y es esta la primera noche: todo cuanto se ha escrito es á la honra de la Reina, que Dios tiene. Voy á llevar mi canción, que me han obligado á escribir, bien que temeroso de mi ignorancia entre tantos ingenios.» En estas Academias fué donde Cervantes leyó su *Canción* al protector de ella, y suyo, el conde de Saldaña, que ha permanecido ignorada cerca de tres siglos. De estas Academias fué de las que Lope decía en otras cartas al Duque de Sessa (2 de Mayo de 1612). «Las Academias están furiosas: en la pasada se tiraron los bonetes dos licenciados. Yo leí unos versos con unos anteojos de Cervantes, que parecían huevos estrellados mal hechos.»

Esta Academia, así como la Esclavonia del Santísimo Sacramento que en 1608 (28 de Noviembre) se fundó bajo el patrocinio del Duque de Lerma, constituyeron desde que la corte de Felipe III volvió á trasladarse de Valladolid á Madrid, la cuerda ó disciplina que agrupaba, ya por medio del ambiente religioso, ya por el literario, todo el mundo de la sangre, de la fortuna, de la inteligencia y del arte con que el hábil ministro robustecía el edificio de su poder. Cervantes que debió anticipar su regreso á Madrid, donde se registran nuevos actos suyos de su vida privada desde los últimos meses del año 1607, tal vez trajo como fin principal de su nueva residencia en esta villa, así los preparativos para el segundo matrimonio de su hija Doña Isabel de Saavedra, ya viuda aunque tan joven, de D. Diego Sanz del Aguila, de quien le había quedado una hija, ya para la adquisición de ciertos bienes, cuyas escrituras hizo á nombre del secretario Juan de Urbina. En Marzo de 1609 se verificaron las velaciones

de Doña Isabel de Saavedra con Luís de Molina, cuyos desposorios se habían celebrado en Septiembre del año anterior, y un mes después Cervantes se afiliaba esclavo del Santísimo Sacramento en la capilla del Olivar, siguiéndole en Junio del mismo año su mujer, D.^a Catalina de Salazar y su hermana Doña Andrea de Cervantes, viuda del general Alvaro Avendaño, las cuales el 8 del mismo mes y año recibieron el hábito de la Orden Tercera, cuatro meses antes de rendir esta última su alma á Dios.

La ocupación de Cervantes por aquel tiempo fué la de sus *Novelas* llamadas ejemplares, y que entrando de todo en todo en el realismo cuyo sello impuso al *Quijote*, no sólo crearon un género nuevo, en nada semejante ni

á las novelas pastoriles de Montemayor, Gil Polo, y Gálvez de Montalvo, ni á las novelas picarescas de Hurtado de Mendoza, Mateo Alemán y Fray Andrés Pérez; sino

que él, se juzgó por ello «el primero que ha novelado en lengua castellana», porque «las muchas novelas que en ella andan impresas,

Muy Ilustre Señor

En pocos dias q' recibo la carta de vuestra Señoría. Muy
digno y con ella nuevas mercedes. del mal q' me aqueja su
tan buen remedio fuera lo bastante para tenelle con su re-
petidas muestras de salud y compaña q' me dispensa vuestra Illus-
tr. Persona pero al fin tanto arrea q' poco acabará con
migo aun quando no con mi agradecimiento. Dios me lo de
me le conserue executor de tan santas obras para q' goze del
fructo de ellas alla en su santa gloria como se la desea. me
Enmille vido q' sus muy magnificas manos beja en Madrid
en la de marzo de 1616 años

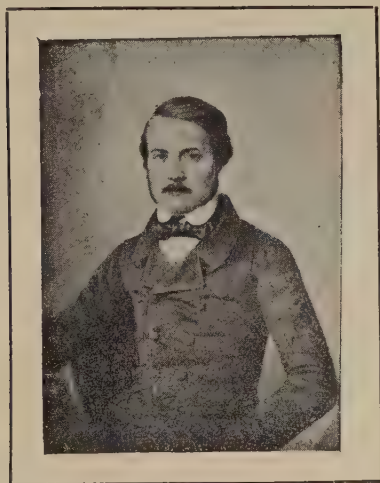
Muy Ilustre Señor

Miguel de Cervantes
Laureado

AUTÓGRAFO DE CERVANTES

todas son traducidas de lenguas extranjeras, y estas son más propias, no imitadas, ni hurtadas», pues «mi ingenio las engendró y las parió mi pluma y van creciendo en los bra-

zos de la estampa». Estas novelas se concibieron y perjeñaron para contestar con ellas todas las censuras que sus émulos, más ó menos embozados, habían acumulado sobre el *Quijote*, cuyo éxito pasmoso é instantáneo había sido el mayor triunfo que jamás había presenciado ninguna otra literatura. Carácter varonil é independiente, la firme conciencia de su valer y de su mérito, protestaba contra la idea de que la aureola conquistada con la publicación del *Quijote*, desde



D. CAYETANO ALBERTO DE LA BARRERA
ILUSTRADOR DE LA «VIDA DE CERVANTES», DEL «CANTO DE
CALIOPE» Y DEL «VIAJE DEL PARNASO»

luego reproducido en Portugal, en Valencia, en Barcelona y en Bruselas fuera debida á ningún género de protecciones; por eso decía al Conde de Lemos, al dedicarle sus *Novelas ejemplares*:—«Tampoco suplico á V. E. reciba en su tutela este libro; porque sé que si él no fuera bueno, aunque la pusiera debajo de las alas del hipógrifo de Astolfo y á la sombra de la clava de Hércules, no dejarían los Zoilos, los Cínicos, los Aretinos y los Bernias de darse un filo en su vituperio, sin guardar respeto á nadie.» Y para los que, como los Gracianes y los Paravicinos murmuraban que había sido torpeza querer deterrar las simplezas de los libros de caballe-

ría con otro libro de simplezas aún más notables, siendo por su fin el *Quijote* obra de ninguna utilidad moral, en el Prólogo les replicaba:—«Heles dado el nombre de *ejemplares*, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso, y si no fuese por no alargar este sujeto, quizá se mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas juntas, como de cada una de por sí.» Por último, descubriendo aún más su alma, decía:—«Una cosa me atreveré á decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir á quien las leyere á algún mal pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas al público: mi edad no está ya para burlarse con la otra vida; que al cincuenta y cinco de los años, gano por nueve más y por la mano.» Acabada esta labor, sin rencor y sin ira, hacia los que le hostilizaban, emprendió su *Viaje al Parnaso*: es decir, á cubrir con la flor de sus elogios los dardos que se habían dirigido contra su corazón.

El lauro supremo estaba conseguido: la obra incubada en los días de amargura había traspasado los éxitos del genio: dos años después de la aparición de la *Primera parte del ingenioso hidalgo* y antes de practicar las correcciones que introdujo en la edición de 1608, las prensas de Madrid habían puesto en circulación sobre 4.000 ejemplares de la obra, en sus dos ediciones de 1605, las de Barcelona sobre 2.000; las de Valencia de 2 á 3.000, otro número semejante las de Lisboa y otro número igual las de Bruselas. De todas las manos, el libro de caballerías se había caído: en todas las manos se levantaba el *Quijote*, y desde su cuna tuvo el raro y único privilegio de que las cómicas hazañas del noble hidalgo loco y los profundos donaires de Sancho Panza los manoseasen los niños, los leyeran los mozos, los entendieran los hombres y los viejos los celebrasen.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

VIII

ULTIMOS AÑOS DE CERVANTES (1613-1616)

La pasmosa actividad que como todos los grandes espíritus que han dejado impresa su huella en el mundo demostró Cervantes en todas las épocas y hechos de su vida aparece concentrada en este último período de su existencia en sus trabajos literarios en la terminación y publicación de sus obras.

En este tiempo en efecto, en este cortísimo período de dos años, y después de haber cumplido los sesenta y seis de edad, «enfermo y muy sin dineros, publicó Cervantes por primera vez» las *Novelas ejemplares* y *Comedias y entremeses*; terminó y dió á luz el *Viaje al Parnaso* y la segunda parte del *Quijote*; dejó concluídos y dispuestos para la impresión los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*; preparadas según sus manifestaciones, la segunda parte de la *Galatea*, las *Semanas del Jardín* y otras obras que no han llegado hasta nosotros; en suma toda su gran labor literaria, si se exceptúan la primera parte de la *Galatea*, y la primera parte del *Quijote*. Y si pudiéramos reproducir aquí por su orden las admirables dedicatorias y prólogos que como es sabido acompañan á todas estas obras y fueron escritos todos durante este período, ellos bastarían por si solos para reseñar rápidamente lo que falta de la historia á la vez exterior é íntima de la vida de Cervantes conduciéndonos hasta las puertas mismas de su muerte.

La primera obra que éste publicó, en el último período de su existencia, en Julio

de 1613, y la más importante, y más celebrada después del *Quijote*, fué la colección de las *Novelas Ejemplares* que su autor tenía también en mucho; y ya en el Prólogo



EL CONDE DE LEMOS

del libro no solo encontramos desde sus primeros renglones aquella conocida y detallada descripción que el «manco sano» hace de su persona y es el único retrato fiel y auténtico que ha llegado hasta nosotros, sino que

allí nos descubre claramente cuales eran las principales preocupaciones de su espíritu más acentuadas que nunca en este último período de su vida. «Mi intento, dice, ha sido que estas novelas sirvan de entretenimiento sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes apro-

cosa le preocupa ante todo «que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir á quien las leyere á mal deseo ó pensamiento antes, dice, me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público: mi edad no está ya para burlarse con la otra vida.»



CERVANTES, EN SUS ÚLTIMOS DÍAS, ESCRIBE LA DEDICATORIA AL CONDE DE LEMOS

CUADRO DE OLIVA

vechan que dañan. Si; prosigue en su estilo inimitable, «que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste á los negocios por calificados que sean; horas hay de recreación donde el afligido-espíritu descanse; para este efecto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas y se cultivan con curiosidad los jardines.» Porque una

Si se considera que por este mismo tiempo entraba Cervantes, según consta documentalmente, en la Orden Tercera de San Francisco y que en esta Orden había de profesar poco antes de morir, se comprenderá cuan viva y sincera era la manifestación de estos propósitos.

Síguese á la publicación de las *Novelas ejemplares* la del *Viaje al Parnaso*, poema

escrito y terminado ya cuando Cervantes imprimió las Novelas, pero publicado después, y en el que en tercetos que recuerdan al Dante, habla varias veces Cervantes detalladamente de sí mismo, de sus acciones y sus escritos, de sus inclinaciones y defectos, y hasta la norma de conducta que en medio de las estrecheces de su vida seguiría con sus protectores, «que si algún poeta fuere favorecido de algún Príncipe, manda Apolo, ni le mire á menudo ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura; que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar á un poeta por sabandija que sea.»

Asimismo en el por tantos conceptos interesante prólogo de las *Ocho comedias y Ocho entremeses*, nuevos y nunca representados, obras impresas en Madrid en 3 de Julio de 1615, Cervantes expone con su ingenuidad acostumbrada cómo teniendo arrinconadas estas comedias en un cofre y condenadas á perpetuo silencio por no haber quien se las pidiese para representarlas, un librero quiso comprárselas... y desistió de ello porque un autor de título le dijo que de la prosa de Cervantes se podía esperar mucho, pero que del verso nada. «A decir la verdad, exclama el autor de la *Numancia* y de la *Canción á Santa Teresa*, cierto que me dió pesadumbre, y pasando otra vez los ojos por aquellas comedias y entremeses ví no ser tan malas ni tan malos que no mereciesen salir á luz. Aburríme entonces, dice, y vendíselas al tal librero que las ha puesto á la estampa..., me las pagó razonablemente y yo cogí mi dinero con suavidad sin tener cuenta con dimes y diretes de recitantes.» El librero fué Juan de Villarroel, que tenía su librería en la Plaza del Angel y que debía andar también bien escaso de recursos cuando, según ha descubierto el Sr. Pérez Pastor, confiesa quedar debiendo 1.400 reales á la viuda del impresor de las comedias de Cervantes por la impresión de ésta y otra obra.

Pero donde se revela mejor el alma de Cervantes, es en la dedicatoria y prólogo de la segunda parte del *Quijote*, escrita el día 31 de Octubre de 1615, días después de haberle enviado al Conde de Lemos sus comedias.

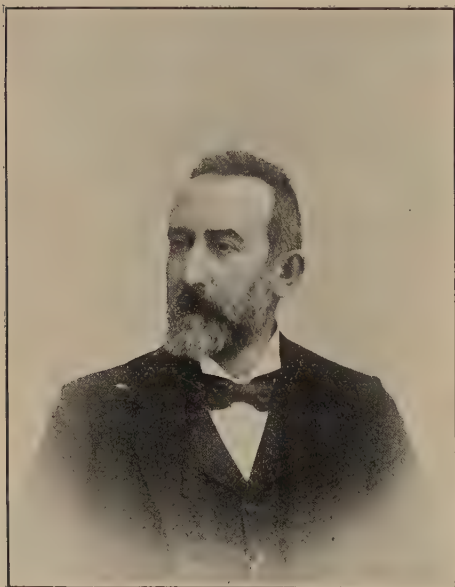
Hallábase Cervantes terminando la segunda parte del *Quijote*, que había principiado á escribir en 1607, cuando llegó á su noticia



D. CRISTÓBAL PÉREZ PASTOR
EMINENTE CERVANTISTA

que un Alfonso Fernández Avellaneda, nombre fingido, detrás del que se ocultaba otro, que quizás por su oscuridad misma no se ha podido averiguar cuál fuera, acababa de publicar en Tarragona una segunda parte del *Quijote*, con el mismo título de continuación y segunda parte. Y del Ingenioso hidalgo que Cervantes tenía preparado para la suya. No contento con esto el supuesto Avellaneda; convertía el prólogo de su falso *Quijote* en una acerba y ruin diatriba contra Cervantes, afrentándole por manco y viejo

avariento, y envidioso descontentadizo, y desconceptuado. Y conocida es también aquella noble é incomparable respuesta de Cervantes que constituye el prólogo del segundo *Quijote* y en la que no se sabe qué admirar más, si la belleza literaria de la forma, ó la elevación y belleza moral del alma de su autor, «que puesto que los agravios despiertan la



D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN
ILUSTRE CERVANTISTA SEVILLANO

cólera en los más humildes pechos, en el mío dice ha de padecer excepción esta regla.»

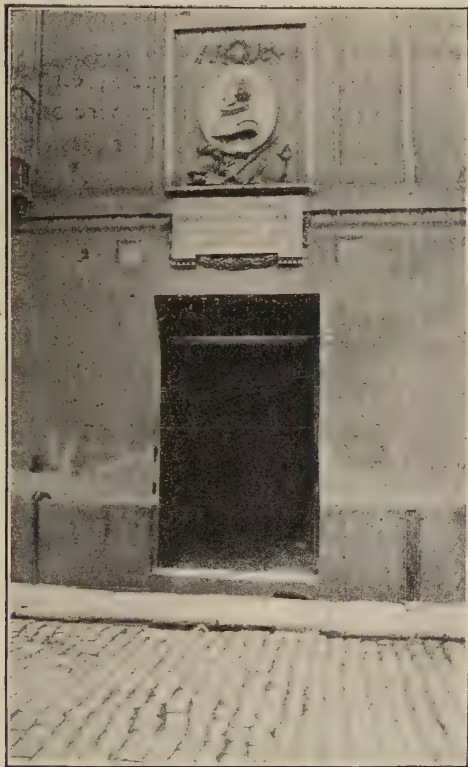
En esta misma edición de la segunda parte del *Quijote*, encontramos una prueba fehaciente y auténtica de la entusiasta y alta estima en que fuera de España se tenía al autor del Ingenioso hidalgo. Cuenta, ó para usar sus propias palabras, certifica con verdad el licenciado Francisco Márquez de la Torre, en la aprobación que va inserta en esta segunda parte del libro inmortal, que habiendo ido con el Cardenal Arzobispo de Toledo Don Bernardo de Sandoval, el 25 de Febrero de 1615 á pagar la visita al Embajador extraordinario de Francia que había venido á

acompañar á la Infanta Doña Ana María de Austria que iba á desposarse con el Rey Luis XIII de Francia, los caballeros franceses que venían con el Embajador, se dirigieron á Márquez y á otros capellanes del Cardenal, deseosos de saber qué libros de ingenio eran más válidos; y como Márquez les hablase del *Quijote*, cuya segunda parte estaba censurando, «apenas dice, oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron á hacer lenguas encareciendo la estimación que así en Francia, como en los reinos más confinantes se tenían sus obras». Fueron tantos sus encarecimientos, prosigue, que me ofrecí llevarles á que viesan al autor de ellas, preguntándole muy por menor de su edad, su profesión y su calidad. «Halléme obligado á decir, cuenta el Licenciado gran amigo por otra parte de Cervantes, que era viejo soldado, hidalgo y pobre, á lo que uno respondió estas formales palabras: «Pues á tal hombre, ¿no le tiene España muy rico, y sustentado del erario público?—Y otro de aquellos caballeros, dijo: La necesidad le ha de obligar á escribir: plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

Pocos meses más tarde, á 26 de Marzo del año siguiente de 1606, Cervantes escribía al Cardenal D. Bernardo la carta [cuyo autógrafo ocupa el sitio de honor en el salón de recepciones de la Academia Española, y va fotográficamente reproducida en este libro, y en la que después de acusarle recibo de una carta del Cardenal, y con ella nuevas mercedes, añadía estas palabras: «Si del mal que me aqueja pudiera haber remedio fuera lo bastante para tenelle con las repetidas muestras de favor y amparo que me demuestra vuestra ilustre persona; al fin tanto arrecia, que creo que acabará conmigo aun cuando no con mi agradecimiento.»

Entramos en el mes de Abril, cuyo fin no había de alcanzar á ver Cervantes. «Mi vida se va acabando, dice en el prólogo del *Persiles*, y al paso que las efemérides dé mis pul-

sos, que á más tardar acabarán su carrera en este domingo, acabaré yo la de mi vida...



MADRID
ASPECTO ACTUAL DE LA CASA EN QUE
MURIÓ CERVANTES

Adiós gracias, adiós donaires: adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida.» El 2 del mismo mes de Abril profesa en su casa de la calle de León, por estar enfermo, por devoción ciertamente, pero quizás también ¿quién lo sabe? por la misma razón que profesó poco antes de su muerte su hermana D.^a Magdalena, para ser enterrado por la Orden, por no tener con que sufragar los gastos de su entierro. El 19, Cervantes, que arde en ansias de ver á su noble protector que de regreso de su virreinato de Nápoles está para llegar á España, quiere mostrarle

una vez más su agradecimiento que pasará más allá de la vida; regocijase de antemano de la gran acogida que le espera, quiere dedicarle el *Persiles* que estima la mejor de sus obras, y terminar otras para ofrecérselas también, si milagrosamente Dios le diera la vida; y encuentra aun fuerzas suficientes en su ánimo para dejar como esculpidos en mármol todos estos sentimientos al correr de la pluma, en aquella inmortal dedicatoria al Conde de Lemos, que fué como el testamento y el canto del cisne de su autor: «Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las



MADRID
FACHADA DEL CONVENTO DE R. TRINITARIAS
DONDE ESTÁ SEPULTADO CERVANTES

esperanzas menguan...» Cervantes murió cuatro días después, el 23 de Abril de 1616,

desde su casa en la que es hoy calle de Lope de Vega y debiera llamarse de Cervantes, fué llevado en hombros de los terceros de San Francisco y «con la cara descubierta como tercero que era»; al convento de las monjas Trinitarias, que como se ha demostrado de un modo irrecusable existía ya entonces donde hoy existe. «Hay algo en nuestra España, dice el Marqués de Molíns, que no se ha removido nunca... la tumba de Cervantes... Allí yace, ahora, no habiendo las vicisitudes que ha sufrido el edificio y la Comunidad, hecho otra cosa más que imposibilitar la indentificación y aun el hallazgo de sus preciosos restos.»

Y como el propósito de la mayor parte de los que aquí han escrito sobre la vida de Cervantes y muy especialmente del que termina esta reseña, ha sido sólo recordar someramente, los principales hechos de su noble y accidentada existencia, en forma que ni excedieran de las proporciones de una obra de vulgarización, ni robara espacio á las ilustraciones artísticas que constituyen la principal novedad y ornamento de este libro ponemos aquí término á nuestra tarea.

MARQUÉS DE PIDAL.



ENCUENTRO DE DON QUIJOTE CON LOS DUQUES

Cuadro original é inédito de Menéndez Pidal. Es propiedad de la Sra. Duquesa de Villahermosa, quien lo encargó con motivo de las fiestas del tercer centenario del Quijote en Zaragoza. Mayo de 1905.

El duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á Don Quijote mal trecho de la caída, y renquando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el duque no lo consintió en ninguna manera, antes apeándose de su caballo fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole: A mí me pesa, señor caballero de la Triste Figura, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos.

SEGUNDA PARTE

EL QUIJOTE



CERVANTES Y SUS MODELOS
CUADRO DE LIZCANO

Aunque en los fragmentos que siguen, escritos por los más eminentes críticos de España, se han procurado dos cosas: primera, ofrecer el mayor número posible de aspectos del *Quijote*, ó sea, dar variedad á los juicios, y segunda, elegir en cada autor el pasaje de mayor mérito; esto no ha podido lograrse enteramente á causa de los reducidos límites destinados á esta parte del homenaje á Cervantes. Por otro lado y á fin de armonizar ambas cosas, hubo que deshechar trozos admirables de algunos escritores, sólo porque coincidían con las apreciaciones de otros ó por no dar extensión desproporcionada á los trabajos de algunos de ellos.

Se han omitido, desde luego, aquellos juicios y opiniones sobre el *Quijote* de fecha reciente, que pretenden ver en dicha obra ya un tratado de política, de sociología ó de otra ciencia cualquiera, así como una sátira social, ó un libro de propaganda republicana, anticatólica ó socialista, con que el amor á la paradoja ha hecho desvariar á sus autores,

Se ha cuidado de guardar el orden cronológico de los comentaristas á la vez que escoger pasajes que empezando por abarcar el concepto total del gran libro descendiesen al examen de algún punto particular del mismo.

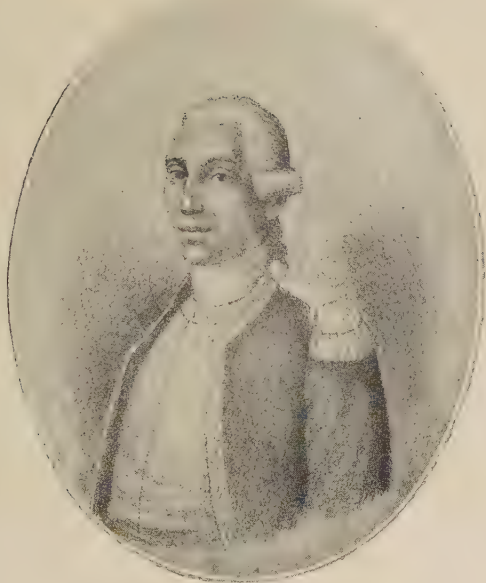
Se publican los retratos que nos han parecido menos vulgares de los comentaristas y unas breves notas biográficas de cada uno, que sirvan como de recuerdo, en esta solemne ocasión, de los que tanto se distinguieron en el estudio y análisis de la grande obra cervantina.





I

MÉRITO DE LA NARRACIÓN DEL QUIJOTE



D. VICENTE DE LOS RÍOS

D. Vicente de los Ríos, bizarro é inteligente militar del cuerpo de artillería, hijo del segundo Marqués de las Escalonias, nació en Córdoba el 8 de Febrero de 1732. Escritor técnico de su profesión, dejó inédita una *Táctica de artillería*, de que se apropió, sin apenas alterarla, D. Tomás de Morla, publicándola como suya, muerto ya Ríos, en 1784. Fué además distinguido literato, de lo que dan idea sus *Memorias para la vida y escritos de Esteban Manuel de Villegas*

(Madrid, 1774); pero lo que, sobre todo, le acreditó de escritor de talento y exquisito gusto fueron su *Vida de Cervantes* y el *Análisis del Quijote*, que anteceden á la primera edición académica de esta obra (Madrid, 1780). En la *Vida* pudo ya aportar varios é importantes datos directos, especialmente el acta de redención del cautiverio de Cervantes, y en el *Análisis*, si no una gran profundidad, mucho seso, estilo elegante y arte en poner de relieve las grandes bellezas de la obra que examinaba. Murió Ríos, joven aún, siendo teniente coronel, el 2 de Junio de 1779. Fué individuo de las Academias Española y de la Historia.

Los críticos distinguen dos especies de orden en la narración; uno natural, que comienza por el principio, á que siguen el medio y fin, y otro artificial, en la cual el medio está colocado antes del principio. Conforme á esta división es artificial el orden de la narración en la *Odisea*, y natural en la *Iliada*. Cervantes eligió con mucha propiedad el orden natural en el *Quijote*, como más acomodado á su asunto llano y popular.

Con este orden dirige todos los acontecimientos de la fábula y todas las acciones y discursos de los interlocutores al punto preciso de su objeto, preparando de **antemano** los sucesos con la mayor naturalidad, variando las pinturas y situaciones con singu-

lar destreza, aumentando sucesivamente el interés del lector de aventura en aventura, y dejándole siempre columbrar lo lejos de otras más agradables para incitar su curiosidad y llevarle insensiblemente hasta el fin de la fábula.

Muchas de las observaciones que se han hecho sobre los episodios y personajes del *Quijote* manifiestan que aun aquellos acontecimientos que parecen opuestos ó indiferentes á la acción, están ordenados de suerte que influyen en su continuación: Los medios de que se valió el cura para reducir á Don Quijote fueron los que contribuyeron más oportunamente al aumento de su locura por el mismo término con que intentaban remediarla. La condición que puso Cardenio al principio de su historia, de que no le interrumpiesen, parece á primera vista indiferente para la acción, y es la que enlaza con ella este episodio, y le hace servir de medio para continuarla. Lo propio sucede con el hecho de haber estorbado el cura la idea de Sancho de ir al Toboso para entregar aquella graciosa carta á Dulcinea, el cual es el origen de su transformación y encanto y de todos los sucesos que resultan de él. La bajada á la cueva, la entrada en casa de los Duques y la mayor parte de las aventuras concurren igualmente á la prosecución de la acción. Hasta los sobrenombres atribuidos á Don Quijote le dan un aire caballeresco muy á propósito para confirmarle en su locura, principalmente el de *caballero de los Leones*: epíteto arrogante y sonoro, con el cual le parecía que llevaba un sobrescrito recomendable para dar á conocer su valor, y por esto Cervantes le hizo ganar este título poco antes del encuentro con la Duquesa, para que se valiese de él al tiempo de presentarse á esta señora.

Las aventuras que tienen particular relación con el carácter del héroe, ó con su acción, están preparadas con tal arte, que es necesario observarle atentamente para descubrirle. Entre las circunstancias que hacen

más admirables á Eneas y Aquiles, y dan mayor verosimilitud á sus victorias, debe reputarse como una de las más esenciales la de las armas que les hicieron fabricar Tetis y Venus por mano del dios Vulcano. Esta máquina es de las más singulares y agradables que hay en la *Iliada* y *Eneida*. Pero Homero no sólo excedió á Virgilio en haber sido el original de ella, sino también en la destreza con que la condujo y manejó. Venus lleva armas divinas á Eneas sin motivo y sin precisión, porque este héroe conservaba las que había tenido siempre, y debía pelear con Turno, cuyas armas eran obra de mano humana. Tetis las dió á Aquiles en ocasión que estaba desarmado y tenía que combatir con Héctor vestido de las armas divinas, que el mismo Aquiles había cedido á su amigo Patroclo. Esta diferencia manifiesta que la copia de Virgilio es forzada y fría y el original de Homero animado y muy oportuno.

El desenlace de la acción está preparado también desde antes de la tercera salida de Don Quijote con la introducción del Bachiller Sansón Carrasco, que es uno de los principales y más bien intragados personajes de la fábula. Su intervención la dispuso Cervantes de modo que hace verosímil el enredo, y natural el éxito ó solución. El Ama se vale de él para que estorbe con sus consejos la salida de Don Quijote, y él lo promete así, y lo hace al revés, alentándole á que salga, y ofreciéndose á servirle de escudero. El lector no extraña la mudanza de este interlocutor, cuando sabe que tiene intención de valerse de otro medio para curar á Don Quijote, y con esta idea sigue la fábula, deseando ver qué medio será el que ponga en práctica para el logro de su intento; pero queda suspenso y absorto cuando al fin reconoce en el Caballero de los Espejos al mismo Bachiller que, esperando curar á Don Quijote venciéndole, contribuyó al aumento de su manía quedando vencido. Esta catástrofe, y el disimulo con que oculta su intención des-



CERVANTES IMAGINANDO EL «QUIJOTE»

CUADRO DE M. ROCA

Desocupado lector: Sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza, que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna; y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos, para que no vea sus faltas; antes las juzga por discrecciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres; porque ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor de ella, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato (todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligación), y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor á que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeras della.

de el principio, vencen la indeterminación de Sancho, estimulan la locura de Don Quijote, entretienen la curiosidad de los lectores con los nuevos coloquios de los dos caballeros y escuderos, y hacen verosímil la prosecución de la acción al mismo tiempo que preparan su desenlace. Si Sansón Carrasco hubiera vencido á Don Quijote como pretendía, ó le disuadiera de su salida según quería el ama, se hubiera concluido ó cortado la acción fuera de tiempo.

Las persuasiones de este interlocutor y su vencimiento fueron causa de que continuase, y dieron motivo para que él mismo, incitado después con el mensaje que la Duquesa envió á la mujer de Sancho, volviese más prevenido y con mayor precaución á buscar á Don Quijote, y le venciese, dando de este modo un desenlace natural á la acción.

Todos los acontecimientos raros y extraordinarios del *Quijote*, los previno Cervantes con igual destreza. La historia del desencanto de Dulcinea, tantas veces nombrada, y que merece serlo por su singularidad, está encadenada desde el principio hasta el fin con mucho arte y habilidad. Los juicios y disposiciones de Sancho durante su gobierno, que parecen á primera vista inverosímiles y superiores á sus talentos y capacidad, los preparó de antemano Cervantes en el coloquio del canónigo de Toledo, el cual hablando con Sancho sobre el mejor modo de gobernar, le asegura que lo principal es la buena intención de acertar, porque *asi suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto*. El ardid con que le precisaron á dejar el gobierno es también muy verosímil porque está naturalmente prevenido con la carta anterior del Duque. La graciosa manía de hacerse pastor en que dió Don Quijote, después que se vió precisado á dejar la caballería y las armas, la indicó igualmente el autor en el escrutinio de la librería, cuando la sobrina rogó al cura quemase las poesías pastorales juntamente con los libros caballerescos, no fuese

que sanando su señor de una dolencia, die-
ra en otra. Estos ejemplos manifiestan suficientemente el orden y naturalidad con que Cervantes dispuso y enlazó los hechos en la narración de su fábula.

La variedad que tiene en las pinturas y situaciones es igualmente arreglada y fecunda. Las descripciones están sembradas por toda la obra, de modo que la hermean sin confundirla, ni embarazarse unas y otras. Corriendo la vista por todo el lienzo de la fábula se descubren colocadas simétricamente, y distribuidas de trecho en trecho, la pintura de los estudios, amores y desastres de Grisóstomo, la de los desdenes y condición de Marcela, la del carácter y circunstancias de Dulcinea, la del alba, la de la noche, del rumor que causa el viento en los árboles, y del temeroso ruido de los batanes, la del desasosiego de los bandoleros, y la de la mañana de San Juan. Entre ellas se verán también agradablemente interpuestas las descripciones de las aventuras caballerescas, las que hace Don Quijote de sus imaginados ejércitos, la del ameno sitio donde se divertían cazando las pastoras, y, finalmente, entre otras muchas, la del desencanto anunciado por Merlín en aquella selva, comparable por su magnificencia con el bosque encantado del Tasso; pero exenta de la inverosimilitud, que con tanta razón han objetado á este admirable y excelente poeta.

Cuando estas descripciones son dilatadas ó relativas á sucesos posteriores, conviene interrumpirlas, para dar mayor realce y hermosura á la narración, enlazándola con el resto de la fábula, evitando el fastidio á los lectores, ó incitando su curiosidad. Cervantes no omitió tampoco este agradable artificio en la descripción de la batalla del vizcaino, en el episodio de Cardenio, en las dos novelas, y en los demás acontecimientos entretijados en la obra.

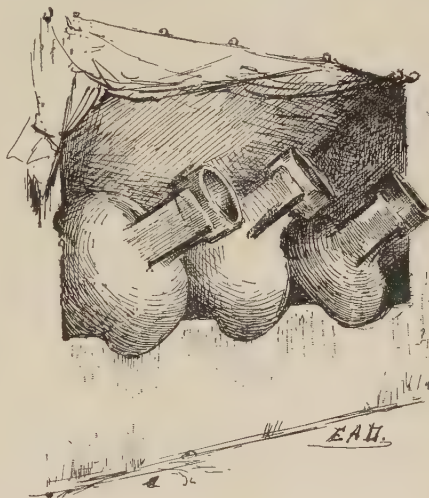
Las situaciones de los sujetos hermean igualmente la narración por la contraposición y diversidad en que lo ordenó y varió

Cervantes. El análisis de las actitudes de todos aquellos personajes que hacen algún papel en la fábula, sería la demostración más á propósito para convencerlo, sin su indispensable extensión no precisara á reducirse únicamente á los dos principales.

Estos jamás se presentan en una situación uniforme y constante, todos los sucesos varían alternativamente su felicidad ó infelicidad, y mudan el semblante de su fortuna. Cuando los dos se lisonjean de algún acontecimiento próspero, les sobreviene al momento una aventura desgraciada é infeliz, que los abate, é inopinadamente se les presenta otra ocasión favorable, que los consuela y llena de esperanza para continuar. A más de esta vicisitud común al amo y al escudero varió también Cervantes las situaciones del uno respectivamente al otro. Regularmente Sancho queda salvo en las ocasiones en que Don Quijote sale apedreado, herido ó malparado, y por el contrario cuando mantean ó apalean á Sancho, Don Quijote queda fuera de peligro y sin la más mínima lesión. Esta variedad es causa de que la narración sea verosímil y agradable. Las graciosas infelicidades de Don Quijote y Sancho dan que reir á los lectores, la prosperidad en que los confirman y engríen en sus fantásticos proyectos hacen natural su continuación, y la diversa fortuna que corren en un mismo suceso los precisa á prorumpir en aquellos dislates propios de su respectivo carácter, con los que se anima el diálogo, y se complacen y divierten los lectores.

La hermosura que resulta á la narración del orden, enlace y variedad de los sucesos, se realza más cuando el autor presenta inopinadamente un acontecimiento raro y extraordinario, ó deduce de los sucesos comunes alguna circunstancia nueva é inesperada, ó bien los adorna con ocurrencias graciosas y oportunas. La repentina aparición de Marcela al fin del episodio de Grisóstomo es una especie de máquina singular y agradable, porque satisface la curiosidad, y da motivo á

Don Quijote para obrar conforme á su locura. El encuentro de las doradas y resplandecientes imágenes de San Jorge, Santiago y San Pablo es también original. Cervantes después de tantos acaecimientos terrenos presenta de improviso una aventura celestial á su héroe, el cual, llevado de su manía, al punto gradúa de caballeros andantes aquellos santos, y les hace un elogio discretísimo, pero propio de su extravagante imaginación.



UNA CANTARERA DE LA MANCHA

La libertad de Melisendra representada por Maese Pedro con los títeres, y la necia simplicidad con que Sancho consoló á los vecinos del pueblo del rebuzno, son unas circunstancias sacadas de aquellos sucesos con tal arte, que sin ellas sería su narración fría, lánguida y poco divertida. Las ocurrencias con que Cervantes llena algunos vacíos de su fábula, hermosean también la narración, y contribuyen á aumentar la curiosidad.

Tal es el cuento que Sancho refiere á su amo entre tanto que esperaban la venida del día para acometer la aventura de los batanes, é igualmente el que contó con motivo de rehusar Don Quijote la cabecera de la mesa con que el Duque le convidaba. Este es tan del caso, tan agradable y bien traído, que

excede y hace mucha ventaja á la fábula de Niobe, referida por Aquiles, para convidar á Príamo. No es menos singular y graciosa la descripción de las siete cabrillas, que el mismo Sancho hace suponiendo que se había apeado del Clavileño para entretenerse con ellas, y verlas á su sabor, descripción que tiene mucho mérito por la agudeza con que en ella zahiere y moteja Cervantes aquella agradable y disparatada locura del Ariosto, cuando Astolfo va sobre su hipógrifo á la luna para traerle á Orlando la redoma donde estaba depositado el juicio que había perdido. Estos adornos esparcidos con discreta economía, y sembrados ordenadamente por toda la narración, la hacen hermosa y agradable, no tanto por la multitud de decoraciones, cuanto por el buen gusto y el acierto en que cada cosa ocupa el lugar que le es más propio y conveniente.

El mismo orden observó Cervantes en el todo de la narración. Primero sale Don Quijote solo: después vuelve á salir acompañado de un escudero, y se va dando á conocer poco á poco él algunas aventuras: luego crece su fama con la ocurrencia de los extraordinarios sucesos de la venta y de su encantamiento: á la tercera salida, ufano ya con la publicación de su historia, y famoso por ella hasta en los reinos extranjeros, emprende hazañas mayores, vence caballeros, arrostra leones, sale de los términos de la Mancha y de los lugares pequeños para correr otras provincias, y presentarse en las

ciudades: se hospeda en casa de los grandes y principales caballeros, y va aumentando sucesivamente su fama y su locura, y con ella la diversión é interés de los lectores, que siguen á este héroe desde el principio hasta la conclusión de la fábula, creciendo siempre su curiosidad y gusto por medio de un particular embeleso é ilusión que supo manejar Cervantes de modo que se siente y no se descubre.

Este sucesivo aumento del entretenimiento y complacencia de los lectores prueba que la segunda parte del *Quijote* es superior á la primera. Efectivamente, las aventuras son más extraordinarias y magníficas, los personajes tienen más nobleza, y la narración está mejor seguida y más animada. Longino compara á Homero en la *Odisea* con el sol cuando está en su ocaso, que conserva su grandeza, però no tiene ni tanta fuerza, ni el mismo ardor. Igual censura han merecido el *Paraiso conquistado* de Milton, y los seis últimos libros de la *Eneida*. Estos grandes ingenjos, ó por haberse agotado en sus primeras invenciones, ó por haberlos debilitado la edad, no tuvieron igual fuerza en todas sus obras. La imaginación del autor de *Don Quijote* se conservó siempre como un rico y abundante manantial cuya fecundidad no conoce término ni menoscabo.

VICENTE DE LOS RÍOS.

(En el *Análisis del Quijote*. Madrid, 1780.)





DON QUIJOTE DE LA MANCHA

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes y algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben) aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijano. Pero esto importa poco á nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

II

DEL FIN DEL QUIJOTE

El fin principal que se propuso Cervantes fué, como él dice, *deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tenían los libros de caballerías*. Para conseguirle finge un caballero andante maniático que, agitado de estas ideas caballerescas, sale (como se ha dicho) de su casa en busca de aventuras, con la manía de resucitar la orden ya olvidada de la caballería: y para ridiculizar más plenamente estos mismos libros ridiculiza al mismo héroe disponiendo que las acciones y aventuras, que en los demás caballeros se representan serias y graves, surtan en Don Quixote un efecto ridículo, y terminen en un éxito jocoso. De suerte que Don Quixote de la Mancha es un verdadero Amadis de Gaula, pintado á lo burlesco: ó, lo que es lo mismo, una parodia ó imitación ridícula de una obra seria. Con efecto se hallan en esta fábula la imitación fiel, la fina ironía, la oportunidad, la naturalidad, y la verisimilitud, que son los requisitos que se piden en las parodias ingeniosas y picantes. Este artificio de representar por una parte á este héroe estrafalario con serios coloridos respecto á él mismo, que se contempla siempre valiente y afortunado; y por otra con los coloridos de la burla y del donayre respecto á los lectores, que miran sus sucesos como son en sí y como dignos de risa, es nuevo en este género de libros, y es ingeniosísimo, que abre al poeta camino desembarazado y campo espacioso para esparcir y derra-

mar por el de su Historia un caudal inmenso de sales, gracias y jocosidades.

Este delicado medio de ridiculizar los libros de Caballerías produce su efecto tanto más felizmente, quanto que, según la sabida sentencia de Horacio:

Un ridículo dicho las más veces,
Más fuertemente y mejor que un áspero,
Grandes cosas ataja.

Como ninguno conoce mejor las perfecciones ó defectos de las obras propias que sus mismos autores, si son cuerdos, no sólo conoció Cervantes esta aguda invención, sino que la explicó claramente por boca del Caprichoso, académico de la Argamasilla, que calificando de *nuevas las proezas* de Don Quixote, dixo:

Pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.

En este *nuevo estilo*, ó nueva invención, consiste y se cifra, según yo entiendo, la originalidad de la Novela de Don Quixote. Además de este fin principal se propuso Cervantes otro, que puede llamarse parcial ó secundario. Este es la reprehensión en general de las costumbres de su tiempo, para la qual usa de una perpetua y fina sátira, ponderada dignamente por el señor Ríos en su apreciable *Análisis*: obra singular y ara á que no se puede llegar sin mucho respeto y reverencia, como de la *Jerusalem* del Tasso dixo D. Diego de Saavedra. *Sátira* (se

dice, pues, en el referido *Análisis*) *viva y animada, pero sin hiel y sin amargura, sátira suave y halagüena, pero llena de avisos discretos y oportunos, dignos de la ingeniosa destreza de Sócrates, y tan distantes de la demasiada indulgencia, como de la austeridad nimia.*

Está, con efecto, sembrada la historia de Don Quixote de una corrección en general de los vicios de los hombres, así morales, como literarios y de otros, propios de algunos oficios y profesiones. Este espíritu satírico, no sólo ofrece también al historiador oportunidad para hacer alarde y ostentación de su genio festivo y sazonado, sino que gusta y encanta á los lectores; porque hay radicado en el hombre cierto fondo de malignidad, en virtud de la cual siente una secreta complacencia cuando ve ridiculizado á su prójimo; y seducido, por otra parte, por su amor propio y por el de

su propia excelencia y estimación, siente otras dos complacencias más; la una, al considerarse libre y esento de los vicios que ridiculizan á otros hombres: y la otra, al contemplarse, por esto mismo, superior á los

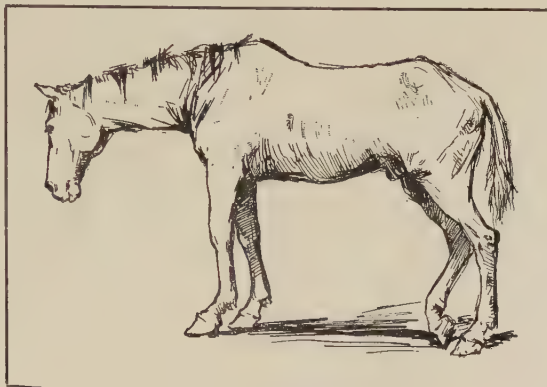
que lo padecen. Pero un escritor satírico, hábil y sagaz, como Cervantes, corrige al vicioso, y avisa al presumido insensiblemente, disimulando en el cebo del donaire el anzuelo de la re-

presión, como dice el maestro Josef de Valdivielso. De estos dos objetos de la sátira, que son el deleite del lector, y la ilustración de su entendimiento y corrección de sus costumbres, dice el ilustrísimo Huecio, que aunque parece que los autores se proponen por blanco y término de sus escritos al primero; sin embargo, este no es más que un objeto subordinado al segundo.

DE LA IMITACIÓN

Afirmar que la historia de *Don Quixote* es obra original, sería afirmar lo que no se niega, mayormente después que el mismo autor la declaró por tal, diciendo que su arte inventó un nuevo estilo para contar las nuevas proezas del Pa-

ladino Manchego, cuyo estilo es la ingeniosa parodia en que se dixo arriba consistía su originalidad. Decir que es obra semejante á las de otros autores, sólo sería repetir lo que han dicho otros. Ni por esto se crea que se



ROCINANTE

Fué luego á ver á su rocín; y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, que tantum pellis et ossa fuit, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban.

Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque (según se decía á sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía á la nueva Orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino á llamar ROCINANTE, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

obscorece ni degrada la gloria de Miguel de Cervantes, como no se obscurece ni degrada la de Virgilio por haber imitado á Homero; ni la de Garcilaso de la Vega por haber imitado á otros poetas antiguos y modernos; ni el mismo Cervantes creyó desairar su ingenio original, proponiéndose en su *Persiles*, no sólo imitar, sino competir con Heliodoro, como él dice; ni se desdeñó de imitar más descubiertamente todavía al poeta perusino César Caporali en su *Viaje del Parnaso*, como él mismo confiesa.

El mencionado Sr. Ríos asegura, pues, que la fábula de *Don Quixote* se puede comparar con la *Iliada*, de Homero, advirtiendo oportunamente que no se pierda de vista que la una es de un héroe burlesco, cuyo ejemplo debe huirse, y la otra de un héroe verdadero, cuyo ejemplo debe admirarse. Con efecto, la fábula del poeta griego es elevada, grave, sublime y siempre seria; y la del poeta complutense es, por lo común, jocosa, popular, cómica y entremesada. Por esto me parecía á mí que el *Don Quixote* tiene más conexión y analogía con el *Asno*, de Apuleyo, que con la *Iliada*, de Homero.

Lucio, natural de Patras, ciudad del Peloponeso, escribió en griego un libro intitulado *Los Metamorfóseos del Asno*, que Luciano Samosateno copió en el suyo; obra verdaderamente obscena. Lucio Apuleyo, natural de Madaura, ciudad de la África, imitando al ingenioso griego, escribió después otra obra con el título de *Los Metamorfóseos* ó *Los XI Libros de Fábulas Milesias*, que por ser el héroe principal de ellas el mismo Apuleyo, convertido y transformado en asno, y por la elegancia y suavidad de su estilo, se intitulan comunmente *El Asno de Oro*. Empiezan, pues, estas semejanzas ó analogías por algunas cualidades de los autores. Apuleyo fué pobre, como lo fué Cervantes, hasta que el casamiento con Emilia Pudentilla, viuda, vieja y rica le sacó del estado de pobreza. Apuleyo fué de ingenio vivo; agudo, inven-

tor, satírico y festivo; como lo fué también Cervantes.

Pero sus obras son todavía mucho más parecidas y análogas. La de *Apuleyo*, como se ha dicho, trata de metamorfosis ó transformaciones, en que por arte de encantamento se convierte el mismo Apuleyo en asno, y en virtud de otro encantamento recobra su prístina figura humana. La de Cervantes abunda también en encantamentos y transformaciones: en ella las labriegas se convierten en princesas, los rústicos en gobernadores, los molinos de viento en gigantes, las bacías de los barberos en yelmos militares, los rebaños de carneros en ejércitos, las lagunas de Ruidera en dueñas, el río Guadiana en un escudero, etc., y con alusión á estas y otras metamorfosis se llamó á sí mismo Cervantes *Ovidio Español*.

El *Asno* de Apuleyo (dice Gaspar Barthio) es una perpetua sátira, en que se ponen de manifiesto y se reprehenden los delirios de los magos ó encantadores, las maldades de los sacerdotes de los falsos dioses, los adulterios, las rapiñas y los hurtos impunes de los rateros y ladrones en cuadrilla. El *Don Quixote* de Cervantes es una continua invectiva de los delirios de los autores de libros de Caballerías, que contienen tantos sucesos mágicos, y una sátira en general de los vicios y costumbres de los hombres.

El estilo y dicción de Apuleyo es propia, fluida, elegante, llena, festiva, y tal, que dice Felipe Beroaldo que si las musas hablasen en latín, hablarían en el lenguaje de aquel filósofo africano: y en el estilo y dicción de Cervantes se admiran las mismas prendas, y se pudieran justamente añadir: que si las Ninfas de Henares hablasen castellano, se explicarían por boca de su compatriota.

Con que entre la historia de *Don Quixote* y *Asno de Oro* parece se encuentra más semejanza y analogía que entre ella y la *Iliada* de Homero; y más contando, por otra parte, que Cervantes leía la novela de aquel filósofo y orador insigne, como se comprueba con la

aventura que parece adoptó de ella de los cueros de vino horadados y acuchillados por Don Quixote, que soñando los tuvo por gigantes.

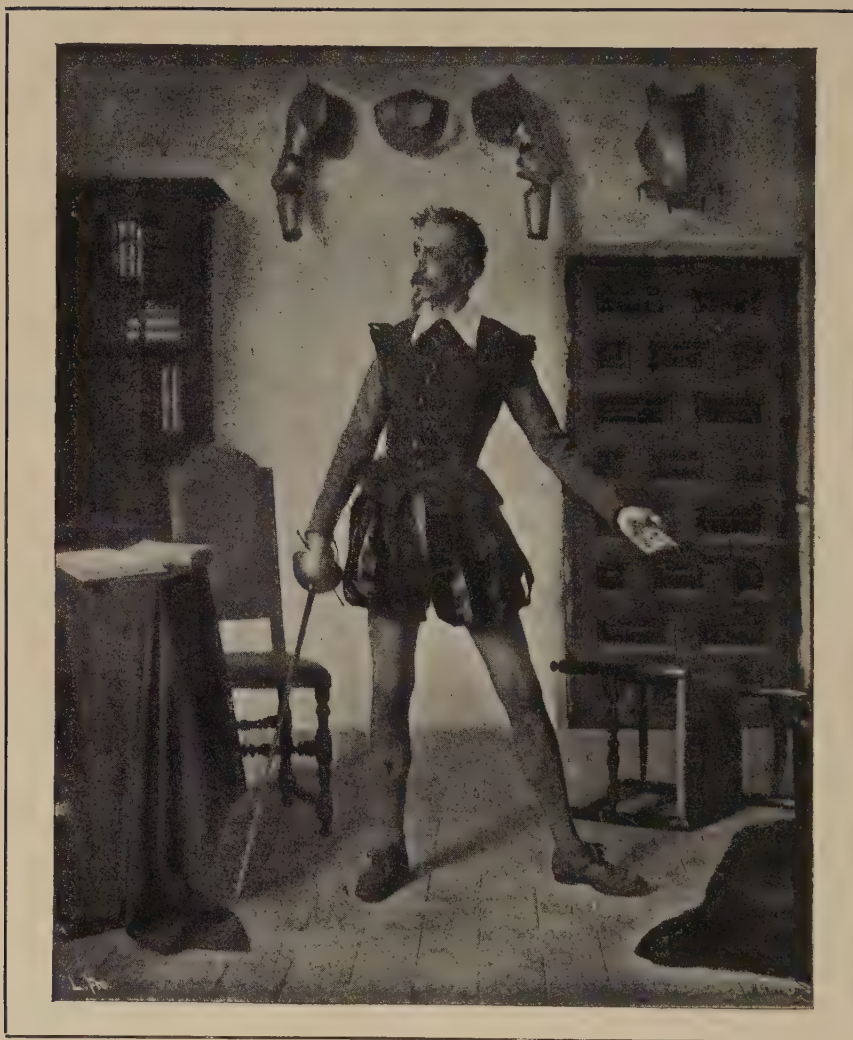
JUAN ANTONIO PELLICER.

(Del *Discurso preliminar* de su edición del *Quijote*. Madrid, 1797.)

D. Juan Antonio Pellicer y Saforcada nació antes de mediar el siglo XVIII, en la villa de Encinacorba (provincia de Zaragoza). Vino á Madrid muy joven al lado de un tío suyo que era Tesorero de rentas. Educóse en los Escolapios de Lavapiés, y en 1762 entró en la Real Biblioteca, donde completó sus estudios. En 1778 publicó su *Ensayo de una Biblio-*

teca de traductores españoles, en que dió, al fin, unas muy curiosas *Noticias literarias* de Miguel de Cervantes, que le sirvieron de base para la *Vida* que publicó luego, en 1797, al frente de su esmerada edición del *Quijote*. Pellicer publicó por primera vez muchos documentos relativos á Cervantes; entre ellos un extracto de la famosa causa de Valladolid ó de Ezpeleta. Es, además, autor de otras varias obras, impresas unas, como las relativas á antigüedades de Madrid, é inéditas otras. Su concepto del *Quijote* es pobrísimo desde el momento en que lo supone imitación del *Asno de Oro*, de Apuleyo; pero su edición es esmerada, aunque no perfecta. Murió Pellicer á principios del siglo XIX. Fué padre de D. Casiano, autor, ó publicador, porque el autor lo fué su padre, de un célebre *Tratado histórico del histrionismo en España* (Madrid, 1804).





DON QUIJOTE EN SU CASA

CUADRO DE JADRAQUE

Lo primero que hizo fué limpiar unás armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón.

Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada que, encajada con el morrión, hacía una apariiencia de celada entera.

Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana.

III

EL ESTILO DEL QUIJOTE



D. ANTONIO DE CAPMANY

D. Antonio de Capmany y de Montpalau nació en Barcelona el 24 de Noviembre de 1742. Entró en la milicia, y como subteniente hizo la guerra de Portugal en 1762, tomando su retiro ocho años más tarde. Dedicóse al cultivo de las letras, en que sobresalió, como es sabido, en términos de llegar á ser un escritor muy puro y muy erudito. En 1777 publicó su *Filosofía de la elocuencia*, que rehizo varias veces, con criterio cada vez más castizo y estrecho. Como historiador hizo su nombre ilustre con las *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona* (Madrid, 1779, dos vols.). Pero la obra capital suya es el *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española* (Madrid,

1786-88, cuatro vols.), verdadero arsenal de textos escogidos de un gran número de autores españoles de todos tiempos, con las correspondientes noticias históricas y críticas, todas de la mayor estimación. Fué individuo de la Academia de la Historia y su Secretario perpetuo desde 1790. Murió de fiebre amarilla en Cádiz, en 1813, siendo diputado de sus famosas cortes.

No puedo disputar, ni aun dudar, si la famosa fábula del *Quixote* merece un lugar de los más distinguidos en el templo de las musas, por la novedad de su objeto, por lo bien manejada que está la acción, por la fecunda variedad de sus episodios, por la propiedad de sus caracteres, por la naturalidad y gala de su narración, y por la solidez de su moral.

Mi oficio se reduce á presentar á Cervantes por la parte del lenguaje castellano y calidades de su variado estilo: entresacando del tesoro de sus obras pedazos muy preciosos de excelentes pinturas y descripciones ya tiernas, ya fuertes, ya risueñas, ya terribles; y de relaciones y razonamientos, unos familiares, otros sublimes; unos amenos y otros patéticos; unos serios y otros jocosos.

Lo único que yo dudo y siempre dudaré, es que los extranjeros, que tanto celebran el *Quixote*, sean capaces de conocer el verdadero mérito de su estilo y buen lenguaje; las lánguidas, frías y estropeadas traducciones que se han hecho fuera del reino, confir-

man palpablemente esta sospecha. En efecto ¿cómo penetrarán debidamente el talento exquisito de este autor, quando ameniza y engalana su locución con frases burlescas, dichos festivos y voces graciosas; quando sazona el lenguaje de Sancho con plausibles refranes y naturales alusiones; quando Don Quixote imita los idiotismos caballerescos y los términos antiquados; quando adorna el diálogo de los demás interlocutores con todos los donayres y delicados equívocos de la expresión castellana: ¿si entre los mismos españoles, no es el vulgo quien siente toda su fuerza, sino las personas que posean perfectamente la lengua?

El principal mérito del estilo de Cervantes, es la pureza y propiedad de la dicción, y la claridad y hermosura de su frase: calidad apreciable que le hace comprehensible y agradable á las gentes más ignorantes y rudas. Esta general aceptación comprueba que su estilo es llano, natural y conveniente á la materia de su fábula; sin tocar en ninguno de los vicios con quienes tiene afinidad: es sencillo sin languidez, llano sin baxeza, y popular sin indecencia.

Verdad es que el *Quixote* abunda de objetos muy familiares; pero Cervantes sabe pintarlos con cierto decoro (que es la gran dificultad), sin salir jamás del estilo llano, de este estilo que no encubre el menor defecto; muy al contrario del sublime, donde la grandeza de las mismas cosas, y la nobleza de la metáfora, ó la vehemencia de las figuras disimulan muchos descuidos.

En el estilo del *Quixote* se vió trocada la hinchazón y vanidad de nuestras antiguas fábulas en simplicidad y solidez, la grosería en decoro, el desaliño en compostura, la dureza en elegancia, y la aridez en amenidad. Cervantes supo sazonar sus cuentos muy oportunamente con todas las galas del estilo urbano, y con todas las gracias del festivo, sin afearlo con bufonadas y chocarrerías indecentes. Pinta los defectos ajenos con toda la viveza de la ironía más fina y salada.

Quando hace hablar á su héroe ridículo heroicamente, entonces levanta de punto su estilo por un tono magnífico y pomposo. Quando el rústico y simple escudero se des-cose en decir indiscreciones, habla con una naturalidad que encanta. En ninguna obra están mejor aplicados los modos de hablar familiares, y los refranes: en aquellos se renueva la primitiva pureza y carta de la lengua; y en estos, por su espíritu y discreción, se hermosean y suavizan los preceptos de la moral.

Tampoco carece el estilo del *Quixote* de una grata y fluida armonía, cuya dulzura y nobleza es en algunos lugares imcomparable: en donde se hace alarde, no sólo de la afluencia, riqueza y numerosa grandiosidad de la lengua castellana, sino de la gala y bizarría de figuras eloquentes con que realza el tono de su elocución. Esto se siente y gusta con mayor eficacia y sabor en ciertas propopeyas cuando personifica las cosas inanimadas, en los razonamientos ya serios, ya irónicos; y en las descripciones, donde la propiedad y viveza de las imágenes, aunque por un término poético, preocupan al lector y le embelesan.

Los modos de decir delicados, tiernos, sentidos y armoniosamente elegantes, no sólo se leen en el *Quixote*, sino también en las *Novelas*, que sin embargo de ser composiciones más débiles en la parte del ingenio y del estilo, abundan de frases afectuosas y enérgicas, de rasgos elegantísimos y numerosos, y de imágenes de una extremada gallardía y hermosura. Pueden servir de exemplos de estas bellezas algunas de las siguientes expresiones: —«Ya el herido pastor daba el último aliento envuelto en estas pocas y mal formadas palabras: "Quitárasme la vida que ahora mal contenta destas carnes se aparta"; y sin poder decir más, cerró los ojos en sempiterna noche.»—Otra: «En Galatea, bañándose en el Tajo, se vieron juntas las tres Gracias, á quien los antiguos griegos pintaban desnudas, para mostrar, entre otros efectos,



DULCINEA DEL TOBOSO

Limpías, pues, sus armas, hecho el morrión celada, puesto nombre á su rocín, y confirmandose á si mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andantè sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Y fué, á lo que se cree, que en un lugar, cerca del suyo, había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que á él y á sus cosas había puesto.

que eran señoras de la belleza.» — Otra: «Convidábale la soledad del camino y la sabrosa armonía de las aves, que ya comenzaban con su dulce y concertado canto á saludar al venidero día.» — Otra: «Cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! éste la toca, aquél la huele, el otro la deshoja, y, finalmente, entre las manos rústicas se deshace.» — Otra: «Así como entró Ricardo, paseó toda la casa con los ojos; y no vió en toda ella sino un mudo y sosegado silencio.» — Otra: «Puesto que estaban prontos con el espíritu á recibir martirio, todavía la carne enferma rehusaba su amarga carrera.» — Otra: «Los que viven con esperanza de promesas venideras, siempre imaginan que no vuela el tiempo sino, que anda sobre los pies de la pereza misma.» — Otra: «Embarcándose en Cádiz, y echando la bendición á España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blando y próspero soplabá, el qual en pocas horas les cubrió la tierra, y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas, el mar Oceano.» — Otra: «Vió en Loreto el mismo aposento y estancia donde se declaró la más alta embaxada y de más importancia que vieron y no entendieron todos los cielos, y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas.» — Otra: «La borrasca crecía y la mar comenzaba á alterarse; y el cielo daba señales de durable y espantosa fortuna», &c.

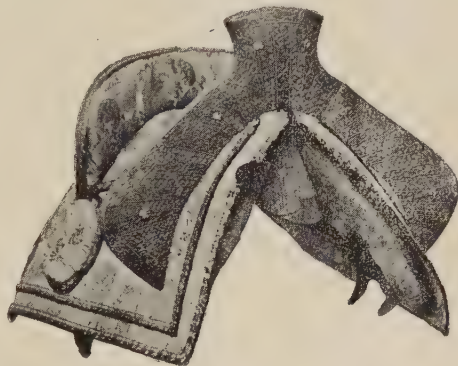
Otra de las gracias y delicado gusto de la elegancia de Cervantes, así en sus *Novelas* como en el *Don Quixote*, es la exquisita y selecta manera de expresar el tono, gesto, voz y afectos con que los interlocutores empiezan sus quejas, exclamaciones, reprehensiones y razonamientos. La infinita variedad de que usa el autor, modificando tan diversos y encontrados sentimientos y situaciones, prueba su inagotable vena é invención en este punto, en que pocos ó ninguno han cargado su consideración. En vez de decir secamente: así habló, de esta suerte respondió,

de esta manera les dixo, &c., véanse en las siguientes muestras qué hermosa diversidad de modos. Por exemplo: «Con desmayada voz y lengua turbada le dixo:—Con voz turbada y airado semblante comenzó á decir:—Con gentil donayre y gracia dixo desta manera:—Con voz al principio baxa y después sonora, desta manera comenzó á decir:—Con abundancia de lágrimas tiernas y amorosas palabras, le rogó diciendo:—Con levantada, triste y sonora voz, le habló desta manera:—Con tono afeminado y doliente le dixo:—Con voz enferma y lastimosa exclamó:—Con voz amorosa y baxa le comenzó á decir:—Con doliente y lastimada voz respondió:—Con voz tremenda y ronca estas razones dixo:—Con voz sonora y comedida, desta manera dixo:—Con cansada y debilitada voz rogaba:—Con atropellada y tartamuda lengua dixo:—Con voz blanda, regalada y amorosa dixo:» &c.

No por esto está exenta la historia del *Quixote* de algunos vicios, no de lenguaje, mas de estilo; y no por ignorancia del autor, sino por negligencia algunas veces, y otras por demasiado esmero, con no pocos resabios de afectación: en lo qual manifestó el deseo de ostentar por boca agena todas las habilidades que poseía, para que no se le pudriesen en el cuerpo. Pero como esta ingeniosísima fábula, conforme á la idea y disposición que le dió su inventor, admite no tan sólo todos los géneros de estilos, sino también innumerables modificaciones accidentales y momentáneas que la recta y natural locución puede recibir, ya de la vanidad de un loco, ya de sus desvaríos, ya de las sandeces de un rústico ó ya de sus malicias; los panegiristas de Cervantes; empeñados en sacarle ayroso, convierten en aciertos los que otros llamarían defectos, y en primores los lunares mismos; y perdiendo de vista á la justicia por no faltar al respeto y admiración, hallan misteriosos sentidos en la sobra ó falta de un artículo ó de un acento, antes que confesar el más ligero yerro ó descuido del autor.

Si se leen alguna vez expresiones hinchadas y gigantescas, dirán que esto es sublimidad; si usa decadencias demasiado sonoras y compasadas, sostendrán que es armonía. Si usa otras veces intempestivamente de equívocos, paranomasias y algún retruécano, dirán que á lo menos los siembra con moderación, y sólo por ostentar la gala de la lengua. Si muestra en otras partes cierta compostura y aliño estudiado, probarán que es ornato y elegancia. Si no evita siempre la cacofonía y monotonía de las palabras, responderán que por no caer en afectación. Si repite en un mismo período los términos y expresiones, dirán que él más quería ser eloquente que parecerlo. Si amontona inoportunamente vocablos corrompidos y estropeados en boca de Sancho, aunque sean de nombres que él no pudo haber oído jamás, dirán que estas xerigonzas son la sal de la risa; y si Don Quixote se empeña en la pesadez de reprehendérselos todos también, haciéndose maestro de niños, pues como tales trata á los lectores, dirán asimismo que esto es una nueva y original gracia. Si usa con profusión de voces antiquadas y desusadas, no quando se acoge Don Quixote á sus formularios del language caballeresco y Sancho á sus refranes de antaño, sino cuando habla el mismo historiador que escribía á principios del siglo xvii; esto dirán que es para dar más gravedad y autenticidad á la narración, y

enseñar los orígenes de la lengua castellana. Si sufren muchísimas frases una violenta y afectada colocación de las palabras, dando á la prosa cierto número y cadencia poética, responderán que esto es elegancia y harmo-



MONTURA DE LA ÉPOCA DEL QUIJOTE
ARMERÍA REAL

nía oratoria. Finalmente, si se encuentran descuidos, inverosimilitudes, repeticiones, incorrecciones, le defenderán diciendo que él, de la manera que todos los grandes ingenios, escribía de prisa, y no se detenía en retocar y limar sus obras.

ANTONIO DE CAPMANY.

(Del *Teatro histór. crit. de la Elocuencia española*. Madrid, 1788.)



IV

LA ORIGINALIDAD DEL QUIJOTE

No se sabe qué admirar más (en D. Quijote) si la fuerza de fantasía que pudo concebirle, ó el talento divino que brilla en su ejecución. Cuando en la conversación llega á mentarse este libro, todos á porfía se extienden en su elogio, y el raudal de sus alabanzas jamás se disminuye como si saliera de una fuente inagotable. El uno ensalza la novedad y felicidad del pensamiento; el otro la verdad y belleza de los caracteres y costumbres; éste la variedad de los episodios, aquél la abundancia y delicadeza de las alusiones y de los chistes, quién admira más el infinito artificio y gracia de los diálogos, quién la inestimable hermosura del estilo y la propiedad de su lenguaje.

Todas estas dotes, que esparcidas hubieran hecho la gloria de muchos escritores, se encontraron reunidas en un hombre solo y derramadas con profusión en un libro. Y no deja de entrar á la parte de la maravilla la consideración de la época. Pues aunque el siglo xvi sea por tantos respetos acreedor á nuestra admiración y gratitud, ni el carácter que entonces tenía la ilustración, ni la calidad y mérito de los autores que á la sazón sobresalían entre nosotros, ni, en fin, el tono general de nuestras letras, ni aun de nuestros gustos y usos, podían prometer una producción tan original y tan grande, y al mismo tiempo tan graciosa. Ella á nada se parece ni sufre cotejo alguno con nada de lo que entonces se escribía; y cuando se compa-

ra el *Quijote* con la época en que salió á luz, y á Cervantes con los hombres que le rodeaban, la obra parece un portento, y Cervantes un coloso.

Empéñense en buen hora los que se precian de críticos en analizar las bellezas de esta fábula y examinar cómo el escritor supo hacer de su héroe el más ridículo y al mismo tiempo el más discreto y virtuoso de los hombres, sin que tan diversos aspectos se dañen unos á otros; cómo en Sancho empleó todas las formas de la simplicidad, qué de recursos se supo abrir en estas variedades imperceptibles, sin ofender á la unidad de los caracteres; cómo supo enlazar á su fábula los lances que parecían más lejanos de ella; y hacerlos servir todos para realzar la locura del personaje principal, de donde aprendió á variar las situaciones, á contrastar las escenas, á ser siempre original y nuevo, sin desmentirse ni decaer nunca, sin fastidiar jamás. Todo esto pertenece al genio, que se lo encuentra por sí solo, sin estudio sin regla y sin ejemplares.

Así aparece tanto más vano, por no decir importuno el empeño de los hombres doctos que se han puesto á desentrañar las bellezas de este libro, ajustándole á reglas y á modelos que, no teniendo con él ni semejanza ni analogía alguna de ningún modo pueden comparársele. Si á su autor pudiese levantarse del sepulcro, y viera á los unos apurar su ingenio, á otros su erudición, á otros su



SANCHO PANZA

En este tiempo solicitó Don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este titulo se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera.

En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, entre otras cosas, Don Quijote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quitame allá esas pajas alguna insula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer é hijos, y asentó por escudero de su vecino.

**MAPA DE UNA PORCION DEL
REYNO DE ESPAÑA
QUE COMPREHENDE LOS PARAGES POR DONDE ANDUVO
DON QUIXOTE,**

Y LOS SITIOS DE SUS AVENTURAS

Delineado por D. Tomás Lopez Geógrafo de S. M. segun las observaciones hechas sobre el terreno por D. Joseph de Hermosilla Capitan de Ingenieros.

Primera salida de D. Quixote solo.

1. Venta donde fué armado Caballero.
2. Aventura del muchacho Andres.
3. Encrucijada donde estuvo dudoso, que camino seguiria.
4. Aventura de los Mercaderes donde quedó molido á palos, y le conduxo á su lugar Pedro Alonso su vecino.

*Segunda salida con Sancho por el
Campo de Montiel.*

5. Aventura de los molinos de viento.
6. Aventura de los frailes y el Vizcaino.
7. Bosque donde durmio con los Cabrereros, y entierro de Grisóstomo.
8. Aventura de los Yangüeses.
9. Venta de innumerables aventuras y sucesos, donde se hizo el Balsamo de Fierabras, y el manceamiento de Sancho Panza.
10. Batalla de las Ovejas.
11. Aventura del cuerpo muerto donde tomó el nombre del Caballero de la TRISTE FIGURA.
12. Aventura de los Batánes.
13. Batalla con el barbero, á quien ganó el yelmo de Mambrino.
14. Da libertad á los Galeotes.
15. Ocúltase en Sierra morena.
16. Sitio en la misma Sierra donde hizo penitencia.

Nota.

Desde este sitio le traxeron á la Venta, de donde le volvieron encantado á su lugar

Tercera salida

17. Lugar en donde encontró á Dulcinea encantada.
18. Aventura del Carro de las Cortes de la muerte.
19. Aventura del Caballero del Bosque.
20. Aventura de los leones, de donde tomó el nombre de Caballero de los LEONES.
21. Bodas de Camacho.
22. Lagunas de Ruysdera y Cueva de Montesinos.
23. Encuentro de la aventura del Rebusco.
24. Venta donde sucedió la aventura de los títeres, y las del Maese Pedro, y el mono adivino Reyno de Aragon.
25. Aventura del Barco encantado.
26. Aventura de la bella Cazadora.
27. Palacio del Duque donde sucedieron muchas aventuras.
28. Insula Barataria Gobierno de Sancho.
29. Sitio donde encontró Sancho los moriscos de vuelta del Gobierno.
30. Sima donde cayó Sancho con su yumento de vuelta del Gobierno.
31. Aventura de las Redes y batalla con los toros.
32. Aventura de los ladrones en el bosque.
33. Sitio de la Batalla del Caballero de la Blanca luna en la playa de Barcelona, donde quedó vencido.
34. Aventura de los cerdos.
35. Donde le encontraron los criados del Duque y le llevaron al Palacio desde donde se volvió á su aldea, y murió.

laboriosas viglias de sus doctos comentadores.

Al tratar Voltaire, en sus *Misceláneas*, de que el espíritu humano no hace otra cosa que reproducirse y que las obras que más admiramos son imitaciones de otras más antiguas, dice que el tipo de Don Quijote fué el Orlando del Ariosto.



TIPO DE MANCHEGA DE EL TOBOSO

Es preciso sin duda admirar á este escritor como uno de los mayores pintores que ha tenido la poesía. Pero ¿cuál es la relación que puede haber entre dos locos de manía tan diferente? ¿Entre un cuadro todo quimeras y otro todo verdad? ¿Entre un libro de caballerías y una sátira de semejantes libros? ¿Entre la libertad que se permite el italiano y el tino y sabiduría con que camina el español?

Y aunque se concediese que en algunos pasajes la manera del uno es semejante á la

del otro, ¿cuántos requisitos más acompañan al *Quijote* que no pudieran tomarse de Ariosto ni de otro escritor ninguno? ¿Se halla por ventura en aquel poeta el tono de sensibilidad dulce y afectuoso que tan frecuentemente se halla en el libro de Cervantes? ¿Quién le enseñó el arte difícilísimo del diálogo en que nuestro escritor no ha encontrado hasta ahora quien le venza, y á duras penas encontrará quien le iguale? ¿De dónde, en fin, pudo aprender el encanto continuo de aquella dicción maravillosa, tan apacible y tan pura, tan en armonía siempre con el objeto que pinta; candorosa, natural y fluida en las narraciones; ingeniosa y festiva en las burlas y donaires; animada y verdadera en los razonamientos; soberbia, rica y ambiciosa en las descripciones?

No: el *Quijote* no tuvo modelo y carece hasta ahora de imitadores; es una obra que presenta todos los caracteres de la originalidad y del genio, un poema divino á cuya ejecución presidieron las gracias y las musas. Su publicación fué un rayo que deshizo en un momento las ilusiones de la caballería; y el tropel de libros que atacó, tan universalmente derramados y tan gratamente acogidos, desapareció de tal modo que ya sólo en el *Quijote* dura la memoria de que fueron triunfo admirable y singular, digno del mérito de la obra y gloria en que autor ninguno puede competir con Cervantes.

Así, entra el destino y condición de las sátiras, cuya vida, por la naturaleza misma de su objetivo y de sus medios, es por lo común tan corta, se reservó al *Quijote* el privilegio extraordinario de ir adquiriendo nuestra vida lustre nuevo al cabo de dos siglos que los libros de caballería y sus ilusiones extravagantes están sepultados en olvido. El interés vivo é inmenso que anima todas las partes de esta fábula, no se limita á una sola época ni tampoco á un solo país. Desde que su autor la dió á luz, las prensas no se cansan de estamparla ni los ojos de leerla. Todas las naciones cultas la han hecho suya; los

nombres de Don Quijote y Sancho son conocidos en las regiones más apartadas y mentados en los ángulos más remotos de la tierra; y estos dos personajes humildes, nacidos en la fantasía de Cervantes, vencen en celebridad á los héroes más ilustres de la fábula y de la historia.

No es posible ciertamente hablar de esta obra singular sin una especie de entusiasmo, ó, si se quiere, de intolerancia, que se rebela contra toda idea de crítica y de examen. Por eso causa tanta extrañeza, y no sé si diga ira, la gravedad impertinente con que algunos desdeñan este libro, tachándole de frívolo y de insípido á boca llena. Llamar la atención de estos hombres á su mérito y hermosura sería tiempo perdido. ¡Frívolo un libro que corrigió á su siglo! ¡Insípida una lectura que por su portentosa invención, su discreción ingeniosa y sus sales inmutables y nativas se han hecho universal en el mundo! Que señalen, pues, una donde el agrado, efecto inseparable y eterno de las buenas obras de invención, sea tan completo y suba á un grado tan alto. Extravagante censura á la verdad, y cuyos autores, tan ingratos como inconse-

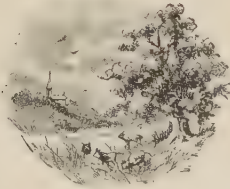
cuentes, se hacen más dignos de compasión que de respuesta; sus labios jamás se abrieron á la risa ni su corazón á las gracias.

Todavía es más infeliz el anhelo de los que poseídos de la rabia gramatical ó de la manía de singularizarse, pretenden hacerse valer, buscando y señalando lunares en lo que admiran los demás. ¿Y qué es lo que consiguen, al fin, con sus miserables reparos y con sus quisquillas pueriles? Los pasajes notados como defectuosos hacen con su donaire salir la risa á los labios de los oyentes; el descuido, aunque le haya, se cubre con la magia del talento; la gracia triunfa, y la crítica, desairada y corrida, se ve reducida al silencio.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(*Vida de Cervantes*: ¿1797?)

¿Quién no conoce la biografía del célebre poeta D. Manuel José Quintana? Sería ofender la cultura de los lectores decir siquiera una palabra acerca de él. Su *Vida de Cervantes*, escrita primero muy á la ligera en 1797, fué rehecha y aumentada con posterioridad para figurar entre sus *Vidas de españoles célebres*. Á ella pertenece el primoroso juicio del *Quijote* que, en parte, reproducimos.



V

EL ESPÍRITU DEL QUIJOTE

ICONOGRAFÍA CERVANTINA

El *Quijote* es una mina inagotable de discreciones y de ingenio; y esta mina, aunque tan beneficiada en el presente y en el pasado siglo, admite todavía grande laboreo. ¡Es mucho libro éste! Comunmente se le tiene por un libro de mero entretenimiento; y no es sino un libro de profunda filosofía.

El *Quijote* encierra en sí gran misterio; aún no se ha descifrado bien el primor de su artificio: lo menos es ridiculizar los desvaríos de la caballería andante: esa, ya tan sabrosa, no es sino la corteza de esta fruta sazónada del árbol provechoso de la sabiduría: su meollo es mucho más exquisito, regalado y sustancioso.

En efecto, era todavía más trascendental la idea del superior talento de Cervantes: Cervantes no trató en el *Quijote* de corregir de sus fantasías sólo á los españoles, sino de corregir á la Europa y á su siglo. El espíritu caballeresco y fantástico, era general en aquel tiempo: los pueblos cristianos, desde las empresas entusiásticas de las cruzadas; exaltadas las imaginaciones con el influjo oriental en las peregrinaciones á la Tierra-Santa, y adoptadas ciegamente las fantasmagorías de la magia y los encantamientos que trampantojando portentosas visiones contra toda ley y orden natural, ensanchaban ilimitadamente con el horizonte de lo factible, la esfera de la credibilidad, cebándose sólo en

lo maravilloso y exótico, menospreciaban todo lo que tenía la sencillez de la naturaleza. Y Cervantes, con ingeniosa traza, ideó una inventiva en que la prosa y la poesía de la vida humana; lo fantástico y lo real, simbolizados por lo vulgar y lo caballeresco, estuviesen en sensible contraste y acción continua, á cuyo efecto creó dos personajes característicos que figurasen esta contraposición. Tales son Don Quijote y Sancho.

El *Quijote*, además, es libro que arguye, en quien le escribió, un caudal de lectura y erudición romántica que asombra: por eso gusta más á quien más sabe de nuestra romancería y libros caballerescos, á que hace continuas y finas alusiones, cuya gracia picante no puede sentir quien no está en antecedentes. Y ¿quién podrá estarlo, si muy de propósito no se ha puesto á buscar esas anti-guallas, de que apenas nos queda ya ejemplar de mano, ni de molde?

La afición predilecta mía, al estudio de nuestra lengua y literatura, me había traído á la mano no pocas piezas peregrinas, muy conducentes á la parte alusiva del *Quijote*, y á la fijación de sus textos; porque es de saber que ni aun el texto de este libro clásico en todas las naciones (y que lo será en todos los siglos), está todavía tan purificado, como debe estar: aun después de lo que han trabajado para acrisolarle los beneméritos Bowle,

Ríos, Pellicer y Navarrete, saltan todavía á los ojos en el *Quijote* algunas incorrecciones chocantes, y se leen desleídos en la prosa, como prosa algunos versos, porque no se saben que son versos. La corrección debe empezar desde la portada del libro; pues aún en el título hay ya que corregir. Cervantes, como todos los hombres de imaginación viva, no tenía paciencia para retocar; pintaba al fresco: el *Quijote* es un libro de primera mano: los últimos tomos corrigen los primeros. Cervantes se corregía escribiendo.

Otro artículo esencial de Cervantes, aún después de escrita su vida por Mayans, Ríos, Quintana, etc., no se conocía apenas más que el grande ingenio, y ese porque le dejó él de su mano estampado en su inmortal Don Quijote; pero no se conocía bien su grande alma: y este hombre extraordinario, valía tanto por las prendas de su corazón, como por los dotes de su ingenio.

En esta persuasión vivía yo, buscando con afán y diligencia, nuevos materiales para escribir la vida de Miguel de Cervantes, cuando el año 1809 descubrí en Sevilla un tesoro inapreciable de noticias originales en la información de su vida y costumbres, que me franqueó del Archivo de Indias D. Isidoro Antillón, recién nombrado archivero. D. Manuel de Valbuena, que sucedió en su empleo á este talento malogrado, me mandó después á Londres mediante el favor de algunos buenos amigos míos de Sevilla, copia de esa importante pieza justificativa: de forma que el año 18, cuando allí se imprimía en la oficina del célebre Bulmer la traducción inglesa del *Quijote*, con las magníficas estampas de Smirke, retocada por la señora hija de este artista famoso, hube yo de franquear á esta ingeniosa dama, por medio de mi amigo el caballero Cooden, discreto apreciador de los ingenios de España, un epítome de la vida de Cervantes, el cual no llegó á imprimirse, porque el publicador, aburrido ya de hacer desembolsos para una empresa tan costosa (cada ejemplar del *Quijote* en papel, cos-

taba sobre 2.400 reales), no tuvo ánimo para echar á papel viejo la que estaba ya impresa, escrita con las noticias que arrojaban las biografías hasta entonces conocidas. En fin, cuando tenía yo pronto ya para el molde el *Quijote* ilustrado, con notas y la vida de su autor, que trataba de imprimir en la oficina del hábil é ilustrado impresor Mr. Taylor, supe que D. Martín Fernández Navarrete me había ganado por la mano en la publicación, en los documentos del Archivo de Indias, que yo creía ser lo más llamativo para el público; con cuyo motivo aburrí por entonces mi empresa.

Á la nueva de las novelas, concurrió una circunstancia que me empeñó más y más. La edición que yo intenté del *Quijote*, había de ser con estampas: ningunas de cuántas se han puesto á una obra tan pintoresca, como las aventuras de Don Quijote, incluidas las de la espléndida impresión del de la Academia Española, me llenaban á mí de todo en todo, ni sus asuntos, ni la historia del héroe, aparecen en ellas bien estudiados.

Las que yo destinaba al *Quijote*, estaban ideadas á esta traza. Habíame, para su mejor desempeño puesto, con este preciso objeto á estudiar la obra, echando visuales sobre lugares y personas, para dar al artista bien estudiados los asuntos: al efecto, tomé reseñas; observé trajes, muebles, arneses, piezas de armería; apunté rasgos y alineamientos. Para los de las fisonomías, poco ha deja-



TIPO DE MANCHEGO
DE ARGAMASILLA

do Cervantes que hacer: sus retratos hablan; y ha sido en ellos tan puntual, que nos presenta las personas vestidas y calzadas. Igual puntualidad guarda en la pintura de las situaciones: las escenas están hechas: no hay sino entresacar de ellas las que se presten más al pincel y puedan hacer más efecto pictórico.

Tenía yo (como digo) estudiados nuevos asuntos para las láminas del *Quijote*, que consultados con el gran Goya, había merecido su aprobación. Goya era un pintor filósofo: acuérdomme bien de que contestándome sobre este punto á Londres por mano de un caballero inglés que hoy reside en Sevilla, me decía, que en tiempos había él fantaseado unos caprichos originales con el título de *Visiones de Don Quijote*: en que por nuevo estilo, pintaba la fantasía del lunático caballero de la Mancha. Sólo el pensamiento este de Goya, es ya una creación artística, propia de su travesura.

Los dibujos para las estampas de las novelas de Cervantes se me daban ya hechos, y con todo el primor é inteligencia que yo pudiera desear. Habíalos dejado concluídos de su mano el esmerado D. Luis Paret, por encargo de la casa de Sancha. El viejo D. Antonio había intentado una impresión en folio de las *Novelas ejemplares*, que hiciese juego con la grande del *Quijote* de la Academia y aun compitiese con ella en lujo tipográfico y artístico. Con esta segunda parte de los adornos y estampería corrió Paret, y la desempeñó tan lucidamente, que estas estampas son á juicio de peritos, su obra maestra, y lo mejor que en esta línea se ha hecho en España.

Con los malos tiempos que se han atravesado, y con el desigual suceso de las grandes empresas del *Lope* y la *Enciclopedia*, no pudo la casa de Sancha llevar adelante la de las *novelas*; y el último de los Sanchas, sabedor del aprecio que había yo merecido á su difunto padre, mediante la amistad de D. An-

tonio Capmany (á cuyo buen efecto y finezas viviré eternamente agradecido), me hizo expresión galante de los dibujos de Paret para las novelas de Cervantes. Pero ¡dolor de mí! Todo lo he perdido: dibujos de Paret, papeles míos, manuscrito antiguo de *La Tía Fingida*... nada, nada me ha quedado, sino la memoria lastimosa de todo, y... gracias que he quedado yo para contarlo.

Toledo 15 de Julio de 1832.

B. J. GALLARDO.

(De *El Criticón*, núm. 1.º, Madrid, 1835.)

D. Bartolomé José Gallardo, nació en lugar de Campanario (Extremadura) en 1777, hijo de padres originarios de Sevilla. Estudió en Salamanca, y desde su primera juventud manifestó su pasión avasalladora por el estudio, leyendo cuanto caía en sus manos. En 1805 vino á Madrid, donde obtuvo una plaza de maestro de francés en el Colegio de pajes del Rey. En 1808 se trasladó á Sevilla, siendo secretario del Conde de Montijo, y en 1810 Bibliotecario de las Cortes de Cádiz. En esta ciudad comenzó á distinguirse por su ingenio y profundo saber, á la vez que por su intemperancia de lengua y pluma y sus ideas ultraliberales. De esta época son sus célebres folletos *Apología de los palos* y el *Diccionario crítico-burlesco*. En 1814 emigró á Inglaterra, de donde volvió en 1820 más impenitente revolucionario y más sabio. En sus correrías había reunido multitud de libros españoles, rarísimos y manuscritos, y había trabajado varias obras literarias, todo lo cual perdió el 13 de Junio de 1823 en el Guadalquivir al hundirse una barca que conducía su equipaje. Sin desanimarse, continuó acopiando con mayor fervor é inteligencia toda clase de elementos literarios, para una historia de la cultura española, que, como era natural, no pudo terminar. De esta inmensa preparación son buen testimonio los cuatro tomos publicados de su *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, obra sólo comparable á la de Nicolás Antonio y que si se hubiera impreso oportunamente y tal como su autor la dejó, hubiera hecho progresos cincuenta años la erudición española. Entorpecieron en sus últimos días tan útiles tareas en reyertas con otros literatos, especialmente D. Adolfo de Castro y D. Serafín Estébanez Calderón, que obtuvo contra él una orden de destierro, que le llevó á morir lleno de despecho en Alcoy, el 14 de Septiembre de 1852.



ENTIERRO DE GRISÓSTOMO Y DISCURSO DE MARCELA

Una maravillosa visión (que tal parecía ella) improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela, tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habían visto, la miraban con admiración y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto.

Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis, decís y aun queréis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razón de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso, á amar á quien le ama, y más que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: Quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas las hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cual habrían de parar; porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos; y según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien? Sino, decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más que habéis de considerar, que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin

yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa, que la hermosura en la mujer honesta, es como el fuego apartado ó como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin los cuales, el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso: pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermocean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intención de aquel que por sólo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura que lo pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí, la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras: y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno el fin de ninguno dellos, bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad, y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar, donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él con todo ese desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino?



VI

BELLEZAS Y DEFECTOS DEL QUIJOTE



D. DIEGO CLEMENCÍN

D. Diego Clemencín nació en Murcia el 27 de Septiembre de 1765, y, aunque con poca vocación, siguió la carrera eclesiástica en el colegio de San Fulgencio, sobresaliendo en toda clase de enseñanzas. Pero como en 1788 fuese elegido preceptor de los hijos del Duque de Osuna, vino á Madrid y abandonó sus estudios de teología. Se casó en 1798 con doña Dámasa Soriano, y se consagró por entero al cultivo de la historia, sin abandonar su destino en casa de Osuna, donde á la vez desempeñaba el cargo de Bibliotecario. La Academia de la Historia le eligió su individuo de número, de la que fué Secreta-

rio, y en ella escribió su portentoso *Elogio de la reina doña Isabel la Católica*. En 1814 ingresó en la de Bellas Artes de San Fernando. Cooperó á la edición del *Fuero Juzgo*, en castellano, que hizo la Academia Española en 1815; por lo que, y por otros muchos trabajos también, le recibió en su seno. Fué diputado y ministro en el período constitucional de 1820 á 23 y desterrado en este último año. En este tiempo empezó y casi terminó su famoso *Comentario del Quijote*. En 1833 fué nombrado Bibliotecario mayor de S. M. y Ministro togado del Consejo de Hacienda. Murió en Madrid, del cólera, el 30 de Julio de 1834. Como algunos literatos, más por depurar el trabajo de Clemencín que por despreciarlo, han censurado algunas de sus notas al *Quijote*, y no sin razón, la ignorancia vulgar ha dado en deprimir esta obra asombrosa, modelo de imparcialidad, buen juicio, exquisita erudición y amor al libro comentado. Es cierto que sobran ó son impertinentes un centenar ó más de notas; en unas es sobradamente nimio en la censura, en otras no entendió el texto que analiza y en otras es injusto en la censura: todo esto es verdad; pero aun con ello el *Comentario* de Clemencín es no sólo el mejor que se ha hecho del *Quijote*, sino que es un trabajo de tal calidad, que honra, no ya al libro á que se aplica, sino á la nación que lo produjo. ¡Qué inmenso caudal de noticias históricas, literarias y de costumbres no encierra! ¡Qué profundo conocimiento del idioma castellano! ¡Qué sagacidad la del autor para entender y explicar muchos lugares oscuros ó difíciles! El *Comentario* de Clemencín, con todos sus defectos, es un monumento digno de la grande obra que lo ha originado.

Estoy muy lejos de creer que la conducta de Cervantes al escribir el *Quijote* fué efecto de largas y profundas meditaciones; antes al contrario, todo muestra que no procedió

con sujeción á plan alguno formado de antemano, y que el *Quijote* se fundió como por sí mismo en la oficina de un feliz y bien organizado entendimiento. Cervantes obró menos por reflexión que por instinto; apenas daba importancia y atención á lo que escribía; que sólo así puede explicarse la reunión de tantas bellezas con tanta incorrección y tantas distracciones. El argumento de la fábula es la empresa de un hidalgo manchego



CUEROS Y CÁNTARO DE LA MANCHA

que, infatuado con la lectura de los libros caballerescos, se propone renovar el ejercicio y profesión de la caballería andante, como necesaria para el bien y felicidad del mundo. La acción empieza en el punto en que se exalta y llega á su colmo la locura del hidalgo; y este es el principio que convino á la fábula para abreviar su duración y reducirla á menor espacio. El desenlace hubo de ser el fin de la locura, que se verificó poco antes de la muerte del héroe. Cervantes llenó el intermedio con incidentes y episodios variados y divertidos, que empeñaban

más y más en su loco propósito al protagonista; entretegió con los sucesos los inimitables diálogos del amo y el escudero; á las dificultades y trámites de las empresas en la épica substituyó los trabajos y los palos de Don Quijote, y el manteamiento y azotes de Sancho; remedó y ridiculizó lo maravilloso de la historia caballeresca en el encantamiento de Don Quijote y su encierro en la jaula, en el viaje de Clavileño, en la resurrección de Altisidora, en la cueva de Montesinos, en el encanto y desencanto de Dulcinea; y ofreciendo así tantos motivos de placer á sus lectores, consiguió el efecto moral de su libro, que era hacer despreciables y desterrar los de la caballería andante.

Los caracteres de las personas subalternas de la fábula, están trazados magistralmente. La bellaquería del ventero que armó á D. Quijote, la discreción de Dorotea, la conducta villana de los galeotes, el despejo apicarado de Ginés de Pasamonte, la ingenuidad pueril de D.^a Clara, la indulgencia é instrucción del canónigo de Toledo, el lenguaje rústico y zahareño de las labradoras del Toboso, el posado aseo de la casa de don Diego de Miranda, la atolondrada afición de los Duques á divertirse, las sandeces de doña Rodríguez, la burlesca prosopopeya del doctor Pedro Recio, la saladísima escena del labrador, pintor y socarrón de Miguelturra, sin entrar en cuenta las personas del cura, del barbero y del bachiller, suministran una porción de cuadros tan agradables por su variedad, como por la destreza con que están delineados.

Si hablamos de los dos personajes principales, el carácter de D. Quijote se conserva con igualdad desde el principio hasta el fin; honrado, bondadoso, desinteresado, discreto y juicioso; sino en el punto de la caballería: en éste, exaltado y loco. Si divierte y hace reir por los extravíos de su cerebro, interesa al mismo tiempo por las inclinaciones y bondad de su corazón. Cervantes reunió hábilmente las dos circunstancias en su protago-

nista. Un héroe solamente ridículo, hubiera podido divertir, pero no interesar; Cervantes logró uno y otro, juntando en un mismo sujeto las extravagancias del Caballero de la Triste Figura con las honradas y virtuosas prendas de Alonso Quijano el Bueno: se ríen las ocurrencias del primero y no se puede menos de amar al segundo. El carácter de Sancho, vacila algún tanto; pero el lector, embelesado con las inimitables gracias y sales de este personaje no echa de ver la inconstancia, ó la perdona fácilmente.

La invención es admirable, tan original en sí como oportuna en su aplicación y proporcionada á su objeto; el estilo variado convenientemente y acomodado á las circunstancias de tiempo, lugar y personas; el lenguaje á veces descuidado, pero con pocas excepciones puro y castizo.

Las ideas no siempre están bien coordinadas entre sí: hay olvidos, distracciones, inconsecuencias. La moral, buena en lo general, aunque con algunas sombras, raras á la verdad, de una ú otra imagen ó expresión menos decente: en el tiempo que se escribió el *Quijote* pudo su autor pasar por austero. Sátira delicada de vicios y errores comunes, gracejo frecuentemente urbanísimo, pero que alguna vez declina á vulgar; juicio recto y desenfadado, mas no exento enteramente y en todas ocasiones de las preocupaciones de su siglo.

De estos indicados elementos de tantas prendas recomendables mezcladas con algunas imperfecciones y muchos descuidos, se compone un todo que el lector no sabe dejar de las manos; un libro que ha sido, es y será siempre el encanto y embeleso de los españoles, y aun de los extranjeros á pesar de que el menor conocimiento de nuestros usos y costumbres, de nuestro lenguaje familiar, de nuestras tradiciones y cuentos populares



UNA VENTA DE LA MANCHA
DEL NATURAL

les esconde gran parte de sus primores. ¡Cuánto debe ser el exceso de estos sobre los defectos! Autorcillos oscuros y poco estimables se atrevieron en estos últimos tiempos á despreciar lo que no merecían entender; imprimieron dentro y fuera del reino observaciones y críticas contra el *Quijote*; pero la opinión y consentimiento universal los ha reducido al silencio y sepultado en el olvido, y el *Quijote* ha quedado en posesión del crédito y aceptación que le corresponden

como al libro más original que ha producido la moderna literatura.

Bueno será examinarlo menudamente, y hacer, digámoslo así, anatomía de obra tan singular; reducir á su debido valor las hipótesis y ciega admiración de los unos y las acriminaciones y censuras de los otros. Esto es lo que se ha procurado hacer en el presente comentario, notando con imparcialidad los rasgos admirables y las imperfecciones, el artificio de la fábula y las negligencias del autor; las bellezas y los defectos que suele ofrecer mezclados EL INGENIOSO HIDALGO. Acaso se me tildará de nimiamente severo en lo que me parece reprehensible; acaso los amantes indiscretos de la gloria nacional, en que tiene tanta parte la de

Cervantes, me acusarán de indiferente y aun de contrario á ella; pero serán injustos. La verdad sincera y serena debe distribuir los elogios y las censuras. El *Quijote* tiene lunares, y tratándose de un libro que anda en manos de todos y que es uno de los que principalmente se proponen para modelos del gusto y del idioma, conviene por lo mismo indicar con más particularidad y especificación sus defectos; á la manera que en las cartas de marear se deben señalar con cuidado mayor los escollos en que pueden peligrar los navegantes.»

DIEGO CLEMENCÍN.

(Prólogo á su *Comentario*: Madrid, 1833.)





LA PRINCESA MICOMICONA ANTE DON QUIJOTE

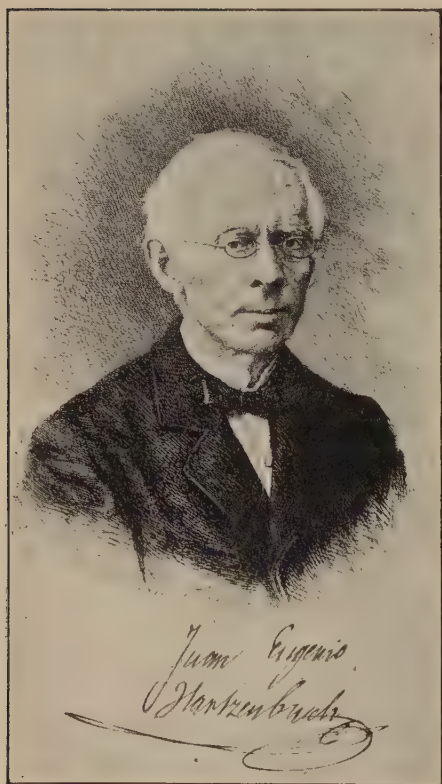
CUADRO DE BOLIVAR

Tres cuartos de legua habrían andado, cuando descubrieron á Don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido aunque no armado; y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho, que aquel era Don Quijote, dió del azote á su palafrén, siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quijote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le habló en esta guisa: De aquí no me levantaré, oh valeroso y esforzado caballero, fasta que vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto; y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lueñas tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, hermosa señora, respondió Don Quijote, ni oiré más cosa de vuestra hacienda fasta que os levantéis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazón tiene la llave.

VII

GENERACIÓN DEL QUIJOTE

LEYENDA DE ARGAMASILLA.— LAS VARIANTES DE HARTZENBUSCH



D. Juan Eugenio Hartzenbusch nació en Madrid el 6 de Septiembre de 1806. Distinguióse primero como insigne poeta dramático en su tragedia *Los amantes de Teruel* y otras muchas de igual género. Compuso también gran número de poesías líricas, fábulas, cuentos en prosa y otras obras de imaginación, excelentes casi todas ellas. Esto no le impidió

consagrarse é los estudios filológicos y críticos de nuestros más célebres autores, de que son muestra sus ediciones de Calderón, Alarcón, Lope de Vega, Tirso de Molina y las *Obras póstumas* de Moratín. Fué uno de los literatos más completos que produjo España. Perteneció á la Academia Española desde 18 de Marzo de 1847, en que fué elegido. Fué también Director de la Biblioteca Nacional y Jefe superior del Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios. Murió en Madrid el 2 de Agosto de 1880. Su hijo, D. Eugenio, ha publicado (Madrid, 1900) una completísima *Bibliografía* de su padre: la biografía espera un autor digno. Sus trabajos relativos á Cervantes, con ser muchos, no son de lo que más honra su pluma. Hartzenbusch, convencido, sobre todo después del *Comentario* de Clemencín, de que el *Quijote* tenía no pocos descuidos, algunas erratas y muchas imperfecciones (á los ojos modernos) de lenguaje, puso todo su anhelo en limpiar aquel texto de tales defectos, sin reparar en que, por tal camino, se evaporaba el *Quijote* de Cervantes y quedaba sólo el de Hartzenbusch. Dirigiéronsele muchas censuras, á que contestó él, á veces con acritud, sosteniendo siempre que Cervantes, reflexivamente, no hubiera escrito el libro tal como hoy lo conocemos, sino tal como él (Hartzenbusch) lo corregía. Sus despiadadas enmiendas afean las ediciones en que intervino: las dos de Argamasilla y la magnífica de 12 tomos hecha por Rivadeneyra. Sin embargo, muchas de sus notas y correcciones deben aceptarse, por referirse ya á erratas notorias ó bien á descuidos evidentes.

No hemos hallado en las biografías de Cervantes, hasta hoy escritas, lo que más conviniera para nuestro intento: la historia cierta de la creación del *Quijote*, la noticia

seguramente comprobada del acontecimiento que dió á Cervantes ocasión para suponer á su héroe natural de Argamasilla de Alba, lugar de cuyo nombre no quería el autor acordarse. Algún lance poco gustoso le debió suceder en él, pues en verdad que no merece desdén ni olvido aquella población, linda y no pequeña, de buen vecindario, adornada de alamedas, sentada en llano y fértil suelo, regado por el Guadiana, que toca las casas, espaciosas y bien construídas en calles anchas y tiradas á cordel, como apenas se ven en otro pueblo alguno de España. Dicese que habiendo aceptado Cervantes una comisión de apremio contra los vecinos de Argamasilla, hubo de faltar alguna formalidad á los documentos que traía, falta de que se valió la justicia para ponerlo preso en la casa de un tal Medrano, cuya cueva servía de cárcel por no haberla en el pueblo: se añade que fué principal fautor de la prisión D. Rodrigo Pacheco, hidalgo ó caballero pudiente, quejoso de que hubiese Cervantes dirigido requiebros á una hermana ó sobrina suya, ó (según dice Navarrete), cierto chiste picante: se cuenta además que D. Rodrigo Pacheco había estado loco en alguna ocasión, y no andaba en otras del todo cuerdo: cítase, en prueba, una inscripción existente desde principios del siglo décimoséptimo en la parroquia de Argamasilla.

En el crucero de la iglesia, y al lado del Evangelio, hay un altar con su retablo de madera dorada, obra indudablemente de la época del tercer Felipe; el fondo del retablo lo llena un lienzo al óleo que representa á Nuestra Señora entre ángeles en los aires,



UN CANDIL
DE LA MANCHA

y abajo (en oración, con las manos juntas) una dama y un buen señor, ella joven, y menos joven él, de rostro largo y estrecho, ojos espantadizos y largos bigotes, á quien no acomodaría mal el título de Caballero de la Triste Figura. Debajo del lienzo, en un plano que ofrece el retablo, se ve en caracteres negros, sobre fondo, como ya se ha dicho, de oro, el siguiente letrero, fácilmente legible, aunque tiene muchas letras embebidas en otras:

«Apareció nuestra señora á este caballero estando malo de una enfermedad gravísima, desamparado de los médicos, víspera de San Mateo, año MDC.I encomendándose á esta V. y prometídole una lámpara de plata, llamándola de día y de noche del gran dolor que tenía en el cerebro de una gran frialdad que se le quajó dentro.»

Se asegura ser el caballero anónimo don Rodrigo Pacheco, enemigo que fué de Cervantes, convertido por él en el hidalgo célebre de la Mancha: aquél, se dice, es el retrato de Don Quijote: y con la frialdad que se le cuajó en el cerebro se indica haber sido locura la enfermedad gravísima del doliente. Se muestra también á la orilla del pueblo un solar de casas, de la cual queda solo ya algo de las paredes, y afirmase haber sido allí la morada de D. Rodrigo, casa de Don Quijote. Aún muestran el hueco de la ventana correspondiente al cuarto en que puso Cervantes los libros de Don Quijote por donde relegados á las manos vengativas del ama, volaron al corral, condenados al fuego, *Esplandian* y *don Cirongilio* y *Garaya* y *Pintiquinestra*.

Si el tiempo destructor echó á tierra la casa del sandio enemigo de Cervantes, la que le sirvió de prisión se sostiene en pie todavía: maltratado y ruinoso el corredor que da vuelta al patio lo demás de la fábrica subsiste duradero. Pásase del patio, cruzando el corredor, á un sótano, dividido en dos pisos: al primero comunica luz, aunque poca, un agujero que da á un soportal del corredor, y

parece abierto modernamente; recíbela también por el vano superior de la puerta, que tiene unos palos verticalmente puestos como hierros de verja; el piso inferior aún goza menos luz, porque se la permite escasísima una ventanilla ó respiradero que da á la calle, y descansa en la línea del suelo. Dícese que estuvo Cervantes arriba; casi á oscuras hubo de hallarse, ya le tuviera preso en lo menos hondo, ya en lo más profundo de la cueva. Bajo aquella bóveda, que se alza poco más de dos metros sobre menos de tres de anchura, y cuya longitud se acorta con la escalera de descenso al piso más bajo, en aquel tenebroso encierro, en aquel angustiado cofre de cal y canto, concibió la fecundamente de Cervantes la idea vastísima, triste alguna vez, regocijada casi siempre, de su *Don Quijote*. Desde allí, rompiendo su imaginación las gruesas y toscas paredes que le aprisionaban, se espació por las dilatadas llanuras de la Mancha, por entre las ásperas quiebras, enmarañados breñales y bosques de Sierra-Morena. A presentársele vinieron allí las bellas imágenes de Marcela la esquiva, Lucinda la tierna; y aquella Dorotea de los largos cabellos; acabado modelo de discreción y gracia, y aquella encantadora niña Clara, que amó sin saberlo, y (envuelta en su almalafa de pies á cabeza, negando á codiciosas miradas sus brazos desnudos) la favorecida de Marien, la sin igual en hermosura, Zoraida. Movíanse detrás luengas aspas de molinos de viento; por delante de ellos desfilaban mercaderes y religiosos, coches con damas, apuestos caminantes con lanzas y adargas, enlutados fugitivos y galeotes encadenados; traslucíanse caballeros y peones, cristianos y moros, gigantes y reyes entre espesas nubes de polvo, dentro de las cuales oía el preso balidos de ovejas. Allí percibía confusamente un león con la jaula abierta, grita y danzas de bodas, un palacio de cristal subterráneo, y en él llorosa procesión de encantadas vírgenes: á este lado un gallardo mozo, roto de bala el pecho, espirando en

brazos de su amante homicida; acullá un túmulo rodeado de cien blandones, y en él una joven que parecía sonreírse de la pompa fúnebre para ella dispuesta; más cerca discurrían el Licenciado y el Barbero, Sancho Panza, Tomé Cecial y Sansón Carrasco; y en medio de todos aparecía, sentado á una mesa, con la vista encendida, la boca entreabierta, la fisonomía desencajada, la siniestra mano en la frente, la diestra fuertemente cerrada, como si apretase la espada en ella, el infeliz Alonso Quijano con el libro de *Amadís de Gaula* delante. Ruido de cerrojos por la parte del patio, de pisar de caballerías y voces humanas por el lado de la calle, vendrían inoportunamente á desvanecer las halagüeñas ilusiones del encarcelado. Seducidos por ésta nosotros, quisimos (quiso el editor) que una edición del *Quijote* en tamaño pequeño (y es la presente) y otra mayor, aunque manejable, fuesen impresas en Argamasilla de Alba, en la casa misma de Medrano, prisión de Cervantes, según pública voz y fama. S. A. R. el Serenísimos señor Infante D. Sebastián Gabriel de Borbón, por quien había sido recientemente adquirida la casa, no bien oyó la súplica del editor, mandó que le entregaran las llaves de su nueva compra, y á tan señalado favor ha añadido el inapreciable de pasar al pueblo y tirar por su propia mano ejemplares del primer pliego de la edición en tamaño grande. A corta distancia del calabozo ilustre por su involuntario huesped, han sido estampadas las dos ediciones... el texto de la novela quiero decir, lo demás no; los borrones de nuestra pluma, indignos de tan señalada honra, se debían dar á la prensa muy lejos, y lo han sido en Madrid.

Creyeron ciertos críticos que Cervantes había querido colocar la acción del *Quijote* en una época remotísima... No: de burlas, y remedando á los autores de libros de caballerías, aparentó prestarle una antigüedad, que desmiente luego á cada paso con referencias y citas modernas, y hasta con fecha de

su tiempo. Dominaba entonces, prácticamente al menos, la desahogada creencia de que en las obras literarias de pura invención todo se podía considerar como fábula; no merecía más respeto la historia que la conseja; el orden de los tiempos había de ceder al capricho del escritor; y su omnipotente querer, desencajando de su lugar la máquina entera del Universo, la desterraba á los espacios imaginarios, trastornándola en su estructura, desfigurándola en el aspecto. Cervantes condenó este delirio en su Don Quijote con juiciosa crítica, y lo ridiculizó en una imitación parodiada; la época precisa, la duración de las aventuras del insigne manchego, época y duración que, sin duda, quiso Cervantes hacer indeterminada y reducida á solos dos años, la fija inconvenientemente, y de intento la dilata y confunde entre nubes de anacronismos. D. Vicente de los Ríos trabajó un plan cronológico del *Quijote* para las ediciones de la Real Academia Española: en él trajo la acción á los años de 1604 y 605; véase adelante en qué años queremos colocarla nosotros.

Ha extrañado alguno que apareciendo escrito el *Quijote* en concepto rigurosamente español y católico, suponga Cervantes que es obra de moro. Ya observará el lector entendido que en la historia de Don Quijote se ocupan tres plumas, y se alude, además, á otras. Cide Hamete la escribe, la traduce un morisco, y un segundo autor, nada amigo de moros, publica el trabajo de aquéllos, agregándole el suyo. El espíritu nacional y cristiano del *Don Quijote* no puede estar más completamente justificado.

Con más razón se lamentan otros de hallar en el *Quijote* palabras y acciones hoy ofensivas á la decencia: el siglo de Cervantes no era tan delicado. No en obras narrativas tan sólo; hasta en comedias que se representaban mucho y habían sido compuestas por sacerdotes ilustrados y virtuosos, aparecían hechos y se proferían dichos para nosotros insoportables; entonces ¡cosa rara!

el verbo regoldar se consideraba como uno de los más torpes vocablos de nuestra lengua; y á cada paso se oía sin escándalo el nombre con que el ventero Juan Palomeque llamaba á gritos á su criada, la puntual Maritornes.

Estas advertencias manifestarán á nuestros lectores que si la presente edición ofrece el texto del *Quijote* en forma desusada, con variantes notables, con voces, cláusulas y



UN MOLINO DE VIENTO DE LA MANCHA

pasajes enteros no ocupados hasta ahora por ellos, el amor y el respeto al gran escritor nos guían; que no ofende á la imagen quien la quiere librar del polvo y la broza amontonados encima de ella. Temeridad, profanación, sacrilegio parecerá tal vez á más de un bibliófilo tocar al *Quijote*; quien le tocó primero, quien trasladó infielmente, quien imprimió con groseros errores el parto mejor de las letras españolas, hizo necesario el estudio de restauración que antes de nosotros emprendieron algunos que nosotros continuamos, y proseguirán otros por mucho tiempo «La obra de Cervantes (se nos dirá) fué escrita como á ratos perdidos; cada capítulo

es una improvisación pasada al papel; y esos descuidos que se le notan le dan un carácter de espontaneidad, que debe conservársele; porque si á pesar de ellos deleita y sorprende, si á pesar de elló no hay libros de entretenimiento que la aventaje, ¿qué importan esos lunares, que son para muchos, para casi todos, imperceptibles? Obligación del editor es reproducir lo que el autor escribió, no enmendarle la plana.» Preséntenos el original del *Quijote* y se verá si los errores de cierta especie son ó no de Cervantes; mientras no parezca su borrador, niego y negaré que escribiese cuanto nos dan por suyo las ediciones antiguas, donde, si no me engaño, se echó muchas veces á perder lo que no necesitaba, sino que lo entendieran. No pierde su naturalidad el *Quijote*, porque se le quitan unos cuantos despropósitos; aún le quedan incorrecciones para los aficionados; y, finalmente, siendo éste un libro de que hay un gran número de ediciones más ó menos conformes á la primitiva, aunque ninguna buena la sigue del todo, poco daño podrá hacer una en la cual, aunque remitida á las notas, se conserva la lección antigua cuando introducimos variantes.

Prefiera quien guste (y algunas veces hará bien) lo antiguo á lo nuevo; pero no se tenga por absurda la pretensión de que todavía pide la obra de Cervantes mayores estudios que los hasta hoy publicados.

Sí: y por eso no nos atrevemos á juzgar aquí, ni al autor, ni al libro, lo cual para la Real Academia Española y para nuestros amigos antes nombrados, será fácil empeño: opiniones se han vertido ya que aun nos hacen dudar qué fin se propuso Cervantes en el *Quijote*. El dice á lo menos que movió á su pluma el deseo de combatir la común afición que había en su tiempo á leer libros de caballerías, novelas de magia, cuyos héroes, dotados todos de valor sobre natural, corrían el mundo, cubiertos de hierro, la lanza en la mano, con voto perpetuo consagrados á la defensa de la razón y al culto de la hermosu-

ra. Creaciones bizarrísimas en verdad, si á tan noble espíritu correspondieran obras fielmente ajustadas. Pero el defensor de la justicia la atropellaba á cada paso con piques pueriles, con duelos irracionales, promovidos principalmente por el vano empeño de hacer confesar á todos que su dama, de nadie quizás conocida, era la más bella entre las hermosas: en encontrándose dos caballeros, la lucha era inevitable, natural el resentimiento del vencido, el deseo de venganza seguro, la enemistad vitalicia, transferible á los herederos. Entre el perseguido y el perseguidor, se interponían hechiceros ó encantadores, que se burlaban de todas las leyes de la naturaleza, creaban monstruos que vomitaban fuego, construían de improviso palacios de cristal y de oro, calabozos de hierro, volaban y hacían volar carros por el aire, islas por el agua, gigantes como torres, teos y malignos enanos de fuerzas insólitas, doncellas que, á la manera de las ninfas del paganismo, pululaban por todas partes, en los alcázares como en las cabañas, en los bosques y en las praderas, en los desiertos y en los caminos, eran comunes personajes de aquellos extravagantes poemas, cuyo contexto laberíntico daba al mareado lector, entre algo bueno y bello, que era hartó poco, muchísimo malo y nada verdadero. Supuso Cervantes (y tal vez no tuvo necesidad de fingirlo), que un buen hidalgo de lugar, de honrado corazón y de juicio sano, lo perdió con la continua lectura de tales libros; creyó que debía tomar sus armas y caballo, y salir por los caminos á buscar aventuras; y saliendo, en efecto, el forzoso contraste de sus locas ideas con la realidad de la vida, le atrajo multitud de lances de vivo interés y gustosa leyenda. Era el pensamiento magnífico, justo, necesario, y su aplicación oportuna: era Cervantes hombre con todas las facultades propias á su mejor desempeño: paje, soldado y oficial público, había vivido cerca de los príncipes de la Iglesia y las armas, cerca también de perversos galeotes y entre hu-

mildes labriegos; había meditado en los palacios y en los bajeles, en las tiendas de los acampamentos y en el baño de los cautivos: observador sagaz, pinta con ligereza y frescura, da vida á la imagen, siente delicado: y, riquísimo en la invención y conocimiento de mundo, nos da una prodigiosa novela verdad, cuadro vivo de las costumbres, fiel expresión de los caracteres, gravemente moral y sabia en las miras, abundante en personas y lances cómicos, la cual se alza sobre cuanto hay en aguda ironía, en sátira alegre sin hiel, en claridad, gracejo y travesura de estilo. Y á pesar de esto, se deleita el autor en el dibujo y colorido de la mujer, como hombre de corazón amante: son casi todas en su libro á cual más bellas y discretas y merecedoras de cariño; y á la que pinta, ya moral, ya físicamente feas siempre le agrega un toque benévolo, pero no repugne.

Ríense dos mozas cuando Don Quijote las llama doncellas; pero le ayudan luego á quitarse las armas, le sirven la cena, y cuando les preguntan sus nombres, no se atreven á mentir, sino que bajando los ojos, declaran humildes los apodos que llevan de la Tolosa y la Molinera. La soez Maritornes misma, la caricatura del *Quijote* más lastimosa, cuando ve á Sancho bañado en sudor y con la congoja del manteamiento, le trae vino y se lo paga, y en otra ocasión ofrece oraciones para que se consiga volver á la razón al hidalgo demente. ¡Qué variedad de fisonomías y caracteres no se halla en este portentoso libro entre personas pertenecientes á una misma clase, ó de clases contiguas!

Caballero es Cardenio, pero ¡cuán distinto de Don Fernando! Ama vivamente Cardenio; Don Fernando superior á él, le quita

su amor; respetó el caballero al hijo del Duque, pero enloquece de sentimiento. Compárese con Don Fernando la persona del Duque: no haya miedo que se confundan; ni siquiera se parecen ahora: se podrá Don Fernando parecer al Duque más adelante, casado y quieto en un cortijo con Dorotea; pero Dorotea no podría permitir, como la Duquesa, los martirios de Sancho, ni pondría sus manos en la dueña habladora. Cuatro venteros aparecen en nuestra novela: es muy de notar cómo los diferencia Cervantes. El hijo



RUIDERA.—EL HUNDIMIENTO

de San Lúcar, burlón y desprendido, complace á Don Quijote, le defiende de los arrieros y le perdona el gasto; interesado y vengativo Palomeque el Zurdo, reclama el pago de lo que se le debe, se queda con las alforjas de Sancho, y hace causa con los cuadrieros contra Don Quijote, después de haber apaciguado el buen caballero á los huéspedes que maltrataban al hospedador atrevido. El de la venta de los títeres, hombre de carácter sencillo, admira la generosidad del ingenioso hidalgo en medio de sus desaciertos: vano y pegadizo el de la otra venta en el camino de Zaragoza, pondera la provisión de

su casa, donde no hay más que una olla que servir, de la cual participa. Así se diferencia el cabrero amante de Leandra de los compañeros de Grisóstomo y del que pastoreaba su rebaño en Sierra Morena; así el despechado Basilio de Camacho, el espléndido; así el Canónigo del Cura, y el barbero Nicolás de su necio cofrade; así el caballero del Verde gabán descuella entre todos, porque es en efecto la figura más noble de la varia galería que en el *Quijote* nos presenta Cervantes. La misma riqueza y variedad ofrece en los lances: muchos, demasiados parecen á ciertos críticos los que se amontonan en la venta cercana á la sierra; yo diré, con Cervantes, que lo bueno jamás se hace mucho. La grave lectura del *Curioso impertinente* se interrumpe con la catástrofe de los cueros de vino, precursoras de la catástrofe de Anselmo, de su esposa y su amigo: á la relación del cautivo Rui Pérez, de novedad grandísima; á la dulce historia del Mocito de mulas, suceden el pleito de la albarda y la riña con los cuadrilleros. Aquí hallamos una descripción halagüeña, un diálogo delicioso allí, después un razonamiento elocuente: de sorpresa en sorpresa, con la risa en los labios á cada momento, con inquietud y con lástima no pocas veces, acompañamos á nuestro aventurero desde que le ciñen la espada, una jornada de su pueblo, hasta que le vencen en la playa de Barcelona; y llegándonos más á él en sus postrimeros instantes, riegan nuestras lágrimas el lecho en que espira... ¡Lágrimas en el más regocijado cuento que dejó escapar de su fresco labio la Musa del triste! Feliz el pensamiento del libro, bien dispues-

ta su traza; maravilloso en sentencias, en gracejo y en belleza de lenguaje sin compañero (salvas ciertas incorrecciones, hijas de la prisa y no teniendo en cuenta las que le fueran malamente pegadas); por más que el fin ostensible del autor esté siglos ha conseguido; por más que no se lean ya libros de caballerías, agrada y sorprende y enseña el *Quijote* hoy como cuando fué divulgado, porque las condiciones de verdad, bondad y belleza que junta, no son transitorias; porque hay todavía y nunca dejará de haber, escritos de erróneas doctrinas muy capaces de seducir, de engañar, de enloquecer y formar Quijotes; porque hay y habrá siempre quien se deje llevar de un deseo irrealizable, hijo de una fantasía sin freno, y corriendo por la senda de la vida á ciegas, dará con la frente en rudos obstáculos, que le arrojarán al suelo despechado y herido. Con muchos debió chocar Cervantes en su fatigosa carrera: si hay en el *Quijote* más de lo que á primera vista descubre quien la tiene muy corta; si Cervantes (que durante su cautiverio en Argel pretendió, pero en vano, sublevar á sus compañeros de servidumbre y alzarse con aquella ciudad por la fe y por España); si el desventurado Cervantes adhirió su personalidad verdadera tal vez á su héroe fingido, nosotros lo ignoramos, y acogiendo bien la opinión, aguardamos á que el tiempo la califique.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

(Del prólogo al *Quijote* de Argamasilla 1863.)





BATANES DE LA MANCHA



ENCUENTRO DEL RUCIO

*Sancho llegó á su rucio, y abrazándole, le dijo: —¿Cómo has estado, bien mío? ¡Rucio de mis ojos! ¡Compañero mío! Y con esto le besaba y acariciaba como si fuera una persona.
El asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho, sin responderle palabra alguna.*

VIII

IMITACIÓN DEL ESTILO DEL QUIJOTE



D. ADOLFO DE CASTRO

D. Adolfo de Castro y Rosi, nació en Cádiz el 6 de Septiembre de 1823. Desde su infancia dió pruebas de su aplicación é ingenio, siendo considerado ya antes de cumplir los veinte años como uno de los jóvenes más instruidos de su tiempo. Ilustró la historia de su ciudad natal con varias monografías como la de la *Venida de los ingleses sobre Cádiz en 1625* (Cádiz, 1844), *Historia de Cádiz* (1845), *Historia de Jerez*, etc. Poco después empezó á manifestar un conocimiento profundo en la historia literaria con su libro *Olivares y Felipe IV*, la *Historia de los judíos españoles*, y sobre todo, con su famosísima falsificación titulada *El Buscapié* (1848), que atribuyó á Cervantes. Impugnáronle algunos; pero muchos cayeron en la red, lo que pudo halagar no poco la vanidad de Castro. Este folleto que, sin embargo, tiene poquísimo fuste ni valor, pues se ve desde luego, es un vil remedo de varios famosos pasajes de las obras de Cervantes, lleva al final unas curiosas notas históricas que demuestran el grande manejo que de nuestros

autores antiguos hacía D. Adolfo de Castro á los veinticinco años de su edad. En 1874 publicó un nuevo volumen con varios opúsculos que también infundadamente atribuye á Cervantes, aunque éstos no son obra suya, sino que están contenidos en un códice antiguo de la Biblioteca colombina. En dicho tomo agregó también una larga disertación intentando demostrar que el encubierto Avellaneda, autor del segundo *Quijote*, era el poeta dramático D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza; no convenció á nadie, ni aun lo estaba él mismo D. Adolfo de Castro que poco tiempo antes había hecho igual atribución al dominico Fr. Alonso Fernández, cronista del obispado de Plasencia. En sus últimos años publicó Castro algunas obras estimables de filología; y en 1892 su invencible amor á la paradoja le hizo sostener que Colón no había partido del puerto de Palos, sino de la propia Cádiz, para su descubrimiento. Murió en esta ciudad el 12 de Octubre de 1897.

En resolución, los necios de que está poblada la república cristiana, no llevan sufriidamente que con la letura deste libro se convenza el mal limado vulgo de que en los caballerescos sólo se pintan sucesos inverosímiles y enemigos de la verdad y de los buenos entendimientos; y por eso trabajan tanto y con tanta obstinación y con ánimos enconados y voluntad muy torcida contra el ingenioso hidalgo Don Quijote, buscándole tachas y haciendo inquisición en todas sus aventuras para inferir dellas maliciosamente que no hay en el mundo los locos que fingen los libros de caballerías, cuando dellos están pobladas las cortes de los Reyes (cuanto más

las aldeas). Los cuales entre el vario estruendo de los palacios no son conocidos; porque la corte es madre de los locos de todo género de locuras; y en suma, como son tantas y tales las que hacen, tantos los desatinos que dicen, y tantos los despropósitos y disparatadas empresas que sobre los hombros tan desavisadamente se suelen echar para mucho daño dellos, que no hay quien pueda separarlas de su mal ánimo y peor voluntad. Y esta es la ocasión de buscar defectos en el ilustre caballero Don Qui-

jote, claro espejo, no sólo de todos los manchegos horizontes, sino de todos los de España; y aun pudiera decir del mundo, si no temiera exceder los límites de mi modestia. A cuya causa es justo que en lugar de ser menospreciado en tan provechoso y bien ordenado libro, sea honrado y estimado de todos los buenos de

la república; pues muestra que es él solo entre los de las vanas caballerías, que con honesta y provechosa intención fué escrito. Y no debe ser tenido por tan vano como ellos al ver las locuras de Don Quijote; pues hartos locos hay en el mundo, y no hay memoria que ninguno sea tenido por tal, en el concepto de las gentes. Y por la honrosa determinación que tuvo su autor como fué el querer desterrar la falsa orden de la andante caballería, con los agradables y sazonados y alegres entretenimientos que para plato del gusto nos ofrece en su verdadera historia...

Aquí llegaba yo con el cuento de la mía, cuando el hético cuartago, cuyas riendas mal prendidas por mi trágico bachiller, se habían soltado, le asaltó de súbito una fantasía y

mal pensamiento que en voluntad le era venido: el cual era refocilar con la mula que cabe él, estaba asida por las riendas al viejo tronco de una encina. Y como ella se sintiese de los malos deseos del cuartago, y era al fin doncella de toda honestidad y recato, como criada en casa de padres honrados, y con buenos y castos ejemplos, resistió muy zahareña y esquivó los enfermos y dolientes halagos de la cabalgadura de mi negrísimo bachiller, y como virtuosa Lucrecia,

aunque con mejor suceso (que tan destruido anda el mundo que á las mulas es ya solo reservado ser Lucrecias), defendióse muy bizarramente, disparando sendas coces contra su injusto forzador; pero con tanto acierto despididas, que una de ellas fué á dar en el ojo que medio sano tenía, con que acabó de rematarlo, y otra en el pecho con que

derribólo por tierra, que á secundarle, hubieran fenecido allí las calamidades del cuartago y las caídas de mi bachiller.

El cual al contemplar aquél no pensado desastre, ocasionado por la sobra de deshoonestidad y lascivos pensamientos, y el no esperado rejo y los bríos que para más altas cosas mostraba su cabalgadura, imaginó que estaba á punto de hechar el último aliento por la boca, y allí fué el gemir y el dar voces, lamentando su desgracia y el poco recaudo que había alquilado en el mesón de Colmenares y allí fué el maldecir el punto y hora en que había salido de la villa.

Yo para consolarlo, le dije: «Aun bien, señor Bachiller, que para que veais cuan lejos dábades del blanco ha venido esta desdicha; pues debajo de su buen parecer de que el li-



LAGUNAS DE RUIDERA

bro de *Don Quijote* todo es vanidad y locura, poned pausa á vuestros suspiros, y traed á la memoria el cuento de otra tal aventura de Rocinante, cuando el ingenioso manchego se topó con la más desgraciada de las suyas en topar con unas desalmadas yeguas que también pusieron á punto de muerte á su cabalgadura.

Lléveme el diablo que no querría que me llevase, dijo muy enojado el Bachiller, si no os vais en este punto con vuestro Don Quijote cien leguas más allá del infierno; que desde que os saludé, todas las malas venturas que hay en la tierra han comenzado de llover sobre mí, ni más ni menos que si fuerades cédula de excomunión, que esto si que no solo es ventura, sino venturón llovido. Y con esto porfiaba, aunque en vano, para levantar á su cuartago, el cual de mal ferido y ciego no se podía levantar, sino que cada y cuando el bachiller le tiraba de las riendas, meneaba un pie ó una mano, dando señas de muerta vida. De donde vine á coleccionar lo mucho que pueden uñas de mula, defendiendo los fueros de su honestidad y que no le metan gato por liebre, como venteros, los malos viciosos que con almidonadas razones y oliendo á ámbar, almizcle y algalia, por conseguir sus lascivos pensamientos ponen en tanto estrecho y á tanto riesgo las vidas y aun el ánima. Y viendo el mal recaído del cuartago y que ya el sol iba declinando para trasponerse en los montes y dar en el mar, despedíme muy á lo cortesano del lacerado de mi bachiller: el cual con el gran-

de y estéril trabajo de poner en cobro su cabalgadura, ni me oyó, ni me vió partir, ni aun cuando me viera, le era ya posible acertar con dos palabras, según que del enojo y pesadumbre tenía trastrabada la lengua. Allí quedó braveando y poniendo sus quejas sobre las estrellas, y nunca más supe dél, ni lo procuré y aun todavía me parece escuchalle. De esta suerte subiendo en mi honesta mula, tomé la vuelta de Toledo en aquella hora. La del alba sería cuando entré por sus puertas y comencé de caminar por sus calles y fuíme derecho en casa de un mi amigo á tomar posada; donde proponiendo en mi pensamiento lo que había de hacer, determiné de escribir esta mi aventura para desengaño de muchos que ven en el ingenioso hidalgo Don Quijote lo que el ingenioso hidalgo Don Quijote no es; y por eso quise llamar á este librillo *Buscapié*, para que aquellos que busquen el pie de que cojea el ingenioso manchego, se topen (Dios sea loado) con que no está enfermo de ninguno, antes bien muy firme y seguro en ambos para entrar en singularísima batalla con los necios murmuradores, sabandijas que para su daño alimenta toda bien ordenada república. Y con esto si he acertado á darte gusto lector amigo, yo lo tendré muy grande en haberte servido, con tal que no se te pasen de la memoria estos mis advertimientos. Y Dios te guarde.

ADOLFO DE CASTRO.

(Fragmento del *Buscapié*: Cádiz, 1848).





DISCURSO DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS
CUADRO DE HISPALETO

Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas que tienen por blanco llevar y encaminar las armas al Cielo, que á un fin tan sin fin como éste ninguno otro se le puede igualar: hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo) entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso, alto y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden deseär en esta vida: y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres fueron las que dieron los Angeles la noche que fué nuestro día cuando cantaron los aires: Gloria sea en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad; y la salutación que el mejor Maestro de la tierra y del Cielo enseñó sus allegados y favorecidos, fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen: Paz sea en esta casa. Y otras muchas veces le dijo: Mi paz os doy, mi paz os dejo y paz sea con vosotros.

IX

PRIMORES DESCRIPTIVOS EN EL QUIJOTE



D. MARIANO PARDO DE FIGUEROA
Dr. Thebussem.

Sucede con la lección de párrafos y aventuras del *Quijote*, lo que á la dama á quien dieran á escoger entre varias manillas, brinquiños y perendengues de diamantes con adiciones de perlas, rubíes y esmeraldas. Su apetito no sabría á cuál de las joyas debiera de alargar su mano.

Nada hay más vulgar y repetido por los novelistas que las descripciones del amanecer

y de la vida campestre, que suelen pasar por alto muchos lectores.

Creo que merecen excepción los párrafos siguientes:

«Comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor, bañándose las yerbas, parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófár; los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas y enriquecíanse los prados con su venida.»

«Y ya en esto se venía á más andar el alba alegre y risueña; las florecillas de los campos se descollaban y erguían, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los ríos que los esperaban; la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos, daban manifiestas señales que el día que al aurora venía pisando las faldas, había de ser sereno y claro.»

«Nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, en-

dechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizados los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el Amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos.»

Te confieso que me admiran la sintaxis, la prosodia y la melodía de estos períodos, que bien pudieran arreglarse á música. No sabemos si fueron trazados *calamo currente*, ó si el autor borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer. Lo que hay que celebrar y aplaudir es el resultado de las cosas. Y si el resultado es el cuadro de *Las Lanzas*, *El Alcalde de Zalamea*, ó los renglones citados, poco nos importa saber el tiempo que los autores invirtieron en sus obras.

Si Cervantes, como algunos pretenden, quiso burlarse de la hojarasca literaria, se llevó el mismo chasco que Espronceda cuando escribió que

Las rosas sobre el tallo se levantan
Coronadas de gotas de rocío;
Las avecillas revolando cantan
Al blando son del murmurar del río;
Chispas de luz los aires abrillantan,
Salpicando de oro el bosque umbrío;
Y si el aura á la flor murmura amores,
La flor le brinda aromas y colores.
Y resonando... et cétera; que creo
Basta para contar que ha amanecido,
Y tanta frase inútil y rodeo,
A mi corto entender, no es más que ruido,

para asegurarse que los *ruidos* de los autores del *Quixote* y del *Diablo Mundo*, valen más que las concertadas orquestas de otros músicos y danzantes.

Pasando á los capítulos del *Ingenioso Hidalgo*, para elegir entre ellos, te confieso que me hallo en la misma perpleja tribulación que el buen Sancho Panza cuando no sabía si acudir primero á la carrera de su rucio ó á la caída de su amo. En fin, confieso, que me enamora el retablo de Melisendra. Muy natural era que Don Quixote, al ver y oír tanta morisma y tanto estruendo, creyese, como suele creer el vulgo, que aquella farsa era la verdad, y con furia y cólera la emprendiese á cuchilladas sobre la titiritera morisma.

Todo este barullo, unido á la relación del muchacho declarador de las maravillas, á las interrupciones de Don Quijote y á las advertencias de Maese Pedro, pintan al vivo las sesiones borrascosas de cualquier club ó Parlamento.

El Hidalgo, conociendo su yerro, y condenándose en costas; el aprecio de las figuras y la socarronería del titiritero al notar que Don Quixote izquierdeaba, se hallan magistral y graciosamente relatadas.

Otro orden de ideas despierta la ceremonia de armar caballero al manchego. En la caballeriza de la venta fué donde se hincó de rodillas ante el ventero, para pedirle dicha merced; las armas se colocaron en la pila de un corral; las damas que le ciñeron la espada y calzaron la espuela eran dos mozas del partido, hijas de un remendón y de un molinero; asistían al acto varios arrieros y un castrador de puercos; el que confería la orden había recorrido los Percheles de Málaga, la playa de Sanlúcar, las ventillas de Toledo



PASTOR DE RUIDERA

y otras diversas partes, dándose á conocer en varias Audiencias y Tribunales de España; á la ceremonia se le da el despectivo título de *armazón*, y, por último, hacía el papel de Manual sagrado el libro donde se asentaba la paja y cebada de los arrieros!!!

No recuerdo haber leído nada donde el sarcasmo, la burla y lo ridículo se eleven á mayor potencia. Esta escena caballerescas produce asombro más bien que risa.

*
* *

Antes de discurrir sobre las sentencias, ó consejos del *Quixote*, advertiré, aun cuando sea cosa evidente y vulgar, que tanto en el orden físico como en el moral, existe gran diferencia entre cosas y conceptos que deberían resultar iguales.

De las Vírgenes de Murillo á las de Orbaneja, del Otelo de Máiquez al del cómico de la legua, de la mujer fea á la hermosa, y de los versos ramplones á los sublimes, no hay más variantes que la forma.

Y dicha forma ó hechura, puede ser tan poderosa en el terreno literario, que la misma idea cautivará ó enojará al lector, según la manera con que se la presente. En esto debe consistir el secreto de que mientras unos oradores encantan, regocijan y deleitan otros, hablando del mismo tema, aburren, fastidian y enojan á su auditorio.

No hay que hablar de la empresa de sacar á Don Quijote del borrador de su locura, que tan magistralmente trató el Doctor Hernández Morejón.

Conviene recordar en abono de nuestra creencia, algo de lo ocurrido en el castillo de los Duques. Estos señores no hicieron más que divertirse á costa de un pobre loco, siguiéndole el humor y tratándole como á legítimo caballero. Semejante proceder, tan contrario á las leyes de la educación y de la caridad, motivó la justa cólera del Eclesiástico, á quien por este motivo se le fué la lengua al advertir al Duque que tendría que dar cuenta á Dios de las locuras y sandeces del

hidalgo, y diciendo á éste que era un alma de cántaro, mentecato y tonto;... que volviera á su casa..., curase de su hacienda y dejara de andar por el mundo papando viento y dando que reir á las gentes con sus simplezas.

Si disculpable fué la ira del religioso, justificado hallamos también que Don Quixote, airado, alborotado y temblando de pies á cabeza con semejante estocada, se tirase á fondo y la devolviera con creces en aquella tremenda respuesta, á la cual se consagró, porque lo merecía, capítulo especial de la obra.

Comparemos, pues, al grave eclesiástico con la bondadosa ama del caballero de la Triste Figura. Esta pobre mujer, sin otras luces que las de su instinto, comprendía que los malditos libros caballerescos, echando á perder al más delicado entendimiento que había en toda la Mancha, eran la causa de la locura de su señor. Por esa trajo la escudilla de agua bendita para rociar la librería antes del escrutinio; por eso fué grande su contento lanzando los volúmenes al corral, como quien tenía más ganas de quemarlos que de echar una tela por grande y delgada que fuese, y por eso mismo abrasó cuantos libros había en el corral y en toda la casa. Y no contenta con suprimir la causa de los males, buscó el amparo de Sansón Carrasco para remediar las sandeces de su señor, y le echó maldiciones sin cuento al notar que el bachiller no la auxiliaba en sus honrados deseos.

El ama fué quien, para restablecer la salud de D. Quixote, cuando llegó á su casa triste, flaco y amarillo, gastó más de seiscientos huevos, y ella, en fin, la que, desesperada de hallar remedio á sus justos anhelos, determinó quejarse en voz y en grito á Dios y al Rey, si el hidalgo no estaba quedo en su casa, dejando de andar por los montes y por los valles, como ánima en pena buscando desdichas.

EL DR. THEBUSSEM

(Crónica de los Cervantistas, Madrid, 1904.)



CASAMIENTO DE BASILIO Y QUITERIA

CUADRO DE HISPALETO

Llegó en fin Quiteria, y, puesta de rodillas, le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente le dijo: ¡Oh, Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogermé por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, ¡oh fatal estrella mía! que la mano que me pides y que quieres darme, no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confeses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razón que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo.

Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo:

—Ninguna fuerza fuera bastante é torcer mi voluntad; y así, con la más libre que tengo, te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.

—Si doy, respondió Basilio; no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.

—Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura.

X

UNIVERSALIDAD DEL QUIJOTE

¿Quién podrá ponderar el mérito y llegar ahora al término de la alabanza que pide la grandeza de esta producción, verdadera fábrica y monumento que descuella en la española literatura, de suyo rica y majestuosa? Las hipérboles y los mayores extremos de elogios dejan de serlo, cuando se aplican á este prodigio del arte humano llamado el *Quijote*. Un soldado inválido, un ingenio lego sueña un pobre hidalgo de un mísero lugar de la Mancha. Le arma de una visera de papelón, de una lanza y escudo tomados de orín y llenos de moho, le sube sobre un rocín flaco, le hace seguir de un rústico sin sal en la mollera, caballero sobre un rucio, y le pone en el campo de Montiel en la madrugada de un día caluroso del mes de Julio, para que marche á la ventura, á donde quiera su caballo, sueltas las riendas y dueño de su voluntad. Va en busca de aventuras; y sus aventuras son dormir á cortinas verdes ó en fementidos lechos de ventas en despojado, topar con arrieros, pelear con yan-güeses por culpa de Rocinante, medir la tierra con su cuerpo á cada instante, pasar hambre y sed, sufrir calor y frío, ser apedreado por galeotes, apuñeado por cuadrilleros y cabreros, colgado por damiselas, enjaulado por sus vecinos y derribado, en fin, por bachilleres ó amigos disfrazados. Ama á una aldeana á quien nunca ve, sueña imperios y batallas y palmas y laureles, y, sin embargo, muere pobre y melancólico en el

lecho de su casa de la aldea. Esta es la historia, ni más ni menos.

Esta es la invención del manco de Lepanto en la apariencia, en lo visible. Había un gran diluvio de libros caballerescos, dicen los eruditos, y Cervantes hizo una parodia del famoso entre los famosos, el Amadis de Gaula. ¿Y qué tiene que ver el mundo, qué tiene que ver la humanidad con parodias de Amadises? Los libros caballerescos, dicen otros, eran abortos de escritores que no sabían lo que es arte ni en qué consiste la belleza. ¿Y qué tienen que ver los sabios de todas las naciones con que en España se escribiesen esas monstruosidades? Cervantes, dicen esoteros, dirigió una invectiva contra los aficionados á esta lectura vana y perniciosa. ¿Y qué tenemos nosotros que ver hoy con esos mal entretenidos?

Sin embargo, desde que apareció el libro del *Quijote*, comenzar á extender su imperio en todas las inteligencias, así en la tierna del niño como en la madura del hombre; así en la estrecha del vulgo, como en la vasta y extensa del hombre ilustrado, y atravesó las fronteras de su patria y la Mancha y el loco á *latere* corrieron la Europa, llamando la atención de todos, altos y bajos, nobles y plebeyos, soldados y togados, jurisconsultos y publicistas, y todos veían en el loco caballero y en el escudero mentecato algo de la composición y alquimia de su propia índole y naturaleza, y escuchaban sus diálogos como

de hombres extraordinarios, como de un Sócrates con Platón; y oían sus sentencias como de oráculos, y sus lecciones como si la experiencia hablase por sus labios; y veían sus aventuras como las aventuras del alma humana, y sus deseos como los deseos del hombre sobre la tierra, y sus caídas como las caídas de nuestras ilusiones y sus desengaños como los desengaños de nuestro corazón. ¿En qué consiste este secreto? ¿Cómo en dos seres, en dos individuos está la materia humana en todas sus formas? ¿Qué arte ha podido dar ese relieve, ese contorno; esa verdad, esa universalidad de expresión á dos únicas figuras?

Estos son los secretos del genio. Nosotros, pobres profanos, sólo podemos vislumbrar que fermentan en la cabeza del loco un pensamiento sublime, una locura divina, la locura de la humanidad que desea el triunfo del bien y el reinado de la justicia. Este es el *exequatur* que lo naturaliza en todas las naciones y razas, en todos los ámbitos y en todos los tiempos. El secreto es muy sencillo. Es un hombre que no se propone aumentar su estatura, ni acumular riquezas, ni conquistarse reinos, honores ni dignidades. Su propósito no es egoísta. No va á resolver el problema de su felicidad. Se propone simplemente, inversos los términos, alcanzar la felicidad y el bien de sus semejantes. ¿Y cómo, con qué medios? No tiene más que sus débiles brazos, un lanzón, una mala cota y un peor caballo; pero tiene una fuerte voluntad, una gran fe, un amor grande hacia la virtud y la verdad, un entusiasmo ardiente por la belleza. Los medios son incongruentes: con una lanza no se redime el mundo; la fuerza del mal es superior á estos remedios. El mundo entero llama á esto locura y con razón. Cervantes no dejó esta calificación en duda. Pero en cambio, la humanidad, siquiera por agradecimiento, por curiosidad, porque se trata de su interés general, se interesa en la peregrinación de este loco extraordinario y sigue sus pasos, y observa sus movimientos y pa-

rece querer investigar cuál es la resistencia que se le opone, en qué consisten los obstáculos, dónde están los escollos, porque al cabo el pensamiento es generoso y propio de un alma grande, y un buen pensamiento, una noble intención siempre hallan eco en los humanos corazones.

Verdaderamente es esto un argumento admirable; argumento para un gran genio y sobre todo para un genio como Cervantes, para un hombre que por el bien de sus hermanos había expuesto su vida á crueles tormentos, y por la gloria hubiera expuesto mil vidas, si mil vidas tuviera. Él solo tenía el temple necesario para acometerlo, en su mente los ideales con que componerlo y en



ALCÁZAR DE SAN JUAN

SUPUESTA CASA DONDE NACIÓ MIGUEL DE CERVANTES

su corazón los colores con que pintarlo. Pero no bastaba esto: era necesario unir al idealismo más sublime, el realismo más grosero; á la contemplación más pura, las pasiones más bastardas; á la poesía más elevada, la prosa más baja; al espiritualismo más refinado, el más refinado materialismo; á la óptica de las ilusiones, el primor de la experiencia; á las aspiraciones al bien, las tendencias al mal, y poner en continuo juego y encuentro la sinceridad con la malicia, el interés con la abnegación, la codicia con el desprendimiento, la castidad con la concupiscencia, el valor con la cobardía, la nobleza con la bajeza, la energía con la pereza, la fortaleza

con la debilidad; en una palabra, todos los contrarios en lucha, todos los extremos en oposición, y de esta lucha había de resultar lo cómico en la acción, sin perjudicar lo elevado del pensamiento.

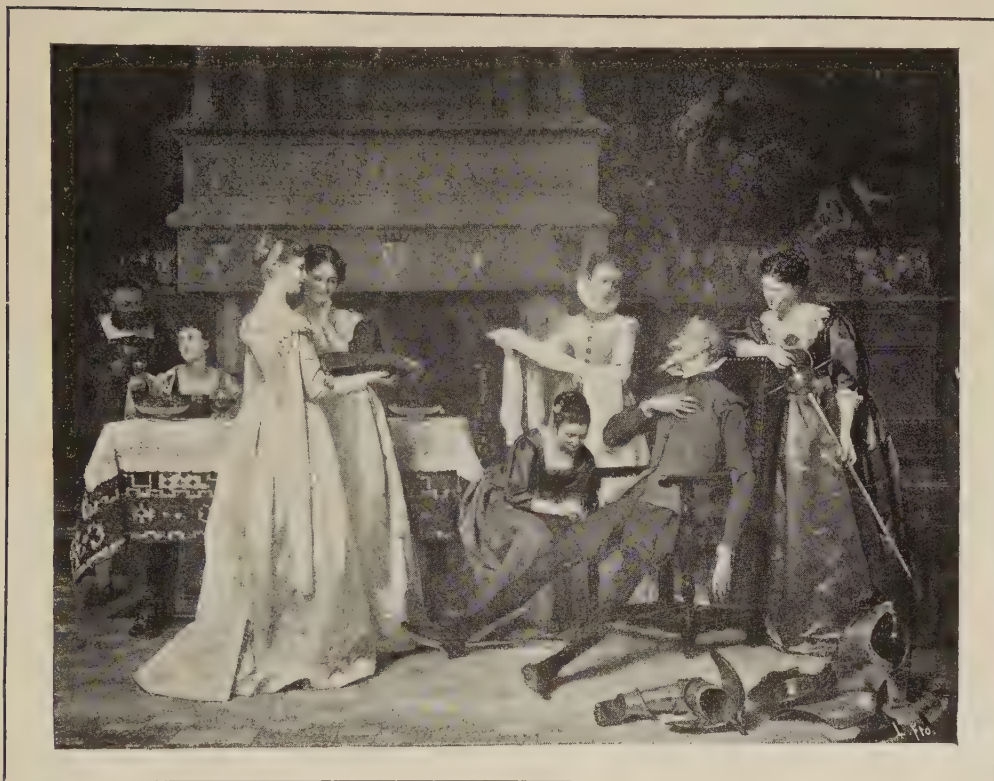
Que Cervantes se hallaba á la altura de este plan colosal, lo muestra su ejecución. El *Quijote* parece, en efecto, como ha dicho Quintana, *hecho con la voluntad*. Pero hacen estos prodigios como la luz á un *fiat*, cuando existe esa consubstancialidad, si nos es permitido usar de esta voz, del genio, del pensamiento y de la forma, cuando se ha agitado el espíritu divino dentro de la mente y llega el tiempo de la plenitud de su calor, la época de crear los mundos en la esfera del arte. Cervantes se hallaba en este período, en esta edad dorada de su inspiración cuando engendró el hijo seco y avellanado, esa figura escuálida, espiritada, que, subida sobre el alto Rocinante, parece querer subir á región más diáfana donde vivir la vida del espíritu que representa. A su lado va su eterno compañero Sancho, como enterrado en la materia de que es genuino representante. Ambos son opuestos en naturaleza, en inclinaciones y en objeto. Ambos están en continua lucha con el espíritu y la materia y, sin embargo, el uno no puede vivir sin el otro, y se buscan y se aman y se creen parte integrante de su ser, de tal manera que Don Quijote no puede estar sin Sancho ni Sancho sin Don Quijote; pintura exacta de la unión y oposición de los dos elementos de la naturaleza humana. ¡Qué desarrollo tan vasto de un elevado plan! ¡Qué conocimiento de su trascendencia hasta á los más mínimos detalles y muy ordinarios fenómenos y manifestaciones de la vida! Allí está la biografía del cerebro en la fuerza de la más intensa fiebre por lo ideal y puro, por lo celestial y bello; del cerebro en el orden de sus extravíos y en el concierto y lógica, de sus visiones y delirios, porque la locura que se llama discreción y buen sentido, porque el alma ahoga su energía, mata su iniciativa y se ajusta al movimiento

de los intereses del mundo: y allí está también maravillosamente sorprendido el punto de contacto, la conjunción de ambas fuerzas y el orden alternativo con que ceden ó vencen la sabiduría del mundo y la sabiduría del sabio, la ciencia del vulgo y la ciencia del hombre, superior que busca la verdad sin consideración á tiempos ni lugares. Sancho vence por lo común: el elemento, la atmósfera de Sancho es el *hecho*. Él avisa á Don Quijote, puesto en los miradores de su fantasía, que los molinos no son gigantes, sino molinos; que las ovejas no son caballeros, sino ovejas.

NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.

(De *La Verdad sobre el Quijote*: Madrid, 1878.

D. Nicolás Díaz de Benjumea nació en Sevilla en 1828. Abandonó pronto el ejercicio de la abogacía, en que empleó algunos años de su juventud y se marchó á Londres, dedicándose al comercio. Allí aprendió á estimar la grande obra de Cervantes á la que puede decirse consagró el resto de su vida, aunque también publicó otros varios trabajos especialmente una obra extensa, en Barcelona, en 1866, con el título de *Costumbres del Universo*. Desde 1861, había empezado á publicar en Londres sus folletos cervantinos *La Estafeta de Urganda*, *El Correo de Alquife* (1866) y *Mensaje de Merlin* (1876) en que desenvolvió sus ideas en pro de un comentario interno del *Quijote*, donde todas las aventuras eran alusiones á la vida del autor ó bien encubrían un simbolismo político y social, en el que probablemente no tenía gran fe Benjumea pues en sus últimas obras abandonó gran parte de aquellas ideas. En 1878 regresó á Madrid y publicó, en excelente biografía de Cervantes, *La verdad sobre el Quijote* que, con algunas modificaciones, reimprimió en Barcelona al frente de la gran edición del *Quijote* que, en 1881, publicaron en Barcelona los señores Montaner y Simón. Benjumea murió en el mismo año. Como obra cervantina puede considerarse su primoroso discurso sobre el *Palmerín de Inglaterra*, que á sus expensas imprimió la Academia de Ciencias de Lisboa en 1876. Dejando á un lado sus delirios simbolistas, Benjumea fué de los autores que mejor estudiaron y entendieron el *Quijote*, como puede juzgarse por el precioso fragmento que antecede. Otra de las grandes cualidades suyas, fué la sagacidad en penetrar algunas de las alusiones que, á sucesos de su vida, hay en muchas obras de Cervantes, como en las *Comedias*, en las *Novelas ejemplares* y en el *Persiles*. Así pudo componer un bosquejo del viaje de Cervantes á Italia, que debe distar poco de la realidad. Es además escritor muy ingenioso y elocuente aunque poco castizo y correctó.



DON QUIJOTE EN CASA DE LOS DUQUES

CUADRO DE GÍSBERT

Con estos razonamientos gustosos á todos, si no á Don Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del duque y de la duquesa de lo que habían de hacer, y de cómo habían de tratar á Don Quijote para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó Don Quijote, después de desarmado, en sus estrechos gregüescos y en su jubón de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que, á no tener cuenta las doncellas que le servían con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habían dado), reventaran riendo.

XI

VERDADERO CARÁCTER DEL QUIJOTE

NO NECESITA COMENTARIO FILOSÓFICO



D. JUAN VALERA

D. Juan Valera y Alcalá Galiano, nació en Cabra (Córdoba) el 18 de Diciembre de 1824. Siguió la carrera diplomática en la que llegó al supremo puesto de embajador, con que se jubiló por los años 1890. Fué también en 1870, Director General de Instrucción pública aunque por breve tiempo. La serie de novelas de este gran literato son bien conocidas, así

como sus cuentos, artículos y poesías. Falleció en los mismos instantes en que extractábamos los trozos que siguen de su admirable discurso sobre el *Quijote* y los modos de entenderle y de comentarle (18 de Abril del presente año de 1905.) Este discurso leído en la Academia Española en 1864, precisamente cuando mas aguda era la manía de hallar en el *Quijote* todo lo que el autor no quiso poner, contuvo algo aquella tendencia, que en términos aún más desaforados hemos visto recrudecerse en nuestros días. Valera combatió los comentarios filosóficos por el estilo de Benjumea, el tema de ver en todos los lugares del libro cervantino alusiones satíricas á personajes de su tiempo, que principalmente defendía D. Aureliano Fernández Guerra y las atrevidas correcciones gramaticales y de estilo que, con mejor intención que acierto, había llevado á cabo Hartzenbusch en sus ediciones de Argamasilla y la grande de Rivadeneyra. Además de esto, sus apreciaciones generales sobre el *Quijote* son de muy subido valor crítico y estético: por eso las hemos elegido, con preferencia, para ser reproducidas.

De censurar Cervantes en el *Quijote* un género de literatura falso y anacrónico, no se sigue que tratase de censurar ni que censuró y puso en ridículo las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad y la castidad en los amores y otras virtudes que constituían el ideal del caballero, y que siempre son y serán estimadas, reverenciadas y queridas de los nobles espíritus como el suyo. No hay, en mi sentir, acusación más injusta que la de aquellos que tal delito imputan á Cervantes. Don Quijote, burlado, apaleado,

objeto de mofa para los duques y los ganapanes, atormentado en lo más sensible y puro de su alma por la desenvuelta Altisidora, y hasta pisoteado por animales inmundos, es una figura más bella y más simpática que todas las demás de su historia. Para el alma noble que la lea, Don Quijote, más que objeto de escarnio, lo es de amor y de compasión respetuosa. Su locura tiene más de sublime que de ridículo. No sólo cuando no le tocan en su monomanía

es Don Quijote discreto, elevado en sus sentimientos y moralmente hermoso, sino que lo es aún en los arranques de su mayor locura. ¿Dónde hay palabras más sentidas, más propias de un héroe, más noblemente melancólicas que las que dice al Caballero de la Blanca Luna, cuando éste le vence y quiere hacerle confesar que Dulcinea del Toboso no es la más hermosa mujer del mundo? «Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba,

con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra.» Ni del caballero que estas palabras dice, ni de los sentimientos que estas palabras expresan, pudo en manera alguna burlarse Cervantes. Hay en estas palabras algo de más patético y sublime que cuanto se cita de sublime y de patético en la poesía ó en la historia. El *qu'il mourût*, de Corneille, y el *tout est perdu hors l'honneur*, de Francisco I, parecen frases ar-

tificiosas, rebuscadas y frías; frases de *parada*, al lado de las frases sencillas y naturales de Don Quijote, que nacen de lo íntimo de su corazón y están en perfecta consonancia con la nobleza de su carácter, nunca desmentida desde el principio hasta el fin de la obra.

Yo no entiendo ni acepto muy á la letra la suposición de que Don Quijote simboliza lo ideal y Sancho lo real. Era Cervantes demasiado poeta para hacer de sus héroes figuras



ENTRADA DE LA CUEVA DE MONTESINOS

simbólicas ó pálidas alegorías. No era como Molière que hace en *El Avaro* la personificación de la avaricia y en *El Misántropo* la personificación de la misantropía. Era como Homero y como Shakespeare, y creaba figuras vivas, individuos humanos, determinados y reales, á pesar de su hermosura. Y es tal su virtud creadora que Don Quijote y Sancho viven más en nuestra mente y en nuestro afecto que los más famosos personajes de la historia. Ambos nos parecen moralmente hermosos, y los amamos y nos complacemos en la realidad de su ser como si fuesen honra de nuestra especie.

La sencilla credulidad de Sancho y su natural deseo de mejorar de fortuna constituyen el elemento cómico de su carácter. Pero un entendimiento claro y elevado no es la sola prenda por donde los hombres se hacen amar y respetar de sus semejantes. La bondad, el candor y la dulzura, inspiran amor y le reclaman. En este sentido Sancho es amable. Con justicia le llama Don Quijote «Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero». La rectitud de su juicio, la mansedumbre de su condición y su cándida buena fe, engendran aquel tesoro de chistes de que tanto nos admiramos, su inocente malicia, la excelencia de sus fallos cuando era gobernador, y la naturalidad ingenua de sus máximas y acciones.

Si Sancho es tan bueno y tan amable, ¿cuánto más no lo es el hidalgo, su amo? ¿Qué corazón hay que de él no se enamore? ¿Quién no siente un íntimo deleite cuando sale bien de alguna peligrosa aventura? ¿Quién no comparte su satisfacción cuando vence los leones? ¿Quién no lamenta su vencimiento en la playa de Barcelona? ¿Quién, después no se aflige de su melancolía? ¿Quién, por último, no llora su muerte como la de un ser muy amado?

Altisidora se burla de Don Quijote, y aún tiene la impiedad de añadir á la burla el insulto. Le llama «don bacallao, alma de almirer, cuesco de dátíl, don vencido y don molido á palos;» pero este mismo insulto y atropello realza más al héroe y califica de frívola y sin entrañas á la burladora: porque ¿cómo no admirarse de la hermosura del alma de Don Quijote, que «campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder y en la buena crianza? Estas partes caben y pueden estar en un hombre feo, y, cuando se pone la mira en esta hermosura y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y vehemencia.»

Lo inspirado del *Quijote* es lo que está por cima del intento de Cervantes al escribirle,

que es, como repetidas veces él mismo dice, *poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías*. Si se hubiera limitado á realizar este propósito, no sería su libro el mejor entre todos los de entretenimiento; no se diría con verdad del autor y de sus personajes: «¡oh, autor celeberrimo! ¡oh, Don Quijote dichoso! ¡oh, Dulcinea famosa! ¡oh, Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí viváis siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.»

Reducido el *Quijote* á una mera sátira literaria, sería algo parecido á *La derrota de los pedantes* de Moratín ó á *Les héros du roman* de Boileau, y, como es inmensamente más grande, se ha de suponer que la sátira literaria es sólo ocasión de la obra maravillosa del poeta. Va este contra los libros de caballerías, pero está animado del espíritu caballeresco. Su alma es el alma de Don Quijote. Don Quijote es él; no porque material y menudamente figuren las aventuras del hidalgo manchego sus propias desventuradas aventuras, sino porque pone en él la generosidad de su alma, y la pone por tal vigor de estilo, que se nos retrata y aparece.

Merced á la diligencia y buena crítica de los entendidos y laboriosos escritores Mayans y Siscar, Pellicer, Navarrete, Ríos, Hartzenbusch, Fernández Guerra, Barrera y otros, bien se puede afirmar que conocemos hoy la noble y trabajada vida del príncipe de nuestros ingenios; pero aunque nada se conociese de ella, quien leyese el *Quijote* comprendería y amaría la excelencia moral de su autor, que allí ha quedado impresa en signos claros, indelebles y hermosos.

Si se atiende á lo maltratado que fué Cervantes por la fortuna ciega, por ásperos enemigos y miserables émulo, y á que escribía el *Quijote*, viejo, pobre y lleno de desencantos, pasma la falta de amargura y de misantropía que se nota en su sátira. Por el contrario, sus personajes, hasta los peores, tie-

nen algo que honra á la naturaleza humana. La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad resplandecen en este respeto que muestra á toda criatura hecha á imagen y semejanza de Dios. Las mujeres especialmente, según la atinada observación del señor Hartzenbusch, «son casi todas en su libro á cual más bellas y discretas y merecedoras de cariño; y á la que pinta, ya moral, ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo, para que no repugne. Ríense dos mozas cuando Don Quijote las llama doncellas, pero le ayudan luego á quitarse las armas, le sirven la cena, y cuando les pregunta sus nombres; no se atreven á mentir, sino que bajando los ojos, declaran humildes los apodos que llevan de la Tolosa y la Molinera. La soez Maritornes misma, la caricatura del Quijote más lastimosa, cuando ve á Sancho bañado en sudor y con la congoja del manteamiento, le trae vino y se le paga, y en otra ocasión ofrece oraciones para que se consiga volver á la razón al hidalgo demente.»

Aún nos deleita más, haciéndonos simpatizar con el autor, con sus personajes y con la alteza de nuestro ser según él concibe, el respeto que la inteligencia y la virtud de Don Quijote infunden en el ánimo de los hombres más rústicos y desalmados. Pastores, ramerías, galeotes y bandoleros, todos se dejan fascinar por su ascendiente; todos le veneran, todos oyen con gusto y aun con admiración sus palabras, hasta que, rayando el ingenioso hidalgo en el último extremo de su locura, le tienen que moler á palos, por una fatalidad

de la misma en que se funda lo cómico de la historia. Mas la significación altamente consoladora y humana que tienen esta necesidad y este poder con que obliga al amor y al entusiasmo cuanto es bello y grande, aunque aparezca bajo una fea y *triste figura* y venga unido á la demencia, luce como en nada en el cándido y repetido pasmo del buen Sancho Panza, al oír los discretos, apacibles y muy á menudo elevados razonamientos de su señor.



INTERIOR DE LA CUEVA DE MONTESINOS

Son naturales y chistosísimas la credulidad de Sancho y su esperanza de ser gobernador ó conde; pero no es esto lo que principalmente le lleva á seguir á su amo. No pintó Cervantes en Sancho á un hombre interesado y egoísta. Si su baja condición y su pobreza le hacen codiciar, aun en esto entra por mucho el amor que tiene á su mujer y á sus hijos, á fin de que la codicia misma esté disculpada y toque por algún lado ó se funde en sentimientos bellos. No; Sancho no sigue á Don Quijote sólo por la ínsula. Mil veces duda de la promesa del gobierno; mil veces se da á sospechar que en aquellas ex-

pediciones no granjeará más que manteamientos, coces y puñadas, y pasar malos días y peores noches; pero, lejos de desear, cuando está así desengañado, dejar el servicio de Don Quijote, llora y se compunje, si su amo le despide; dice que su sino es seguirle, que ha comido su pan, que no es de alcurnia desagradecida, y que sobre todo es fiel y leal, y no es posible que pueda apartarle de su amo otro suceso que el de la pala y el azadón. Por último, dan mayor luz de sí la bondad y humildad de Sancho, cuando, durante las grandezas del gobierno, echa de menos la compañía de su señor Don Quijote, y sobre todo, cuando renuncia y abandona el gobierno mismo, repitiendo con tanta resignación y mansedumbre las palabras de Job, *desnudo nací, desnudo me hallo*; y mostrándose superior á sus indignos y empedernidos burladores, contra los cuales no exhala la menor queja, ni guarda el rencor más mínimo. El abrazo y beso de paz que da entonces en la frente á su compañero y amigo, al conllevar de sus trabajos y miserias, arranca lágrimas, y con las lágrimas risa, por ser un asno el objeto de aquella efusión de ternura.

Ni se diga que Cervantes pinta muy cobarde á Sancho, sino muy pacífico. Con harta bravura sabe pelear cuando es menester. como lo muestra con el cabrero, y en otras ocasiones. Es, sí, tímido de lo sobrenatural, por lo infantil de su inteligencia. Por lo común, Cervantes no halla cómica la cobardía, como ningún vicio enteramente despreciable ú odioso. Es, además, tan grande su sentimiento de la humana dignidad, que, movido por él, rechaza toda protección y amparo de los poderosos á los débiles, y de esto se burla más que de nada, como en la aventura del muchacho Andrés y en otras parecidas. No gusta Cervantes de imaginar caballeros valerosos y de contraponerles lacayos y villanos asustadizos. Antes los iguala á todos, ya que no preste más bríos á la gente menuda. Aquellos *pelaires y agujeros* que mantearon á Sancho dejaron abierta la puerta de la

venta, sin temer la cólera de Don Quijote, y lo mismo hicieran aunque Don Quijote se hubiera trocado en Don Roldán ó en uno de los nueve de la Fama. En fin, Juan Palomeque, el Zurdo, al desechar con desdén la protección que Don Quijote le ofrece, se diría que responde en nombre de la plebe á todos los magnates y paladines: «yo no tengo necesidad de que vuestra merced me venga ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen.» Y no se funda esto en arrogancia plebeya y en soberbia zafia y villana, sino, como ya he dicho, en el sentimiento de la dignidad del hombre. Cervantes le concilió siempre con aquella profunda gratitud á sus bienhechores, de que ya sacramentado y moribundo dió la muestra más tierna y sublime en su dedicatoria del *Persiles*.

La propiedad de los caracteres, y su variedad y multitud son admirables en el *Quijote*. El cura, el barbero, el ama, la sobrina, los duques, el oidor, el cautivo, todos, en suma, hasta los que están en tercero y cuarto término, son personajes vivos, perfectamente caracterizados y diferenciados; pero, fuerza es decirlo, son una galería de imágenes, sin gran enlace entre sí. Confieso mi pecado, si lo es. No acierto á descubrir esa unidad de acción que ve D. Vicente de los Ríos en el *Quijote*. Es más; apenas si hallo en el *Quijote* una verdadera acción en el sentido riguroso. Hay, sí, una serie de aventuras, todas admirablemente ideadas, y enlazadas por el interés vivísimo que inspiran los dos personajes que las van buscando. Pero el desarrollo, el progreso de una fábula bien urdida, en que no haya acontecimiento que no conspire, que no prepare, que no precipite el desenlace, eso no lo veo. La unidad del *Quijote* no está en la acción, está en el pensamiento, y el pensamiento es Don Quijote y Sancho unidos por la locura. Quítense lances, redúzcase el *Quijote* á la mitad ó á un tercio, y la acción quedará lo mismo. Añádanse aventuras, imagínense otros cien capí-

tulos más sobre los que ya tiene el *Quijote*, y tampoco se alterará lo sustancial de la fábula. Esta es una falta del *Quijote* que no debo negar por un exagerado patriotismo; pero es una falta inevitable, dado el asunto. En balde procura Cervantes enmendarla en la segunda parte. Sólo en apariencia lo consigue. El Bachiller Sansón Carrasco, vencido al principio por Don Quijote, se decide á sacarle la locura de los cascos, y le vence por último en las playas de Barcelona, obligándole á volverse á su casa. Lo mismo, con todo, importaba que le hubiese vencido antes ó después. Su triunfo no es causa sino ocasión, á lo más, de que la historia termine. Bien pudo escribirse otra tercera parte en que hiciese el ingenioso hidalgo la vida pastoral y volviese luego á sus caballerías. Si el sanar Don Quijote de su locura es un desenlace, si lo es su muerte, ¿cómo son ambas cosas independientes de la acción, del movimiento de la fábula, y no preparadas por ella? La locura de Don Quijote le aísla además, y le coloca en un mundo fantástico. Nada de lo que pasa en torno suyo influye en él sino transfigurado por su fantasía. En nada suele él influir, sino como mero espectador. Los amores de Dorotea y Luscinda, los de Grisóstomo, la historia del cautivo, las bodas de Camacho, todo es ageno á Don Quijote. Igual sería ponerlo en el libro que no ponerlo, tratándose sólo de la unidad de acción. Bien hubiera podido Cervantes cambiar los episodios, trocar las aventuras, alterar de mil maneras el orden en que están, barajarlas y revolverlas casi todas; siempre hubiera quedado, en su esencia, el mismo *Quijote*. Repito, con todo, que esto es culpa del asunto, y no del poeta, y que, á pesar de esta culpa, es el *Quijote* uno de los libros más bellos que se han escrito, y la primera con una inmensa superioridad entre todas las novelas del mundo.

Cervantes era un gran observador y conocedor del corazón humano. Sin duda, cuanto había visto en su vida militar, en su cau-

tiverio y en sus largas peregrinaciones, y las personas de toda laya con quienes había tratado, le dieron ocasión y tipos para inventar y formar unos personajes tan verdaderos como los del *Quijote*; pero hay una enorme distancia de creer esto á creer que todo es alusión en dicho libro, y á devanarse los sesos para averiguar á quién alude Cervantes en cada aventura, y contra quién dispara los dardos de su sátira. Si él hubiera tenido la



EL GUADIANA

incesante comezón de injuriar á sujetos determinados, lo hubiera hecho de otra suerte y no trocando una creación poética de subidísimo precio en un ridículo y perpétuo acertijo.

El comentario filosófico es el que resueltamente no puedo aprobar, si por él se trata de persuadirnos de que un libro tan claro, en el que nada hay para dificultar y que hasta los niños entienden, encierra una doctrina *esotérica*, un logogrifo preñado de sabiduría. Verdad que Homero ha tenido mil

comentadores de esta clase, desde Heráclides Póntico y Demócrito Abderita hasta hoy, y Dante cátedras, donde su ciencia se ha leído, y desentrañadores de ella, como Ozanan y el rey Juan de Sajonia; pero, según dice un prologuista de *La Divina Comedia*,—«la Minerva griega salió grande y armada del cerebro de Homero, y la Minerva italiana del de Dante», mientras que la Minerva española estaba ya nacida, crecida y muy granada, cuando el *Quijote* apareció. ¿Qué idea, por otra parte, se formaría de esta Minerva quien no la conociese, y llegase á entender que era su cuna satírica alegre, una obra festiva, un libro de entretenimiento, una novela, en fin? Una novela, y no más, es el *Quijote*, aunque sea la mejor de las novelas. Y los que en otro predicamento la ponen, no logran realzar el mérito del autor, y rebajan el de la civilización española. Antes de Cervantes, y después de Cervantes, hemos tenido filósofos, jurisconsultos, teólogos, naturalistas y sabios en otras muchas ciencias y disciplinas, que han concurrido al progreso científico, al desenvolvimiento de la inteligencia humana.

Cervantes no ha concurrido; no ha descubierto ninguna verdad. Cervantes era poeta, y ha creado la hermosura, que siempre, no menos que la verdad, levanta el espíritu humano, y ejerce un influjo benéfico en la vida de los pueblos.

No hay que hacer un análisis detenido del *Quijote* para probar que carece de profundidades ocultas. Hay mil razones fundamentales que lo demuestran.

Es la primera que ningún crítico español ni extranjero, entre los cuales pongo á Gioberti, á Hegel y á Federico Schlegel, admiradores entusiastas del *Quijote*, ha descubierto ni rastro de esa doctrina *esotérica*; y sería de maravillar y caso único en los anales de la inteligencia humana, que durante más de dos siglos y medio hubiesen estado escondidos en un libro tesoros de sabiduría sin que nadie de ello se percatase.

La segunda razón es que, dada esa sabiduría, el disimulo de Cervantes no tiene explicación, á no suponer que su espíritu era contrario á la moral, ó á la fe, ó á la política de España en su tiempo, y creo haber probado que no lo era.

Los antecedentes de Cervantes confirman más aún que no hay tales filosofías y sabidurías en el *Quijote*. Tirso, Lope, Calderón y otros muchos poetas de España, habían estudiado más, sabían más y eran más eruditos que Cervantes. Cervantes era (¿y por qué no decirlo?) un *ingenio* casi *lego*. La edad de la intuición súbita había ya pasado. Y en el período reflexivo de la vida de la humanidad, aunque pueden escribirse poemas que presuman de contener en cifra una teoría completa de las cosas divinas y humanas, estos poemas no suelen estar escritos sino por autores de mal gusto, vanidosos é ignorantes, que no saben lo que es la ciencia y quieren abarcarla, ó bien por autores que á más de poetas son filósofos, como Goethe, y muy versados en todo género de estudios. Cervantes no era ni lo uno ni lo otro; luego por este lado tampoco se concibe cómo pudo poner en el *Quijote* esa sabiduría.

Las advertencias que hace el ingenioso hidalgo á Sancho, cuando este va á gobernar la ínsula, las doctrinas literarias del canónigo y otras máximas sobre política, moral y poesía, á no ser por la elegancia, por el chiste ó por la nobleza de los afectos con que se expresan, nunca traspasan los límites del vulgar, aunque recto juicio. El discurso sobre la edad de oro no es más que una declamación brillante y graciosa.

Nada más propio de la epopeya que encerrar dentro de su unidad la idea completa del universo-mundo y de sus causas y leyes; pero esto es dable cuando la idea es sólo poética, y aún no está limitada y contradicha por la sabiduría prosaica y metódica, y cuando la metafísica, la moral, la religión y las ciencias naturales se escriben en breves sentencias.

Las atribuidas á Pitágoras en los *versos de oro*, las de los siete sabios, las de otros poetas *gnómicos* y las de *Los trabajos y los días* de Hesiodo, si bien no enlazadas á una acción heroica ni reducidas á unidad, son, como las máximas de Valmiki, de Viasa y de Homero, la legítima sabiduría épica. Pero estas sentencias, aunque se ponen en boca de los antiguos sabios, tienen un carácter eminentemente impersonal; son como la voz de todo un pueblo, y cuando viene la reflexión y nace el saber prosáico, pierden su condición ilustre y grave, se hacen plebeyas, toman un aspecto algo jocoso, y se convierten en *refranes*. Cervantes, comprendiendo intuitivamente esta verdad, que hoy aclara la crítica, hizo de la antigua sabiduría épica, ya emplebeyecida y degradada, uno de los elementos más cómicos y risibles de su profunda parodia, que no lo es sólo de los libros de caballerías, sino de toda epopeya heroica. Epicas son también, como las referidas sentencias, la importancia que se daba y la circunstanciada descripción que se hacía de todo aquello que sirve á los héroes para adorno ó defensa de la persona; un cetro, un bastón, una espada ó un yelmo. Los mismos dioses en las epopeyas antiguas, y en las modernas los magos ó las hadas fabrican estas armas, alhajas ó muebles, dotándolas de mil virtudes y excelencias. Cervantes se burla de esto, transformando en yelmo de Mambrino una bacía de barbero. Así como los héroes de los antiguos poemas se revisten de armas divinas cuando acometen la más peligrosa y seria aventura, y los dioses ponen en ellos algo de extraordinario, por ejemplo, una horrenda llama que les arde en las sienes, así D. Quijote, al acometer también su aventura más seria y peligrosa, se pone el casco lleno de requesones y se da á entender que se le ablandan y derriban los sesos.

Y sin embargo, á pesar de esta burla de lo épico, Cervantes se muestra siempre enamorado de lo novelesco y lo trágico. Sin ha-

blar del *Persiles*, en el mismo *Quijote* hay caracteres y casos que no vendrían mal en un libro de caballerías. A las mujeres, más que á los hombres, las poetiza á veces Cervantes del mismo modo exagerado y andantesco de que tanto se burla. Dorotea, Ana Félix y Claudia Gerónima son mujeres andantes, y la última de las de rompe y rasga.



ARGAMASILLA DE ALBA

PUENTE DEL GUADIANA

Las dos doncellas, en la novela de este título, no se limitan á andar de zeca en meca, vestidas de hombre, sino que pelean y dan de cuchilladas como Pentesilea, Bradamante y Clorinda. Cervantes amaba la *romanzería*, y la epopeya heroica y los libros de caballerías, aunque tuviese, por instinto, el sentimiento de que eran anacrónicos.

No era, ni podía ser Europa como varias naciones del Asia, donde se prolongó por muchos siglos la edad de la epopeya, la edad

divina. Durante este largo período, los dioses se humanaban, y compartían las penas, las pasiones y los cuidados de los hombres; la religión y la historia, las creencias y la filosofía, los acontecimientos reales y los sueños, todo estaba mezclado y confundido. Así se explica que 'un poema' fuese el *libro* por excelencia de toda una nación, en el cual iban escribiendo sus ideas las sucesivas generaciones. Así el *Mahabharata*, que tenía en un principio 2.400 *slokas* ó dísticos llega á contener al cabo 100.000. En él aparece, desde la luz incierta y vaga que esparce la aurora de la civilización indiana, hasta la metafísica sutil del *Bhagavad-Gita*.

En la Europa pagana sucedió lo contrario. Los dioses, como seres efectivos, desaparecieron pronto, quedando como ideas inmortales; pero dieron lugar á Homero para escribir, con un arte que los asiáticos desconocían, la epopeya perfecta y una.

En la Europa cristiana, la fijeza de los dogmas y la gran filosofía de los primeros cinco siglos infundieron una noción más sublime y científica de la divinidad y no consintieron que ésta pudiese decorosamente servir de máquina para los poemas. A pesar del arte y de la ciencia de Milton y de Klopstock, hay en sus obras mil pesajes que no se pueden sufrir. Cuando con más fe y menos ciencia, se ha hecho intervenir á la divinidad en nuestras epopeyas, dramas ó novelas, se ha caído en lo indecoroso. Muchos gentiles pensaban así de sus poetas épicos y del empleo que en las fábulas daban á sus dioses. ¿Cuánto más debemos pensar esto los cristianos? La idea de Chateaubriand de que nuestra religión vale más que la mitología para máquina de un

poema, ofende á nuestra religión, lejos de ensalzarla.

Pero, dígame lo que se quiera de la idea de Chateaubriand, es lo cierto que, aparte *La Divina Comedia*, obra de un género enteramente diverso, no hubo epopeya perfecta en la edad media. Desde el renacimiento hasta hoy, y aún en lo porvenir, creo con Ariosto que *più vero epico esser non si possa*. Tasso, á fuerza de elegancia, de ternura y de religiosidad, nos ofusca, y casi contradice el fallo. Camoens, por ser hijo de una nación épica en grado elevadísimo, por cantar una empresa nacional y al mismo tiempo de interés común al género humano, pues que abre verdaderamente la historia moderna, y por un sin número de otras circunstancias dichas, á más de su ardiente inspiración y patriotismo, contradice también en apariencia el fallo que se ha dado. En realidad y en el fondo, ni Tasso, ni Camoens le contradicen. *La Jerusalem* y *Los Lusíadas*, aunque bellísimos, son igualmente dos poemas artificiales.

Todo esto, repito, que lo sentía Cervantes, aunque no se lo explicaba. Si alguna oculta sabiduría hay en su libro, me parece que es esta sola. Mas, como burlándose de la caballería es él un perfecto caballero, así burlándose de la epopeya, escribe en prosa el libro más épico que en la edad moderna se ha escrito, salvo los romances del Cid *aquel collar de perlas, aquella graciosa corona*, como los llama Hegel, que nos atrevemos á poner al lado de cuanto la antigüedad clásica creó de más hermoso.

JUAN VALERA.

(Discurso académico: Madrid, 1864.)





DON QUIJOTE EN CASA DE LOS DUQUES

CUADRO DE RECIO Y GIL

Vistióse Don Quijote, y púsose su tahalí con su espada, echóse el mantón de escarlata acuestas, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala, tantas á una parte como á otra, y todas con adrezo de darle aguamanos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad, le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios.

XII

EL QUIJOTE EXPRESIÓN DEL ALMA DE SU AUTOR



D. JOSÉ MARÍA ASENSIO

Tal vez por estos juicios severos de los comentarios que buscan en el *Quijote* sentido esotérico, pensarán algunos que en mi opinión no se puede admitir ninguna interpretación, ó por lo menos yo las rechazo en absoluto, y que reduzco la creación admirable de Cervantes á las modestas proporciones de una novela sin otra transcendencia que el

solaz y entretenimiento de las gentes: nada menos exacto. Es para mí el *Quijote* uno de los libros más grandes y más hermosos que se han escrito; está lleno de pensamientos nobles y elevados, de sabias sentencias, y respira en todas sus páginas una moral sana y agradable, que habla á todos los corazones y en eso consiste la universalidad de sus enseñanzas; pero uno de sus mayores méritos, quizá el mejor de sus títulos á la popularidad, es la claridad de su doctrina, facilísimamente percibida por toda clase de lectores. Yo creo, y cada vez me confirmo más en esta idea, que el *Quijote* no necesita interpretaciones; puede tener comentarios, no arbitrariamente y dejando rienda suelta á la imaginación de cada uno, sino en el sentido y de la manera que algunos doctos lo hicieron, y muy particularmente dos de los más ilustres varones de la España contemporánea, cuyas opiniones he de permitirme indicar: «Cervantes era un gran observador y conocedor del corazón humano, — dice don Juan Valera en su «Discurso sobre el *Quijote* y las diferentes maneras de comentarle y juzgarle.» (Madrid, 1864.) Sin duda, cuanto había visto en su vida militar, en su cautiverio y en sus largas peregrinaciones, y las personas de toda talla con quienes había tratado, le dieron ocasión y tipos para inventar y formar nuevos personajes tan verdaderos como los del *Quijote*; pero hay una enorme distancia de creer esto á creer que todo es

alusión en dicho libro y á devanarse los sesos para averiguar á quién alude Cervantes en cada aventura, y contra quién dispara los dardos de su sátira.

Esta doctrina es, en mi concepto, la única razonada, y se completa con la que sostiene que en cualquiera de las aventuras del *Quijote* se admira y se siente por cima de lo que leemos, un gran solaz en la imaginación y en la inteligencia, un gran consuelo para el corazón, porque, como nos decía D. Alejandro Pidal y Mon en un notable discurso leído ante esta Real Academia: «Hay libros que sin nombrar á la moral se siente uno mejor después de leerlos, y hay libros que hacen pensar sin querer. Al acabar su lectura no puede uno dejar de preguntarse: ¿Qué se deduce de *todo eso*? Y cuando el libro es el *Quijote*, como quien dice la

Biblia festiva y profana de la humanidad, la pregunta es inevitable.—Yo no he podido menos de hacérmela alguna vez. Á pesar de que me daba la respuesta el corazón emocionado por la lectura; á pesar de que intentaba acallar mi curiosidad, repitiéndome el eterno *es un libro de imaginación, sólo aspira á divertir, no contiene ninguna enseñanza*, la savia vigorosa de la concepción literaria recorría todas mis venas, ascendía á mi corazón, invadía y se apoderaba de mi cerebro, y me forzaba á concluir, arrastrándome á la conclusión con las cadenas de la lógica.

En ese libro extraordinario y sin segundo, está la pintura más perfecta que de la humanidad ha podido ser trazada; se ve por doquiera al hombre con todas sus aspiraciones, con sus virtudes y sus vicios, siempre obligado por perentorios afanes, pero deseoso de subir á superior estera; todo esto y más resulta del conjunto, aunque no parece puesto intencionalmente por el autor en cada



ARGAMASILLA DE ALBA.—VISTA GENERAL

aventura, en cada episodio, ni en cada personaje.

El comentario del *Quijote* está en el libro mismo; no hay que buscarlo en las ideas que en él se suponen ocultas. Admiramos el grandísimo talento del autor; nos sorprenden los rasgos de su imaginación portentosa, la magia de su estilo, la originalísima manera de presentar y describir personas, sentimientos, acciones y lugares; pero, al propio tiempo, nos familiarizamos con el carácter peculiar de Cervantes, nos enamoramos, sin percatarnos de ello, de la nobleza de su corazón

y aspiramos á conocer el estado de su ánimo cuando trazó aquellas muy sabrosas páginas de eterna belleza, que dejan entrever inexplicable melancolía á través de las narraciones más regocijadas.

Las vicisitudes de la fortuna patria necesariamente habrían de reflejarse en el alma del escritor, que había unido á ellas su suerte. Nacido en 1547, en los momentos del mayor poderío de España, formó parte del ejército español, bajo las gloriosas banderas de D. Juan de Austria, y concurrió á la batalla de Lepanto, «la más alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros». La gloria fué mucha, pero la Nación no obtuvo los resultados que debieron esperarse... ¿de quién fué la culpa?... Cuatro años después, al regresar á la patria, fué cautivado por los atrevidos corsarios de Argel, y las tristes horas del cautiverio le hicieron conocer muchas desventuras que ignoraba; el triunfo de Lepanto no había tenido siquiera el beneficio de hacer desaparecer los piratas del Mediterráneo... Logra ser rescatado, llega á Cádiz y puede ver la ciudad saqueada por los ingleses, que tranquilamente la habían ocupado... Estos lamentables sucesos, estas desgracias y otras muchas que se presentan á la memoria, hubieron de derramar en el ánimo de Miguel de Cervantes aquel tinte melancólico de que antes hablaba, que baña las páginas de todos sus escritos, sin que él parezca darse cuenta de ello.

Tal vez en sus meditaciones solitarias, el más grande de los escritores que había soñado con el engrandecimiento de la Patria, con nuevas victorias y glorias imperecederas, viendo sólo reveses, contratiempos y catástrofes, empobrecimiento creciente y males de todo género, llegaba á presentir lo que por entonces hubiera sido difícil afirmar: que la decadencia de la Nación comenzaba en medio de sus triunfos, y que el camino tan brillantemente emprendido la llevaría al extremo de su ruina.

Querer compartir los sentimientos de Cervantes, el alcance y profundidad de sus pensamientos; penetrar en ellos es lo que siempre he estimado digno comentario del libro admirable titulado *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, el único que cabe admitir, si seguimos la vía que el inmortal autor dejó trazada.

Hace más de treinta años consignaba yo esta opinión en los siguientes términos:

«Procuremos leer en el *Quijote* el estado del alma de su autor, que era un genio, pero era también un español lleno de amor patrio; procuremos descubrir el estado de la Nación en aquellos tiempos, y lo que acerca de sus triunfos y de sus reveses y calamidades pensaban los hombres de la época. Desde este punto de vista elevado, verdaderamente filosófico, se ensanchan los horizontes de la contemplación y del estudio; partiendo de datos fijos, cuales son, la influencia directa que sobre todos los hombres ejercen los sucesos en que toman parte y la porción de su alma, de sus sentimientos, que en cada obra deja depositados el autor, podemos lanzarnos á consideraciones más profundas.

»Así el *Quijote* es la epopeya de la edad moderna; no libro atildado, pulido y académico, sino libro en que su autor nos dejó pintado al vivo cuanto había visto y observado, con la manera de ser, con las miserias y las grandezas de la España de todo aquel período. El *Quijote* es un traslado con vida, con animación y con gracia y colorido y verdad, de la sociedad española del siglo xvi; por eso encanta á todos los lectores, tanto de España como del extranjero...»

No he encontrado motivo alguno para pensar de otro modo en tan dilatado espacio de tiempo. Antes por el contrario, creo hoy como entonces que tal vez para cerrar la puerta á los comentarios de imaginaciones extraviadas y á infundadas interpretaciones, hizo Cervantes decir á su héroe: «Ahora digo que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que á tienta

y sin algún discurso se puso á escribirla, salga lo que saliere, como hacía Orbaneja el pintor de Úbeda, al cual, preguntándole, qué pintaba, respondió: lo que saliere; tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letra gótica escribiese junto á él: *éste es gallo*; y así debe de ser mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla. — Eso no, respondió Sansón, porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella; los niños la manosean; los mozos la leen; los hombres la entienden, y los viejos la celebran...»

No trató Cervantes, ni aun remotamente, de encerrar en su novela teoría filosófica ó

política, ni tuvo pretensiones de reforma social; y así, después de la declaración terminante puesta en boca de Sansón Carrasco, á los diez años de dada al público la *Primera parte de El Ingenioso Hidalgo*, cuando ya toda España la conocía y la celebraba y citaba sus personajes, escribió en el *Viaje del Parnaso*, al manifestar el carácter de todas sus obras:

Y he dado en *Don Quijote* pasatiempo
al pecho melancólico y mohino
en cualquiera sazón, en todo tiempo.

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

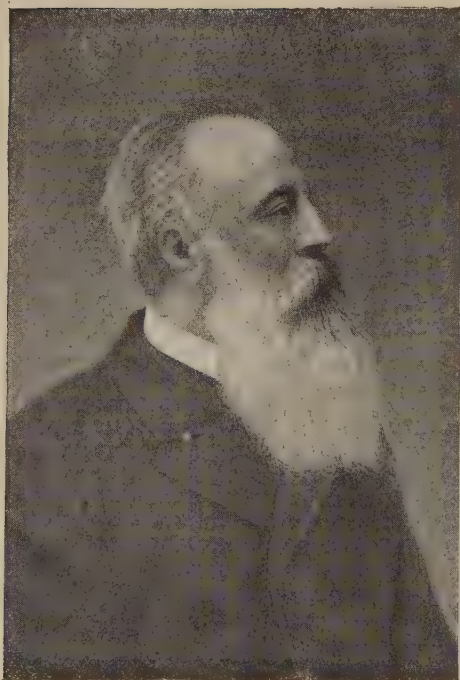
(Discurso académico: Madrid, 1904.)



ARGAMASILLA DE ALBA.—PUENTE DE SANTIAGO

XIII

EL QUIJOTE COMO SÍMBOLO NACIONAL



D. ALEJANDRO PIDAL

Aun los mayores detractores de nuestra gloria nacional suelen concedernos un libro. Un libro igual sino superior á las mayores obras del mundo. Todos sabéis que este libro ha dado y no cesa de dar victorioso la vuelta al orbe y los comentarios, imitaciones y polémicas á que viene dando ocasión constituyen una literatura.

Grande en alientos, mayor en aspiraciones, pobre en medios para llevarlas á cabo, el espíritu nacional, semejante al célebre hidalgo de la Mancha, cristiano viejo como él, como él pobre y honrado, está tocado de una sola locura que eclipsa su natural buena razón, la locura de las grandezas fantásticas heredadas de sus antiguos predecesores y el invencible poder de su robusto brazo. Hasta Sancho, la parte prosáica y positivista de la representación nacional, cree, apesar de todos los pesares, en el omnipotente brazo de su amo y espera la ínsula codiciada en que comer sin trabajar, como premio de sus servicios.

Las demás figuras que forman el fondo del retablo, encarnan en maravilloso conjunto los vicios y las virtudes españolas. El valor y la compasión se encuentran hasta en los *pícaros* y *ramera*s, en medio de la natural relajación de vidas tan desastradas. La amistad y la religión brillan en el bachiller, en el barbero y el cura. No se ve allí la perversidad, aunque abunden los extravíos, sobresale la generosidad en los rústicos y señores. Los Duques marcan el nivel cristianamente democrático de la altiva nobleza española. Roque Guinart fija el tipo caballeresco á su modo de nuestros legendarios bandidos. El virrey de Cataluña da la norma del gobierno enérgico y paternal de aquellos políticos soldados formados á la gobernación del Estado entre el ruido de las batallas y hasta en el

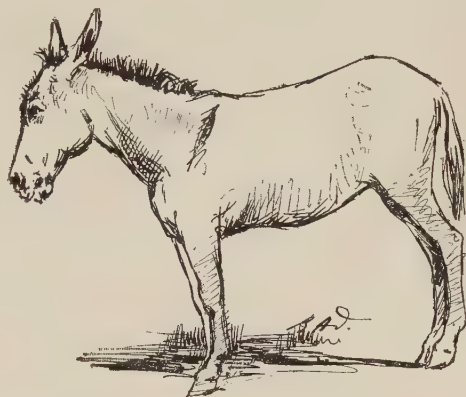
capellán de los Duques apunta la integridad poco atinada y prudente del ardiente celo español.

Rocinante es el corcel andaluz degenerado y abatido por abandonos y por dejadeces, inveterados é incurables á los rigores de la suerte y á las inclemencias de la cuadra, pero en medio de su abstinencia y debilidad, aparece sobrio, noble, paciente, inteligente y sufrido. El mismo rucio es leal, cariñoso y agradecido á los esmeros de su amo, que forma un todo con él. Los libros de caballerías (entonces no había periódicos) perturban con sus mentiras el buen sentido del buen hidalgo español y dan al traste con su hacienda, con su hogar y con su salud. Nada falta en el retablo por retratar, desde Ginés de Pasamonte al Caballero del Verde gabán, desde Camacho á Basilio, desde el Cautivo al Oidor, desde Ricote el Morisco al comitre y á la chusma de las galeras catalanas. Cabreros, venteros y galeotes, arrieros, pelaires y cuadrilleros de la Santa Hermandad reflejan tipos eternamente nacionales, y hasta los ganados trashumantes y los molinos de viento marcan el constante nivel de la agricultura y la industria en las mesetas castellanas.

Don Quijote y Sancho son como los dos elementos componentes del ciudadano genuinamente español; el gran acierto de Cervantes fué descomponer la unidad y separar sus elementos para personalizarlos aparte, dividiéndoles por el medio con división natural ni presumida ni caprichosa. Como por el frotamiento se descompone la electricidad y se apartan y hasta se oponen sus elementos, así ante la influencia poderosa del genio del escritor se descompone el carácter nacional en Don Quijote y Sancho Panza. Bien combinados los dos darían un héroe valeroso, justo, sufrido, prudente; mal combinados un pancista y tonti-loco además. En un caso los soldados y capitanes de Flandes, de Italia, de Alemania y de América, los navegantes del tenebroso mar y del piélago inexplorado, los héroes de la epopeya nacional que Grecia

hubiera colocado en su Olimpo; en el otro... los de nombres que no hay para que recordar.

Y eso es, á nuestro modo de ver, lo que hace inimitable y cosmopolita al *Quijote*. Espejo diáfano y colosal en que reverbera la patria, refleja una generosa nación, tal como pudo darse en la historia, en que, á través de los errores y vicios de toda humana agrupación, brilla la belleza moral en las almas y corazones, esmaltando con los fulgores de su luz todas las páginas de la Novela. Como así era el pueblo español, así lo retrata el espejo de su literatura nacional y como la



EL RUCIO

imagen es bella, el hombre, por extraviado que esté, la mira, la reconoce y la adora. Podremos reirnos todos, hombres de toda generación, de toda edad, de todo clima, con las cómicas aventuras que produce el instinto generoso y vano por demás de redimir el mundo, sin ser Dios, con una bacía de barbero, una celada de cartón, una purga de Fierabrás, una bolsa vacía y un jamelgo; podremos disfrutar sin distinción de sexos, de edades ni de lugares con la hipnotizadora sujeción que trueca á los ojos enamorados del hombre, en castillos señoriales las ventás, en delicadas doncellas á las trashumanes mozas del partido, en regalado ambiente de amor los eruptos de Maritornes; podremos todos admirar el doble estado del alma

en los Sancho Panzas del mundo que llegan en su ambición á creer lo que ellos mismos inventaron y hasta podemos desvariar tomando por alusiones directas á la *Caballería*, al *Imperio*, á la *Iglesia* y á la *Cristiandad* lo que es alusión á todo, porque lo es á la humanidad en la médula de su substancia, de su historia y de su naturaleza, y hasta podremos escalar las cimas del entusiasmo creyendo que porque hay sentido común, recta y soberana razón, ingenio y sana doctrina, encierra el mismo libro á la vez tratados de medicina y de jurisprudencia, de arte político y militar, de botánica y de cocina, todo lo podremos hacer menos lo que intentó Avellaneda y tantos otros más tarde, descolgar la pluma de Cide Hamete Benengeli en imitaciones y parodias, menos dejarnos de reir cada vez que abramos sus páginas, menos despojar ya del ser para volver á la nada, á las dos creaciones eternas que llenan todos los ámbitos del mundo con el ruido y la fama de sus nombres, vulgarizados ya como símbolos de ideas fundamentales y de tipos característicos en toda humana cultura...

Ese fué el secreto de su poder, esa es la clave del enigma; haber levantado en el valle de lágrimas en que se agita la humanidad esas dos estatuas colosales que de todas partes se ven, que no pueden dejar de verse desde ninguna, que hasta, si se cierran los ojos para no verlas, se las ve luminosas, avasalladoras y triunfantes como eterna lección y perpetuo ejemplo, en el espejo de la conciencia. Figuras colosales forjadas por la ciclópea maza del genio sobre el yunque de bron-

ce de la realidad, al fuego sagrado de la inspiración, con cada una de las dos mitades de nuestra propia naturaleza, constituyendo algo así como las dos medias naranjas de la humanidad, que se repelen y se atraen, que pugnan por reunirse y separarse, movidas por las dos fuerzas magnéticas contrapuestas en que se descompone el fluído neutro. Figuras colosales que señalan y marcan con sus pies los dos abismos insondables que se abren á uno y otro lado del camino real de la humanidad, á la izquierda y á la derecha de su rumbo, como el *Scila* y el *Caribdis* del mar en que navega su existencia. Y figuras colosales, en fin, que encierran como los dos signos luminosos de un gigantesco paréntesis toda la substancia de la humanidad, ¡que toda ella cabe en el ámbito que custodian estos dos colosos de granito que se levantan como los dioses-terminos de su naturaleza, en los linderos de la historia, realizando por no igualada manera el sublime prodigio de encarnar lo abstracto y casi divino universal, en los trazos más profundos y singulares de lo individual, de lo concreto y de lo humano, y proponiendo entre donaires y entre sales al hombre el problema más fundamental de su misión en la tierra como las esfinges apacibles y risueñas de una civilización maternal, esfinges que están indicando con muda pero elocuente voz á todo el que las contempla la salvadora solución que las explica, las une, las armoniza, las complementa y las corona!

ALEJANDRO PIDAL.





SANCHO PANZA CON LA DUQUESA

CUADRO DE DOMÍNGUEZ

A todo esto estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacían; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el duque y don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: —Si sus mercedes me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi pueblo, acerca desto de los asientos.....

Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venía de los Alamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fué hija de don Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor don Quijote se halló en ella, donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balastro el herrero.....

Digo pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado.....

Y llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo envidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por más señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente; que había ido por aquel tiempo á segar á Tembleque.....

Es, pues, el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo más que nunca.....

Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: Sentaos, majagranzas, que á donde quiera que yo me siente será vuestra cabecera; y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito.

XIV

EL QUIJOTE Y LOS LIBROS DE CABALLERÍAS



D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Reintegrar el elemento épico que en las novelas caballerescas yacía soterrado bajo la espesa capa de amplificación bárbara y desaliñada, era empresa digna del genio de Cervantes, que como la lanza del héroe mitológico, curaba las mismas heridas que hacía. ¡Con qué amor y respeto habló siempre de los héroes de nuestras gestas nacionales! ¡Con cuánto hechizo se entretejen en su pro-

sa las reminiscencias de los romances viejos, á los cuales dió una nueva especie de inmortalidad, puesto que ningunos son para nosotros tan familiares y presentes como los que él cita! ¡Con qué tacto tan seguro apreció el carácter hondamente histórico de nuestra poesía tradicional, cuando expresaba entre burlas y veras que «los romances son demasiado viejos para decir mentiras»! El realismo varonil y honrado de Cervantes no podía menos de complacerse en aquellos cantares de tan verídico y sencillo contexto, en que era tan llana y sincera la representación de la vida. El ciclo Carolingio, tan enlazado con los nuestros, y que tanto llegó á popularizarse en España, le mereció también particular estudio y afecto; y en la asombrosa concepción de la cueva de Montesinos, donde la fuerza cómica no daña á la eficacia de la ilusión fantástica, sino que, al contrario, la refuerza: en aquella visión, digo, donde el rey del arte naturalista se mostró igual á los mayores poetas puros que en el mundo han sido, reunió en grupo triunfante á los héroes francos, hispanizándolos de nuevo con el prestigio de una geografía tradicional y poética, capaz de infundir hermosura y vida ideal al más árido paisaje.

No se escribió el *Quijote* contra el puro ideal caballeresco, que por el contrario exalta y magnifica siempre, pero es cierto que los extravíos éticos y estéticos del pseudo idealismo, tienen en la gran novela el enér-

gico y punzante correctivo de la parodia. Nuestros libros de caballerías eran, casi todos, imitaciones más ó menos degeneradas de los poemas del ciclo bretón, aunque esta imitación fuese indirecta y remota en la mayor parte de los casos, puesto que los nuevos autores se limitaban á copiarse los unos á los otros. Y ese ciclo era un árbol de tentador y peligroso fruto, cuya influencia tóxica no se ha extinguido aún. Aquella nueva y misteriosa literatura que de tan extraña manera había venido á renovar la imaginación occidental, revelándola el mundo de pasión fatal, ilícita ó quimérica, el mundo arrullador y enervante de las alucinaciones psicológicas y del sensualismo musical y etéreo, de la vaga contemplación y del deseo insaciable: el mundo de los mágicos filtros que a lormecen la conciencia y sumergen el espíritu en una atmósfera perturbadora: no tenía sus raíces ni en el mundo clásico, aunque á veces presente extraña analogía con algunos de sus mitos, ni en el mundo germánico que engendró la epopeya heroica de las gestas carolingias. Otra raza fué la que puso el primer germen de esta poesía fantástica, ajena en sus orígenes al Cristianismo, ajena á las tradiciones de la Edad Media, poesía de una raza antiquísima y algún tiempo dominante en gran parte de Europa; la raza céltica, en suma, á quien una fatalidad histórica condenó á ser eternamente vencida, y á mezclarse con sus vencedores, siendo muy pocos los puntos en que conservó su nativa pureza, su lengua y el confuso tesoro de las leyendas y supersticiones de su infancia. Sólo el alma gaélica é irlandesa parece haber poseído en el crepúsculo de las nacionalidades modernas el secreto de esta pasión intensa y desgarradora. Sea ó no Tristán un dios solar; sean ó no los dos Iseos representación simbólica del día y de la noche, ó del verano y el invierno (según la cómoda y pueril teoría que por tanto tiempo sedujo y extravió á los cultivadores de la mitología comparada), lo que importa es la parte humana de la leyenda:

el amor y las desdichas del héroe, el filtro mágico que bebió juntamente con la rubia Iseo y que determinó la perpetua é irresistible pasión de ambos, mezcla de suprema voluptuosidad y de tormento infinito; la vida solitaria que llevan en el bosque; la herida envenenada que sola Iseo podía curar; la apoteosis final del amor triunfante sobre los



ARGAMASILLA DE ALBA

CASA DEL SIGLO XVII

cuerpos exánimes de los dos amantes enlazados en el postrer abrazo, y no separados ni aun por la muerte, puesto que se abrazan también las plantas que crecen sobre sus sepulturas.

Además de esta febril poesía del delirio amoroso, trajeron á la literatura moderna los cuentos de la *materia de Bretaña*, un nuevo ideal de vida que se expresa bien con el dictado de *Caballería andante*. Los motivos que impulsaban á los héroes de la epopeya germánica, francesa ó castellana, eran

motivos racionales y sólidos, dadas las ideas, costumbres y creencias de su tiempo: eran perfectamente lógicos y humanos dentro del estado social de las edades heroicas. Los motivos que guían á los caballeros de la Tabla Redonda son, por lo general, arbitrarios y fútiles; su actividad se ejercita ó más bien se consume y disipa entre las quimeras de un sueño: el instinto de la vida aventurera, de la aventura por sí misma, les atrae con irresistible señuelo: se baten por el placer de batirse: cruzan tierras y mares, descabezan monstruos y endriagos, libertan princesas cautivas, dan y quitan coronas, por el placer de la acción misma, por darse el espectáculo de su propia pujanza y altivez. Ningún propósito serio de patria ó religión les guía; la misma demanda del Santo Graal dista mucho de tener en los poemas bretones el profundo sentido místico que adquirió en Wolfram de Eshembach. La acción de los héroes de la Tabla Redonda es individualista, egoísta, anárquica. El mundo caballeresco y galante que en estas obras se describe, no es, ciertamente, el de las rudas y bárbaras tribus célticas á quienes se debió el germen de esta poesía; pero corresponde al ideal del siglo XII, en que se escribieron los poemas franceses, y al del XIII, en que se tradujeron en prosa; mundo creado en gran parte por los troveros del Norte de Francia, no sin influjo de las cortes poéticas del Mediodía, donde floreció antes que en ninguna parte la casuística amatoria y extendió su vicioso follaje la planta de la galantería adulterina. Lo accesorio, lo decorativo, el refinamiento de las buenas maneras, las descripciones de palacios, jardines y pasos de armas, la representación de la corte del rey Artús, donde toda elegancia y bizarría tuvo su asiento, es lo que pusieron de su cuenta los imitadores, y lo que por ellos trascendió á la vida de las clases altas, puliéndola, atildándola y afeminándola del modo que la vemos en el siglo XV. Los nuevos héroes difieren tanto de los héroes épicos como en la

historia difieren el Cid y Suero de Quiñones. Y aún vinieron á resultar más desatinados en la vida que en los libros, porque los paladines de la postrera Edad Media no tenían ni la exaltación imaginativa y nebulosa, ni la pasión indómita y fatal, ni el misterioso destino que las leyendas bretonas prestaban á los suyos, y de que nunca, aún en las versiones más degeneradas, dejan de encontrarse vestigios.

Contra este género de caballería amanerada y frívola, sin jugo moral ni sensatez, lidió Cervantes con todas las armas de su piadosa ironía, mezclada de indulgencia y amor, y por lo mismo irresistible. Ese falso y liviano concepto de la mujer erigida en ídolo deleznable de un culto sacrílego é imposible, es el que inmoló para siempre, ya con blando idealismo en Dulcinea, ya con grotesco realismo en Maritornes; al paso que en su rica galería de figuras femeninas, en Dorotea, en Zoraida, en D.^a Clara la hija del Oidor, mostró cuánto de gracia, de pasión y de ternura cabe en el alma de la mujer dentro de las condiciones racionales de la existencia. Esa actividad desenfrenada, sin límite y sin objeto, divorciada de toda disciplina social y de todo fin grave, es la que encarnó en la figura de un sublime loco, que lo es solamente por contagio de la locura de sus libros y por el perpetuo sofisma que lleva á los espíritus imaginativos á confundir el sueño del arte con el de la vida. En todo lo demás, D. Quijote no causa lástima, sino veneración: la sabiduría fluye en sus palabras de oro: se le contempla á un tiempo con respeto y con risa, como héroe verdadero y como parodia del heroísmo; y según la feliz expresión del poeta inglés Wodsworth, la razón anida en el recóndito y majestuoso albergue de su locura. Su mente es un mundo ideal donde se reflejan, engrandecidas, las luminosas quimeras del ciclo poético, que al ponerse en violento contacto con el mundo histórico, pierden lo que tenían de falso y peligroso; y se resuelven en la superior ca-

tegoría del humorismo sin hiel, merced á la influencia benéfica y purificadora de la risa. Así como la crítica de los libros de caballerías fué ocasión ó motivo, de ningún modo causa formal ni eficiente para la creación de la fábula del *Quijote*, así el protagonista mismo comenzó por ser una parodia benévola de Amadís de Gaula, pero muy pronto se alzó sobre tal representación. El autor del *Amadís*, digno de ser cuidadosamente separado de la turba de sus satélites, hizo algo más que un libro de caballerías á imitación de los del ciclo bretón: escribió la primera novela idealista moderna, el doctrinal del perfecto caballero, la epopeya de la fidelidad amorosa, el código del honor y de la cortesía, que disciplinó á muchas generaciones. Ningún héroe novelesco se había impuesto á la admiración de las gentes con tanta brillantez y pujanza como el suyo, antes de la aparición de D. Quijote.

En Don Quijote revive Amadís, pero destruyéndose á sí mismo en lo que tiene de convencional, afirmándose en lo que tiene de eterno. Queda incólume la alta idea que pone el brazo armado al servicio del orden moral y de la justicia, pero desaparece su envoltura transitoria, desgarrada en mil pedazos por el áspero contacto de la realidad, siempre imperfecta, limitada siempre; pero menos imperfecta, menos limitada, menos ruda en el Renacimiento que en la Edad Media. Nacido en una época crítica, entre un mundo que se derrumba y otro que con desordenados movimientos comienza á dar señales de vida, Don Quijote oscila entre la razón y la locura, por un perpétuo tránsito de lo ideal á lo real, pero si bien se mira, su locura es una mera alucinación respecto del mundo exterior, una falsa combinación é interpretación de datos verdaderos. En el fondo de su mente inmaculada continúan resplandeciendo con inextinguible fulgor, las *puras, inmóviles y bienaventuradas ideas* de que hablaba Platón.

No fué de los menores aciertos de Cervantes haber dejado indecisas las fonteras entre

la razón y la locura, y dar las mayores lecciones de sabidura por boca de un alucinado. No entendía con esto burlarse de la inteligencia humana, ni menos escarnecer el heroísmo, que en el *Quijote* nunca resulta ridículo sino por la manera inadecuada y anacrónica con que el protagonista quiere realizar su ideal, bueno en sí, óptimo y saludable.

Lo que desquicia á Don Quijote no es el idealismo, sino el individualismo anárquico. Un falso concepto de la actividad es lo que le perturba y enloquece, lo que le pone en lucha temeraria con el mundo y hace estéril toda su virtud y esfuerzo. En el conflicto de la libertad con la necesidad, Don Quijote sucumbe por falta de adaptación al medio, pero su derrota no es más que aparente, porque su aspiración generosa permanece íntegra, y se verá cumplida en un mundo mejor, como lo anuncia su muerte tan cuerda y tan cristiana.

Si este es un símbolo, y en cierto modo no puede negarse que para nosotros lo sea y que en él estribe una gran parte del interés humano y profundo del *Quijote*, para su autor no fué tal símbolo, sino criatura viva, llena de belleza espiritual, hijo predilecto de su fantasía romántica y poética, que se complace en él y le adorna con las más excelsas cualidades del ser humano. Cervantes no compuso ó elaboró á Don Quijote por el procedimiento frío y mecánico de la alegoría, sino que le *vió* con la súbita iluminación del genio, siguió sus pasos atraído y hechizado por él, y llegó al símbolo sin buscarle, ago-



ARGAMASILLA DE ALBA
PUENTE VIEJO

tando el riquísimo contenido psicológico que en su héroe había. Cervantes contempló y amó la belleza, y todo lo demás le fué dado por añadidura. De este modo una risueña y amena fábula que había comenzado por ser parodia literaria, y no de todo el género caballeresco sino de una particular forma de él, y que luego por necesidad lógica fué sátira del ideal histórico que en esos libros se manifestaba, prosiguió desarrollándose en una serie de antítesis, tan bellas como inesperadas, y no sólo llegó á ser la representación total y armónica de la vida nacional en su momento de mayor apogeo é inminente decadencia, sino la epopeya cómica del género humano, el breviario eterno de la risa y de la sensatez.

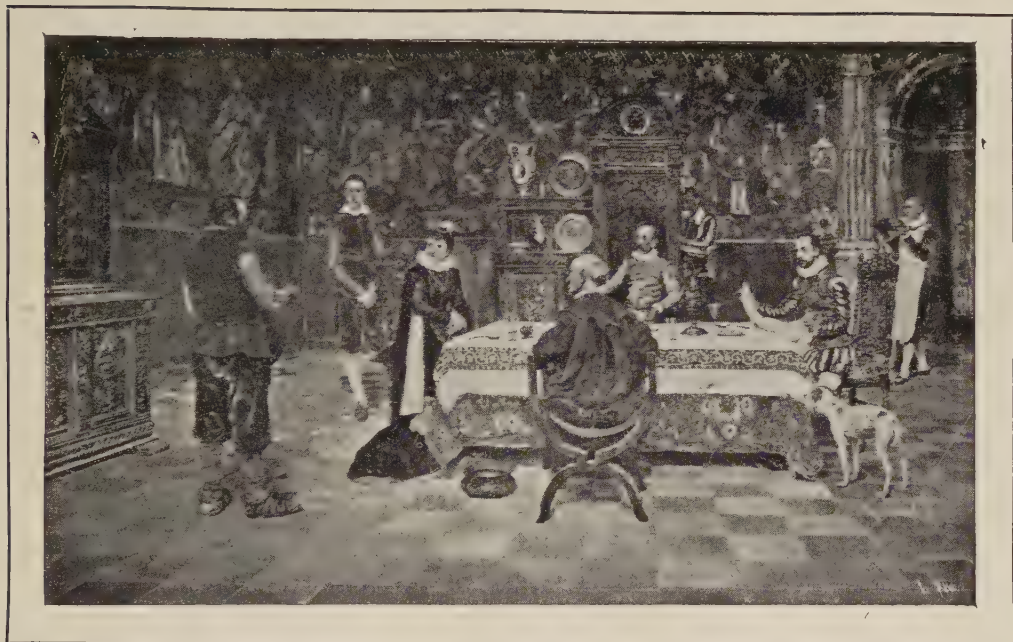
Un autor alemán de rarísimo estilo, pero á veces de altos pensamientos, J. L. Klein, historiador diligente de la escena española, expresa este concepto con felices imágenes, que quiero poner por término de este prolijo y deshilvanado discurso: «En el *Quijote* (dice), la tierra misma, con su diaria historia y con la sociedad que en ella se agita, se va transformando en una esfera de luz, á medida que la magnánima locura del héroe esparce rayos de elevada sabiduría y divina iluminación, así como las cimas de los montes, al salir y al ponerse el sol, descuellan tan maravillosamente luminosas sobre sus obs-

curas faldas. De aquí multicolores interpretaciones, según el punto de vista individual de cada uno. Los que embadurnan el *Quijote* como caja de momia egipcia, con signos y jeroglíficos, olvidan que un genio como Cervantes no bosqueja los rasgos observados en la vida y en la historia humana, á la manera de un retratista ó de un caricarista, sino que, al contrario, tal genio convierte las caricaturas del día en eternos é ideales tipos, elevándolas y trasfigurándolas en figuras colectivas de clases sociales enteras, sin que, á pesar de todo su simbolismo, dejen de ser figuras individuales de la vida real. No sacó Cervantes de una preconcebida idea general las figuras de Don Quijote y Sancho para ilustrar la abstracta antítesis entre la naturaleza poética y la prosáica, entre la fantasía heroica y el grosero y material sentido utilitario. El verdadero poeta pinta el fondo y cada una de sus partes de una sola pincelada; como Dios Creador no concibe primero la idea del mundo en su espíritu y después le da forma, sino que idea y forma, las funde y desarrolla en uno; ó como el *Okeanos* de Homero hace manar de una estrecha urna los mares que, además de su propia inmensidad, abarcan todos los ríos y reflejan cielo y tierra.»

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

(Discurso académico: Madrid, 1904.)





CUENTO DE SANCHE PANZA EN CASA DE LOS DUQUES

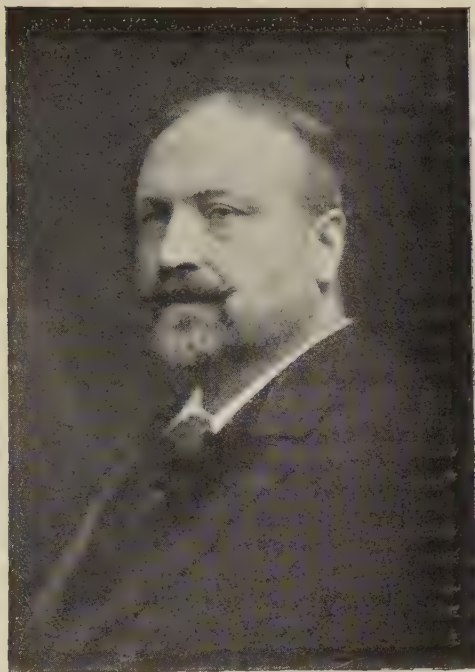
CUADRO DE D. GERMÁN GÓMEZ

Cuenta, pues, la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino, en comiendo, á ver á la duquesa, la cual, con el gusto que tenía de oírle, le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho, de puro bien criado, no quería sentarse; pero la duquesa le dijo que se sentase como gobernador y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Rui Díaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la duquesa le rodearon atentas con grandísimo silencio, á escuchar lo que diría.

TERCERA PARTE

VARIEDADES CERVANTINAS

DOS PALABRAS SOBRE LAS IMITACIONES DEL QUIJOTE EN INGLATERRA



JAIME FITZMAURICE-KELLY

La boga del *Quijote* en Inglaterra empezó poco después de la publicación del libro en Bruselas (1607). En este año *Tomas Shelton* dice haber acabado la traducción inglesa que se publicó en 1612. Durante este mismo año también se hizo alusión al *Quijote* en una pieza de *Jorge Wilkins* intitulada *The Miseries of Inforst Marriage* (Las desdichas del casamiento obligatorio), y desde entonces el *Quijote* fué nombrado ó utilizado por muchos de los más eminentes dramaturgos de aquella época: tales como *Middleton*, *Ben Jonson*, *Field*, *Fletcher*, *Tourneur* y *Massinger*. Y no es imposible que el famoso libro llegara á las manos de un ingenio aún más ilustre. Ya sabemos que el enredo de *The Tempest* (La Tempestad), fué derivado de las *Noches de Invierno* de Antonio de Eslava, y hay que pensarlo bien antes de rechazar la idea de que

Shakespeare colaboró con *Fletcher* en *La Historia de Cardenio*, drama perdido que se les atribuye (con fecha de 1653) en el registro oficial de los editores londinenses. Como quiera que sea, se puede decir sin exageración alguna, que, desde 1610-11 hasta la clausura de los teatros durante la supremacía de *Cromwell*, buen número de autores dramáticos en Inglaterra tomaron sus temas del *Quijote*. De estas adaptaciones y arreglos he hablado en otra parte: para encontrar en la literatura inglesa algo que merezca llamarse una imitación artística, hay que esperar hasta después de la restauración monárquica. Y (detalle curioso) el primer ejemplo no es en prosa sino en verso.

Con la llegada á Inglaterra de Carlos II, la virtud agria del puritanismo cedió á la inmundicia desvergonzada de la Monarquía, y los caballeros de la corte se apresuraron á vengarse en los fanáticos solemnes que habían considerado la alegría como el peor de los crímenes. La primera manifestación literaria de esto se ve en la obra del poeta *Samuel Butler* que, bajo los nombres de *Húdibras* y *Ralph*, presentó á la risa pública caricaturas de dos alcaldes puritanos á quienes había servido de ujier. Según la fecha de la portada, la primera parte de *Húdibras* pareció en 1663, pero el privilegio se firmó el 11 de Noviembre de 1662, é indudablemente el libro estaba en venta poco después. Esto y la popularidad de *Húdibras* se deducen del testimonio de *Pepys*:—«26 de Diciembre de 1662. A la taberna de la Guardaroba vi al *Sr. Battersby*; hablábamos del nuevo y chistoso libro tan de moda que se llama *Húdibras*; tuve que buscarlo, y di con él en el Templo; costóme dos chelines y seis peniques. Mas, al leerlo, me pareció tan estúpida la invectiva contra un caballero andante puritano en camino para la guerra, que me daba vergüenza y encontrando al *Sr. Townsend* á la comida, se le vendí por un chelín y seis peniques.» El 6 de Febrero de 1663 *Pepys* vuelve al asunto: «Compré un segundo ejemplar de *Húdibras*, pues ha de ser mal humor de mi parte estar en contra de lo que se alaba por todo lo demás del mundo cual modelo de gracia: de modo que hago el ánimo de leerlo otra vez: á ver si lo encuentro gracioso ó no.»

Pepys no nos confía su juicio definitivo, y su silencio no deja de ser chocante; es verdad que no sobresalió en la crítica literaria, pues en el caso que nos ocupa concuerda su opinión primera con el veredicto de la posteridad. *Butler* tiene méritos realmente notables; sus versos macarrónicos son siempre hábiles, á veces ingeniosísimos, y sería injusto negar la brillantez de su humorismo; pero peca por exceso; estando recargado el poema con un rencor manifiesto, un vehemente espíritu de partido que forma penoso contraste con la gracia y suavidad de Cervantes. Cervantes amó á Don Quijote y á Sancho Panza; *Butler* aborreció al caballero *Húdíbras* y á su escudero *Ralph*; Cervantes escribe con la tranquilidad de un artista, salvo en las disgresiones referentes á Avellaneda (que no son, ni mucho menos, los mejores capítulos del *Quijote*); *Butler* escribe con una furia sin límites que, por sí sola, explica su fracaso. En 1664 y 1665 la segunda y tercera parte de *Húdíbras* salieron con menos éxito que la primera, y la muerte del autor en una pobreza extrema parece indicar que había agotado la paciencia de sus contemporáneos. En el día de hoy nadie lee su poema, sino los especialistas. Sin embargo, algunos de sus aforismos rimados sobreviven, sin que los que los repiten sepan su origen; y ninguna otra imitación directa iguala á *Húdíbras* en cuanto al mérito. Parece mediano al lado del *Quijote*, sí; al lado de las demás imitaciones inglesas *Húdíbras* puede pasar por una obra maestra.

Basta compararlo con las publicaciones de Eduardo Ward, tabernero de carácter infame, autor de una versión rimada de treinta y un capítulos de la primera parte del *Quijote*, tan llena de sandeces y obscenidades propias, que cesa de ser una traducción del original; el público quedaba frío, pero Ward no se dió por vencido é imprimió después una continuación de *Húdíbras* no menos escandalosa que su travestía del *Quijote*. Con todo el libro de Cervantes, cual las poesías de Heine en el siglo pasado, siguió atrayendo á la gente literaria como la luz atrae la polilla. D'Urfey arregló el *Quijote* para la escena y, gracias principalmente á la música de Enrique Purcell, el último y el más grande de los compositores ingleses, la adaptación tuvo éxito, éxito ruidoso, pues las torpezas inmundas de D'Urfey motivaron la célebre y fulminante protesta lanzada por Jeremy Collier contra la inmoralidad del teatro inglés en general y de este arreglo en particular. Duro era ver que el nombre de Cervantes se asociaba con tal escándalo público, pero no le dañaba á los ojos

de los entendidos, y veinte años más tarde tenemos otra imitación quijotesca en la *Vida y aventuras de Don Bilioso de l'Estomac* por el médico Juan Arbuthnot (autor de la celeberrima *Historia de Juan Bull*, apodo que desde entonces se ha dado al típico personaje británico). Nadie puede leer *Juan Bull*, ó las *Memorias de Martinus Scriblerus* (las cuales encierran ciertas reminiscencias quijotescas), sin reconocer la agudeza satírica de Arbuthnot. Pero hay grados: no todos alcanzan á manejar el arco de Aquiles. Hablando francamente *Don Bilioso* es de todo punto indigno del modelo, y reconociéndolo desde luego Arbuthnot abandonó precipitadamente su infeliz ensayo. Algunos encuentran puntos de semejanza entre Cervantes y Swift; pero habrán de ser poco evidentes, pues en la historia literaria no hay dos escritores de temperamento más opuesto. En 1752 Carlota Lennox publicó *El Quijote femenino* donde se trata de Arabela, señorita tan embebida en lecturas románticas hasta creer que el amor es la ocupación principal de la vida, de modo que cada reencuentro es el primer capítulo de una aventura amorosa, y cada paseante un caballero enamorado. Tanto Fielding como Johnson alabarón esta fastidiosa novela, dándonos otro ejemplo de la falibilidad de los jueces más peritos en cuanto á las obras contemporáneas: consolémonos pensando que los libros favoritos de 1905 tendrán la misma suerte que el libro favorito de 1752. Por pobre que sea *El Quijote femenino* no le es superior *El Quijote espiritual* de Ricardo Graves, obra que tuvo muchos admiradores entre el clero anglicano, y que ya yace en el más completo olvido. Sería tan fácil como inútil amontonar los títulos de libros bien intencionados de la misma clase: cerremos la lista con las *Aventuras del Doctor Syntax*, obra en rimo muy popular á principios del siglo pasado, y que debió su boga pasajera á los admirables grabados de Rowlandson. La primera parte del *Doctor Syntax* basta (y tal vez sobra); pero su autor, el habilísimo pícaro Guillermo Combe tuvo la desdichada idea de sacar á luz dos otras partes, y no faltan imitaciones de esta imitación.

Algunos de los escritores ya nombrados eran hombres de talento nada vulgar, y con todo, sus imitaciones tienen poco valor ó interés artístico. El *Quijote* es inimitable. Lo que debemos á Cervantes es una deuda indirecta: por su ejemplo contribuyó á fundar la novela realista tal como la conocemos en los escritos de Fielding, Smollett, Sterne, Dickens y Thackeray. Fielding, sobre todo, es

de la misma familia de Cervantes y casi de la misma talla: tal vez Gibbon pensó en este parentesco intelectual al escribir su famosa profecía de que *Tom Jones* duraría más tiempo que Escorial. Pero todos son discípulos de Cervantes, y todos

reconocen con gratitud cariñosa la superioridad incontestable de la obra maestra cuyo tercer centenario celebramos en este año.

JAIME FITZMAURICE-KELLY.

NÁPOLES POR CERVANTES Y POR SU HEROE



Creo que no han de faltar, como eco de las fiestas del centenario celebrado en España, manifestaciones en honor de Cervantes, en la ciudad de Nápoles, donde la obra maestra del glorioso poeta ha sido y es objeto de la admiración más profunda. Mas ahora, á causa de la invasora confusión literaria, se encuentra esta admiración más reducida que antes, por lo que, de no faltarme tiempo y alientos, de muy buena gana presentaría datos y testimonios nuevos que valieran cual homenaje dedicado al genio de Cervantes por la ciudad en que hizo larga y memorable estancia, y que él llamó «la más rica y más viciosa ciudad que había en todo el universo mundo», y también

en otro lugar «ciudad... la mejor de Europa, y aun de todo el mundo.»

No por ser hoy menos conocido en este país el *Quijote* han desaparecido las huellas del libro inmortal en la tradición literaria y popular. Dejo á un lado las imitaciones y las derivaciones, no siempre de buena ley, que, en el campo de la poesía y del teatro, aun en el melodramático, demuestran la permanencia del poema de Cervantes como fuente de inspiración literaria, y noto que su protagonista, aunque transformado por la fantasía popular en una indefinida figura de leyenda, subsiste en la memoria de nuestro pueblo. Para tratar este argumento deberíanse emprender estudios preparatorios á los que, repito, no me es dado dedicarme por ahora.

Prefiero llamar la atención de los compatriotas de Cervantes sobre una obra de arte que bien puede llamarse el más espléndido y digno homenaje dedicado por Nápoles á la memoria del gran escritor. Quiero hablar de los 80 tapices con reproducciones de escenas sacadas del *Don Quijote*, casi todos ejecutados aquí, en Nápoles, al terminar el siglo XVIII. Tan solo he podido admirar, veintiocho años ha, siete de aquellas variadas composiciones que ilustraban en una serie no interrumpida los más notables episodios del romance famoso, y fueron los siete tapices expuestos en la sección de arte antiguo de la Exposición Nacional de Bellas Artes, inaugurada en Nápoles en el mes de Abril de 1877 (1).

(1) Dichos tapices, de propiedad de la Casa Real, se encuentran señalados en el *Catálogo General* impreso de dicha Exposición, con los números 22, 43, 71, 101, 112, 123 y 141, sin que se especifiquen los asuntos que representan y con la sola indicación de los monogramas ó marcas de fábrica, así como de las fechas en ellos apuntadas. Los monogramas son R. C. ó R. F. y significan *Real Casa* ó *Real Fábrica*, y las iniciales P. D. son las del nombre y apellido de quien dirigió el trabajo, ó sea *Petrus Duranti*, como puede leerse por entero en el más antiguo de los tapices, con la añadidura de *Romanus*. Las fechas están marcadas en todos los tapices, menos uno, y son 1758, 1769, 1770, 1771, 1773 y 1779.

Estos escasos datos no bastaban para poder indicar con precisión el origen y procedencia de los tapices mencionados que se suponían fabricados en Nápoles. Las pruebas de ello existían; solo que nadie las fué á buscar allá donde dos años después las halló Minieri Riccio; esto es, en nuestro Archivo de Estado. De este hallazgo resultó una pequeña publicación (*La R. Fábrica degli Arazzi nella Città di Napoli dal 1738 al 1799*. Nápoles 1879) en que se dan á conocer con amplios datos las vicisitudes de un arte que, fomentado con esplendidez, dió muchas y muy escogidas obras.

Después de los veinte primeros años, en que tuvo escasa actividad la Real Fábrica de Tapices de Nápoles, fundada por D. Carlos de Borbón al principio de su reinado, no dejó dicho Soberano de fomentar por todos los medios la producción, que fué en su casi totalidad dedicada á representar las hazañas del héroe de Cervantes.

Ofreció ocasión al Rey para ello, el hecho de haber adquirido ya la Corte doce tapices de los Gobelinos, de propiedad del príncipe de Campo-fiorito, y que representaban asuntos del *Quijote*. Al quererse decorar con ellos las habitaciones reales del Palacio de Caserta, que á la sazón se estaba construyendo, resultaron insuficientes para cubrir las paredes del dormitorio y de otras cuatro piezas contiguas, por lo que Pietro Duranti, que dirigía desde el año de 1757 la Fábrica de Tapices, recibió el encargo de otros trece, que eran necesarios; con otras escenas de aquel libro por el que debía tener la Corte singular predilección.

Entre los papeles y dibujos de Vanvitelli, conservados en nuestra Biblioteca Nacional, he visto la planta de las habitaciones reales en que debían haberse colocado estos tapices, dibujada de mano del célebre arquitecto del palacio de Caserta, y de estos papeles he sacado los asuntos que representaban los tapices, tanto los de los Gobelinos como los de Duranti.

Los primeros son los siguientes:

1. Banquete dado á Don Quijote por D. Antonio en Barcelona.
2. Entrada de Sancho en la ínsula Barataria.
3. Don Quijote y Sancho en pos de Dulcinea sobre el Clavileño.
4. Don Quijote y Sancho toman á una labradora por Dulcinea.
5. Sancho sobre la albarda después de haberle sido robado el jumento.
6. Sancho de gobernador; el Doctor manda retirar los manjares de la mesa.
7. Memorable juramento de Sancho.

8. El cura, el barbero y Cardenio, en busca de Don Quijote por Sierra Morena, encuentran á Dorotea con traje de pastora cerca de un arroyo.

9. Don Quijote después de haber vencido al Caballero de los Espejos, le manda presentarse á Dulcinea.

10. Don Quijote consulta á la cabeza encantada.

11. Don Quijote servido por las doncellas de la Duquesa.

12. Cobardía de Sancho.

Los otros trece son los siguientes:

1. Don Quijote armado caballero por el ventero.
2. Don Quijote se separa de Sancho y le envía de gobernador á la ínsula Barataria.
3. El cura y el barbero hacen el escrutinio de la librería de Don Quijote.
4. Don Quijote reconviene al que pegaba á su criado en lugar de pagarle sus haberes.
5. Combate de Don Quijote contra los molinos de viento.
6. La princesa Micomicona ruega á Don Quijote le recupere sus estados.
7. Don Quijote en la venta, impedido por la celada, y obligado á beber con una caña.
8. Don Quijote haciendo castillos en el aire.
9. Don Quijote manda una carta á Dulcinea.
10. Don Quijote apedreado por los pastores por haber combatido contra un rebaño de ovejas.
11. Don Quijote sale por primera vez armado de su casa.
12. Don Quijote y Sancho encuentran una maleta en Sierra Morena.
13. Don Quijote arrebató la bacía de un barbero, creyéndola el yelmo de Mambrino.

Según parece también contribuyó á la confección de estos primeros tapices, ejecutados en Francia, el arte napolitano, pues los cuadros que dicen sirvieron de modelo habían sido pintados por nuestro De Dominici, y debieron ser los mismos que fueron colocados más tarde en el palacio real de Portici.

Para los demás, ejecutados en Nápoles, pintaron los cuadros de modelo, además del célebre pintor de Cámara Giuseppe Bonito, Giovan Battista Rossi, Benedetto della Torre, Guglielmo Langlois, Michelangelo Fasano y Antonio Guastaferrro. Los modelos de los ricos bordes, adornados con trofeos de flores y frutas, figuras y animales, fueron pintados por Orlando Filippini, Langlois Giuseppe Bracci. Modelos y tapices fueron juzgados por los arquitectos Luigi Vanvitelli, Gioacchino Magliano y Ferdinando Fuga, y los pintores Bonito y Francesco De Mura.

Pero el rey D. Carlos, elevado al trono de España, vió terminados antes de marchar de Nápo-

les, tan sólo dos de los trece tapices, pero no sin tomar las necesarias disposiciones para que se siguiera con el mayor empeño la obra iniciada por él. Quien debía continuarla no faltó al compromiso adquirido, antes bien, fué más allá, pues el proyecto quedó tan ampliado, como se verá más adelante, que resultó su ejecución un verdadero monumento elevado en Nápoles á la gloria de Cervantes.

Con tanta actividad se trabajó durante los años de 1760 y 1761 en la Fábrica de Tapices que tan sólo quedaban por ejecutar los dos últimos de la serie de los trece ó de los veinticinco, incluyendo los Gobelinos, para adornar las habitaciones de Caserta. En vista de la no lejana terminación de la obra y de la necesidad de que otras fueran emprendidas para no dejar desocupados á los tapiceros, el marqués Acciaiuoli, Intendente de la R. Fábrica y el arquitecto Vanvitelli dirigieron al Rey con fecha 10 de Febrero de 1761 una memoria, de la que he encontrado copia en la Biblioteca Nacional. En ella se procura persuadir al Rey á que para los futuros tapices escoja, en lugar de asuntos del *Quijote*, otros sacados de la vida del soberano reinante de España D. Carlos III.

«Somos de parecer que, siguiendo Vuestra Majestad manteniendo en obra la Real Fábrica de Tapices, antes que tapices que representen la fabulosa historia de Don Quijote, débense tejer en ella las numerosas, magníficas y heroicas hazañas de Su Majestad Católica reinante, pues así veríase resplandecer el sol de una importante historia de figuras grandes, que causaría universal admiración.»

Tanta era la ingenua adulación de aquellos señores, pues no tenían en cuenta que fué precisamente D. Carlos III (la adulada Majestad Católica) quien á la dudosa verdad de muchas historias había preferido la indiscutible belleza de la fábula de Cervantes. Afortunadamente su sucesor no pensó de diferente manera, y debió dar á entender que ni siquiera las hazañas del Rey su padre podían hacerle olvidar las del Caballero andante y de su famoso escudero. En efecto, Acciaiuoli,

para quien no tenía secretos el libro de Cervantes, y que ponía el natural empeño en secundar los deseos de su Soberano, después de la entrega hecha por Duranti de los dos últimos tapices de la serie que le había sido encargada, propone él mismo al Rey en 1767 la continuación de los episodios del *Quijote* en una nueva y más amplia serie de tapices que completara la primera, en que faltaba la continuidad. Observa además que las muchas estampas con que están adornadas las diferentes ediciones del libro de Cervantes no ofrecen en su conjunto una ilustración completa de los hechos relatados, y que ésta se conseguiría con la serie ampliada de tapices conforme á la lista que acompañaba y que ha desaparecido.

Acciaiuoli había elegido los asuntos que en dicha lista figuraban entre los más ricos de figuras y de movimiento, y con el fin de representar por su orden desde el principio hasta el fin todas las aventuras de Don Quijote. Estos nuevos asuntos debían ser cincuenta, pero podían reducirse hasta treinta, de manera que los tapices, con los primeros veinticinco, é incluyendo los que no tenían figuras, llegaron á ochenta.

El último fué terminado á veinte años de distancia del primero, es decir, desde Noviembre de 1778, cuya fecha corresponde al traslado de la Real Fábrica del local de S. Carlo alle Mostelle, donde había sido fundada, al Palacio Real de Nápoles.

Dejó de existir veinte años después, arrollada por la revolución de 1799, época en que también desapareció la obra de que me he ocupado y que formó su mayor gloria, robada y maltratada, según parece, por los franceses invasores y por el populacho.

Hasta se llegó á creer en la pérdida de toda la colección, pero he señalado la existencia de esos siete tapices por lo menos, que figuraron en la Exposición de 1877, y que deben hallarse en el Quirinal, donde con toda seguridad se conservaban hace algunos años.

ALFONSO MIOLA.

UN RECUERDO POPULAR SICILIANO DE LEPANTO



A. RESTORI

Es natural que la jornada de Lepanto, jornada gloriosa cuyo recuerdo siguió brillando en el alma de Miguel Cervantes mientras vivió, forme el argumento de estudios antiguos y recientes en Sicilia, sea por la importancia que tiene toda acción de guerra marítima para la defensa de la isla, sea, sobre todo, por la parte que en ella tomó Sicilia directamente, pagando, como siempre, cuantioso y generoso tributo de dinero y de sangre. Y para no hacer alarde de fácil erudición me limitaré á recordar la obra de Azenaprimo: *La Sicilia nella battaglia di Lepanto* (1.^a ed. Pisa, 1886, 2.^a edición, Messina 1892), y las *Osservazioni* que le añadió Salomone-Marino en el *Archivio storico siciliano* (xviii, 1893, fascic. I); de donde pueden sacarse los datos más amplios sobre el asunto.

Pero, según parece, la gloriosa batalla no dejó huellas profundas en la memoria del pueblo, que-

dando confundida con otras muchas libradas por turcos y cristianos. No escasean recuerdos populares, no sólo sobre Carlos V, (de que trata Salomone-Marino, ya citado, en un artículo del tomo vii del *Archivio delle tradizioni popolari*) sino también sobre el vencedor de Lepanto, don Juan de Austria, pero son, en general, recuerdos muy pálidos.

En Messina, á pesar de haber sido el punto de desembarque del glorioso capitán y donde recibió los primeros honores y se celebraron las primeras fiestas de su triunfo, tan sólo un dicho á él referente, no sé hasta qué punto conocido, le fué dado recoger al Príncipe de los *folk-lors* italianos, el Dr. Giuseppe Pitré, quien lo publicó en su *Biblioteca delle Tradizioni popolari siciliane* (volumen xviii, pág. 373). Y es un dicho que indudablemente nació no ya del recuerdo directo del héroe, y sí de la actitud de la estatua de bronce que le fué levantada, en que está representado con el pie izquierdo sobre la cabeza de Alí vencido; y el pueblo cree que se trata nada menos que de la cabeza del propio padre de D. Juan: *Don Giovanni d'Austra era un valenti virrexi cristianu anticu. Su patri era sarracinu e cummattia cuntra la cristianità... Accussì ha vinciutu a battaglia, e lu figghiu mi si mintiu la testa di so patri sutta li pedi. E chissà è la statua di Don Giovanni d'Austra* (1).

La poesía, verdadera voz del pueblo, no parecía hasta ahora haber conservado el menor recuerdo de la gran batalla, y Pitré, en 1868 primero (*Rivista bolognese*, pág. 770), y luego en 1870 en sus *Canti popolari* (I, pág. 112) reconocía la falta de «cantares tradicionales sobre hecho de tanta transcendencia». Mas no había dejado de notar (ib., pág. 402) que una *canzona* publicada en dicha obra, y que había recogido en Partinico, debía evidentemente referirse, si no al mismo Lepanto, por lo menos á los tiempos

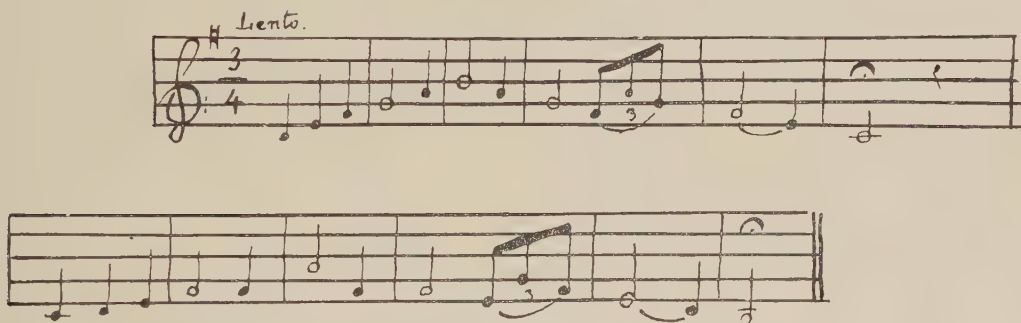
(1) «D. Juan de Austria era un esforzado caballero antiguo. Su padre era sarraceno y combatía contra la Cristiandad... Así ganó la batalla, y el hijo se me puso la cabeza de su padre debajo de los pies. Y esta es la estatua de D. Juan de Austria»

del 1571, pues trata este cantar con toda claridad de los estados de la Liga, Venecia, Roma, Nápoles, Malta, Sicilia y España, quedando toda duda desvanecida por una variante de Messina en que en lugar de la vaga indicación *Vannu a la caccia di li turchi a mari*, alude con toda claridad á una derrota de los *Tucchi traditori*, que, dados las potencias cristianas indicadas en el cantar no puede ser sino la del 7 de Octubre de 1571. Hasta parece que el cantar de Partinico se refiere á los prepa-

Como las alteraciones son de bastante importancia, daré primero la lección de Partinico.

«Sicilia, ca fa l'acula riali,
e Marta cu la cruci en du'cori,
Roma ch'avi lu munnu sutta chiavi,
la Spagna cu li ricchi e li tisorì,
e Napuli, ch'è ciferu' infirnali,
Venecia cu San Marcu prutitturi.
vannu a la caccia di li Turchi a mari
ca la fide di Diu ajutu voli» (1).

Este es el cantar de Messina:



rativos de la gran campaña, y el de Messina á la victoria definitiva; aunque no haya que fiarse mucho en la exactitud de recuerdos de la poesía tradicional, en que con frecuencia el cantor, para remediar la falta de memoria, cambia de buenas á primeras los versos originales por otros de su propia cosecha.

La *cançuna* me fué cantada por la moza Marianna Mondello, envolvedora de naranjas, y si no es inédita la letra, lo es, por lo menos, completamente la melodía que transcribo. Hay que observar que las envolvedoras cantan en coro, con ritmo muy lento; por lo general, las que tienen voz más grave se quedan una *tercera* más baja que las notas que escribo á continuación, y es tanta la costumbre armónica de estas mujeres del pueblo, que no me fué posible notar la *cançuna* más que sosteniendo con la *tercera* en el harmonium la voz de Marianna.

- a. Roma ca d'oru e aggentu ha li so chiavi,
- b. Venecia cu Sammacu prutitturi,
- a. Napuli bedda e Genova reali,
- b. Matta c'avi la crudi cu du'cori
- a. la Spagna cu baannera 'mpiriali
- b. li sfasciaru a li Tucchi tradituri» (2).

Messina, Marzo, 1905.

A. RESTORI.

(1) Sicilia, que tiene el águila real (alusión á su escudo de armas),—y Malta con la cruz con dos corazones (id.)—Roma que tiene al mundo bajo llaves (id.)—España con los ricos y los tesoros,—y Nápoles que es discolor infernal, (id., Nápoles llevaba un caballo en su escudo)—Venecia con San Marcos de protector,—van á caza de los Turcos por los mares—que la fe de Dios quiere ayuda.

(2) Sicilia, que tiene el águila real—con los buenos guerreros y los tesoros—Roma que tiene sus llaves de oro y plata,—Venecia con San Marcos de protector,—Nápoles hermosa y Génova real,—Malta que tiene la cruz con dos corazones,—España con bandera imperial,—destruyeron á los turcos traidores.



863.32 D8Z C419



a39001



008151345b

863.32
D8Z
C419

7211

